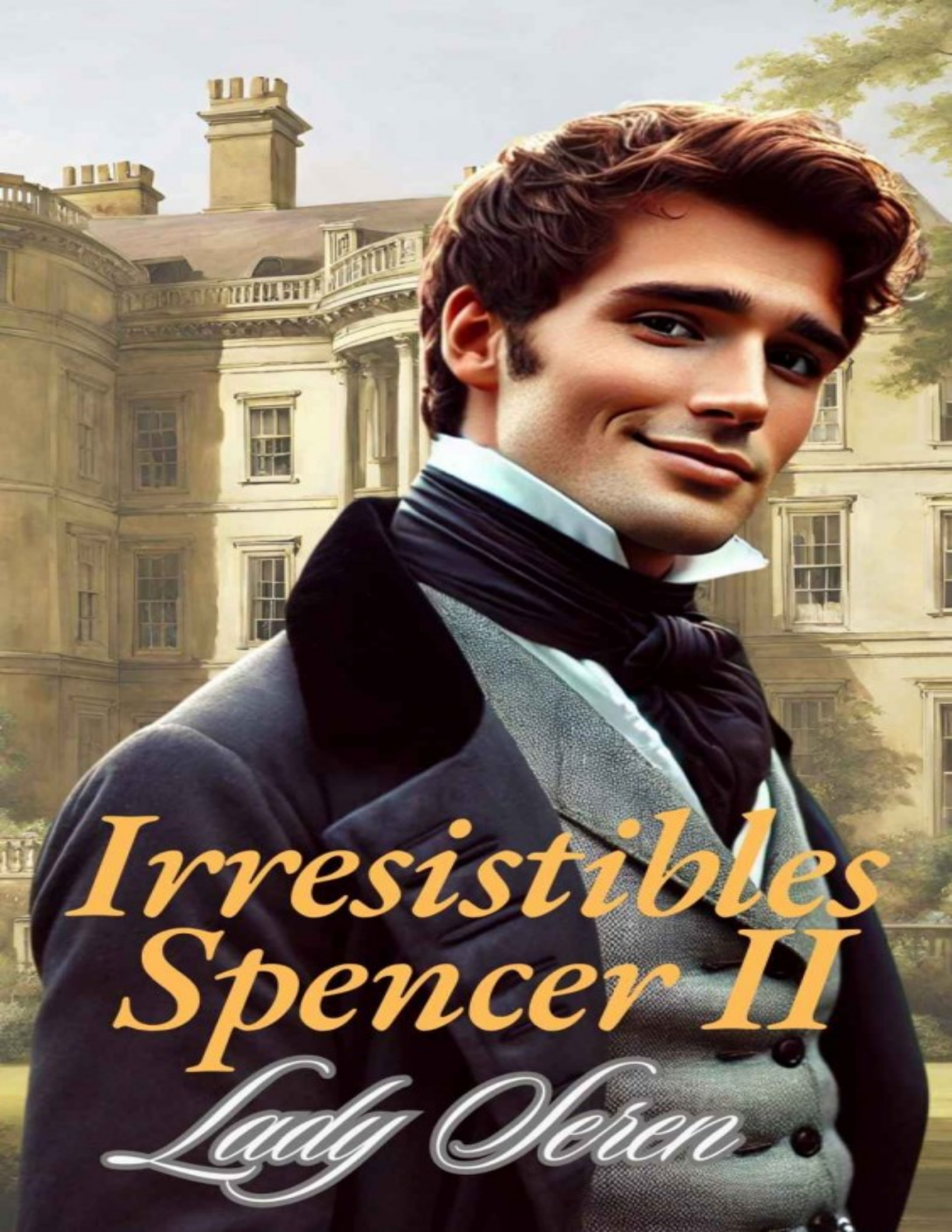

Irresistibles Spencer II
Lady Seren

IRRESISTIBLES SPENCER (II)

SERIE «Guante de seda» VI

©SerendipiaStark2024

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito

de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Empieza a leer

NOTA DE LA AUTORA:

La serie «Guante de seda» está compuesta por **7 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Londres de la Regencia**.**

Si adoraste series como los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y los universos costumbristas históricos al estilo de Jane Austen o las hermanas Brönte no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

¡¡Te regalo una novela si te suscribes a mi newsletter!!

Entérate de todo la primera. Presentaciones exclusivas, ofertas y descuentos.

http://subscribepage.io/np9cTD



LONDRES

1819



Capítulo 1

Una melodía funesta

Cassian

Qué felices somos cuando no sabemos.

Aquel día acabamos brindando por la felicidad que asomaba temerosa, allá a lo lejos, en el horizonte. Las horas en las que ignorábamos que, de haber sido música, habrían contenido los acordes de una tragedia. Para ser justos, la jornada en la que dimos por hecho que éramos afortunados, sin saber lo que se avecinaba.

Una reunión familiar, sonrisas y dicha, colmada de promesas lanzadas al aire. Los Fairfox y yo, un Spencer más. El siguiente en nacimiento después de Henry, el mayor, el vizconde. Según mi madre, que nos conocía a todos con mayor profundidad que nadie, el más tímido, riguroso y cumplidor.

También el más callado. La intensa verborrea de mis hermanos solía marearme.

—Por fin, después de tanto tiempo, estáis prometidos —se felicitó la señora Fairfox alzando su copa—. Francamente, temí que este día no llegara nunca.

—El señor Spencer se ha hecho de rogar —fue la opinión, un tanto ruda, del patriarca—. Aunque me abstendré de análisis indeseados que nadie me ha pedido y… —lanzó un vistazo rápido a su esposa que lo observaba expectante, con los ojos muy abiertos—, bien está lo que bien acaba.

Rose y yo cruzamos veloces un gesto cargado de significado. A menudo, nos bastaba esa rápida mirada o un imperceptible arqueo de cejas, para saber lo que pensaba el otro. Y los dos coincidíamos en que pese a las críticas de su padre y lo que se pudiera figurar, en aquel caso, en gran parte, la razón de tanta demora había sido su irritante hermana menor, Amelia, quejosa de no tener a la vista ningún pretendiente lo suficientemente interesante, y hábil manipuladora contra su bondadosa hermana.

Yo había pecado de inseguro, no lo niego, sin embargo, no era menos cierto que sus tretas y retorcidas artimañas habían conseguido que nuestro inexistente cortejo se alargara sin

esperanzas un mes tras otro, hasta cubrir los casi tres años. Finalmente, harto de ser utilizado, más ofendido que otra cosa, fui yo el que dijo *basta,* plantando un ultimátum sobre la mesa.

—Lo siento, Rose, pero no pienso esperar a que tu hermana se prometa para pedir tu mano. Es la pretensión más absurda que he oído nunca —recordaba haberle dicho, impaciente y bastante furioso.

Ante eso, la dulce Rose, la del corazón inmenso, la que siempre se preocupaba por todo el mundo y anteponía los intereses de los demás a los suyos se rindió y decidió ser fuerte, porque me amaba. De ese modo llegamos a aquel glorioso día de la pedida de mano, ante su familia exultante y una Amelia que nos estudiaba con los labios prietos y un halo de maldad sobrevolándole la cabeza.

—Pese a sus retrasos y reticencia, estamos encantados de que se una a la familia, señor Spencer. Es todo un honor —prosiguió la señora Fairfox con estrellas en los ojos.

Vi oportuno replicar que lo mío jamás fue reticencia, aunque éramos muy jóvenes cuando nos conocimos, supe que amaba a Rose con solo verla. Únicamente prudencia y el no querer enemistar a dos hermanas que, pese a sus diferencias, parecían llevarse bien; lo que desembocó en una espera quizá demasiado dilatada.

Con franqueza, iba a objetar, pero la voz áspera de Amelia me lo impidió.

—Debo admitir que emparentar con un vizconde y un conde es siempre motivo de celebración —se mofó, vaciando su copa de un trago—. No me extraña que padre y madre se muestren tan felices por tu logro, hermana.

—Amelia, querida… —la amonestó su madre con un gesto cortante.

—Bueno, desde cierto punto de vista, esa es una afirmación que no puede refutarse —cacareó el patriarca con una risita cascada que sonó de lo más vulgar—. Aunque la tendencia de los tiempos sea el cambio y la incorporación de nuevas fortunas de moderna creación, a fecha de hoy, formar parte de la aristocracia es instrumento indispensable para hacer negocios y ser bien recibido en los mejores salones. En una palabra, para ser influyente. ¿No le parece, señor Spencer?

Me vi extrañamente sorprendido por la pregunta. Yo no era uno de esos nuevos ricos que se pavoneaba vestido de domingo por Rotten Row. No era como el señor Fairfox. Nuestra fortuna no la había creado el comercio ni los negocios ni las fábricas.

—¿Qué podría decirle yo? Son mi hermano mayor y mi tío, a los que admiro y quiero. No consigo verlos de otro modo que no sea desde el afecto más profundo —me escabullí.

—Es lógico. —Con impostada simpatía, la señora Fairfox apoyó mis razones.

—Y entendible. Por cierto, ¿se han enterado de lo del asesinato? —intervino el señor Fairfox, prescindiendo del lacayo y colmando de nuevo las copas.

El súbito cambio de tema en la conversación fue un giro inesperado que todos agradecimos.

—¿Asesinato? —repetí como un eco.

—Al parecer, unos maleantes asaltaron y asesinaron a una mujer, ayer mismo, a las puertas de la «Old Lady of Threadneedle Street».

Era el apodo con el que comúnmente se conocía a la oficina principal del Banco de Inglaterra.

—¡Menuda temeridad! —prosiguió mi futuro suegro—. Según cuentan los diarios, la dama acababa de cobrar una elevada suma de dinero.

—¿Y la llevaba encima? —se interesó Amelia.

—¡Qué imprudencia! —calificó su madre.

—Se trataba de una mujer de posibles. Por lo visto responde al nombre de… —El señor Fairfox hizo memoria frunciendo el ceño —. Logan. Philippa Logan. O algo así.

Estuvo a punto de volcárseme el licor. Un sobresalto grandioso casi me levantó del asiento al tiempo que me paraba el corazón. ¿Philippa? ¿Philippa Logan?

¿La madre biológica de mi sobrino Colin? ¿La antigua amante de Lucien, la que estuvo a punto de dar al traste con su feliz matrimonio y su futuro había sido asesinada en plena calle?

—Debía de tener planeado emprender un largo viaje, entre sus ropas ensangrentadas encontraron un pasaje de barco a América —prosiguió mi futuro suegro, regodeándose en lo siniestro.

La señora Fairfox llevó su pañuelito bordado a la nariz.

—¡Qué espanto!

—Deduzco que la desdichada acababa de sacar del banco todos sus ahorros, con la intención, muy probablemente, de iniciar una vida lejos de aquí.

—Pues con qué mala fortuna… —susurró conmocionada mi Rose.

—Si es que el destino de las personas está escrito en piedra, por mucho que nos resistamos —sentenció el señor Fairfox con voz

de ultratumba.

Me mordí el labio con nerviosismo. Mi hermano menor aún viajaba tras el enlace, disfrutando de su luna de miel con su flamante nueva esposa y su hijo, que los acompañaba por decisión de ambos. Era de suponer que no se hubiera enterado del fatal desenlace. Todos en mi familia sabíamos que Philippa era un mal bicho, pero nadie merece un final tan sórdido.

El roce suave de los dedos de Rose deslizándose en mi palma me trajo de nuevo a la realidad.

—Querido, ¿te encuentras bien? —me susurró bajito, junto al cuello.

Inspiré el aroma de su perfume delicado y de inmediato me sentí mucho mejor, más sereno. Más animoso para enfrentar las vicisitudes de la vida. Rose tenía la virtud de calmar mis nervios sin esfuerzo cuando se desquiciaban.

—Sí, claro, no te preocupes. Es solo que todavía me sorprende lo que algunos llegan a hacer por dinero. ¿Es que la vida de una persona no vale nada?

—¿Ante esos salvajes asesinos hambrientos dispuestos a todo? —bramó el señor Fairfox—. Créame que no. A los trabajadores y a los pobres hay que atarlos cortos y reprenderlos con

contundencia. Si en lugar de ser un jefe estricto yo me hubiera ablandado con los empleados de mis navieras…

Me perdí en los ojos almendrados de mi prometida, en su sonrisa ingenua y algo infantil, porque las diatribas de mi futuro suegro respecto a su severidad como patrón, me traían sin cuidado y hasta me provocaban cierto rechazo.

En algún momento, Rose y yo aventuramos que, dado que no existían hijos varones en la casa Fairfox, de algún modo, el patriarca tuviese pensado descargar la responsabilidad de sus flamantes empresas en sus hijos políticos. Pero los Spencer disponíamos de una cuantiosa fortuna propia, basada en los arrendamientos y los campos, mucho más sana en el fondo y en las formas, que las fábricas de ciudad.

En definitiva, mi interés por heredar los negocios del padre de Rose era igual a cero.

Llegado el momento, me despedí con todos los parabienes y monté en mi caballo para regresar a casa con tiempo de cenar con la familia. Alzando la mano una última vez, agitándola en el aire, emocionado, sin apartar la mirada de mi deliciosa Rose.

Cuando ya me había internado en los bosquecillos a fin de recorrer el tramo final, adentrándome en la ciudad, empecé a oír el

extraño ruido. Una marabunta que reptaba por el terreno haciéndolo temblar, como si se tratara de un pequeño terremoto. A continuación, casi sin pausa, fueron los cascos de muchos caballos galopando en grupo, al unísono, como la sacudida de un tremendo trueno. Y el ladrido ensordecedor de los perros. Una jauría interminable.

Y enseguida, todos los sonidos entremezclados en una algarabía imposible.

¿Podría ser uno de nuestros vecinos y sus partidas de caza?

Se le había amonestado decenas de veces. No podían cruzar aquellos parajes al galope desenfrenado con los perros sueltos, estaba prohibido por ser sumamente peligroso. Pero lord Mutton no era de los que hacen caso a las reglas si trababan sus planes o lo incomodaban.

De pronto los vi, acercándose a mi posición, a velocidad suicida. Eran manchas, borrones confusos en movimiento. Llegados a un punto cercano, los perros se dispersaron y fijaron su atención en mi montura, que relinchó intimidada. Traté de sosegarla con la voz, con unas palmaditas en el cuello, pero el pobre animal ya estaba empapado en sudor, rodeado por más de quince perros que

se le metían entre las patas y le gruñían amenazadores mostrando los dientes.

Todo fue muy rápido. Demasiado.

Creo que escuché voces humanas a lo lejos, llamando a la manada, aunque nadie obedeció y nada cambió. Mi caballo se encabritó, espantado, y yo no tardé en saltar despedido de mi silla a muchos metros de distancia, con un golpe seco de la espalda contra el suelo y las rocas desperdigadas, que resultó ser lo más doloroso que habría podido imaginar padecer.

Se me vaciaron de golpe los pulmones, el aire escapó de ellos como si me lo hubiesen arrancado por las bravas, de un tirón. Las costillas temblaron agitadas por un tormento punzante e insoportable, y mi cabeza rebotó contra el terreno antes de que todo se volviera negro.

Capítulo 2

Ojalá hubiera algo

—¿Cómo lo ha encontrado hoy, doctor?

Los ojos de lady Elisabetta miraron vidriosos al galeno. Una mirada que era toda una súplica desesperada. Las manos retorciéndose apretadas contra su regazo. El brazo de lord Herrick rodeaba sus esbeltos hombros, tratando en vano de confortarla. El médico exhaló un suspiro de aflicción.

—No voy a mentirles, su estado continúa siendo extremadamente grave. Han transcurrido seis días desde el accidente y no recupera la consciencia. Que eso suceda es primordial para poder evaluar otros posibles daños. Empezaré a

preocuparme si tarda demasiado. Sufrió un fuerte traumatismo, solo queda esperar y ver cómo evoluciona.

Milord y milady cruzaron una rápida mirada. Seis días sin despertar ya sonaban a *demasiado*.

—Es joven y muy sano, hermana, ten fe —la animó el conde, pálido y desencajado pese a sus esfuerzos por mantenerse entero—. Cassian saldrá de esta.

—Son ya muchos días… —gimió la dama, con la voz rota.

—Lamento tener que estar de acuerdo. Ojalá hubiera algo más que pudiera hacer por él —suspiró el galeno, como si hablara desde muy lejos, en alguna gruta oculta bajo el suelo y su voz se colara por las fisuras—. Por todos ustedes.

—¿Podemos?

Los gemelos acababan de aparecer al pie de la escalera. Por primera vez desde su nacimiento, lady Elisabetta, como madre, no leía esa alegría en sus semblantes que parecía ser su sello de identidad. El desbordante optimismo de siempre, la eterna broma a la que los tenían acostumbrados habían cedido ante un rictus severo y preocupado, que solo dejaba a la vista el rostro idéntico de dos hombres atractivos.

—Sí, pasad a verlo —concedió milady, enjugando una lágrima díscola—. Y por lo que más queráis, no lo mareéis con vuestra charla.

—El cielo quisiera que nos escuchase —murmuró Jurian por lo bajo.

—Os oye —susurró una devastada milady—. Estoy convencida de que nos oye a todos. Sed prudentes.

Los Spencer menores se perdieron en la alcoba de su hermano, cerrando la puerta tras sus espaldas. Fuera quedaron lord Herrick y milady, despidiendo al médico, que pidió disculpas de nuevo por no hacer milagros y prometió regresar, como cada día, a la mañana siguiente.

El conde guio a su hermana, una madre sin consuelo, hasta la pequeña biblioteca de la planta baja y sin preguntar siquiera, le preparó una copa.

—Nada más lejos de mi intención que ser heraldo del infortunio, querida Elisabetta, pero me temo que tendremos que estar preparados para lo peor.

A ella se le escapó un sollozo desgarrado. Mientras se ocupaba de su pañuelo, milord la forzó a aceptar la copita de licor.

—No quiero oír algo tan funesto, Armand. Me niego a aceptar que he perdido a mi hijo de un modo tan… absurdo. No lo haré.

—Me malinterpretas. No digo que lo hayamos perdido, solo que deberíamos mentalizarnos por si acaso…

Elisabetta lo fulminó con una mirada gélida.

—Pasen los días que pasen, nada va a disuadirme, seguiré manteniendo la esperanza contra viento y marea.

El conde asintió en una clara muestra de acatamiento. Era lo menos que podía hacer, respetar los sentimientos de su hermana, aunque rayaran la fantasía, y respaldarlos por encima de todo lo demás, incluido los suyos.

—Seguiré cuidándolo hasta que abra los ojos. Y eso no será obstáculo para continuar con nuestras rutinas. Sienna y Diana apenas si consienten separarse de él, se turnan para tomarle la mano mientras la otra lee en voz alta. Evelyn viene a visitarlo casi todas las tardes y tomamos el té en sus aposentos. Cuando Cass despierte, sea el momento que sea, el día que decida hacerlo, encontrará a su familia velando su descanso. Todos a su alrededor.

—Las cosas saldrán bien —aceptó milord finalmente, una pulgada más persuadido por la firmeza de su hermana.

Se abrió una pausa, dilatada e incómoda, entre los dos. Conocedores de que ninguno era por completo franco. Hasta Elisabetta, que era la madre, perdía a ratos la esperanza. Claro que la perdía. Y Herrick House, probablemente la residencia más bulliciosa y feliz de todo Londres, lucía apagada, mustia, como sin vida.

—Todavía no puedo creer que haya sucedido algo así —volvió a gemir milady—. No sé cómo va a tomárselo Lucien cuando regrese de su luna de miel. Él y Flora, y el pequeño Colin. ¡Cielo santo!, llegarán tan felices…

—Sin mencionar la espeluznante noticia del asesinato de Philippa Logan.

Lady Elisabetta hipó y, asintiendo, se secó una gruesa lágrima.

—Rhysand y Henry remueven cielo y tierra buscando médicos en el continente —prosiguió transcurridos unos minutos—. Rhys está acudiendo a todos sus contactos en Oriente, en busca de doctores que puedan desplazarse hasta Inglaterra. Alguno hallará la cura para Cassian. Debemos conservar las fuerzas…

Quedaron en silencio, bebiendo a sorbitos cadenciosos, tratando de ordenar la maraña de malas ideas que les rondaban la

mente, hasta que Mortimer, el abnegado mayordomo de la casa, les anunció la llegada de una visita.

Miraron con curiosidad a las dos recién llegadas: la señora Fairfox, con un ostentoso sombrero de plumas e inexpresiva cara de circunstancias, acompañada de su hija Rose, pálida y demacrada como un fantasma traslúcido. El dueño de la casa se puso en pie enseguida para cumplimentarlas. Lady Elisabetta, en cambio, permaneció estática, contemplándolas desde su butaca con una pizca de resentimiento.

Casi una semana.

Prácticamente siete días llevaba Cassian postrado en cama sin recuperar el sentido y sin recibir la visita de su prometida. Solo una escueta nota dirigida a la familia donde expresaba su pesar por el terrible accidente.

—Lady Elisabetta. —Las dos mujeres hicieron una profunda reverencia ante la dama que las miraba sin verlas.

—Bienvenidas. Creímos que seguiríamos sin verlas.

Los llorosos ojos de Rose expresaron una angustia sin fin. Los de su madre apenas parpadearon un segundo, rehaciéndose en el acto.

—¿Cómo sigue? —se interesó la muchacha, con voz temblorosa.

Lady Elisabetta miró al suelo, a las alfombras, a la punta de sus lustrosos zapatos.

—Igual. No ha recuperado la consciencia.

—¿Puedo verlo?

Lord Herrick percibió una sutil reprobación en la mirada de la señora Fairfox, como si el pedimento de su hija fuera grosero o estuviese fuera de lugar. Pero la joven no le prestaba ninguna atención. Parecía a punto de clavar las rodillas en el suelo para suplicar, con el llanto a nada de brotar descontrolado.

—Claro que sí. Pediré a una doncella que la acompañe.

—Sus hermanos están con ella. También sus primas —aclaró milady, no fuera a pensar la estirada Fairfox que los dejarían a solas en una alcoba y sin carabina.

Con la llegada de dos miembros del servicio, un lacayo y una doncella, Rose abandonó la estancia y los tres adultos mayores se enfrentaron con tímidos carraspeos al embarazoso silencio.

—¿Le apetece tomar algo mientras esperamos, señora Fairfox? —ofreció finalmente el conde, deseoso de tapar, del modo que fuera, la falta de civismo de su molesta hermana.

—No, gracias, milord, estoy servida —rehusó la mujer con una sonrisa tirante—. Lamentamos mucho no haber venido antes. Es una situación delicada, acabábamos de cerrar el compromiso de un modo meramente informal y para mi esposo…

—Es como si el compromiso no existiera —recalcó la voz fría de lady Elisabetta.

Capítulo 3

Otras noticias mejores

—¿Cómo dice?

—No es que no lo entendamos. Ni siquiera alcanzamos a celebrar la fiesta para anunciarlo. Más aún, mi hijo no había llegado a comunicárselo oficialmente a su familia cuando..., cuando…

La dama calló de repente, al ser consciente de que hablaba de su hijo en pasado, como si ya no estuviera. La recorrió un estremecimiento espantoso.

—Bueno, simples formulismos —insistió la madre de Rose—. Los chicos se tienen afecto desde hace ya mucho tiempo y estando en casa…

—Cassian no debió ir a visitarlos ese día. No debió comprometerse con su hija. No debió ni acercarse siquiera.

Se levantó de un salto y con un breve «disculpen» mascado entre dientes, la hermana del conde se ausentó. Armand Fowler esbozó una tensa sonrisa de compromiso ante su visita.

—Tiene que disculparla. Está muy afectada por lo del accidente. Imagino que necesita, del modo que sea, encontrar un culpable.

—Desde luego, milord, pero sería un imperdonable error mirar en nuestra dirección. Tampoco somos necios, suponemos que milady esperaba otro tipo de enlace para su radiante hijo. Algo similar al de su hermano Lucien, con la hermana del duque, ¿me equivoco? En nuestra familia no hay títulos, señoría, pero sobra el dinero.

El conde le dirigió una mirada condescendiente.

—Tenga por seguro que los Spencer no precisan de fortunas ajenas. Y en ningún caso sería eso lo que mi sobrino andase buscando.

La señora Fairfox hizo amago de ponerse en pie. Milord se anticipó con el fin de despedirla, cuando una doncella bajó con premura las escaleras, el rostro radiante y un poco desencajado.

—¡Milord! ¡Milord! ¡El señorito Cassian! ¡El señorito Cassian ha despertado!

Cuando Rose entró en la alcoba en penumbras, sus ojos solo vieron a Cassian tumbado en el enorme lecho. Con la piel de nácar y los ojos cerrados. A su alrededor se arremolinaban las dos primas pequeñas, hermanas de lady Evelyn, y sus hermanos gemelos, idénticos como un copo de nieve a otro. Todos hablaban atropellándose, contándole cosas triviales como si realmente pudiera escucharlos. Como si reposara tumbado perezoso en su cama y no estuviera mucho más allá, entre la vida y la muerte.

—Y la tía Elisabetta está muy ofendida porque nadie de tu futura familia haya aparecido a visitarte… —estaba narrando Sienna Fowler cuando ella entró en el dormitorio.

La muchacha calló en seco y todos se volvieron a mirarla.

—Buenas… buenas tardes. Espero no molestar.

Uno de los gemelos corrió a recibirla.

—Señorita Fairfox, bienvenida. Adelante.

La mirada de Rose no se despegaba del lecho. Del hombre que yacía inconsciente en él. Mordiendo con afán las lágrimas para que no se desbordaran. Pasito a paso, muy despacio, casi como si en lugar de caminar flotara, se fue acercando al grupo que rodeaba la cama, percibiendo el ligero halo de hostilidad que los envolvía y la tocaba con sus dedos aceitosos.

Todos inclinaron las cabezas a modo de saludo, educados y corteses, pero sin articular palabra. Mucho menos de consuelo.

—Cassian, querido, seguro que puedes escucharme —balbuceó la muchacha, trémula, aceptando la silla que el otro gemelo le ofrecía.

—Les dejaremos intimidad unos minutos —decidió Varian. Los demás fueron a protestar, pero sus cejas marcaron una señal contundente—. Estamos justo ahí fuera, en la puerta. Por supuesto, ni siquiera cerraremos.

Rose lo agradeció con un cabeceo distraído.

Tomó la mano de Cassian entre las suyas. Estaba fría pese a la cálida temperatura de la alcoba. Sus largas y espesas pestañas dibujaban sombras contra sus pómulos. Y aquellos labios, llenos y marcados, tan propios de los Spencer, lucían secos y agrietados.

—Amor mío, no he podido venir antes, no sabes cómo lo siento. No me lo han permitido. Mi padre… —Un sollozo le quebró la frase por la mitad—. Mi padre considera que nuestra situación es irregular, al no haberse hecho público el compromiso y que no es adecuado que venga a visitarte. Yo… Cassian, no puedo vivir sin ti. Tienes que volver. Tienes que recuperarte. Por Dios, no me dejes, no se te ocurra dejarme.

Apoyó la mano del joven sobre su frente y por fin descargó las interminables jornadas de ansiedad y sufrimiento acumuladas, en forma de llanto liberador. Apenas podía respirar; dentro del pecho, el corazón encogido y los pulmones prisioneros de un cepo invisible que los oprimía sin piedad.

Tuvo la estremecedora sensación de que los dedos de Cassian se movían. Levantó la cabeza y observó su rostro. Tan atractivo y deseable como siempre. Rose se preguntaba cada día cómo es que alguien como él había terminado fijándose en ella. Ella, que no era nada excepcional, frente a un hombre magnífico que podría haber seducido a la dama de su antojo. En toda su vida no dispondría de oportunidades bastantes para agradecer al cielo aquel regalo, solía decir en sus oraciones de cada noche.

Y ahora, de repente, se lo arrebataban todo. Cuando estaba tan cerca de tocar la gloria con los dedos, la desposeían con violencia de lo que más ansiaba.

—Cassian, Cassian, quédate conmigo. No puedo perderte. No puedes dejarme…

Otra vez ese temblor casi imperceptible en sus dedos y a continuación, como el mayor de los milagros, sus párpados se separaron y Cass abrió los ojos. La luz color plata de sus iris pareció bañar la habitación por completo.

—¡Cassian!

—Rose. ¿Eres tú?

—Mi amor, ¡sí, sí, soy yo! Has despertado… ¡Ha despertado! —gritó, cayendo en la cuenta en aquel mismo instante de lo que acababa de ocurrir— ¡Ha despertado!

Los hermanos y primas que aguardaban en el exterior entraron como una tromba, solo para comprobar que lo que Rose Fairfox anunciaba no era una alucinación.

—¡Hermano! —resopló aliviado Jurian— ¡Estás vivo!

—Menudo susto nos has dado —lo reconvino Sienna con un puchero, aguantando las ganas de llorar.

—¿A qué esperamos? —irrumpió Varian igualmente conmocionado—. Avisemos a madre. ¡Avisemos a todo el mundo!

Un total de cinco médicos desfilaron por Herrick House a partir de aquel día, sumados al afable doctor que atendía a la familia desde siempre. Y el desalentador diagnóstico se repitió boca tras boca: Cassian Spencer no volvería a caminar.

Sería, el resto de su vida, un inválido que no podría desarrollar actividades cotidianas normales ni, con alta probabilidad, tener descendencia.

Lady Elisabetta se vio obligada a recluirse en su dormitorio y tuvieron que administrarle láudano para calmar sus ataques de nervios. El resto de la familia, superado el primer conato de entusiasmo, se derrumbó con estrépito.

—Intentemos que él no se entere. Hasta estar del todo seguros, lo mejor es que Cass no sepa nada —consideró juicioso el vizconde Rothgar.

Los demás estuvieron plenamente de acuerdo. Devastados y rotos, pero dispuestos a guardar silencio y lucir la mejor de sus

sonrisas ante el enfermo, para que no sospechara su terrible destino.

Una joven vida truncada sin esperanza de mejora o salvación.

Capítulo 4

A rastras

El desasosiego, la más desgarradora tristeza se apoderaron de la familia.

Dieron gracias a los santos porque Lucien y Flora continuasen en la ignorancia acerca de lo sucedido, también respecto de la muerte de Philippa, permitiéndose disfrutar de su hermoso viaje de bodas. Ya enfrentarían las malas noticias cuando volvieran. De poco serviría hacerlos regresar por anticipado con un motivo tan doloroso.

Solo Rhys persistía en su idea de traer un médico desde Corea que pudiera aportar un punto de vista diferente. Y ocupaba todo su tiempo en las gestiones precisas para lograrlo. El resto se

había rendido a la cruda realidad, aunque delante de Cassian fingieran estar de lo más felices e ilusionados con su recuperación.

Cuando la señorita Fairfox apareció acompañada de su doncella, el conde en persona salió a recibirla.

—Le agradezco que haya correspondido a mi nota de llamada, señorita.

—Faltaría más, milord. ¿Cómo se encuentra Cassian hoy?

—Podríamos decir que estable —concedió con tono grave—. Tome asiento, se lo ruego. Hay algo que debe saber.

Diez minutos más tarde, escogiendo las palabras más delicadas, las menos hirientes, lord Herrick había puesto a la prometida de Cassian al tanto de la verdad de su estado. La muchacha abrió con desmesura los ojos, separó los labios en varias ocasiones, como dispuesta a soltar un grito de desesperación, pero volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno. El conde temió que se desvaneciera allí mismo, sobre las alfombras de la sala.

—Están… ¿están seguros de eso que me dice?

—Todo lo seguros que pueden estar seis médicos después de un sinfín de exámenes. El diagnóstico, por desgracia, parece ser unánime.

—¿No hay ninguna posibilidad…?

—El doctor que mi sobrino Rhysand pretende traer del lejano Oriente, es posible que tenga una opinión distinta. Pero no podemos confiar en que tal cosa suceda. Ni siquiera tenemos la certeza de que pueda viajar, es un hombre muy anciano. Señorita Fairfox —se aventuró tras una larga y descorazonadora pausa—, ¿quiere usted despedirse?

Ella alzó vivamente la cabeza.

—¿Despedirme? ¿Despedirme por qué?

—Dadas las circunstancias, es de esperar que este compromiso no siga adelante. Y no crea, lo entenderíamos.

—Milord, estaré junto a Cassian hasta mi último respiro. Pase lo que pase, sea cual sea su estado. No me importa. Es el hombre que amo, con el que he decidido compartir mi vida.

«Nadie más que él me ha querido nunca. Ningún hombre posó sus ojos en la invisible Rose. Jamás».

—Entiéndalo, no podrá tener familia, y usted dedicará sus días a cuidar de un lisiado.

—Cassian es mucho más que un par de piernas o un cuerpo gallardo, milord. Su mente brillante, su corazón enorme, todo eso sigue intacto y son su esencia. Sepa que no hay muchos hombres que puedan comparársele.

El conde bajó la cabeza con un paulatino arqueo de cejas. Conocía el sabor de los amores de juventud, impulsivos y sin freno, como el que él mismo había sentido por lady Marian en su momento. Ese sentimiento que te empuja a creer que no habrá vida ni deseo tras el amor perdido. Que nada merece la pena si no es junto al ser querido. Sin embargo, los años pesan, dejan huella. Y la vida junto a Cassian, en sus condiciones, convertiría, con el tiempo, el inmenso amor de Rose de ahora, en amargo resentimiento.

Los dos serían seres infelices e incompletos.

Pero si es lo que ellos deseaban, adelante. No se interpondría.

—Espero que respete mi decisión… Siempre que Cassian acepte seguir adelante con nuestro vínculo —retomó ella con una tímida sonrisa triste.

—Le hemos hecho creer que sanará con el paso de los meses. Lo sé, puede considerarlo una crueldad. Pero le aseguro que es una actitud piadosa, tratamos de que su delicada salud no se resienta aún más con la noticia de que todo es en vano.

—Comprendo. Yo haría exactamente lo mismo.

—Sea prudente cuando esté con él, señorita Fairfox, se lo ruego. Intentamos que mantenga altos los ánimos. Todos los

médicos coinciden en afirmar que eso ayudará, si no a su recobro, al menos a que no empeore.

—Cuente con ello, milord. No diré ni una palabra.

De vuelta al hogar, el corazón de Rose latía atravesado por una espina. Si bien su decisión de mantener a salvo el compromiso era irrevocable, sería una completa necia de no admitir lo mucho que habían cambiado las circunstancias. Su idílica vida junto a un marido irresistible y vigoroso, rodeada de niños, todo convertido de repente en un espantoso borrón en el aire.

El coraje de Cassian, que no era ciego del todo, reducido a nada. A ratos podía vislumbrar su falta de confianza en una recuperación completa. Algo sospechaba.

¿Por qué, si no, le había insinuado incontables veces que deseaba verla feliz? Y ella había insistido en que solo lo sería estando a su lado, si bien cada vez con menor convicción. Cass sufría y ella no conocía la forma de aliviar su tormento.

Cuando llegó a la residencia Fairfox, sus padres la esperaban en el despacho del patriarca, con expresiones tan aciagas en sus

rostros, que a Rose se le encogió el alma.

—¿Se puede saber de dónde vienes?

—De…

—¡No hace falta que respondas! —bramó su padre ordenándole con un floreo de mano que se sentara—. Todos sabemos que te pasas el día rondando Herrick House. ¡Es hora de poner fin a todo este desvarío!

—¿A qué se refiere, padre? Debería entenderlo casi como mi deber, Cassian Spencer es mi prometido.

—Cassian Spencer es un inválido. Un lisiado que jamás tendrá una existencia normal. No pienso permitir que arrastre con él al infortunio a una hija mía.

—Le amo, padre, le aseguro que eso no me importa…

—Pero me importa a mí. Esta familia no es noble, y pese a ello, disponemos de más fortuna que la mayor parte de los aristócratas pomposos de Londres. Por desgracia, carezco de un hijo varón al que legar mis negocios, dependo de vuestros descendientes. Y tú, mi hija mayor, no te casarás con un desdichado que no puede engendrar hijos. ¿Me he explicado lo bastante claro?

Muy lentamente, como si despertase de una pesadilla, Rose empezó a entender la auténtica dirección de aquel sermón. El

objetivo que seguramente perseguía. Y el aire puso impedimentos a entrar y salir con normalidad de sus pulmones. Notó una aguda presión en el pecho que no le permitía respirar. Empezó a marearse.

—Tu hermana ha sugerido que, dadas las circunstancias, deberías casarte cuanto antes —intervino la madre con cierto empalago.

Rose giró con violencia la cabeza para mirarla. Los ojos empañados de ira.

—¿Mi hermana?

—Es natural, Rose, ella también quiere dejar de ser una muchacha soltera. Y tú eres la mayor.

—¿Desde cuándo da mi hermana las órdenes en esta casa?

—Bueno, al señor Fairfox y a mí nos parece una decisión muy acertada.

—¿Decisión? ¿Alguien ha decidido ya en mi nombre? ¿Otra persona que no soy yo determinará mi futuro? —se horrorizó la muchacha.

Ninguno de los presentes pareció haberla escuchado.

—Tengo al candidato ideal. Un compromiso anunciado por todo lo alto, un enlace rápido y todo resuelto —glorificó el dueño de la casa frotándose las manos.

—No te estarás refiriendo…

—Sí, a lord Meggins. Mi amigo, el ilustre lord Meggins, que ya hace tiempo que mostró interés por ofrecerte casamiento. Por fin conseguiremos el título nobiliario que tanto ansiamos.

—¡Pero ese hombre podría ser mi padre!

—Goza de perfecta salud. No me obligues a decir que aventaja en estado al señor Spencer, pese a sus años —rugió el señor Fairfox con impaciencia.

—Piénsalo, querida. El señor Spencer está en la situación que está, y no parece haber salida airosa para su desgracia. Tu hermana también quiere continuar con su vida, no desea esperar más, todos en realidad lo ansiamos —explicó la señora Fairfox con indulgencia.

Rose sintió que una súbita flojera se adueñaba de su cuerpo. Que los brazos y las piernas perdían la fuerza, no le obedecían. Su carácter pacífico y en exceso candoroso la convertía en víctima de los abusos de Amelia. Siempre había sido de ese modo.

—Hasta hace bien poco no le importaba casarse antes que su hermana mayor —replicó con un hilo de voz.

—Ahora, por fortuna, ha recapacitado ante nuestra porfía y las cosas se harán del modo correcto. Primero la mayor, luego la de

menor edad. No es apropiado que ella se despose mientras tú permaneces soltera.

—Que lo haga. Por mí no hay inconveniente. Esperaré a que Cassian se recupere.

—No harás tal cosa —interrumpió furioso el señor Fairfox—. Necesitamos… la familia necesita que os caséis lo mejor posible y cuanto antes.

—Yo no…

—¡Deja de poner pegas, niña estúpida! Tu cuento de hadas con el señor Spencer llegó a su fin. Él quedará por siempre atado a una silla de ruedas, si no ocurre algo peor antes, y tú te casarás con un barón y me darás herederos. Piensa en oponerte, y te llevaré al altar a rastras, no te quepa la menor duda.

Capítulo 5

Perdida

Rose Fairfox se hundió en la desesperación. Pero fiel a su personalidad sumisa y dócil de la que no sabía desprenderse, acató las órdenes recibidas y no regresó por Herrick House. Tampoco envió ninguna de las docenas de cartas que escribió para su amado. Se tragó las lágrimas, la desolación y la melancolía. Sus días mudos, llenos de angustia. Dejó de sonreír, de hablar. Se transformó en una sombra de la muchacha saludable que un día fue. Si se miraba al espejo no se reconocía, aunque al menos guardaba la esperanza de que al verla tan desmejorada, el vejestorio pretendiente la rechazara.

En ese aspecto tampoco quiso sonreírle la suerte.

Fijaron la fecha de la boda con una premura dolorosa y se vio remolcada a un matrimonio que la asqueaba, sin que su tormento y sus ruegos sirvieran para nada. Mientras a Cassian le suministraban remedios horribles para fortalecerlo, su prometida se casaba con un anciano, llorando con desconsuelo. La señora Fairfox se encargó de cubrir las apariencias frente a los invitados asegurando que el llanto lo provocaba su desbordante emoción.

Aquel día de celebración, Rose no era la única con un pesar como una losa aplastándole el espíritu: los remordimientos, la certeza de que su envidia y sus malos deseos para con su hermana y el señor Spencer habían desencadenado aquella interminable cadena de desdichas, devoraban a Amelia desde dentro. Su odio ante la felicidad de ellos había tenido, con mucha probabilidad, la culpa de todo.

¿Cómo repararlo?

Mirando a su pobre hermana, afligida y ausente, entregándose al pie del altar a un hombre detestable que aborrecía, tuvo la seguridad de que lo tendría difícil. En cualquier caso, según aseguraba su sabia madre, el tiempo acababa por curarlo todo. También curaría el alma rota de Rose.

Si pensaba eso se sentía más ligera, mucho menos malvada.

Mientras, en Herrick House, sin apenas conocer los detalles, solo interpretando su ausencia, la falta de noticias y finalmente, la referencia de su precipitada boda con un lord, Cassian terminó formando una bola apretada con su dolor y la dio por perdida.

Cassian

No sentir las piernas era la menor de mis desventuras. Llevaba más de dos meses postrado en aquella cama y las sonrisas impostadas y las promesas de mi familia ya no me bastaban. Mi ingenuidad, la ilusión de recuperarme del todo fue cediendo a la evidencia de que tal milagro no ocurriría. Y que esa y no otra era la razón de la huida de Rose.

No iba a recuperarme, la idea de volver a caminar no era más que un delirio estúpido que debía desterrar, por mi bien, cuanto antes. Me lo decía la repentina desaparición de la muchacha que estuvo a un paso de convertirse en mi prometida. Me habían desahuciado. O los médicos o su familia. O ambos a un tiempo. Ya no era digno de casarme con la jovencita de las mejillas sonrosadas.

Y siendo la primera mujer a la que había amado, mi primera marca, el sello primigenio de la incipiente pasión, la herida que dejaba era tan profunda como un abismo del que nadie adivinase el final.

Rose se había convertido en la esposa de un hombre sano. Con muchos años, sí, pero sano y en pleno uso de sus facultades. Alguien que podría atenderla, cuidarla y darle hijos, no un estorbo incapaz de algo tan simple como pasear por el parque, que reduciría su papel en la vida al de mera cuidadora.

Supe por mis hermanos y primas que la feliz pareja viajaría muchos meses por el continente tras el enlace. Y con todo ello, me repetí hasta la saciedad que debía olvidarla. La maldita providencia se había cebado con nosotros y nuestra frágil felicidad haciéndola saltar en pedazos por los aires.

No había nada que salvar. Mucho por lo que lamentarse. Pero sin remedio.

Ignoro si la firme decisión de mi madre de trasladarme a un hospital de heridos de guerra en el continente, concretamente en Suiza, que por lo visto obraba auténticos prodigios con sus pacientes, fue motivada por el ansia de apartarme de Londres y mi nudo de infernales recuerdos. Los que me provocaban las más

pavorosas pesadillas, los que me hacían despertar a medianoche sobresaltado, sudoroso y gritando.

Yo no tenía vida, carecía de futuro, así que, ¿por qué no?

Si eso la hacía feliz, viajaríamos. No tenía inconveniente.

Nos despedimos de mis hermanos, incluido un desencajado Lucien, recién llegado de su luna de miel, vapuleado por las noticias con las que se topó nada más pisar la ciudad, y mis preciosas primas, Evelyn en avanzado estado de gestación. Con sus mejores deseos de recuperación y la promesa de que nos cartearíamos cada semana.

Todo daba igual, era como el humo. Lo percibía tan lejano como ajeno. No me costaba ceder y decir que sí a todo, aceptar cualquier cosa que me pidieran sin siquiera meditarlo.

Creo que ese día, diciendo adiós a Herrick House, a mi familia, perdí definitivamente las ganas de vivir.

—Apuesto a que la mayoría de los doctores que me han examinado aventuraban que no sobreviviría a este viaje —comenté

irónico, como si el hecho realmente fuera gracioso o careciera de relevancia.

Mi madre me miró con ojos horrorizados, tal que si acabase de blasfemar.

—¡Hijo! ¿Cómo se te ocurre?

—Es una buena noticia, madre. —Oteé distraído por la ventanilla de la diligencia—. Hemos cruzado en barco el Canal de la Mancha y atravesado media Francia en carruaje. Y aquí sigo, entero. ¿O más bien debería decir *medio entero*? Ya que entero no volveré a estar nunca.

—No deberías creer que ciertas cuestiones tienen gracia, querido —gruñó milady amonestándome con los ojos—. Resulta de muy mal gusto hacer bromas acerca de algo tan serio.

—Piense lo que significa, que estoy mejor de lo que piensan. Y que los que me descartaron erraron… de momento. Estimo que no tardaré en darles la razón.

—Insisto. No es preciso ser sarcástico con aspectos tan desagradables de la realidad…

Mi tono jocoso se esfumó como una voluta de niebla bajo el sol ardiente, viniendo a sustituirlo un ronco rugido como de animal herido.

—La muerte habría sido una bendición comparada con esto.

Me oía hablar y no me reconocía en aquel hombre amargado y destruido que se despedía del mundo con cada sílaba. No es que me hubiera tocado en suerte ser la alegría de la casa, ese papel ya lo desempeñaban los gemelos. Si me apuras, hasta Lucien en sus mejores momentos. A mí me tenían por el callado, el juicioso, el más sesudo. El caballero responsable, el de una sola mujer, a diferencia de mis libertinos hermanos.

Tampoco es que a mis años fuera virgen e incauto. Había visitado burdeles en mis noches de juerga con amigos y los demás Spencer. Había disfrutado experiencias realmente escandalosas. Menos mal.

Sin embargo, jamás había tenido relación alguna con una dama hasta que apareció Rose. Y tampoco con ella dispuse de tiempo…

—Cassian —comenzó mi madre con tono lastimero—. Es cierto que la realidad que enfrentamos es… inesperada y terrible.

Contuve a duras penas una carcajada.

—¿Inesperada? ¿Terrible? —Apunté con la mano abierta mis piernas inútiles—. Madre, no sea indulgente. Lo es en exceso.

Sacúdase las culpas de encima y haga el favor de llamar a las cosas por su nombre, podré soportarlo.

—Te estás enfrentando a tu estado con cinismo y aspereza.

—¿En serio? ¡No me diga!

—Ese no es el camino.

—Va a tener que disculparme. Debería sentirme… ¿afortunado?

Mi madre calló porque el nudo atravesado en la garganta no le permitía seguir expresando lo que sentía. Yo tomé su silencio como un principio de rendición.

—La mujer con la que apenas llegué a prometerme se ha casado con otro. Viviré encadenado a esta silla de ruedas, si es que una existencia sin amor, sin familia y sin alicientes ni perspectivas, puede llamarse vida.

—Tienes a tus hermanos, tío, primas, cuñados, me tienes a mí, no nos has perdido.

—¡Por favor, madre! Me refiero a mis propios hijos, los que deseaba y no tendré jamás. A una mujer a la que amar, que se sienta orgullosa de su marido. A poder bajarme de esta maldita diligencia sin que dos mozos tengan que cargarme en brazos como si fuera un crío de pecho. A eso me refiero.

Noté el peso de la mano de mi madre posada en mi antebrazo. El apretoncito suplicando paciencia. Justo lo que no tenía.

—¿Me prometes que tendrás un poco de fe en la clínica a la que nos dirigimos? ¿En la efectividad de sus tratamientos?

—A estas alturas ya no puedo prometer nada. Me temo, madre, que la fe deberá tenerla usted por los dos.

Capítulo 6

Asignarme a nadie

Cassian

Con un verano ya avanzado, enfilando su recta final, bajo los límpidos rayos de sol, una ciudad como Lucerna hacía honor a su nombre. Resplandeciendo cual gema bien pulida.

Solo que yo no estaba para contemplaciones o alabanzas. Lo único que apreciaba con nitidez eran mis propias limitaciones, la ineptitud para moverme con independencia, el hecho de que una distancia de apenas pulgadas me pareciera infinita.

Trágicamente insuperable.

Por lo poco que pude avistar desde el carruaje donde me metieron con gran dificultad entre cuatro hombres, la ciudad tenía una configuración medieval casi intacta de gran belleza. Con puentes de madera cruzando el río y una luz especial que reverberaba en las esquinas de los edificios y en el agua, igual que un espejo.

—¡Santo cielo! —cuchicheó mi madre, asomada a la ventanilla del coche, tratando de bebérselo todo de un repaso— ¡Qué ciudad tan pintoresca! Qué diferente de Londres, ¿no te parece?

Hundí los ojos en las puntas de mis zapatos, desoyendo sus frases animosas. Mirar cosas bonitas me ponía de inmediato de mal humor.

—Para mí no existen las diferencias. Todo es exactamente igual aquí, en Londres, al otro lado del océano. Por si no lo ha pensado, no poder ponerse siquiera en pie sesga la visión que uno tiene de la realidad, madre.

Los blancos dientes de milady quedaron a la vista cuando sonrió.

—Bah, deja de refunfuñar por todo. Seguro que te encanta el lugar al que nos dirigimos.

Nunca estuvo en mi naturaleza ser respondón, tampoco demasiado rebelde, aunque las cosas empezaban a cambiar, notaba

esa llama brotar en lo más hondo de mi ser, incitándome a oponerme, por sistema, a todo cuanto me ofrecieran o comentaran.

La única y lamentable forma de rebelión que me quedaba, siendo un tullido.

La dichosa clínica resultó estar ubicada, ni más ni menos, que en un castillo de fría piedra color tostado, próximo a unas murallas defensivas con imponentes torreones. Pensé en mis hermanos Rhys y Lucien, los más aventureros de los seis Spencer, y en lo que habrían disfrutado escalándolas. E inmediatamente caí en la cuenta de que, pese a estar frente a ellas, recorrerlas con mi propio pie es algo que yo nunca haría.

En la puerta principal frente a la que frenaron los caballos, todo un séquito vestido de blanco aguardaba con amplias sonrisas angelicales. La portezuela del carruaje se abrió, el que capitaneaba el grupo se adelantó para ayudar a descender a mi madre y saludar.

—Bienvenidos, lady Elisabetta, señor Spencer. ¿Qué tal el viaje? Espero que haya resultado llevadero.

—Largo y terrible —rugí malhumorado—. Más que largo, interminable.

—Claro, claro —balbuceó azorado—. Me hago cargo.

—Lo dudo, doctor. Lo dudo mucho.

El médico dio algunas órdenes con gestos que no atendí y dos mozos grandes como torres se dispusieron a apearme del coche. Nuevamente me sentí un saco de comida para animales que portan de un sitio a otro. Casi sin darme cuenta me vi acomodado en una silla de ruedas que mortificaba mi pundonor y mi dignidad de caballero.

Uno de los mozos la empujó en dirección a la puerta mientras mi madre conversaba en perfecto alemán con el doctor, que probablemente ocuparía un alto cargo en la clínica, cuando no la dirección, y otro grupo mucho más numeroso daba cuenta de nuestro voluminoso equipaje.

—Deseo de corazón que su estancia en Weinmarkt sea fructífera y agradable, milady —comentó el galeno, ahora con fuerte acento extranjero en su inglés exquisito—. Hemos lidiado con casos muy similares al de su hijo, con inmejorables resultados…

—¿Alguno de ellos ha vuelto a caminar? —bramé desde mi posición, mucho más baja que sus cabezas.

El doctor me estudió con cara de circunstancias y una mueca compasiva en la expresión del rostro.

—Se sorprendería, señor Spencer. Muchos de ellos. Sepa que todo depende de la voluntad del paciente.

—Y no de la entidad de la lesión, obvio —ironicé conteniendo la risa—. El que me haya partido en dos la espalda no tiene la menor importancia.

—Si su espalda estuviese por completo seccionada, no le habríamos animado a viajar. Sería sencillamente inútil tenerlo aquí.

No supe qué replicar, salvo apretar con ira las mandíbulas y los puños. Nada de lo que se me ocurriera soltar por la boca daría ni lejano reflejo de la angustia que soportaba. No me interesaban las promesas vacías de curación, las descargas de responsabilidad a cambio de la fortuna que tocaba pagar a los míos. Solo quería morirme.

Mi silla pasó por delante de ellos dos y los vi cruzarse miradas de consternación.

—Pierda cuidado, milady —oí susurrar al médico a mis espaldas nuevamente en germánico—, le hemos asignado una cuidadora con un talento especial en casos como este. Y una paciencia sobrehumana, digna de encomio, debería añadir. Sabrá llevarlo.

Arqueé las cejas y me eché a reír, mordaz.

Íbamos a ver quién llevaba a quién.

Mi habitación era amplia y luminosa. Bien ventilada, amueblada con lo justo. A lo lejos, a través de las cristaleras de los altos ventanales, se veían las montañas de los Alpes. Un buen lugar para haber pasado el viaje de luna de miel con mi adorada Rose.

Mi mente voló por enésima vez a ella. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? ¿Cuánto habría tardado en olvidarme? ¿De verdad lo había logrado? Porque yo no sabía cómo sacármela de la cabeza. A qué recurrir para pasar página.

A mis piernas.

A mis pobres inservibles piernas incapaces de levantarse un palmo.

Al hecho de que ya no era un hombre completo, de los que se enamoran, se casan y hacen felices a sus esposas. De los que engendran hijos.

¿Qué era entonces? ¿En qué clase de despojo humano me había convertido?

En ese momento, caí en la cuenta de que mi madre llevaba un rato parloteando y yo no la atendía. Con toda probabilidad estaría

mostrándome el idílico paisaje, proponiéndome paseos por los senderillos entre jardines. Solo el cielo sabía.

No aparté la mirada del horizonte, del vacío en el que la había perdido desde mi llegada.

—Madre, estoy agotado. ¿Podría dejarme descansar un rato?

Ella detuvo su lengua y me miró clemente.

—Sí, desde luego, qué desconsiderada soy. Yo también necesito calma tras el prolongado viaje.

—Me gustaría comer algo aquí mismo, en mi habitación, si es posible.

—Hablaré con la gente al cargo. No te preocupes, hijo mío. Cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedírmela. Para eso estoy aquí.

—Usted… ¿Usted va a quedarse todo el tiempo?

Mi madre pestañeó con desconcierto. Dolida en el fondo, que la conozco.

—¿A qué te refieres con «todo el tiempo»?

—A las semanas que estemos aquí hasta… hasta que este plantel de doctores también me desahucie y volvamos a Londres con el rabo entre las piernas.

—Cassian, hijo.

Corté sus lamentos con un gesto rotundo de la mano.

—Sabe que es la verdad. Que después de todo, es lo que ocurrirá. Podemos ponernos, si lo desea, una venda en los ojos. Yo, de hecho, la llevo puesta desde hace meses. ¿La ve, madre? ¿Es capaz de verla?

La pobre mujer tenía los ojos húmedos. Sacudió a un lado y otro la cabeza como si valorara la rendición. Pero no.

—Independientemente de tu pesimismo inadmisible, ¿acaso te estorbo?

—Tengo la impresión de que se toma este viaje como unas vacaciones —silabeé con amargura.

—No sé, supongo que estoy emocionada con todo esto. El desplazamiento, la ciudad en el continente, las buenas intenciones de los médicos, sus opciones esperanzadoras…

—No se engañe, madre. No vamos a ninguna parte. Esto es perder el tiempo lejos de casa, igual que lo perdíamos estando allí. Aunque mucho más caro. Buenas noches.

Capítulo 7

Café o té

Cassian

—¿Le apetece un café? ¿Té? ¿Bizcocho o pan? ¿Prefiere galletas? ¿Gachas dulces?

Desperté confuso, completamente aturdido, sin saber a ciencia cierta dónde me encontraba. Sin reconocer el dormitorio, buscando el dosel de mi cama de siempre, sin encontrarlo. Me dolía cada hueso del cuerpo, posiblemente a causa del traqueteo del viaje desde la lejana Inglaterra, que empezaba a cobrarse su precio.

Y aquella voz desconocida torpedeándome el oído.

—¿Quién demonios es usted?

Sobre mí se inclinaba el rostro de una mujer joven. Un nido de bucles oscuros sujetos por una cofia y la sonrisa más deliciosa que había visto en mi vida. Una imagen que se tornó borrosa enseguida, gracias a mi rabia contenida.

—Soy su cuidadora. Enfermera Park. Emily.

Estiró una mano y me la colocó por delante. La miré como si fuera una anaconda dispuesta a devorarme la extremidad completa.

Ella me incentivó con un sube y baja de cejas y un ruidito extraño.

—Pretende que… ¿se la estreche? —me horroricé.

—Estaría bien.

—A las damas no se les estrecha la mano, por todos los santos.

A ella no pareció importarle mi excusa.

—Aquí sí. Sería muestra de la educación propia de un perfecto caballero inglés.

Detecté cierto matiz de burla en su frase hecha.

—Debo suponer que el caballero perfecto soy yo —recalqué con frialdad.

Park mantuvo imperturbable su ofrecimiento en forma de mano extendida.

—Usted sabrá, señor Spencer. ¿No se tiene por tal?

—Creí que los lisiados sin remedio perdíamos todo título, honra y condición.

—Se me está cansando el brazo —me advirtió algo menos amable.

Volví a repasarla como si fuese un insecto.

—Pues bájelo. En ningún momento he dicho que tuviera intención de aceptarla. Le repito: los caballeros no estrechamos las manos de las damas. En todo caso las besamos.

Ella apretó los labios y pegó el brazo al costado.

—Un caballero que no mantiene las formas —calificó entre dientes.

—¿Cómo ha dicho?

—Que qué desea desayunar. Están esperando la orden en cocinas.

—Puede irse, no tengo hambre. —Giré el cuello y con mucho trabajo y un esfuerzo supremo por parte de mis músculos, recompuse mi postura en la cama, encarando la pared para darle a ella la espalda.

—Vaya. Por lo que tengo entendido, no cenó anoche y sigue sin tener apetito. Le traeré un jarabe, a ver si se lo estimulamos.

—Guárdese sus jarabes, señorita…

—Park. Emily Park. Enfermera titulada asignada a su tutela.

—Pues eso mismo. Guárdese sus medicinas y sus desayunos. Y ya que estamos, llévese también sus frases corteses y sus cumplidos. Deseo estar solo.

—Muy bien, señor Spencer. Como guste.

¿No pensaba discutir? Estaba convencido de que insistiría. ¿Así era como desarrollaba su tarea de cuidadora? ¿Matándome de hambre? Un inoportuno rugido de tripas me dejó en evidencia. Suerte que ella ya estaba cerca de la puerta.

—Señorita…

—Diga, señor Spencer.

—¿Mi madre ha desayunado?

—Bien temprano, en una de las terrazas exteriores, al sol.

Lo siguiente que escuché fue la puerta cerrarse.

Y el ominoso silencio cayéndome encima. Envolviéndome como un sudario.

Me arrebujé en las suaves colchas y traté de dormir. Pero tenía demasiada hambre.

La frustración y la furia me ayudaron a pasar la mitad del día. Medio mareado de inanición, recordando la desfachatez de la

señorita Park, el modo indolente e insultantemente simple en que se había desentendido de mí para marcharse y no volver. Debería haber insistido. Era su obligación. Aparecer con una bandeja o algo parecido para que yo pudiera volver a rugir y a despreciársela. Pero no.

La muy descarada me había abandonado a mi suerte.

Pondría una queja ante la dirección. Sí. Eso haría.

Tras dar cinco mil vueltas infructuosas sobre el colchón sin conseguir adormecerme, opté por hacer sonar la campanilla que tenía sobre la mesita cercana. Rezando para que no fuese esa cuidadora insolente la que respondiera a ella. Por fortuna no. Apareció una mujer mayor con una cálida sonrisa permanente entre los labios.

Igual que la señorita Park.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Spencer?

—¿Podría…? ¿Podría traerme algo de comer? Nada especial, algo ligero.

—¿Se ha tomado sus medicinas?

—¿Qué medicinas? Que yo sepa no tengo prescrita medicación alguna.

—Todos la tienen. Y los horarios son incontestables, señor. Las pastillas y los remedios a sus horas, las comidas a…

—A sus horas también, sí, lo voy entendiendo. Será que acabo de llegar y todavía no han establecido mis programas. No se preocupe, es mi primer día, arrancaremos mañana mismo. De momento tráigame algo de…

—Debería consultárselo primero al doctor. O a la señorita Park —insistió la mujer, que ya empezaba a no caerme tan bien.

—¿Quiere hacer el favor de atender a lo que le pido? Tráigame el desayuno, el almuerzo y el tentempié del té que no me he tomado —silabeé a punto de perder la paciencia.

—Son las siete de la tarde, señor, debería estar preparándose para dormir.

—Precisamente por eso. No estoy dispuesto a embarcarme en la noche con el estómago vacío. Y avise a mi madre. No la he visto en todo el día.

Como dejé de mirarla, no sé qué cara puso. Lo que sé es que por fin se esfumó, porque oí cerrarse la puerta.

Como con la señorita Park.

¿Se habían puesto todos de acuerdo, incluida mi señora madre, para desampararme?

Al cabo de un rato que se me antojó una eternidad, apareció milady, pero ninguna bandeja. Y mi necesidad ya no tenía medida. La recibí con un aspaviento.

—¡Madre! ¡Por fin! ¿Dónde se mete?

Sus pestañas se batieron cándidas e inocentes.

—¿Dónde iba a estar en un primer día? Conociendo el lugar, recorriendo estos jardines sin parangón, cambiando impresiones con el equipo médico… ¿Te gusta tu habitación?

Gruñí algo ininteligible.

—La mía también es preciosa. Mucho menos… práctica, por descontado. Algo más decorada en un rutilante estilo francés. Era de esperar, puesto que este espacio debe acomodarse a tus terapias y servir para…

—Madre, ¿ha comido? —la arrollé.

Se encogió de hombros como si no entendiera la pregunta.

—¿Cómo que si…? Claro que he comido. Tres veces ya. Debo decir que habría que felicitar a las cocineras de este lugar, qué delicia todo…

Puse los ojos en blanco.

—A mí me tienen a pan y agua. Y es un decir. El pan no lo he visto siquiera.

Mi madre ahogó un ligero suspiro y se dejó caer en la silla cercana al lecho.

—Según me han informado, no tenías apetito y pediste descansar.

—¡Pero no todo el día! —me solivianté.

—Bueno, es posible que no te explicaras adecuadamente.

—O que la cuidadora que me han asignado sea una necia que no entiende el inglés. ¿Es que voy a tener que entregar un manual de instrucciones para que me traten como a un ser humano? —bufé descompuesto—. Me han tenido solo y desatendido el día entero. Sin comer. Sin beber otra cosa que un poco de agua. ¡Incluida usted! —la acusé con resentimiento.

—¿Yo? —se escandalizó—. No. No me metas en tus trifulcas. Ahora mismo doy orden a ver si pudieran prepararte cualquier cosa.

—Cualquier cosa. Suena fatal —maldije al tiempo que mis tripas cantaban ópera.

La culpa la tenía esa odiosa señorita Park. Estaba seguro de que ella lo había enredado todo a conciencia con explicaciones confusas, en una suerte de venganza personal.

Me las iba a pagar.

Capítulo 8

Historia a dos voces

Cassian

Dormí con un ojo abierto, esperando ver amanecer y aparecer por la puerta a la detestable enfermera responsable de mi martirio. Después de una única comida frugal en todo el día anterior, me encontraba más débil y mucho más furioso que antes.

Verla aparecer con cara de inocente debutante y una sonrisa resplandeciente, como si tuviera limpia la conciencia, me sacó literalmente de mis casillas. Pero me contuve para no darle la satisfacción de ser el primero que atacaba.

—Vaya, veo que ha vuelto.

—Yo siempre vuelvo, señor Spencer. Buenos días, ¿ha descansado bien?

—Perfectamente, muchas gracias.

Fue a abrir la boca, y me adelanté.

—Té bien cargado y bizcochos. Que estén tiernos y con poca azúcar, por favor.

—Perfecto, señor Spencer. —Otra sonrisa almibarada—. Transmito de inmediato su encargo a las cocinas.

—¿Ya no piensa administrarme su veneno para incentivar el apetito?

—¿Veneno? —Soltó una risilla alegre—. Qué cosas tiene. No sufra, durante su estancia tendrá medicinas de sobra. Si el gusto de alimentarse le viene de natural, no será necesario recurrir a ningún medicamento. Lo consideramos más deseable.

—Sepa que no pienso tomar bebedizos de ningún tipo —la desilusioné, esperando leer la contrariedad en su cara.

Fue como si no me escuchase. O le importara un bledo lo que acababa de oír.

Se inclinó sobre mi cama, deslizó la mano por debajo de mi nuca y me robó impunemente la almohada. La extrema cercanía de

sus pechos, tan cerca de mis labios que casi podría haberla lamido, me incomodó de una forma inexplicable.

Vi cómo le atizaba unos cuantos golpes furibundos al almohadón con las manos abiertas y volvía a recolocármelo bajo la cabeza. Quise gritar, reprocharle muchas cosas, en concreto que me tocara de aquel modo indecente y, sin embargo, la garganta la tenía seca como un puñado de arena.

Estaba tan molesto con aquella mujer…

—Vaya con cuidado, por favor —le advertí—. No me zarandee, me duele la cabeza.

—¿Quiere que le traiga un remedio para aliviarse?

—Quiero que encargue mi desayuno cuanto antes.

—Por descontado. Enseguida vuelvo.

Resoplé, aliviado por perderla de vista. Si pensaban que sería un enfermo dócil, sometido de buena gana a las terapias estrambóticas que seguramente pondría en práctica aquella gente, iban listos. Pensaba ponérselo pero que muy difícil.

Emily

Menudo encarguito me había endosado el director Hoffman. En cuanto me llamó a su despacho y anduvo dando rodeos casi veinte minutos, alabando mi sempiterna sonrisa, mi infinita paciencia bíblica y mis dotes para la psicología antes de atacar el tema principal, ya me barruntaba yo que no tardaría en pedirme algo desagradable.

El inglés de último ingreso.

Un tipo remilgado, engreído, estirado, como era usual en casi todos los de buena cuna sin importar la nacionalidad, pero que siendo británico se disparaba al infinito. Que te miraban por encima del hombro confundiéndote con una criada solo porque vestías uniforme y te mostrabas servicial. Un paciente insoportable, poco dispuesto a colaborar, deprimido y hundido por su mala suerte.

He de decir, que mi natural empatía me empujaba a ser benévola. Conocía su historia, un joven sano, a punto de comprometerse con la mujer de sus sueños, veía truncada su vida por culpa de un absurdo accidente. No quería vivir. Había perdido la alegría al mismo tiempo que sus planes de futuro. No podía decir que no lo comprendiera. Sin embargo, la clínica donde prestaba mis

servicios estaba plagada de casos extremos, todos espantosamente tristes, sin excepción, pocos de ellos derivados de un paseo a caballo: más bien de arriesgar la vida en loable defensa de la nación.

En el caso del señor Spencer, por razones obvias, en particular su falta de fe, iba a resultar harto complicado lograr que se involucrara en ningún tipo de tratamiento.

Lo cual, conociéndome, tomé como un provocador desafío, por supuesto.

La tarea se preveía difícil, pero no imposible. No para mí, que había sacado del fondo del pozo a los soldados más destruidos del campo de batalla. Con heridas no solo físicas, también emocionales, pavorosos traumas y vacíos imposibles de colmar.

Obligarlo a participar por la fuerza no daría resultado. Debía conseguir que el tal señor Spencer *deseara* intervenir. Que *suplicara* acceder a su papel protagonista en la función. Solo así tendríamos una mínima posibilidad de éxito.

Por eso, ante su negativa y malhumor del primer día, opté por dejarlo solo, como solicitaba, y hambriento, como él mismo, puede que sin ser consciente, ordenó.

Su orgullo le pondría muchas piedras en el camino. Estaba convencida de ello. Y allí estaría yo, dispuesta a ayudarlo a retirarlas.

Lo que no esperaba es que el señor Spencer fuera tan apuesto.

Cierto que estaba pálido y ojeroso. Que sus ojos tenían esa opacidad mate de las pupilas que se han cansado de ver y quieren mantenerse al margen del mundo. Que respiraba superficialmente como si no le interesara seguir viviendo más de lo preciso. Pero era alto, muy alto, y estaba bien formado. Su cabello oscuro bastante revuelto por su titánica lucha contra los almohadones le otorgaba un aire aventurero de héroe romántico, muy incoherente con el entorno. Sus ojos eran del color del humo que asciende en columnas, aunque el descontento y la rabia los hubiese oscurecido. Y sus labios…

Sus labios eran toda una llamada al pecado.

Particularmente para alguien como yo, inexperta en las artes amatorias, que solo había recibido el tímido beso de un chiquillo de la finca vecina, al cumplir los trece años, una aterradora tentación.

Por encima de sus malos modos y su grosería, el señor Spencer podía hacer fantasear a cualquier mujer con cosas muy prohibidas y tan indecentes como sus ganas de salir huyendo.

Por su propio pie, a poder ser.

Algo de todo punto inalcanzable en aquel momento.

Ese segundo día lo vi comer de buena gana, reprimiendo las ansias de un estómago alborotado y hueco por demasiadas horas de vacío. Masticaba y me miraba de reojo. Sin rechistar. Yo me había sentado en una silla frente a él y me limitaba a estudiar sus gestos con una leve sonrisa instalada entre los labios.

Por fin, cerca del final, cuando ya no quedaban ni las migas, perdió la poca paciencia que a duras penas parecía sostener.

—¿Piensa hacer eso siempre?

—¿A qué se refiere, señor Spencer?

—A sentarse ahí y mirar cómo me alimento.

—Bueno, soy su cuidadora. Comprobar que lo hace y cómo, que toma sus medicinas cuando corresponde, entre otras cuestiones, es parte importante de mis labores —expliqué sin perder un ápice de calma.

—Resulta desagradable.

—Pues lo lamento mucho.

—¿Lo lamenta? ¿Y qué más?

—No hay nada que pueda hacer. Son las normas de la clínica.

—Mi familia no está gastándose una fortuna en este espantoso lugar para que yo cumpla normas.

Debí decirle que sonaba a rabieta de muchacho malcriado. Pero era un cliente del sanatorio al fin y al cabo, no se me estaban permitidas ciertas libertades.

—Todas las instituciones deben tenerlas, señor. Es básico para un funcionamiento ordenado. Estoy segura de que lo entiende.

—No quería venir. Nunca quise.

Sin responder a esa provocación, que había sonado menos belicosa y más lastimera, dejé el asiento y recogí el servicio de desayuno en la bandeja. La deposité bien ordenada en una mesita auxiliar de donde más tarde la retirarían, y me acerqué a ahuecarle las almohadas a mi paciente.

Me miró con pavor, apretándose contra el cabecero de la cama en una clara intentona de escape a ninguna parte.

—¿Qué le sucede?

—No se acerque a mí de ese modo.

—¿De qué modo?

—No es decoroso, señorita. Debería…

Me erguí con las manos apoyadas en las caderas y le dirigí una mirada reprobadora como la que le endosaría a un niño mal educado.

—Señor Spencer, usted aquí es un paciente, no un irresistible caballero de los bailes londinenses. Y yo no soy ninguna señorita. Soy su enfermera, responsable de sus cuidados y su bienestar. No tiene de qué preocuparse. Conceptos anticuados como el decoro y lo apropiado no tienen cabida en esta situación nuestra.

—¿Anticuados?

—Eso he dicho —afirmé con energía.

Sin permitir que me frenara una segunda vez, le sujeté la nuca y saqué la almohada. Enredar los dedos entre los rizos de su cabello oscuro me causó una especial turbación y un hormigueo en las yemas que tardé mucho en entender.

—En una cosa tiene usted razón, Park.

—¿Ah sí? ¿Eso cree? —Mis ojos lanzaron un destello ilusionado— ¡Qué alegría escucharlo, señor Spencer!

—No es usted ninguna señorita.

Capítulo 9

Masajes y otros espantos

Cassian

La enfermera gozaba de la virtud de no ceder a mis provocaciones. Supe que había sido grosero nada más soltar aquello por la boca, pero no podía controlarlo, mantener la compostura con ella delante era superior a mis fuerzas.

Me irritaba.

Quizá no fuera del todo culpa suya. La frustración y la rabia acumuladas bullían y tendrían que explotar por alguna parte. Mi

estado de ánimo, retorcido como un cordel viejo, me obligaba a descargar aquella devastadora sensación de fracaso contra alguien y la señorita Park era la que tenía más a mano.

Injusto, lo sé. La pobre chica solo cumplía con su obligación. No obstante, yo quería perderla de vista cuanto antes. A ella y a todo lo que implicaba necesitarla.

Eso quería.

—Es posible que solicite un cambio de cuidadora —advertí con el ceño fruncido—. Noto que usted me altera.

—Cualquier petición debe dirigirla a dirección. Allí la atenderán sin demora.

¿No pensaba molestarse? ¿Una ofensa pequeña al menos? ¡Qué mujer tan indiferente y fría!

—¿Qué se supone que está preparando? —indagué al notarla tan callada, reuniendo toallas, con una botella de algo especialmente pegajoso en las manos— ¿Urdiendo otra venganza en mi contra?

—Nada de eso, señor Spencer. Es la hora de sus masajes.

—¿Qué masajes?

—Antes de empezar con las terapias propiamente dichas, tenemos que recuperar la fortaleza perdida. Su organismo se ha debilitado desde el accidente, es lo natural, y los preparados que le

recetarán los doctores y los masajes que voy a darle, activarán su circulación sanguínea, elevarán sus defensas y prepararán el terreno para lo que vendrá luego.

La vi aproximarse y sufrí un temblor.

—Quiero marcharme. Volver a Londres, a mi casa.

No respondió. Detestaba esa costumbre suya de responder solo a ciertas preguntas, desoyendo el resto si no le convenían.

—¿Me ha oído? —chillé desquiciado.

—Señor Spencer, aquí se hará lo que usted mande. Weinmarkt es un lugar de recuperación y reposo, no una cárcel. Si quiere comer, habrá platos en su mesa. Si prefiere ayunar, no lo presionaremos. Si lo que desea es estar solo, nadie va a molestarle. Pero marcharse, abandonar sin intentarlo siquiera… El día de mañana, ¿soportaría quedarse con la duda?

A duras penas retuve una carcajada. La más amarga que habría proferido en mi vida. Seguro. Porque tenía mis reticencias a pensar en el día de mañana.

—¿Qué duda?

—No confía en que podría conseguirlo, ¿verdad?

—¿Con franqueza? Desde luego que no. Váyase, Park, déjeme en paz.

En lugar de acatar en silencio la orden como esperaba, la muchacha dio otro paso adelante con la repugnante botella en la mano. La cólera me subió desde el vientre a la cabeza como un fogonazo incontenible. Levanté un brazo, encantado de que al menos ciertas partes de mi cuerpo aún me obedecieran con vigor, y de un manotazo le arrebaté el recipiente de cristal que voló por los aires antes de hacerse añicos contra el suelo.

—¡Que se vaya, le digo! ¡Déjeme en paz!

La expresión de confusa sorpresa en los ojos de la enfermera solo duró un instante. Enseguida se mordió el labio inferior y se agachó a recoger los pedazos. Yo retiré la mirada para hundirla en la pared. Me había parecido distinguir un brillo de tristeza en sus ojos enormes y no me había gustado. De hecho, trataba de hablar sin mirarla a la cara. Miraba al techo, al suelo, a las paredes, las ventanas eran un magnífico recurso. Cualquier punto valía con tal de no establecer contacto visual con ella, no fuese a pensar que me calaban sus sermones o que terminaríamos siendo amigos.

También porque era demasiado bonita. Las enfermeras no tenían por qué ser atractivas, debería estar prohibido antes de concederles el uniforme.

—Enviaré a alguien enseguida para que limpie todo esto —la oí susurrar.

Apreté las mandíbulas con fuerza. Someramente arrepentido de mi arranque de violencia. Cassian Spencer no era, ni había sido jamás, un hombre impetuoso que cediera a los impulsos brutales a ciegas. Era la situación. Aquella situación delirante contra la que nada podía hacer y que terminaría por volverme completamente loco.

Debí disculparme, y sin embargo no lo hice. Dejé que ella recogiera los cristales y luego se marchara, antes de dejar correr las lágrimas de desesperación por mi rostro, empapando las sábanas.

No volví a ver a la enfermera Park en todo el día. El resto del tiempo lo pasé dormitando gracias a unas tisanas relajantes que me proporcionaron, o acompañado de mi madre, que ensalzaba las bondades de la naturaleza en aquel lugar de ensueño.

Yo no lograba dejar de darle vueltas a la cabeza.

La había tratado mal, mi conducta para con Park merecía un reproche. Al fin y al cabo, se trataba de una mujer, no necesitaba ser

una dama para merecer el mayor respeto por mi parte. Lo que había hecho era inaceptable, no tenía perdón. Sin embargo, guardé obstinado silencio y mi madre siguió sin saber nada de lo sucedido porque me avergonzaba demasiado contarlo.

—Las terrazas son increíblemente hermosas. Deberíamos salir juntos mañana, después del desayuno, que te dé un poco el sol.

—No quiero que me dé el sol, madre —gruñí amodorrado.

—Es beneficioso para la salud. Y en Inglaterra es tan escaso… Está decidido. Hablaré con los doctores para que te saquen al exterior un par de horas. Ahora protestas, pero te vas a alegrar, tienes mi palabra.

—¿Ha visto a mi enfermera?

—No, ¿necesitas algo? Puedo pedirte lo que sea.

—Imagine que esa entrometida tenga algo que decir a mis baños de sol. A lo peor no los considera convenientes y me los prohíbe.

—Pensaba pedir permiso a los doctores. Ella no…

—Manténgala al margen, si puede. Es lo mejor.

—Muchos internos salen cada día a las terrazas. Cuando entre el otoño nos cansaremos de interiores y buenas chimeneas —cotorreó cantarina—. Por no hablar de las nieves del invierno.

Le dirigí una mirada horripilada, despegando la cabeza de los almohadones con sumo esfuerzo.

—¿Cuántos meses pretende quedarse en este lugar?

—Evidentemente, los que hagan falta.

—Los que hagan falta, ¿para qué?

—Para curarte.

Me subió un calor insoportable por el cuello arriba. Procedente de las mismísimas hogueras del infierno que venía a explotarme en pleno rostro.

—¡Abra los ojos, madre! ¡No voy a curarme! No saldré por esa puerta caminando como antes del accidente, ¡olvídelo! Porque yo no paro de repetírmelo cada segundo de esta asquerosa y detestable vida que me ha tocado en suerte.

—¿No te contentarías con mejorar?

La pregunta me dejó perplejo. Más perplejo aún que el hecho de que mi madre mantuviese la calma.

Mentiría de decir que la esperaba. Implicaba una opción viable que no me había permitido plantearme en mi cerrada desesperación.

—Piénsalo, Cassian, querido. —De un momento a otro, la voz de mi madre se quebraría por la emoción—. Puede que nunca

vuelvas a caminar con normalidad. Pero ¿y si llegases a estar mucho mejor que ahora? ¿No bastaría? ¿No haría que todo esto valiera la pena?

Hundí la cabeza contra el pecho. Me negaba en redondo a ilusionarme con falsas esperanzas de futuro que no se cumplirían. A ver una llama ardiendo en el horizonte solo para, después de lograr alcanzarla con infinitas penurias, descubrir que había sido un espejismo.

No me aferraría al aire vacío. Menos aún con ambas manos.

Un graznido agudo y sumamente molesto proveniente del exterior, me sacó de mi ensimismamiento. La ventana estaba cerrada y no pude ver de dónde procedía, pero se repitió en un par de ocasiones, desquiciándome los nervios.

—¿Me acompañarás a tomar el sol? Te contaré noticias de casa.

—¿Han escrito?

—Todos, cariño. Todos y cada uno de los Fowler-Spencer te mandan saludos y buenos deseos. Confían en ti.

Capítulo 10

El graznido

Cassian

Cedí a los chantajes emocionales de mi madre, porque me apiadé de ella mucho más de lo que me apiadaba de mí mismo.

No solo no confiaba en curarme. Si me apuras, eso era lo de menos. Es que no lo deseaba. Lo único que tenía claro y meridiano entre la negrura que provoca el dolor más intenso, es que no quería vivir. No veía incentivos para pelear por una existencia atado a una cama, una silla de ruedas, sin poder disponer con libertad de mis movimientos, sin amar a una mujer en el total sentido de la palabra.

Sin Rose.

Su esencia había empezado el tortuoso camino del desvanecimiento en mi memoria. La recordaba, pero difusa. Con la amargura que conlleva la absoluta falta de noticias, el no verse. Era lógico no esperar cartas de una mujer casada. Yo ya no era su prometido, no era nadie en su vida, dejé de representar cosas importantes. Sin embargo…, de estar en su lugar, yo lo habría hecho. Entregándolas a otra persona, dirigiéndolas a mi madre, pidiendo a una amiga que las escribiese por ella.

Si se tenía voluntad existían mil maneras.

Rose no recurrió a ninguna.

Apuré el café de mi taza, realmente bueno, y reparé en que tampoco esa mañana se había pasado mi enfermera a comprobar que no había muerto durante la noche. Noche que había pasado en vela, no solo a causa de las molestias de siempre, sino por culpa de aquel insistente graznido fijo en mi ventanal sur, un ruido que me taladraba el cerebro y me repiqueteaba en las sienes con tesón. Estaba a punto de aullar de frustración cuando recordé la oferta de mi madre.

Las terrazas.

El sol.

Silencio absoluto. Tranquilidad y calma.

Unos nudillos presurosos golpearon la puerta para empujarla antes de que yo acabase de conceder permiso. Mi enfermera, por fin. Con la cabeza gacha y algo menos sonriente que de costumbre. Menos mal, iba a resultar que era humana y que los agravios la afectaban. Era más que consciente de que debería disculparme por mi comportamiento desatinado de la última vez, pero no lo hice.

Lo habría hecho en otras circunstancias. No habiéndome convertido en un desgraciado mutilado con el que nadie quiere tratos y que se avergonzaba de sí mismo.

—¡Hombre! —ladré con irritación— ¡Qué sorpresa! Usted por aquí.

—Ya sabe que yo siempre vuelvo.

—Eso me temo. Menuda desdicha.

—¿Qué tal ha amanecido, señor Spencer? —se interesó sin acusar el insulto— ¿Ha dormido bien?

—Ahora que lo pregunta, le diré que no. Hay un ruido fastidioso e insufrible ahí, justo tras el ventanal, que me está trastornando.

Ella no interrumpió su tarea, recogiendo las sobras de mi desayuno y ocupándose de revisar las mantas de mi lecho de convaleciente amargado.

—Veré qué puedo hacer mientras está usted fuera. Porque ha pedido salir a la terraza con milady, ¿cierto?

Asentí con un brusco movimiento de cabeza. Esperaba que mostrase alegría, satisfacción o algo parecido, pero no dijo nada.

—Diga al menos que se alegra.

—¿Serviría de algo?

—Considero que entra dentro de sus obligaciones.

Ella arqueó las cejas con mucha gracia.

—Sepa que es usted extremadamente antipático, señor Spencer.

—¿Eso piensa de mí? Pues no sabe cuánto me satisface. No he venido aquí a ser su amigo.

Sus ojos, que me habían evitado desde su entrada, igual que los míos la esquivaban a ella, se clavaron en mi rostro con una intensidad que me vapuleó. Por primera vez quedé atrapado en la red de aquel brillo sobrenatural, unos iris hipnóticos como dos pozos directos al centro de la tierra.

—¿Y a qué ha venido?

Por supuesto, no respondí. Con toda probabilidad, habría balbuceado.

—Dígalo —me retó—. No tenga miedo de oírse decirlo en voz alta. ¿A qué ha venido?

Si pensaba que diría «a curarme», se equivocaba.

—A darle gusto a mi madre. A mi familia, que todavía cree ingenuamente que se obrará un milagro.

Park destapó la ropa de cama de un formidable tirón y tomó mis piernas por debajo de las rodillas, haciéndolas girar hasta dejarme sentado con los pies apoyados en el suelo. Aunque no pudiera sentirlo en mis plantas descalzas.

—Y los milagros no existen, señor Spencer —sentenció con gravedad—. Usted y yo lo sabemos.

Retrocedió unos pasos y me miró de lejos. Sin dejar de preguntarme qué estaba viendo en aquel impertinente repaso, me sentí empequeñecido y ridículo, ni rastro del hombre señorial que siempre había sido.

—Enseguida vendrán a llevárselo. Verá como disfruta el ambiente de las terrazas.

Tan pronto fui a decirle algo, se me olvidó. Parpadeé y ella ya no estaba. Solo el irritante graznido anónimo detrás de los cristales de la ventana.

Por lo general, lady Elisabetta tendía a la exageración si algo la agradaba. No obstante, en aquella ocasión, no mintió al decir que el entorno era un idílico cuento de hadas. Alrededor de la clínica de nombre impronunciable, la naturaleza brotaba exuberante tragándose todo lo demás. El cielo era mucho más azul y limpio que en Londres, apenas si había nubes y los colores brillaban igual que en los cuadros.

Con toda seguridad, todo había sido así de hermoso desde el principio y yo no había sabido, no había *querido* verlo. Seguía sin querer, lo que no impidió que me sorprendiera gratamente.

La zona de terrazas balaustradas era extensa y estaba llena de personas igual que yo. Hombres cariacontecidos en silla de ruedas o desplazándose con muletas. A lo lejos distinguí uno al que le faltaban ambos brazos. La mayoría, soldados recién devueltos del frente, atendidos por solícitas enfermeras, probablemente más dulces y mucho menos insolentes que la que me había tocado en suerte a mí.

Por cierto, ¿dónde se había metido la señorita Park?

La mujer que siempre volvía.

Indiqué al enfermero que empujaba mi silla dónde quería aposentarme y pedí un té acompañado de algo sólido, mientras esperaba la llegada de mi madre. Aspiré hondo hasta llenar mis pulmones, rogando a mis lágrimas sensibleras que se mantuvieran a buen recaudo, dado que estábamos en público. Al cabo de unos minutos, un hombre alto de uniforme se acercó a apoyarse en la balaustrada, para mi gusto, demasiado cerca.

—No querrá creerlo —dio la sensación de que le hablaba al aire, porque miraba a lo lejos; no obstante, se dirigía a mí—, pero hay veces que echo de menos este lugar.

Gruñí a modo de reacción. Él se giró hacia mí y me ofreció un cigarro mientras prendía otro. Rehusé.

—Teniente Johan Freud —se presentó con la mano extendida, algo que de inmediato me recordó a Emily Park.

Correspondí a su saludo como era apropiado.

—Cassian Spencer. Civil. ¿Estuvo aquí ingresado?

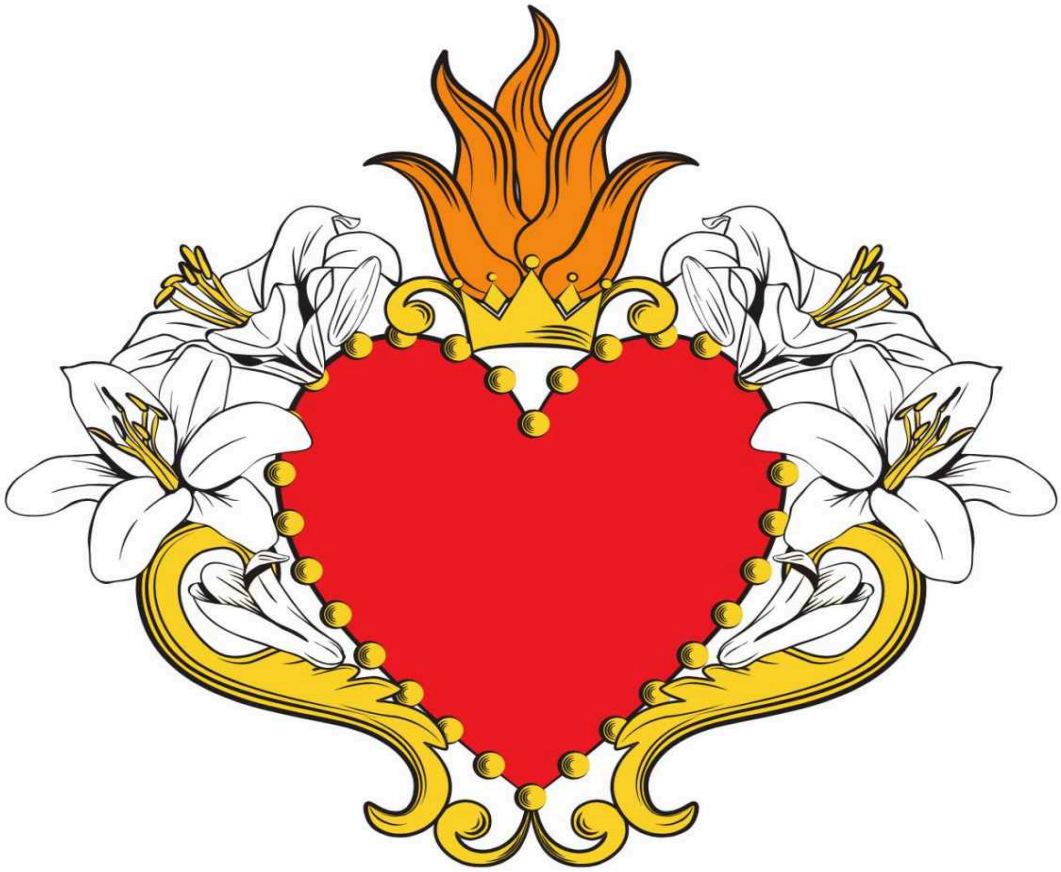
—Esta clínica salvó mi vida —afirmó, todavía sin mirarme.

¿Alguna vez había sido un tullido?

Porque mirándolo, grácil como un felino, de impresionante apostura, costaba creerlo.

Lanzó a las alturas una larga bocanada de humo y quedó de espaldas a los jardines, con los codos apoyados sobre la baranda de piedra. Mi intuición me avisaba de que, aunque no tuviera interés alguno en conocer su historia, el teniente acabaría contándomela.

Quisiera yo o no. La gente malvada se aprovechaba de que no pudiera defenderme.



Capítulo 11

Tristes memorias

Cassian

—¿Hace mucho de eso? —pregunté tratando de sonar desinteresado.

—Alrededor de siete años.

—Ha tenido tiempo de recuperarse. ¿Cuánto estuvo ingresado?

—Cerca de un año.

Arrugué el entrecejo, entre asombrado e inquieto.

—¿Un año? ¿Cómo pudo soportarlo?

—Fue el precio por levantarme de una silla igual que esa.

Tragué saliva.

—Tiene mi palabra de que mereció la pena —remató—. Cada interminable minuto lo mereció.

—Usted… ¿tampoco podía caminar?

—Caí por un terraplén durante unas maniobras de incursión, en mitad de un fuego cruzado. Nadie daba un penique por mi vida. —Marcó una pausa con una nueva calada a su cigarro—. Esta gente, con sus preparados medicinales, sus ejercicios de rehabilitación y su buen hacer obraron el milagro.

Desvié la atención hacia las puertas. Por si por fin aparecía mi madre a rescatarme.

—¿Usted no ha empezado?

—No. Francamente, casi acabo de llegar —me excusé con tono poco convincente.

—No le voy a decir que no cueste aclimatarse. Todo requiere su tiempo. El trance personal que conllevan estas situaciones puede derribar a cualquier hombre, por íntegro que sea. Anular su voluntad. Transcurridos los primeros meses en los que quieres morir o matar a alguien, el enfoque varía. Las cosas empiezan a ser más…

—¿Espeluznantes? —sugerí irónico.

—Llevaderas.

—Vaya.

—Dé gracias al cielo de que está entero. Un brazo, cualquier miembro amputado se convierte sin vuelta atrás en irrecuperable.

—Gracias por recordármelo. Estoy muy feliz con mis dos piernas completa… mente inútiles.

Volvió a fumar, meneando la cabeza como si en el fondo pensara que no sabía lo que decía, pero me perdonase la vida porque yo era un sublime imbécil.

—En fin, señor Spencer. Cada cual tiene su historia. Y los caminos, por fuerza deben ser distintos. Depende de nosotros. —Me miró directamente a los ojos y fue como ser atravesado por un proyectil—. De usted. Solo puedo desearle toda la suerte del mundo. Creo que esa dama que viene entrando lo busca.

Me volví, esperando, no entiendo por qué ridículo motivo, ver a la enfermera. Pero no, era mi señora madre con su bastidor y un ostentoso sombrero que, entre tanta cofia blanca, parecía un poco fuera de lugar. El teniente se despidió de mí y se dirigió a la puerta, cruzándose en el trayecto con milady, a la que cumplimentó con una reverencia.

No pude evitar observarlo mientras se movía. ¿En serio alguna vez, siete años atrás, aquellas piernas habían estado muertas? Era impensable. Noté un ramalazo de envidia atravesarme como una aguda punzada.

Alguien como el militar, sí. Él era digno de pretender a Rose.

Yo no.

—Señorita Park.

La enfermera terminó de tomarme la temperatura con toda la calma que la caracterizaba. Acto seguido, me miró sonriente.

—Dígame, señor Spencer. ¿Le duele algo? —insistió al ver que yo no hablaba.

—Los masajes esos que… —carraspeé—, que pretendía darme. ¿Para qué son? Solo por curiosidad.

—Por supuesto, señor. La curiosidad es sano satisfacerla. Como le dije, el objetivo es activar la circulación y mejorar el estado de músculos y tendones.

—¿Para qué? —quise saber, demasiado brusco.

—Para cuando empecemos con los ejercicios.

—Todavía no he decidido si quiero ir hasta ese punto.

Ella levantó las manos e hizo un floreo en son de paz.

—Claro, claro. Será como usted decida. ¿Quiere cenar?

—Preferiría probar en qué consisten los masajes. Un entrante. Únicamente para concluir si me desagradan. Que será lo más

probable.

—Me parece bien.

—Si le parece bien o mal, no es de mi incumbencia. No recuerdo haberle preguntado por su opinión, señorita.

Mi ruda imprecación la pilló desprevenida. Sus grandes ojos se abrieron más todavía por el asombro y, por segunda vez, pude fijarme sin prisas en ellos.

Eran hermosos. Muy brillantes. De un extraño color gris azulado con vetas doradas. Los labios firmes y llenos. Y su sonrisa… no era de este mundo.

Podía detestarla. Podía haber descargado en ella mi sensación de fracaso y mi rabia, pero la señorita Park, debajo de aquel insulso uniforme, era toda una belleza.

Irguió el cuerpo, ligeramente ruborizada y con el dorso de la muñeca se apartó un mechón que le caía sobre la cara. Fue como ver el movimiento ralentizado. El modo seductor en que ladeó el cuello antes de hacerlo, sus labios entreabiertos unos segundos, el grácil aleteo de sus dedos atrapando el cabello.

Luego, se desvaneció el espejismo y todo volvió a la normalidad, un ritmo temporal donde un segundo duraba un

segundo, no diez. Ella ya estaba junto a la puerta, girando el picaporte.

—¿A dónde va? ¿No se supone que iba a aplicarme mis terapias?

—A por el ungüento. Y a avisar a los camilleros. Tienen que prepararlo.

—Dese prisa, o cambiaré de opinión —amenacé entornando los párpados.

—Oh, ¡no diga eso! No podría soportarlo ya que ha decidido ser tan generoso conmigo hoy.

Iba saliendo y yo no dejé de preguntarme si estaba riéndose de mí. Si tenía la desfachatez de burlarse, siendo quien era, una simple cuidadora a sueldo que debería resaltar por su carácter apacible y manso.

—Además, ya lo sabe, señor Spencer —agregó—. Yo *siempre vuelvo*.

Emily

Así que el señor Spencer tenía prisa.

Pues vaya si había surtido efecto su encuentro nada casual con el teniente Freud. Con lo que me costó convencer al director Hoffman para que me permitiera llamarlo, ya que la consideraba una idea estúpida.

Sin embargo, yo había sido alumna de la enfermera que atendió personalmente al teniente. Y podía identificar en el recuerdo de su relato, casi punto por punto, el historial del caballero inglés. Freud también había despreciado la vida, perdido la confianza, deseado la muerte. También había tratado a puntapiés a todo el que se le acercó con afecto. Y contra todo pronóstico, allí estaba él, completamente recuperado, siendo el que siempre había sido.

No. El de siempre, no. Eso no era del todo cierto.

Siendo un hombre mejor, mucho más fuerte, con una terrible lección de vida experimentada y aprendida. El teniente Freud había salido del fondo del abismo y pocas cosas que le tocara enfrentar en adelante, volverían a devastarlo.

Eso era exactamente lo que pretendía para Spencer.

Capítulo 12

Tus manos sobre mi piel

Emily

Cuando regresé a la habitación del inglés, los enfermeros ya habían pasado y realizado su labor. Lo habían acomodado en una camilla alta, bocabajo, con un pantalón ligero por toda prenda, y la parte superior del cuerpo con la piel desnuda al descubierto. Una espalda fornida, de anchos hombros y cincelados músculos. La visión se me cruzó como un ramalazo, imaginándola en movimiento, desplegado su seductor señorío. Abrazando a una mujer con aquellos brazos poderosos…

Me subió un sofoco cuello arriba, que me obligó a cubrirme con la mano la zona de la mandíbula. Allí donde tocara, me ardía la

carne.

Y no acababa de entenderlo. Ya había visto hombres semidesnudos otras veces. Aquel era mi trabajo desde hacía cuatro años. Y lo desempeñaba con gusto, pleno orgullo y diligencia. A decir de mis superiores, era efectiva y profesional. Carraspeé para aclararme la garganta, notando cómo el pulso me latía inquieto en las sienes.

—¿Está… cómodo?

Me replicó con un gruñido del que no saqué nada en claro. Me miré las puntas de los dedos temblorosos. Había que combatir los inexplicables nervios, de modo que froté una mano contra otra y tomé aire hasta colmar mis pulmones.

—¿Preparado?

—No sé para qué —farfulló con la cara pegada contra las sábanas—. Ni siquiera…

Me cargué de valor y apoyé las manos en la zona baja de su espalda, cerca de la cintura. Spencer dio un respingo. Noté cómo se contraían todos sus músculos bajo la piel tibia.

—¿Qué diablos se supone que está haciendo?

Trató de alzar la cabeza, pero le sujeté suavemente la nuca y chistando, lo volví a acomodar.

—*Shhh*. Cálmese. Es un masaje. Las terapias que los doctores han programado para su tratamiento.

—Pero… pe… ¡Me está tocando!

Mis manos impregnadas de ungüento terapéutico se deslizaron desde la zona baja de su torso hacia arriba. Un remolino de plumas subió en espiral desde mi vientre al estómago. Él volvió a ponerse rígido.

—Por descontado que lo estoy tocando. Me temo, señor Spencer, que los masajes han de darse sobre el cuerpo y con las manos.

—Esto es… ¿decente?

—Es medicina. No hay moral ni juicio en la curación, señor Spencer, solo beneficios.

—No estoy demasiado seguro. En Inglaterra…

Monté una mano sobre otra y las moví abriéndolas en abanico, recorriendo sin pensar aquella piel sedosa.

—Recuerde que no estamos en Inglaterra y que debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para su estado mejore.

—No quiero ni imaginar qué pasaría si nos ve mi madre.

—Relájese. Tiene que relajarse o estaremos perdiendo el tiempo.

Encadenó varios gruñidos de insatisfacción, incomodidad y ofensa que me hicieron mucha gracia. Desplegué incontables esfuerzos por mantenerme seria, concentrarme a fondo en lo que hacía. Deseando que el paseo por la espalda acabase cuanto antes para que mi estúpido corazón dejara de retumbar de aquel modo insensato.

Claro que, a continuación, llegarían las piernas. Y aunque me había ocupado de que le dejaran puestos los pantalones… Llegaría un día en que tendría que enfrentarme a su carne sin obstáculos de por medio.

La simple idea de lo que supondría consiguió sonrojarme.

Consideré que el señor Spencer había puesto empeño y voluntad en relajarse, aunque solo lo logró a medias. Yo no podía ser menos, de modo que me armé de valor, aspiré hondo y proseguí, mucho más concentrada.

—¿Siente cuando lo palpo? —pregunté con la boca seca.

Necesité humedecer mis labios para acabar la frase.

—Cada pulgada. Me pregunto si eso es bueno.

—Toda reacción sensible en su espalda y piernas es un resultado digno de celebrar.

—Las piernas están insensibles por completo.

—Hágame caso. Hay que ir poco a poco.

—Espero que sepa lo que hace —añadió en un rugido fiero.

—Ya estaba tardando en soltar alguna de sus lindeces. Casi las echaba de menos. Mañana empezaremos con las medicinas. En el laboratorio están terminando de preparar sus específicos.

—Eso no es lo que le he preguntado, enfermera Park. Quiero saber…

Introduje ambas manos a lo largo del muslo derecho buscando sin segundas intenciones la entrepierna. Con un sobresalto que por poco lo incrusta en el techo, Spencer se mordió la lengua y sus protestas murieron sin nacer siquiera. Presioné con los dedos en diversos puntos repartidos.

—¿Esto también lo percibe?

—Un… —tosió—, un poco.

Lo pellizqué con ganas. Cerca de la ingle. Un gesto que me turbó hasta a mí.

—¿Y esto? —Su cuerpo ya me había respondido con la rigidez y la agitación que transmitía a su tacto.

—Tambi. En.

—Perfecto. Es suficiente para el primer día. No quiero abusar, hay que introducir las terapias progresivamente.

Me retiré con un puñado de pasos atrás y me sequé las manos con una toalla, permitiéndome el lujo de una última contemplación de aquel físico espectacular. Una no disponía a diario de semejante oportunidad, me dije antes de sacudir la cabeza para espantar ideas tan indecorosas como inconvenientes.

—¿Ya se va? —lo oí rezongar.

—Sí, enseguida vendrán los camilleros a asearlo y a devolverlo a la cama.

No hubo réplica a eso.

Cassian

Acababa de vivir la experiencia más traumática de mi vida.

Después de quedarme lisiado. Lo juro. Dudaba que pudiera olvidarla.

La memoria de aquellas manos rozando mi espalda, recorriéndome la piel despojada de ropa, palpando mis piernas sin el menor recato me tenía desquiciado.

Apenas pegué un ojo, la noche se me hizo eterna, aunque por supuesto, eché la culpa de todo a los malditos graznidos del pajarraco que seguramente había decidido anidar junto a mi ventana. Desperté confuso y muy revuelto. Indignado por lo que estaba sucediendo. Nada más lejos de mis suposiciones, que el que una simple cuidadora asignada a mi persona en una clínica de militares convalecientes, me alterase hasta lo más profundo.

Con solo chasquear los dedos, la señorita Park zarandeaba el tuétano de mis huesos.

Me planteé, esta vez no era un farol, si debía solicitar un cambio de enfermera. Sí, eso podía solventar en parte las cosas. Aquella mujer me soliviantaba en demasía, desplegaba una inquietante influencia sobre mi persona. Lo consultaría con mi madre… O directamente tomaría la decisión e iría hacia adelante.

Y rumiando todo eso, con un incipiente pero agudo dolor de cabeza que amenazaba con aguarme el día, vomité hasta la última miga del desayuno. Y así me sorprendió la señorita Park al llegar por la mañana.

La miré mal.

Por toda contestación, ella me secó amorosa el sudor perlado en la frente con un paño limpio antes de que me sobreviniera la

siguiente arcada.

—Compruebe, señor Spencer, que siempre vuelvo.

Capítulo 13

Una humillación terrible

Cassian

—¡Tranquilo! Tranquilo, no es nada.

Había corrido a buscar una especie de orinal. Se colocó a mi lado, lo coló justo debajo de mi boca para evitar que lo que expulsaba fuera otra vez directo al suelo, y su mano libre se apoyó en mi frente a modo de sujección. Hice intentona de librarme de ella con un brusco empujón, pero la debilidad que arrastraba me lo impidió.

—Vomite. Vomite cuanto quiera. A veces es un efecto secundario de las medicinas que empezó a tomar ayer.

No estaba de acuerdo. Era culpa de la mala noche. Y a fin de cuentas, la responsable de mi mala noche era ella. De modo que si en ese momento vomitaba como un poseso borracho… Me mortificaba la idea de que una mujer, no importaba su clase o condición, me viera en aquellas circunstancias. Era humillante.

Cuando vacié mi estómago y mucho más allá, la enfermera Park me auxilió para acomodarme de nuevo. Me limpió con cuidado la boca con un pañuelo húmedo y, para mi disgusto, sin perder su expresión risueña, volvió a tocarme la frente.

—Le traeré un poco de fruta. Tómela lentamente, la cortaré a trozos pequeños…

—¡No quiero fruta! —rechacé con más vehemencia de la que esperaba— ¡No quiero nada! ¡Salga por esa puerta!

—La acompañaremos con una infusión de manzanilla —me serenó con una sonrisa—. Le rehará el estómago, porque…

—¿Es que no me ha oído? —exploté— ¡Que se vaya, le he dicho!

—Señor Spencer, en menos de dos horas debe tomar su preparado y no puede hacerlo con el estómago vacío. Sería una

forma sublime de garantizarse los mejores calambres estomacales por el resto del día.

—¿Ha sido ese brebaje suyo el que me ha provocado las náuseas?

—Irá mejorando. A medida que su organismo se acostumbre, lo tolerará mejor. Mucho mejor.

La miré, más bien la repasé de arriba abajo con las pupilas, rezando porque mis ojos expresaran todo el resentimiento y la tribulación espantosa que me zarandeaba en aquel momento.

—¿Tanto le cuesta ser un poco compasiva?

—¡Soy compasiva! —se agitó—. Pero hay unas normas que cumplir. Y los horarios de los medicamentos son una de ellas.

—¡Pues sea menos rigurosa, demonios! ¡Y que alguien venga y asesine a ese monstruo que no para de chillarme al oído!

—¿A qué se refiere?

Moví la mano pidiendo silencio. Para mi asombro, ella lo respetó y enseguida, el irritante graznido volvió a escucharse. Tres veces seguidas.

A aquellas alturas, mi ánimo se había tornado agrio como los peores limones.

—¿Lo oye? Es insoportable. Se lo conté, pero lo ha olvidado. O lo recordó y optó por cruzarse de brazos. ¿Cómo puede pensar alguien en su sano juicio que con ese ruido infame un enfermo pueda descansar?

—Usted no está enfermo —me rebatió con brío.

Abrí desmesuradamente los ojos.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué hago en una clínica?

—Está impedido. No es lo mismo que enfermo.

—¡Deje de jugar con las palabras! Y ocúpese del maldito bicho.

Para mi total pasmo, la señorita Park abrió de par en par el ventanal. Una brisa agradable inundó al instante la habitación. Luego, dispuesta a desconcertarme más todavía, se hizo con una silla y, subiéndose el bajo de las faldas, trepó a ella. Mi atención atrevida y desobediente se ancló en lo que dejara a la vista el movimiento de su ropa.

—Pero ¿qué hace, insensata? ¡Va a despeñarse desde el tejado! —grité cuando la vi con medio cuerpo fuera y las manos agarrando el quicio de la ventana.

Sin embargo, pese a lo dramático de la situación, mis ojos libidinosos resbalaron hasta sus esbeltos tobillos, al descubierto por

la estrambótica postura. Y de ahí volaron a sus posaderas, posicionadas en alto tras haberse inclinado tanto hacia adelante.

—¡Es una cría de ánade real! —la oí decir desde fuera.

Noté lo nervioso que estaba. Pese a nuestros continuos enfrentamientos, deseé poder ponerme en pie para agarrarla de la falda, tirar hacia dentro y salvarle la vida.

—¡Que meta el cuerpo y cierre la ventana, le digo! ¡Que va a matarse aquí, delante de mis narices! ¿Acaso quiere traumatizarme de por vida?

La señorita Park regresó de su precario viaje, con el cabello revuelto y los ojos brillantes. La taladré con la mirada conforme se bajaba de la silla… Y otra vez tuve esa sensación mágica de que el tiempo se ralentizaba y ella se recolocaba los mechones desordenados a cámara lenta.

—¿Se puede saber qué pretende? —la increpé.

—Es una cría. Ha debido caerse del nido y se ha acurrucado en la esquina del tejado. Hay que ponerle agua, debe de estar deshidratada, pobrecilla. Y un poco de comida. Iré a las cocinas a preparar…

Abrí la boca para protestar. Enérgicamente.

Sin embargo, no tuve opción porque la enfermera Park ya había desaparecido, corriendo como una liebre, cerrando la puerta tras de sí. Y el tiempo que tardó en regresar, alrededor de treinta y cinco minutos, me lo pasé renegando y maldiciendo entre dientes.

Traía un recipiente redondo y chato colmado de agua y una bolsa llena de mendrugos de pan. Entró sin pedir permiso, lo dejó todo sobre la mesa y montó nuevamente el tenderete para acceder al tejado, con el entusiasmo de una cría pequeña.

—Oiga, enfermera, ¡Oiga! —rugí embravecido. Se giró a mirarme por encima del hombro—. ¿Está pensando en alimentar al monstruo?

—Si no lo hacemos, morirá. Sospecho que ha sido abandonado por su familia.

Rodé los ojos, exasperado.

—¡Santo cielo! Habla del dichoso pato como si fuera una persona.

—Es posible que tenga dañada un ala. Por eso no puede volar. Hace intentos, pero no lo consigue.

Sacudí la cabeza, afectado por un repentino abatimiento.

—Entonces ha ido a instalarse en el dormitorio adecuado. Compartimos situación.

—Se curará —me aseguró con firmeza—. Y saldrá volando con los demás. Tiene mi palabra de que no será el único.

—Usted no puede prometer eso. Ni usted ni nadie. No pasará.

—Si usted lo dice, así será.

—Tampoco puede pretender que siga soportando sus graznidos. Es absolutamente insoportable, como si me gritaran al oído.

Park volvió a sonreírme. E igual que días antes me había fijado en sus ojos y me había quedado prendido en ellos, esta vez fue su boca de dientes blanquísimos y labios húmedos la que me cautivó sin remedio.

—Lo solucionaremos. Se lo prometo.

Y sin detenerse a averiguar si yo quedaba o no satisfecho, se encaramó a la silla, de ahí al peligroso alero en el tejado, para disponer la comida y el agua que garantizarían que el detestable animal sobreviviera.

Tuve ganas de arrancarme los ojos.

Capítulo 14

Una solución pequeña

Emily

—Señorita Von Metternich, la he hecho llamar porque acaba de llegar esto. —Me tendió un fajo de documentos plegados—. Desde Corea, ni más ni menos.

—¿Puedo saber de qué se trata? ¿Es lo que esperábamos?

El profesor Hoffman, que me había reclamado a su despacho a una hora tan temprana que ni me permitió desayunar, me señaló la silla frente a su enorme mesa de caoba para que me sentara. Obedecí, porque el asunto a discutir me intrigaba.

—Al parecer, uno de los hijos de la familia Spencer se educó durante algunos años en el extremo Oriente y ante la gravedad de la situación que atraviesa su hermano, ha requerido el apoyo de sus maestros expertos en medicina —comentó—. Esas son las recetas de varios ungüentos muy peculiares, para masajear con ellos las zonas afectadas por la parálisis. Vienen acompañadas de una traducción que seguramente ha dispuesto el señor Spencer. El *otro* señor Spencer.

Repasando las líneas escritas en los papeles, se me abrieron dos ojos como dos lunas llenas de verano.

—Fascinante.

—Sé que es usted una devota admiradora de la medicina oriental.

—Sus técnicas y principios son milenarios, profesor. Y tanto la hondura de sus conocimientos como el índice de eficacia acumulada siglo tras siglo le sorprendería.

El ilustre doctor apretó los labios, pensativo.

—Pomposamente, diría que nuestros tratamientos son los mejores, le consta mi confianza ciega en ellos. Los preparados y medicamentos que alistan los laboratorios de Weinmarkt tienen años de experimentación y sobrada eficiencia. Si me pidiera consejo…

Fui a intervenir, pero el venerable anciano levantó una mano.

—Si me lo pidiera, le diría que se ciña a nuestros bálsamos y se olvide de estas excentricidades. Los ingredientes no son nada corrientes, será harto complicado localizarlos.

—Yo me encargo, profesor.

—Conociéndola, sospechaba que diría eso, señorita Von Metternich. Y que no renunciaría a intentarlo.

—Ese desdichado joven me inspira mucha compasión. Cuando sucedió acababa de comprometerse. ¿Lo imagina? Un hombre joven, de buena posición, apuesto… —noté cómo me ruborizaba—, con toda la vida por delante. Y de la noche a la mañana se ve impedido, en una silla de ruedas, dependiente de otros para sus acciones más básicas. Debe de ser terrible. Como que te encierren en una jaula de la que no saldrás jamás.

—¿Tienen una relación cordial entre ustedes? ¿La ha aceptado de buen grado?

No pude reprimir una carcajada corta.

—No debería admitir esto, pero nos llevamos francamente mal. Él apenas me soporta y, a cambio, a mí es uno de los pocos pacientes que me altera. Lo que no quita que sigamos en la brecha, profesor. —Hice un gesto significativo con la mano—. Hasta el final.

El hombre suspiró resignado.

—En fin, *fräulein,* quédese con todo y haga lo que mejor le parezca. Confío en su buen juicio y su criterio, ya lo sabe.

Salí del despacho del director de la clínica con los documentos bajo el brazo y una suerte de llamarada de ilusión titilándome en el alma.

Cassian

Había pasado una noche de pesadillas.

Noté el cambio en la cría abandonada, una vez bebió toda el agua que pudo tragar con su minúsculo pico y se alimentó con el pan troceado y reblandecido, cesó el escándalo y únicamente graznó un par de veces. Eso sí, yo me pasé las horas con los ojos como un búho, aguardando a ver cuándo chillaba, para poder echárselo en cara a la enfermera Park a la mañana siguiente.

Ensayé mentalmente mi discurso de protesta y mis advertencias de que formalizaría una queja ante la dirección de la

clínica. Si tenía afición por rescatar animales moribundos, que se los llevara a su habitación, a disfrutar a solas del insomnio.

Para mi total desconcierto, cuando llegó parecía cargar sobre su espalda una actividad frenética. Ausente y acelerada. Se acercó a mi cama, me dedicó unos buenos días a toda velocidad, me estiró las sábanas y cuando empezaba a perderme en su fragancia, allí, tan inconvenientemente cerca, me tomó la mano y, abriéndomela, dejó caer algo que no identifiqué.

—Tenga. Póngaselos y asunto arreglado. Espero que tanto los gruñidos como su mal humor se aminoren.

Miré molesto los dos objetos diminutos que acababa de abandonar en mi palma.

—¿Qué diablos es esto?

—Tapones para los oídos. Así dejará vivir al pobre pato.

—No puede obligarme a soportar ese ruido insidioso —protesté lanzando los tapones a la mesita más cercana—, soy un enfermo grave convaleciente.

—Es usted un quejica. Esa es la cruda realidad.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oye. ¿Le arreglo las almohadas?

—¿Cómo se atreve?

—¿Prefiere que se las deje así? Están un poco chafadas.

—No me refería a mi cama… —me atropellé—. Yo, usted…

—Pues si estamos de acuerdo en cuanto a los almohadones, debo marcharme. Si me es posible, volveré en un rato con sus medicinas.

La vi caminar elegante hasta el ventanal, abrirlo de par en par y arrojar al exterior un par de trozos de pan húmedo, una especie de puré lechoso y media manzana. El indeseable ánade le agradeció el gesto con un *cuacuá* agudo y chirriante.

—¿Cómo que *si le es posible*?

—Sé que está deseando tomarlas —planteó con el mayor sarcasmo—, me han dicho que no desayunó demasiado bien porque se encontraba enojado. Ya conoce la historia, señor Spencer: después de beberse sus jarabes con el estómago vacío, disfrutará de unos alentadores retortijones que, espero, le hagan variar de opinión para la próxima toma… o rabieta.

Y con el mismo insolente descaro con el que me había humillado, salió canturreando por la puerta, dejándome solo y con ganas de estrangularla.

Tras el desagradable desencuentro, pasaron dos días completos sin que apareciera. La enfermera a la que se supone habían asignado mis cuidados, desaparecida sin dar señales de vida.

Desatendiéndome.

Sin supervisar si se cumplían escrupulosamente o no los horarios a los que tanto culto rendía. Sin aplicarme mis terapias. Sin prestarse a soportar los aguaceros de mis arrebatos violentos.

Aunque, todo hay que decirlo, los descansos nocturnos mejoraron gracias a los tapones y a la gran cantidad de comida y bebida que había dispuesto para la cría de ánade real, antes de evaporarse en el aire.

Al menos, la muy descastada había tenido en cuenta eso. Que con el buche bien lleno, el bicho lloraba menos.

Y sí, ya sabía que era un ánade real porque, aunque yo no le hubiese preguntado, la irritante señorita Park se había molestado en explicarme con pelos y señales a qué especie y rango pertenecía el monstruo.

Pensando en que Park pudiera reaparecer en cualquier momento, por sorpresa, cuando me trajeron las comidas, en especial el desayuno, procuré alimentarme debidamente. Los platos de

aquellas cocinas no solo eran suculentos y muy refinados, con cierto aire vienés. También estaban confeccionados con alimentos de la tierra, los quesos, la leche, la miel, todo lo traían, según me explicó el camillero que actuaba como lacayo, de las granjas vecinas y era fresco y saludable, lo más beneficioso para nuestra quebrantada salud. La acumulación de horas de buen descanso apaciguó mi mal genio y pasé mucho tiempo en las terrazas exteriores con mi madre, despidiendo el verano y jugando al ajedrez y a las cartas. No volví a ver al teniente Freud, que obviamente, según me dijo, solo estaba de visita. Pero sí recordé sus palabras.

Y en medio de toda la intrincada maraña de emociones, no entiendo la razón, sobresalía ella. Con sus ojos chispeantes, el optimismo instalado en la cara y su sonrisa de hada buena. Con horror, espanto y un sinfín de tontas cosas más, caí en la cuenta de que la echaba de menos.

Necesitaba liberarme del hechizo que ella, con toda seguridad, me había lanzado.

¿Dónde diablos se había metido?

Capítulo 15

Crueldad

Emily

Los casi tres días que estuve fuera, buscando los ingredientes para los bálsamos del señor Spencer, me acordé mucho de él. De ese gesto arrogante torciendo la comisura de los labios si algo le disgustaba, que había llegado a cautivarme. Cuando menos lo esperaba, su imagen me volvía a la memoria para provocarme una inexplicable mezcla de compasión y risa.

Risa porque sus pataletas eran idénticas a las de un niño malcriado que no se sale con la suya. Compasión porque… bueno. Al preguntar, fui informada acerca de la correspondencia que mi

paciente recibía. Su familia debía de ser extensa y al parecer, estaban muy unidos. Distintas personas con apellidos similares le escribían con una frecuencia semanal, o bien llegaban cartas muy voluminosas donde, no me cabe duda, participaban todos. Sin embargo, en ningún momento vi llegar noticias de alguien que pudiese encajar con la idea de una prometida.

¿Qué le pasaba a esa muchacha? ¿Acaso se había encerrado en sí misma y en el lloriqueo de su propia desgracia olvidando que él cargaba con la peor parte? ¿Por qué no le enviaba unas simples palabras de consuelo? ¿Por qué no le escribía que lo amaba, que lo amaría de por vida, sin importar el estado en que se encontraran sus piernas?

Al menos es lo que yo habría hecho.

¿Qué clase de persona tendría un comportamiento tan egoísta y cruel?

Entendía la dificultad de la situación. Sé que para las damitas inglesas, el paso de convertirse en esposas era fundamental, que toda su existencia y esfuerzos iban encaminados a ese crucial momento, que debió de sentirse destruida, rota y desilusionada cuando todo se truncó por el camino. Pero, por amor del cielo, se supone que amaba a ese hombre, que lo había elegido para ser su

compañero de viaje, el padre de sus hijos. Su sufrimiento debería doler tanto como el propio.

¿Por qué no se apiadaba?

Mi educación rigurosa no me permitía dar por válidas conductas groseras o faltas de respeto y de esas, el señor Spencer tenía muchas y variadas. Pero se las perdonaba, porque a fin de cuentas lo comprendía. Su soledad, los latigazos del desengaño, el deseo incumplido de volver a ser el que era.

Lo más terrible de todo, que sin cambiar esa actitud suya, negativa y oscura, no se curaría jamás. Y yo no sabía cómo incentivarlo a mirar más allá de su tormento.

Salvo estrecharlo. Como si fuese algo mío. Como si me perteneciera.

En aquel momento sentí un deseo, más que deseo, una irreprimible necesidad de confortarlo con un abrazo. Ese que al parecer, nadie le daba y tanto bien le haría. Ese que debió de darle su prometida al momento de partir y que ya habrían consumido el tiempo y la distancia, creando la necesidad de otro más.

El viaje era largo y penoso, no obstante, ¿qué tal venir a verlo?

De nuevo, era lo que yo haría por el hombre que amase.

No conocía a esa jovencita, con toda seguridad estaría destrozada, no podía culparla de nada que no fuera pensar en ella misma. Simplemente, yo era distinta. Por eso, contra viento y marea, me hice enfermera. Qué injusta resultaba la providencia en ocasiones, un hombre tan bien parecido, tan inteligente…

Y en el trayecto de regreso a Weinmarkt, pensando en él, se me escapó una lágrima.

Cassian

Sospecho que nunca sufrí tantas ansias por ver un rostro como durante mi interminable espera a la señorita Park. Cada vez que notaba una sombra moverse a mis espaldas, cada vez que escuchaba acercarse unos pasos, el frufrú de una falda o alguien que empujaba la puerta de mi dormitorio, esperaba encontrarla a ella.

La detestaba y la añoraba al mismo tiempo. No solo se trataba de su modo peculiar de hacer las cosas, eso me ponía de bastante

mal humor. Era su energía. La fortaleza que a mí me faltaba para enfrentarme a diario a la triste realidad, a ella le sobraba. Y parecía querer compartirla generosamente conmigo. Me perturbó tanto su ausencia, me obsesionó de tal modo la perspectiva de que, por alguna razón que nadie se había molestado en explicarme, no volviera, que empecé a desquiciarme de nuevo y a no descansar por las noches.

Mi estómago, que ya empezaba a sobrellevar las tisanas más reactivas, dio un vuelco completo y me pasaba el día vomitando. Desandando lo andado. Retrocediendo. Entretuve el tiempo lanzando pedacitos de pan y patata cocida al tejado, donde el ánade real, que por fin se había dejado ver, me visitaba a diario, observándome curioso desde el alero, ahuecando sus hermosas plumas de vibrantes colores.

Pregunté cientos de veces dónde se metía la condenada enfermera, pero nadie supo o quiso facilitarme información. Envié a mi madre como espía y lo único que averiguó fue que la señorita Park se encontraba fuera de la clínica, atendiendo un recado.

¿Acaso había tenido la desfachatez de marcharse para ocuparse de un asunto privado? ¿Dejándome allí, medio muerto y

desamparado? Maldita mujer, no se lo perdonaría mientras fuera capaz de respirar.

Sin embargo, pese a mis muchos juramentos, la perdoné en cuanto la vi aparecer. Risueña como de costumbre, con un brillo especialmente travieso en los iris claros. Como si fuese la portadora de un secreto ancestral que no pensaba revelarme.

El caso es que dio unos escuetos buenos días y fue directa al ventanal. Tal que si lo que pensaba encontrarse en la techumbre fuera más de su interés que mi persona y el estado general de mi salud y mis piernas.

Lo abrió, sacó medio cuerpo como ya me tenía acostumbrado, y escuché un gorjeo como de avecilla encantada, mientras ella le susurraba dulzuras a la cría de pato.

Por cierto, los cacareos que el muy condenado me dedicaba a mí, no eran tan melosos.

—Tengo que ponerle agua limpia, me temo que ha utilizado el recipiente no solo para beber, sino para darse algún baño. ¡No se imagina cuánto ha crecido!

Lo sabía, lo había visto, ya que el bicho, al pasar a saludar, se había dejado ver. Pero preferí guardármelo para mí. ¡Qué diablos! Yo también sabía tener secretos.

—Haría un esfuerzo si me importara lo más mínimo —rezongué haciéndome el desinteresado, sin revelarle las horas que había pasado junto a la ventana abierta, inspeccionándonos de lejos como rivales, el pato y yo.

Con el barreño en las manos y la vista fija en el exterior, la señorita Park dejó escapar un suspiro.

—Pronto podrá volar. Cualquiera que sea el daño que sufrió en las alas, con buena comida y reposo mejorará lo suficiente como para que se una a la bandada. A la suya o a otra más tardía. Y volará a tierras más cálidas buscando una mejor vida.

Me impacienté demandando su atención en exclusiva.

—Cambie de una vez esa agua, hágale las carantoñas de rigor al pollo y venga a atenderme. Pensé que no regresaría.

—Parece olvidar que yo siempre vuelvo.

—¿Es que no piensa decirme dónde se ha metido todo este tiempo?

—No han sido más que tres días, señor Spencer —se burló.

Apreté las mandíbulas, encendido de coraje. Tres y medio. Casi cuatro. Una eternidad.

—Se supone que mis cuidados deben ser diarios, ¿no? Y que son su principal ocupación.

—El profesor Hoffman me envió a cumplimentar unas gestiones.

—Sepan usted y el director de la clínica, que pienso quejarme.

—Por supuesto. Una vez más. Está usted en su derecho. ¿No lo han tratado bien mientras no estuve?

No podía afirmar eso. Estaría mintiendo.

No solo habían triplicado el número de enfermeras y camilleros pendientes de mis necesidades; me habían visitado de continuo y concedido todos los caprichos.

Pero no eran ella.

Faltaba algo.

Si no eran la señorita Park, siempre faltaba lo esencial.

Muy a mi pesar, tras aquella breve separación, empecé a ser consciente de un detalle espeluznante: que no sabía pensar con indiferencia si se trataba de ella.

No contenta con embrujarme, Emily Park se estaba convirtiendo en la persona imprescindible dentro de mi infeliz vida.

Capítulo 16

Podré soportarlo

Emily

Llegó el momento de aplicarle los primeros masajes con el nuevo preparado.

La emoción me burbujeaba en el estómago y me subía hasta estallar en mis mejillas, como un fogonazo de entusiasmo. Había pasado semanas leyendo viejos manuscritos acerca de las hierbas componentes de las recetas. Sus propiedades ancestrales. Sus

beneficios casi mágicos. El modo en que las cocían, maceraban o decantaban conforme a las fórmulas antiguas.

Me convertí en una experta.

Lo recogí de la terraza, donde jugaba naipes con lady Elisabetta. La dama cruzó conmigo una breve mirada de agradecimiento. Y es que nada más regresar yo de mi accidentado periplo, la señora me había convocado con la excusa de tomar el té a solas. Acudí sacrificando mi única hora libre del día.

—Seré directa, señorita Park —me aclaró al verme aparecer —. Me han informado de que dispone de escasos ratos de asueto en una jornada engorrosa e interminable. No me gustaría robárselos. Solo quiero que tome un té conmigo y poder expresarle, desde el corazón, toda mi gratitud por su dedicación, por lo que está haciendo y lo mucho que entrega a diario a mi hijo.

—No tiene necesidad, milady —me ruboricé tomando asiento —. A lo que quiera que se refiera, es mi trabajo, lo hago con sumo gusto.

—Diría que más bien se trata de una vocación que desarrolla usted con total entrega. Cualquiera advertiría que ha decidido consagrar su vida a la recuperación de estos pobres desgraciados a los que el destino dio la espalda.

—No puedo hacer milagros, ojalá pudiera. Muchos no vuelven nunca a ser los que fueron.

—Hace lo que está en su mano, querida, que es más que suficiente. Ha dado muestras de una invencible paciencia, y hablo por mi hijo. —Suspiró hondo y melancólica—. Cassian no es así, se lo aseguro. Era… es el más callado y juicioso de mis hijos. Sepa que tengo seis, nada menos. Tan amable y dispuesto que, siempre recé para que encontrara una buena mujer, alguien que no sacara ventaja de su bondadosa disposición.

La dama abrió una dilatada pausa en la que imaginé, estaría repasando muchos de sus buenos recuerdos de antes del accidente. Asentí con una sonrisa comprensiva, sin despegar los labios.

—Se lo ruego, señorita Park. Tenga paciencia con él, ha sufrido y está sufriendo lo indecible. Sé que está amargado, que pierde los estribos y las formas con facilidad. Algo que, en circunstancias normales, ni el propio Cassian permitiría.

—No tiene de qué preocuparse, milady. Este es mi oficio. Lo conozco, con sus luces y sus sombras. Estoy acostumbrada a ponerme en su piel, por imposible que suene. Cassian… quiero decir, el señor Spencer mejorará, puedo asegurárselo.

Cuando me puse en pie para despedirme, ella me observó sin disimulos, de pies a cabeza.

—No sabe lo que la ha echado de menos estos días. Él no confesará ni bajo tortura, sin embargo, sepa que así ha sido.

Al recoger a mi paciente en la balconada, saludé a la señora con una inclinación de cabeza mientras ella presumía de las partidas que llevaba ganadas. Agarré los tiradores de la silla de ruedas y la empujé fuera, a lo largo de los pasillos, rumbo a la habitación del convaleciente.

—Hora de sus masajes. Espero que consiga relajarse y disfrutarlos.

El caballero gruñó como un gato con sueño.

—Debo hacerle algunas advertencias —añadí misteriosa.

—¿Es doloroso?

—¡No! En absoluto. Es solo que tanto los bálsamos como los movimientos de masaje y presión deben concentrarse en la parte baja de la espalda y…

—¿Quiere usted decir en…?

Sí. Cielo santo. En las posaderas. En las mismísimas redondeces al final de la columna.

—Ahí mismo —carraspeé.

—Por amor de Dios, menudo bochorno.

—¿Preferiría un enfermero en mi lugar?

—¿Ha perdido la razón? Ni lo mencione.

—Y en las piernas. También en las piernas. Y durante el proceso usted debe desprenderse de toda la ropa.

Noté cómo se envaraba y sus manos se aferraban con brusquedad a los apoyabrazos de la silla, hasta blanquear los nudillos.

—¿Puede repetir eso?

—Colocaremos un paño en… No se preocupe, estará cubierto.

El señor Spencer se tomó su tiempo para responder.

—Lo tacharía de escandalosamente inaceptable de no estar en una clínica.

—Pero ahí es donde estamos. Deje de verlo con mentalidad santurrona, lo llevará mejor.

Me miró indignado por encima del hombro. Con aquella mirada intensa que tanto me confundía.

—No soy ningún puritano, créame, señorita Park. Pero usted es una mujer…

—Una enfermera —lo corregí con premura.

—Y yo un hombre.

—Un paciente. Que necesita rehabilitación y terapias, cuya sanidad es mi principal objetivo. ¿Lo vemos así?

—No podría olvidar ni por un momento que estoy desnudo y a su merced —protestó con voz ronca.

Mi mente voló de un lado a otro tratando de encontrar una salida airosa entre tanta turbación.

—¿Prefiere que me cubra los ojos? —se me ocurrió de repente—. En las antiguas culturas orientales, las damas que servían al Emperador, a menudo empleaban esa práctica.

—¿Lo haría?

—Recurriría a cualquier cosa que le hiciera sentir más cómodo.

Lo dije tan tajante y rotunda que el señor Spencer se crispó. Me pareció percibir un ligero temblor en él, aunque pasó enseguida, quizá fuera eso, solo una sensación inventada.

—No será preciso —me dijo con tono más dulce—. Imagino que podré soportarlo.

El resto del camino lo hicimos en silencio.

En la puerta de su habitación aguardaban dos enfermeros para desvestirlo, colocarlo boca abajo en la camilla y cubrirle las nalgas antes de que yo me incorporase. No negaré que notaba el

corazón agitado, latiendo a un ritmo anormalmente veloz. Las manos un tanto sudorosas y una especie de pellizco en el vientre de lo más alarmante.

Me mantuve fuera de la estancia el tiempo que necesitaron para disponerlo todo, y una vez que los vi salir, un poco más torpe de lo normal en mí, me adentré con el pulso alborotado.

Me detuve a solo unos pasos de la entrada.

Tragué saliva. Llevé la mano derecha al pecho, a ver si conseguía serenar aquella carrera descontrolada. A escasa distancia estaba la camilla, con un hombre grande y hermoso tumbado boca abajo en ella. Desnudo como su madre lo trajo al mundo, con un simple paño de hilo blanco cubriéndole… el trasero.

—¿Señorita Park? —farfulló desde su posición contra las suaves sábanas que tapaban la camilla— ¿Está usted ahí?

—Sí. Señor. Spencer. Aquí. Aquí estoy.

Cerré los ojos. Los abrí.

Miré al techo, me encomendé a los ángeles.

Me mojé los labios con la punta de la lengua.

Aspiré fuerte para llenar los pulmones.

—¿Se puede saber a qué espera? —rugió mi paciente, nervioso.

—Voy, señor Spencer. Voy enseguida. Estoy preparando las cosas que necesito.

—No puedo decir que esté demasiado cómodo —se quejó con un gruñido.

—Estaré lista enseguida.

Me ajusté el delantal sobre el uniforme. Impregné mis manos en el ungüento preparado con la nueva receta y di unos pasos titubeantes.

¡Señor!

Recorrí aquel cuerpo glorioso ajustando la rienda de mi desasosiego.

¿Por qué tenía que ser tan perfecto?

Para acabar de empeorar las cosas, nada más apoyar las palmas sobre su piel, una chispa me restalló en los dedos y tuve que retirarlas, tensa y aturdida.

Capítulo 17

Un paso adelante

Cassian

Por un instante, di por hecho que mi enfermera era reticente a cumplir con sus labores. ¿Qué otro motivo podía justificar su tardanza? ¿Qué demonios hacía plantada en mitad de del cuarto sin tomar acción? ¿No era suficiente ignominia tenerme allí, desnudo e indefenso? ¿También tenía que tomarse su tiempo y empeorarlo?

Mi torso se apretaba comprimido contra la camilla y llegó un momento en que me costaba respirar. Lo achaqué a la presión, cuando lo cierto era que se me habían disparado los latidos hasta el

delirio, tenía el pulso al galope. Creí que me empujaba la ansiedad, la necesidad de que todo aquello diera comienzo de una maldita vez para poder relajarme. Sin embargo, cuando sentí sus manos en mis hombros, la situación se agravó.

Fue a peor de forma enloquecedora.

Lo primero que noté, un estremecimiento involuntario que me sacudió hasta la médula de los huesos. Se propagó como una onda sísmica hasta la última fibra de mi maltrecho cuerpo. Por fortuna o desgracia, las manos femeninas aleteaban cambiando continuamente de lugar y alcanzaban zonas insensibles de mi persona, donde la sensación del suave roce se perdía. Empecé a reflexionar en torno al frío que la ausencia me causaba, un vacío extraño, como si se cavara un agujero. Un abandono doloroso y sin palabras cuando esa calidez aterciopelada dejaba de ser real.

Deduje que la enfermera Park me recorría por entero. Aunque la percepción del tacto se perdiera al aproximarse a las nalgas, en la espalda la disfrutaba vívida y sublime. Progresivamente me fui relajando, dejándome ir en brazos de un letargo tan dulce como la melaza tibia. Fundiéndome entre sueños con ese bálsamo aceitoso y perfumado que permitía deslizar la piel sobre la piel.

Me entregué. Por completo.

Me dormí como un bendito y solo desperté cuando, con todo cuidado, los camilleros me devolvían a la cama.

—¿Se encuentra bien, señor Spencer? —se interesó uno de ellos—. Puede descansar otro rato, enseguida servirán su cena.

Con un floreo de la mano, los despaché. Todavía flotaba en una especie de encantadora nube que me ascendía a los cielos y me acunaba.

Después de haberme tocado los dedos de los ángeles.

Los masajes se convirtieron en una rutina diaria. Un momento que yo aguardaba con callada desazón. Sin confesarlo. Únicamente anhelándolos y luego sintiéndola.

Y tres días después de comenzados, empecé a ver a la enfermera Park con unos guantes de algodón blanco cubriéndole las manos, aquellas habilidosas e incomparables manos, de los que solo de despojaba a la hora de atenderme. Sucumbí a la curiosidad y le pregunté. En varias ocasiones.

No saqué nada en claro. Me respondió con evasivas, sin concretar. Lo que no hizo, sino acrecentar mi intriga.

Por eso, aquella tarde, a la hora de las terapias, la mandé llamar un poco antes con el pretexto de que creía tener algo de fiebre.

La vi vacilar.

—¿Qué? ¿No va a tomarme la temperatura? ¿A ponerme la mano en la frente como ha hecho otras veces?

Le clavé una mirada intensa, plagada de preguntas que, por lo visto, ella no tenía a bien responder, al menos, de momento.

—¿A qué espera?

—Avisaré a otra enfermera…

—¡Ni se le ocurra marcharse! Enfermera Park, ¡tómeme la temperatura!

—¿Es una orden?

—Entiéndalo como le parezca. Pero venga aquí y pálpeme la frente.

¿Por qué se la veía tan agobiada? Retorciéndose las manos enguantadas, paralizada su sempiterna sonrisa. Hasta que finalmente debió decidir que se encontraba entre la espada y la pared y, tratando de ocultarme algo, fue sacando los dedos del guante.

Antes de que pudiera elaborar alguna estrategia de huida que me dejara con la duda, le rodeé la muñeca, tiré de ella hacia mí y, con un movimiento preciso, liberé por completo la delicada prenda.

—¿Qué diantres me está escondiendo?

Me horrorizó ver el estado en que tenía la piel. La sorpresa me impidió seguir recriminándola. La palma de su mano estaba enrojecida y casi en carne viva. De inmediato conjeturé que la otra estaría en idénticas condiciones.

—¿Qué le ha ocurrido en las palmas? ¿Acaso se ha quemado?

La señorita Park trató en vano de recuperar su extremidad. No se lo permití. Al contrario, agregué potencia al agarre y la miré fiero. Como anticipándole lo que le haría en caso de no responderme.

—Conteste. Dígame qué le ha pasado.

—No tiene importancia…

—¿Cómo que no tiene importancia? ¿Ha visto cómo están? Claro que lo ha visto, qué clase de idiotez estoy diciendo. Debe de rabiar de dolor cada vez que se roza con algo. ¡Muéstreme la otra! Vamos, ¡enséñemela!

Aprovechó que aflojé, para unir ambas manos y ocultarlas a la espalda.

—Debe de ser una reacción alérgica a… cualquiera sabe. Se curarán pronto —prometió con atropello—, estoy empleando un ungüento prodigioso…

—Pero ¿qué ha sido? ¿Qué es lo que ha causado ese efecto horroroso?

—No tengo idea, señor Spencer. Pero no debe usted preocuparse.

—No me dé órdenes. Y menos tan estúpidas como esa. ¿Cómo no voy a preocuparme? Se pasa el día cuidándome. Y no se desprende de esos guantes salvo cuando… cuando… —De repente lo vi todo claro—. ¿Los bálsamos de mis masajes? Dígame —exigí fuera de mis casillas—, ¿han sido los bálsamos?

La señorita Park empezó a balbucear incoherencias.

—Han sido esos aceites extraños que usa para mis friegas —sentencié sin dejar margen a una negativa—. Le han destrozado las manos. Y aun así… —Se me formó un nudo horrible en la garganta —, aun así, continúa usándolos.

Emily

No supe qué decirle. Sin que yo le explicara, él ya lo había adivinado. Me mordí el labio inferior. Y cuando volví a mirarlo a la cara, percibí con certeza lo que iba a ocurrir.

Los ojos de ceniza clara de Cassian Spencer se llenaron de lágrimas.

Acababan de romperse los diques que mantenían a raya su espantoso dolor. Todas las heridas que estaban abiertas, apenas tapadas, empezaron a sangrar. El llanto tanto tiempo reprimido lo sacudió en convulsiones. Mi sacrificio había desencadenado la catástrofe.

Fue como ver un río caudaloso desbordarse sin control.

—Señor Spencer, no se aflija —traté de serenarlo, sin éxito—, no es grave. Yo…

En mi ocupación como cuidadora, había visto a muchos hombres llorar desconsolados, igual que niños. Cuando lo veían todo perdido. Al ver sus vidas arruinadas por causa de las lesiones de la guerra. Pero el dolor de aquel joven iba mucho más allá, tenía rostro, y era temible. Demoledor. Probablemente había estado escondiendo su devastación desde el accidente para no afligir a los

que lo querían, disfrazándolo de arrogancia, de impaciencia, de mal humor.

Pero sin permitirle salir.

Apoyó la cabeza sobre mi hombro y se dejó ir. Entendí al instante que no tenía modo de frenarlo, así que hundí los dedos entre su pelo, obviando el escozor que el suave roce me provocaba y le consentí vaciarse.

Válgame, Dios, si lo necesitaba.

Capítulo 18

Confío más que tú

Emily

—Llore —le susurré, acunándolo con suavidad—. Llore cuanto quiera. Cuanto necesite. Es bueno. Déjelo ir. Así, así…

De esa forma permanecimos largo rato. Yo sentada en el borde de su cama, él acurrucado contra mi pecho. Abrazados. Confortándonos mutuamente. Me hacía trizas el corazón verlo tan destruido y tan roto.

—No quiero… no quiero vivir en estas condiciones. No quiero —musitó después de mucho tiempo, todavía con los ojos cerrados.

—Pasará. Le juro que pasará. Un día va a despertar y comprobará que todo ha cambiado, que…

—Ayúdeme a morir, Emily, se lo ruego.

Me envaré, me distancié de él, interrumpiendo el cálido abrazo. Asustada por la pavorosa petición, enojada al pensar que pudiera rendirse tan fácilmente.

—¿Se puede saber qué clase de disparate absurdo me está planteando?

Su expresión mortificada se crispó un poco más.

—¿No le da reparo pedirme algo así? ¿A mí? ¿A mí, que juré dedicar mis esfuerzos a salvar vidas? ¿A mí, que confío en usted por encima de todos los sinsabores y desgracias?

—Por favor, no se enfade —reculó—. No pierda por mi culpa esa sonrisa suya.

Desde luego que estaba furiosa. Rabiosa. Repentinamente desquiciada.

—¿Por qué cree, si no, que me he abrasado las manos con unos ingredientes a los que soy alérgica? ¿Y sabe qué le digo? Me da igual, ya se curarán. Pero su espalda, sus piernas, necesitan este preparado. Y yo haré lo que haga falta porque sé que va a conseguirlo.

El señor Spencer me observó boquiabierto. Con el revés de la manga secó los lagrimones que le corrían cara abajo y dio la impresión de querer rebatirme, sin que de su boca brotara una sola palabra.

—Yo creo en usted, Cassian. —Usé su nombre de pila sin reparo, igual que él había empleado el mío—. ¿Usted cree en lo mismo que yo?

Movió muy despacio la cabeza, a uno y otro lado. Luego me miró con expresión torturada. Un reflejo de desgarro que se me clavó en el alma.

—Entonces no ha servido de nada dejarme la piel de las manos en sus piernas —arremetí ofendida. Fui a levantarme—. Buscaré a alguien que pueda darle las friegas.

Al vuelo me agarró el brazo y me atrajo hacia él.

Con tal ímpetu, que me derrumbé sobre su pecho sin tener a qué aferrarme para mantener el equilibrio. Su rostro y el mío quedaron a escasas pulgadas de distancia.

—No se le ocurra dejarme —susurró bañándome con su aliento de menta.

Pensé que me quedaría sorda con el modo demencial en que latía mi pulso, cómo me resonaba en las sienes. El aire que nos

separaba ardió de repente. Su mirada recorrió mi cara y descendió hasta mis labios para quedarse anclada allí, demasiado tiempo.

Aturdida, recuperé la voluntad y me separé de él lo suficiente como para huir.

—Quiero que se cuide esas manos —prosiguió—, aunque también quiero que me cuide a mí.

Me estaba dedicando una mirada urgente que me dejó confusa y encogida.

—Lo que le pido no tiene ni pies ni cabeza, ¿verdad?

—Nada parece tener mucho sentido hoy, señor Spencer —flaqueé—. Quede en calma, ahora regreso.

Desoí a mis sentidos que me pedían quedarme. Abrazarlo y consolarlo como había hecho un rato antes, buscando que el sosiego le abriese los ojos. Cassian era el primero que debía creer en las opciones de Cassian.

De lo contrario, nada funcionaría.

Cassian

La enfermera Park vino de vuelta, acompañada por una matrona de clara factura suiza, bonachona y sonrosada, que ocupaba el triple de espacio que ella. Tamaña envergadura y unas manos como palas de carbonero me habrían acobardado y puesto la carne de gallina, de no ser por su gesto afable y su serena sonrisa.

—Señor Spencer, creo que no conoce a la enfermera Baumann. Se ha ofrecido amablemente a ayudarnos con las friegas de la nueva fórmula.

Sentí que empequeñecía. Antes que ellas, los camilleros habían pasado por mi cuarto y me habían colocado en la humillante camilla. Solo que esta vez, bocarriba y cubierto solo por una sábana.

—Ignoraba que se tratase de una receta diferente —comenté más que nada, por distraerme de los avances de la mujerona—. Ahora entiendo la reacción de sus manos.

—Las manos de la señorita no tardarán en curarse. El profesor Hoffman en persona le ha preparado unos ungüentos medicinales casi milagrosos —informó la mujer con su vozarrón potente—. Entretanto, yo la supliré. ¿Está preparado?

Busqué los ojos de Emily Park, sintiéndome indefenso. Sin hacer ruido, articulé una frase para que solo ella me entendiera.

«No me deje solo».

—¿Quiere que le lea mientras la enfermera Baumann hace su trabajo? —se ofreció risueña— ¿Qué andaba leyendo últimamente?

—Ahí, en la mesita junto a la cama. Una novela de viajes… ¡Recáspita!

Bajo el poder de los brazos de la suiza, me transformé en un molinete que cambió de postura cuando menos lo esperaba. La señorita Park cruzó una mirada cómplice con su colega y acto seguido, colocó un taburete junto a la cabecera de mi camilla. Se sentó en él con mi libro en las manos enguantadas, dispuesta a proseguir la aventura en voz alta.

Aquella mujer era increíble, pensé.

Todo lo que hacía, lo hacía de forma diferente al resto del mundo. Lo teñía, puede que sin querer, con una pátina de especialidad. No se limitó a reproducir las líneas de texto: leyó como le habría leído a un niño, agregó inflexiones en la voz, emociones y hasta humor, en una narración bastante plana y tediosa que cualquiera habría considerado imposible de mejorar. Más que un libro, me parecía estar presenciando un espectáculo escénico.

Me entretuvo de tal forma, que me olvidé de las manazas que me sometían a tan duro suplicio. De que no era ella la que me tocaba con su sutil delicadeza. Levantaba los ojos y allí la tenía, indecorosamente cerca, enfrentada a mí, riendo con mis reacciones a sus voces ahuecadas, sus muecas y a sus tonos de pito agudo.

—Bueno, esto ya está. —La enfermera Baumann palmeó en el aire y se secó las manos con una toalla—. Todos en Weinmarkt estamos deseando comprobar la eficacia de estos bálsamos. Agradézcale a la señorita haber podido elaborarlos, se pasó más de tres días recorriendo la ciudad en busca de los ingredientes.

Miré perplejo a la enfermera Park y la vi ruborizarse con violencia.

—Eso… ¿es cierto?

—Bueno, en realidad, no tiene la menor importancia. —Su veloz mirada amonestó a la Baumann, que se revolvió como una pequeña gran víbora.

—Le he dicho miles de veces que no debe ser tan modesta. Lo que hizo tiene gran valor. ¿Y qué me dice de seguir aplicándolo pese a la alergia en su piel? Se merece usted una estatua conmemorativa. ¿No le parece, señor Spencer?

—Desde luego que sí —balbuceé como un estúpido.

—La señorita ha conseguido grandes logros en Weinmarkt, ni se imagina la de militares desahuciados que ha sacado adelante con esa voluntad de hierro que la caracteriza y sus manos de ángel. Somos muy afortunados teniéndola con nosotros.

Dicho lo cual, la matrona recogió sus cosas y se encaminó a la puerta, no sin antes advertirnos de que en unos minutos llegarían los enfermeros para vestirme y devolverme a la cama. Yo todavía malgasté un buen rato en irritarme pensando que las manos de Emily hubieran tocado otros cuerpos masculinos que no eran el mío.

—¿De dónde salió esa fórmula? —quise saber en cuanto nos quedamos solos—. La del bálsamo que le ha abrasado las palmas.

—La enviaron desde Corea. Uno de sus hermanos la obtuvo para usted.

Lo identifiqué de inmediato.

—Rhysand.

—¿Se da cuenta la cantidad de gente que confía, igual que yo, en que lo conseguirá? —Su mano herida se apoyó en mi brazo como una pequeña paloma blanca—. No nos defraude.

Capítulo 19

Un paso adelante

Cassian

En los días venideros, la enfermera Baumann se convirtió en una habitual de mis rutinas, siempre acompañada de mi cuidadora principal, que lo mismo me leía en voz alta que me daba charla intrascendente, que echaba el rato animando a la cría de pato a volar. A través de ella, supe de muchos casos de hombres

condenados a resultas de sus lesiones de guerra que, contra todo pronóstico, habían salido adelante.

Sabía que su objetivo era sembrar en mí la esperanza que parecía haberse esfumado.

Muchas veces se nos sumó mi madre, escandalizada al principio por mi situación de semidesnudez, acostumbrada más tarde, embobada y prendada de los cuentos de la señorita Park, si bien optaba por sentarse de espaldas a nosotros, de cara a la puerta, para no ver tanta desvergüenza.

Uno de aquellos días, que amaneció sin ningún trazo especial, la enfermera Baumann me retorció la cadera como si marcara tirabuzones en la melena de una dama, movimiento que habría realizado, con plena seguridad, docenas de veces antes de aquella, pero a diferencia de las anteriores, sentí un latigazo de dolor que me atravesó de parte a parte como un puñal afilado.

Solté un aullido que puso en jaque a las dos mujeres. Di gracias al cielo porque mi señora madre no estuviera presente o se habría desmayado de la impresión.

La enfermera Baumann quedó petrificada, con las manos posadas en el mismo punto donde se había producido el espasmo, y

los ojos desencajados clavados en la señorita Park. Esta le correspondía con idéntica rigidez.

—¿Qué sucede? —me preocupé.

—¿Le ha dolido? —me interrogó Emily, agitada.

—Como si me arrancaran el torso del resto del cuerpo —admití, un poco avergonzado ahora que todo había pasado—. Ha sido muy breve, no se inquieten.

Las cuidadoras volvieron a mirarse con un interrogante muy sospechoso en las pupilas.

—¿Qué? —las azucé— ¿Hay que preocuparse?

—¡Todo lo contrario! —chillaron a coro.

—¡Es una muy buena noticia! —se entusiasmó la señorita Park arrojándose sobre mí sin pensarlo dos veces.

En medio de mi aturdimiento, sentí sus brazos rodearme el cuello, sus labios sobre mi mejilla afeitada, cubriéndomela de besos. Solo el carraspeo de advertencia de la enfermera Baumann interrumpió la explosión de alegría de mi cuidadora.

—Es… ¿es buena señal? —insistí sin acabar de creérmelo.

—Es un signo extremadamente prometedor, señor Spencer —cacareó Baumann con su fuerte acento—. Todas nuestras terapias

van encaminadas a reactivar la sensibilidad nerviosa de las zonas afectadas.

—¿Aunque sea un dolor?

—Es la diferencia entre sentir algo y no sentir nada —suspiró la señorita Park, soñadora.

Me quedé meditando cuánta verdad yacía en aquella simple frase. Testigo de la timidez con la que una llamita prendía en mi corazón, esperando, por mucho que me lo quisiera negar, que los vaticinios de mi cuidadora se cumplieran y mis piernas reaccionaran a los estímulos como correspondía, de una condenada vez.

A partir de ahí, un enjambre de médicos desfiló por mi habitación y me reconocieron hasta debajo del cabello, sin hallar razón que explicara el fogonazo de actividad nerviosa. Luego pasó tanto tiempo sin que sucediera nada digno de mención, que empecé a temer haberlo imaginado. Hasta que, por fin, casi tres semanas después de aquel día formidable, la sensación volvió a repetirse, menos dolorosa y más táctil.

Me pareció sentir el movimiento de los dedos de la enfermera Baumann reptándome por las piernas. No dije nada hasta asegurarme. No obstante, llegó un momento en que la percepción era tan vívida y certera, que me vi obligado a interrumpir su

actividad, y la de la enfermera Park, que me leía en voz alta, para informarlas.

El júbilo se adueñó por segunda vez de aquella estancia. Risas, abrazos y felicitaciones. Si bien, esta segunda intentona, ante la falta de avance de la primera, personalmente, me enajenó mucho menos. A mí me entraron las prisas, quería ver más.

Más avances curativos. Más sensaciones asombrosas. Más adelantos.

En definitiva, anhelaba un milagro. Y lo quería ya.

Entre mi madre y la señorita Park se encargaron de alejar el desaliento cuando asomaba las orejas. Seguimos con las terapias, la buena comida, el aire puro, las tisanas espantosamente amargas que depuraban mi hígado y los preparados de los doctores. Consumimos el otoño, todo el blanco invierno frente a las chimeneas, que dio lugar a muchas conversaciones, amigables primero, mucho más íntimas conforme avanzaba el tiempo, y finalmente vimos aparecer los cálidos rayos de la primavera.

Para aquel entonces, yo ya sabía del origen vienés de Emily Park, de su vocación para servir y cuidar de otras personas, de sus múltiples talentos relacionados con la rehabilitación y la medicina, manifestados desde muy temprana edad. Del escaso entusiasmo con el que su familia recibió en su momento la decisión de la muchacha y su consecuente marcha a Suiza, a una clínica perdida entre montañas, que la distanciaba de los salones de buena sociedad, de los bailes y la posibilidad de un matrimonio provechoso. Y aunque en público siempre me refería a ella como enfermera o señorita Park, en mi interior ya era Emily.

La querida e inolvidable Emily.

—Pero siendo austríaca, ¿cómo es que se apellida Park? —había sido una de mis preguntas.

—¿Y quién ha afirmado que ese sea mi apellido?

Puse cara de circunstancias, temiendo que nuevamente se burlase de mí.

—Mi nombre real es Von Metternich. —Sus pupilas se iluminaron con un brillo travieso.

—Complicado de pronunciar, pero imponente. Entonces, ¿por qué diablos usa un nombre falso?

—Porque para los ingleses, Park es sencillo y suena familiar. Es harto difícil conseguir que uno de ustedes se sienta como en casa.

No es que no pudiera entender sus razones. Conociendo a los británicos, tenían toda la lógica del mundo.

—Dígame que al menos se llama Emily.

Ella asintió con un cabeceo.

—Emilia.

—¿Y se puede saber la razón del engaño?

—Nada de engaños, señor Spencer, ya se lo he dicho. Fa. Ci. Li. Da. Des. El director me aconsejó emplear Park cuando me asignaran un paciente de su nacionalidad. Para que se sientan más cómodos, como le digo. Y por la dificultad de pronunciación que usted menciona.

A lo largo de tantos y tan penosos meses, solo habíamos logrado un leve movimiento de mis piernas que, a mi orden, consiguieron elevar los pies unos seis centímetros del suelo. Debo decir que la proeza nos emocionó hasta límites insospechados, descarrilando a continuación, al ver que no le seguían más avances.

Mi cuidadora consiguió distraerme de mi súbito bajón de ánimos, empujándome a cuidar de Alfred, el pequeño polluelo de

ánade real, al que ya le habían salido las hermosas plumas de vivo color azul con el característico anillo blanco en el cuello. Toda una hazaña. No podía creer que llegara a tomarle cariño, a preocuparme si comía lo suficiente, a posar el pan mojado en leche en mi propia palma y estirar el brazo fuera de la ventana para alimentarlo. Y cuando dejó de ser una cría para transformarse en un exuberante ejemplar adulto, lo vimos volar lejos, sumándose a otra manada de su misma especie. Vi sus alas rotas moverse, lo vi flotar, feliz en el lecho del cielo, junto a los demás.

—Se ha curado. Ahora vuela.

—Se ha curado —confirmó Emily—. Porque jamás se dijo a sí mismo que sería imposible.

Mientras le decíamos adiós, gimoteamos emocionados compartiendo pañuelo y, pese a las estrictas prohibiciones médicas, brindamos con licor por su buena fortuna.

En muchas ocasiones, cuando el tiempo era benigno y acompañaba, paseamos en coche por Lucerna. Emily fue nuestra guía a través de las callejuelas medievales de gruesos adoquines por las que el carruaje traqueteaba y cabía casi de milagro. Contemplamos las altas murallas con sus torreones coronados, las magníficas torres de Musegg. Kapellbrücke, el viejo puente medieval

cubierto que cruzaba el río Reus. La torre del agua, usada para fines diversos a lo largo de los siglos, incluyendo el de cámara de torturas. El lago lleno de hermosos cisnes y las soberbias montañas como telón de fondo. Probamos las delicias de la cocina lugareña en un sinfín de tabernas rodeados de gente que cantaba y bailaba al son de pequeños acordeones.

Durante las salidas, no siempre nos acompañaban los camilleros, pues resultaba muy sencillo que cualquier par de hombres que nos topáramos, entretenidos en descargar carros, podar o limpiar parcelas, acudieran en nuestra ayuda, subiéndome o bajándome del carruaje, acomodándome en mi silla de inválido, o desatascando esta de entre algún cruce de adoquines en las que se hubieran hundido las ruedas.

Confieso que, en un primer momento, mi azoramiento, la humillación que sufría si estos casos se presentaban, fue inmedible. No obstante, el buen humor y la sonrisa permanente de Emily, con sus ojos chispeantes y sus labios sonrosados, fueron limando asperezas hasta lograr acostumbrarme del todo y reírme de mi propia suerte.

Las piernas se habían movido.

¡Demonios! Era un comienzo.

Y aunque estuviesen tardando más de la cuenta, no había motivos para no creer que volviera a suceder.

Capítulo 20

Brisa de primavera

Emily

Veinte días antes del ecuador del verano, lady Elisabetta nos sorprendió con el anuncio su marcha.

—Mi hermano no se encuentra bien —me explicó durante nuestra entrevista privada, tomando el té en las terrazas—. Ya estuvo gravemente enfermo hará unos años, salvó la vida de milagro. No querría que ocurriese nada malo estando yo tan lejos.

—Lo comprendo —accedí ocultando mi pesar, porque tenía la certeza de que nada que pudiera alegar la disuadiría.

—Es poco lo que puedo hacer ya aquí, llevo demasiado tiempo alejada del resto de la familia. Nació el hijo de mi sobrina Evelyn y ni siquiera lo conocemos.

Casi empezábamos a hacernos la idea alrededor de su inminente partida, cuando todo empeoró de repente, al tomar Cassian Spencer la irrevocable decisión de acompañarla de vuelta a Inglaterra. La punzada de dolor que me atravesó el pecho al enterarme estuvo a punto de matarme. Si abandonaba Weinmarkt… ¿qué sería de mí, de mis días y mis rutinas? Cassian había terminado convirtiéndose en el eje central de todas mis actividades. Un pequeño centro de universo que me mantenía cuerda e ilusionada. Sus progresos eran también los míos. Compartíamos alegrías y pesares.

¿Qué haría sin él? ¿Cómo seguiría viviendo si se marchaba?

Lady Elisabetta me convocó a su habitación, donde tres doncellas preparaban con diligencia su voluminoso equipaje y me sugirió dar un paseo por los jardines.

—La noto alicaída, señorita Park. ¿Le ocurre algo?

—Bueno, no le mentiré, milady. Voy a echarlos mucho de menos. Muchísimo —confesé obstinada en mirar el suelo.

—Usted… Sé que su vínculo con este lugar, la responsabilidad que el profesor Hoffman deposita en usted es enorme, pero me preguntaba… ¿Nos acompañaría usted a Londres?

—¿Yo? —me asombré— ¿A Londres? ¿Con ustedes? ¿A su casa?

—Para que Cassian continúe con sus ejercicios y cuidados. Nadie mejor que usted para atenderlo. Él está de nuevo fuerte y saludable gracias a los dones de este paradisíaco lugar, pero mi hijo tiene razón, es hora de volver, no podemos quedarnos en Weinmarkt de por vida. Lo que no quita que él deba proseguir, luchando, buscando el desenlace que todos ansiamos, ya que aún falta mucho camino por recorrer.

—Lo de que los acompañe, ¿es idea suya?

La dama sonrió azorada.

—Lo cierto es que no del todo. —Su mano acarició distraída el encaje de sus faldas—. Él no lo admitirá en ningún momento, claro está, es demasiado orgulloso como para hacerlo, créame, Cassian salió de mis entrañas y lo conozco. Pero la necesita y no sabría sobrevivir sin usted a su lado.

—Yo… —Noté cuánto me costaba llenar los pulmones. Que la respiración se me entrecortaba por la angustia, si es que podía llamar de aquel modo a lo que sentía.

Iba a tener que negarme.

Quería, por sobre todas las cosas, que el señor Spencer caminara. Que recuperara su vida a través de la salud en las piernas. La alegría de un futuro brillante. Que se casara y tuviese muchos hijos. Sin embargo, ¿qué pintaba yo en Londres, rodeada de aristócratas extraños que me mirarían como a un insecto sobre un mantel de hilo nuevo?

Mi lugar estaba en Weinmarkt.

En su momento renuncié a todo por Weinmarkt.

Allí me necesitaban, era lo que contra viento y marea había elegido. Y pese a ello… Deseaba aceptar. Olvidarme de lo importante, hasta de mis propias decisiones de vida y seguirlo allá donde fuera. ¿Cuántas veces se habían cruzado nuestras miradas en aquellos meses? ¿En qué incontables ocasiones se habían enredado sin remedio? ¿En qué momento la nuestra había dejado de ser una relación enfermera-paciente para ascender de nivel?

Sería honesto parar de mentirme por una vez. Mirarme abiertamente al espejo y confesar la repercusión del irresistible

señor Spencer en mi, hasta que lo conocí, apacible vida. El que él no me correspondiera ni me viese de esa forma era lo de menos. Cassian tenía su prometida y apostaba a que estaría deseando verla, estrecharla entre sus brazos, renovar sus promesas, aunque la muchacha no se hubiese dignado a escribirle unas míseras letras en casi un año completo.

El sentimiento que me embargaba, que hacía mis días más dulces y mis esperas más llevaderas, me pertenecía. Era solo mío. Yo lo alimentaba con dedicación y amor, como hice con Alfred, la cría de pato azul. Y para mí en exclusiva eran sus beneficios. Un amor no correspondido no siempre tenía que ser motivo de desdicha. Contemplándolo desde la distancia me conformaba, sus sonrisas me llenaban de calor el corazón.

—¿Qué me dice, señorita Park? ¿Emily? ¿Puedo llamarla Emily?

La voz susurrante de lady Elisabetta me arrancó de mi sopor y me obligó a aterrizar de un golpe seco.

—Sí, por descontado, claro que puede. Me temo que no me será posible viajar a Inglaterra, milady. Tengo obligaciones para con otros pacientes, con la clínica en general, que no me permiten ausentarme.

—Pero si contáramos con el permiso del director Hoffman, ¿usted cree que…?

Negué testaruda con la cabeza. A sabiendas de que no habría otro modo de salvarme de la terrible cuchillada del desamor. Una cosa era amarlo desde lejos y otra muy distinta, ser espectadora de cómo dedicaba sus caricias y atenciones a otra mujer. Porque eso era lo que pasaría en cuanto volviera a su entorno en Londres.

No tenía por qué sufrir aquella tortura de forma voluntaria.

—Lamento confirmarle que mi hijo ya se ha reunido con él, solo a modo de tanteo, pero lo ha hecho partícipe de nuestra marcha y de su deseo de llevarla con nosotros.

Qué bien sonaba aquello.

—En fin, como no podría ser de otro modo, usted tiene la última palabra, Emily, querida, usted decide.

Me enfrenté a mi decisión justo al día siguiente. Cuando ni siquiera había tenido ocasión de madurar las secuelas de mi rechazo. El director de la clínica me requirió en su despacho y me pidió que me sentara y cerrase la puerta.

—Señorita Von Metternich, creo que está al tanto de la partida de lady Elisabetta y su hijo, el señor Spencer. Vuelven a Londres, a su casa, con su familia. Lo que no excluye que deba seguir con sus tratamientos hasta el final. Bien sabe Dios, nosotros y ellos, que no hemos terminado.

Me limité a asentir con humildad. Sin despegar los labios.

—Milady me garantiza que dedicarán una habitación completa a las terapias del joven señor. Con camilla para sus masajes, mesas para colocar los preparados, todo cuanto pueda necesitar. Disponen de abundante servicio, sin duda todos volcados en los deseos de mejora de su patrón. Se encargarán de preparar las tisanas y específicos. Así como de mover y acomodar al señor Spencer siempre que sea preciso. No gozará del aire puro de las montañas suizas, pero estará entre los suyos.

—Lo cual, sin duda, conllevará importantes beneficios —musité con poca energía.

El profesor Hoffman, casi un padre para mí desde siempre, me miró suspicaz por debajo de sus gafitas.

—*Fräulein* querida, debería usted considerar seriamente acompañarlos.

—Sé que el señor Spencer lo ha insinuado…

—Y yo lo he animado a insistir. Su dedicación no tiene parangón y en la actualidad se llevan ustedes tan bien… No es fácil conseguir ese tipo de vínculo con un cuidador. Vaya a Londres y acabe su magnífico trabajo.

Mentirle al profesor Hoffman me resultaba increíblemente más arduo que mentirme a mí misma o a milady. Él parecía adivinar mis más recónditos pensamientos, leyéndome tal que si fuera transparente. Hundí la cabeza en el pecho y musité algo incoherente a lo que él no atendió.

—A ese joven con tan mala suerte aún le queda un largo trecho por recorrer. No lo logrará sin su apoyo, sea consciente de ello. Puede que ninguno de los dos lo buscase, pero usted ha terminado convirtiéndose en su principal sostén emocional.

—El resto de mis pacientes… —protesté con debilidad.

—La consagré a este caso con preferencia, *fräulein*. Porque se adecuaba a sus virtudes de un modo casi matemático. El señor Spencer es su paciente asignado ahora. El único que debe importarle. ¿Tiene idea de lo que habrá de enfrentar cuando llegue a Londres?

Lo miré sin entender, más confusa y turbada que otra cosa.

—Su antigua prometida está casada con otro hombre.

Me dio un vuelco el corazón, imaginando el suplicio espantoso que supondría para Cassian descubrirlo.

—Supuse… que lo esperaría, era lo natural.

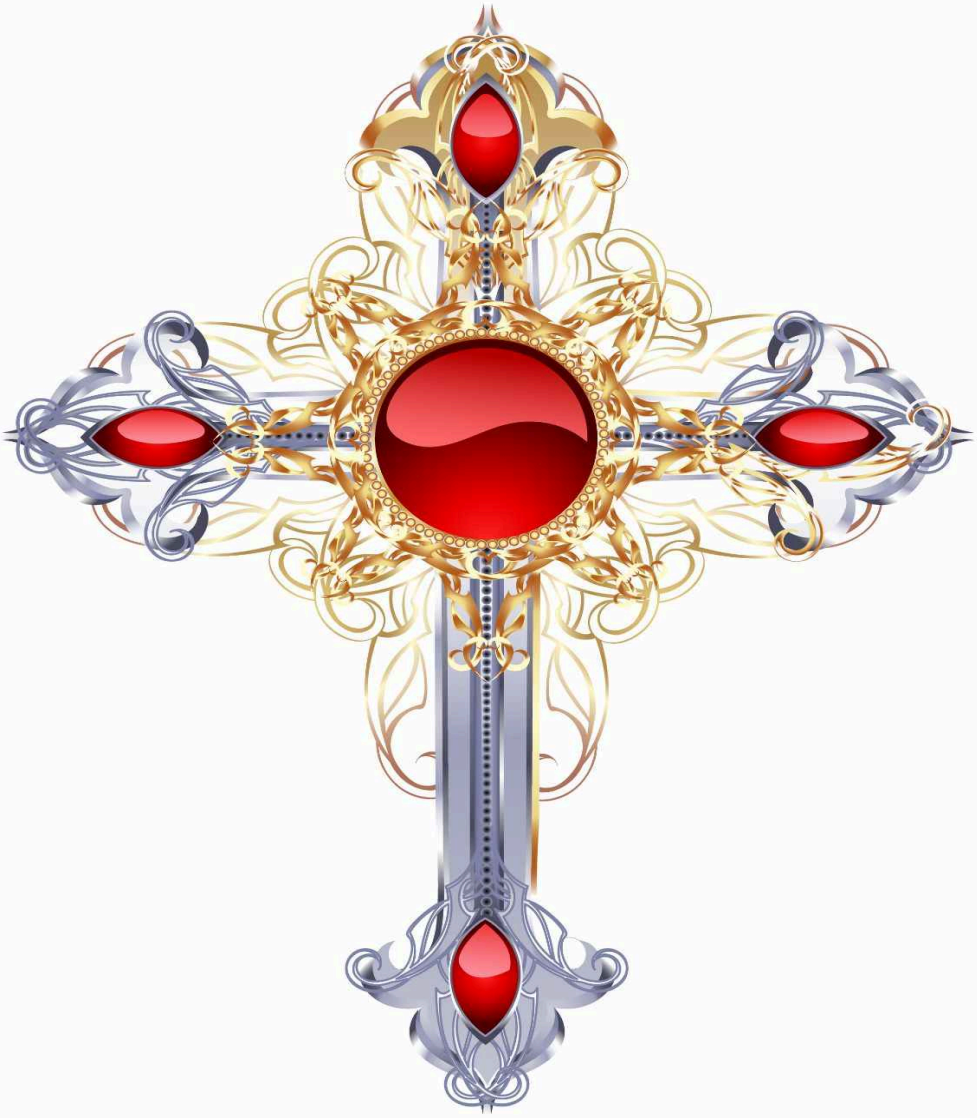
—La muchacha se desposó antes de que el señor Spencer viajara a Suiza.

—Entonces, ¡él lo sabe!

—Por supuesto que lo sabe. ¿No le ha comentado nada?

—No alcanzamos ese grado de confidencia, profesor. El señor Spencer es, respecto a ciertas cosas, introvertido, reservado y bastante hermético.

—El sufrimiento a veces nos envuelve como una coraza de la que es imposible desprenderse. Y en su caso, será complicado quebrarla si él no lo desea. Su prolongada estancia aquí, el cambio de aires, sin duda lo han ayudado a arrinconar el indeseable recuerdo. Pero se acerca el temible momento de encararlo nuevamente. —Clavó en mí sus ojos inteligentes, de un azul adormilado. Aquella mirada contenía una petición, una súplica que no pude desoír—. Ayúdelo. Confórtelo, *fräulein* Von Metternich. Para un alma atormentada como la de ese muchacho, su presencia es una brisa de primavera.



Capítulo 21

Soberbia

Cassian

Pasé gran parte del viaje arrepintiéndome de mi actitud soberbia. De no haberle pedido yo mismo a la señorita Park, ¿qué digo pedido? rogado, suplicado, que nos acompañase de vuelta a Londres. Que hiciera por mí el inmedible sacrificio de abandonar sus labores, al resto de sus pacientes, sus amigos y tutores en Weinmarkt. Como si yo fuera algo especial digno de ser tratado con un miramiento extraordinario por su parte. Como si entre nosotros dos se hubiera creado un vínculo personal y emocional que iba más allá del entendimiento, y que solo podía ser alimentado para que creciera.

Al contrario de cómo debía haber actuado después de la enorme deuda contraída con ella por lo que ya había hecho, me escudé en mi madre y en el director Hoffman para que la convencieran, quedando yo al margen, como si no fuera el principal interesado en que la joven aceptase.

Todavía me quedaban tantas cosas por aprender… El caso era que, por milagro divino quizá, los motivos que ellos le dieron fueran los que fuesen, bastaron para convencerla y Emily había hecho su equipaje y nos acompañaba rumbo a Londres. Pensativa, callada y demasiado ausente. Invirtiendo muchas horas en cubierta, apoyada en la barandilla, perdida en el horizonte del inmenso mar, o mirando por la ventanilla de los carruajes cuando desembarcamos. Triste no, pero sí meditabunda, sin hacer gala de aquella incomparable chispa mágica que la caracterizaba.

Y yo… ¿qué decir de mí? Asustado en exceso por si algo de lo que dijera terminaba de convencerla de que aquel sacrificio tremendo no valía la pena. De que *yo* no valía la pena. Escondido entre los pliegues de mis miedos, más huraño que de costumbre.

Mi madre sufrió el viaje hasta lo indecible, la pobre mujer. Y hasta se dio por vencida tratando de animar con su incesante parloteo nuestros embarazosos silencios.

Por fin en casa.

La llegada a Herrick House fue mucho más emotiva de lo que hubiera podido imaginarme. No solo el servicio se alineaba a sus puertas para darnos la bienvenida con ojos empañados por la emoción tras casi un año de ausencia, y francas sonrisas iluminando sus rostros.

La familia al completo.

Mezclados algunos de ellos con miembros de la servidumbre, como era usual a causa de nuestras relajadas costumbres, con la misma expresión de entusiasmo contenido que los niños antes de abrir los regalos de navidad.

Y me refiero a todos los miembros de la familia que en ese momento habitaban la casa. No habíamos precisado con mucha exactitud el momento del regreso, pues el viaje era en extremo penoso y largo. Y llegamos pasada la hora del té. Felices pero exhaustos. Con ánimos, únicamente, de llenar nuestros estómagos con algo delicioso y retirarnos a descansar hasta el día siguiente en que, realmente, empezaría la vida.

****

La vuelta de los viajeros fue la excusa perfecta para que, a la mañana siguiente, a la temprana hora del desayuno, todos los Fowler-Spencer con sus hijos pequeños estuvieran presentes, llegados de sus respectivos hogares, aguardando expectantes, sentados a la mesa. El hermano mayor, Henry, su esposa Julianna y su pequeño Armand, de cabellos tan rojos como la madre. La prima Evelyn, el coronel Darwin y el nuevo sobrino, de tan solo siete meses de edad en su presentación oficial ante el tío tullido. Rhys y su esposa Anne, la querida y amable Anne, que también esperaban su primer vástago.

Cass sintió tanto amor al verlos, al abrazarlos y besarlos uno a uno, al escuchar cómo se atropellaban los unos a los otros exigiéndole detalles, al tiempo que una punzada incontrolable de amargura al entender que él jamás estaría en esa situación de dulce espera, aguardando el momento de convertirse en padre.

Tenía a sus sobrinos, claro, especialmente a Colin, que no se había separado de su lado desde que bautizara su silla de ruedas como «el caballo de las patas redondas del tío Cass», fascinado con

su movimiento y con lo divertido que era viajar en el regazo del hermano de su padre.

La presencia de Emily despertó más curiosidad que el estado de sus piernas inmóviles. Enseguida se vio rodeada por las mujeres de la familia que le hacían preguntas, reían con ella y empezaban a tratarla como una más del grupo.

—¿Y cómo se llama el bebé? —se le ocurrió preguntar a Cassian, a ver si lograba que el ensordecedor alboroto se apaciguara.

—Lo bautizamos Rhysand, como tu hermano.

—Precioso nombre —se pavoneó el aludido sirviendo té a su esposa.

—Al menos goza de gran popularidad. La duquesa de Richmond ya estuvo a punto de escogerlo para Georgy —aclaró Evelyn con su tono de marisabidilla de siempre—. En nuestro caso se debe a que hemos sellado un pacto.

Cass vio que Emily abría los ojos con sorpresa.

—¿Un pacto? —preguntó por ella.

—Claro. Nuestro hijo se llama Rhysand a cambio que el suyo, caso de ser varón, se llame John, como mi coronel. El mismo acuerdo hemos cerrado con Lucien y Flora para más adelante.

Los recién casados se hicieron un arrumaco sin ningún recato, salvo el carraspeo de tío Armand, el conde. A Emily se le escapó una risita. A Cass le daba gusto verla allí, entre todos los miembros de su familia, casi como parte integrante de ella.

—Eso me deja fuera —protestó Henry, mohíno—. ¿Es que no va a haber ningún Henry? ¿Qué pasa con Henry? Es nombre de monarca, ¿no os parece lo suficientemente hermoso, rotundo y aristocrático?

—Es el nombre de un vizconde —les recordó Jurian ahuecando la voz.

—Y futuro conde de Herrick —agregó Varian haciendo una florida reverencia.

—¿Entonces? ¿Por qué nadie lo elige? —insistió el vizconde Rothgar cruzando una mirada dolida con su esposa— ¿Quién le pondrá Henry a su primogénito?

—Me temo, querido hermano —intervino Lucien pasando la mermelada—, que por muy ilustre y biensonante que sea tu nombre, te quedas sin ahijado… de momento.

—A nosotros no nos mires —cantaron los gemelos al unísono.

Entonces, sin un motivo concreto que lo justificara, todas las miradas giraron hacia Cassian. Fue un acto involuntario y repentino,

que muchos corrigieron al instante. Pero era tarde. Al joven se le había borrado la sonrisa de la cara y en su lugar se había instalado una profunda tristeza que los hizo desear que el tiempo retrocediera.

—Si tan vital te resulta, nosotros adoptaremos tu nombre para nuestro futuro vástago, hermano —precipitó Lucien con una tosecilla nerviosa, dirigiéndose a Henry, tratando de desviar la atención centrada en Cass.

Era tarde. Cassian accionó las ruedas de su silla y se separó unos metros de la mesa, marcha atrás.

—Si me disculpáis, creo que saldré a tomar un poco el aire.

—¿Te acompaño, querido? —se anticipó lady Elisabetta, por encima de todos los demás que pensaban brindarse del mismo modo.

Cassian rechazó su ofrecimiento con un gesto de la mano. Emily se puso en pie y con un solo ademán, los serenó. Ella sabría qué hacer, cómo consolarlo. Sin preguntar si podía o no acompañarlo, avivó el paso, se colocó a la altura de la silla, y la empujó a través de los grandes ventanales abiertos hacia las terrazas hasta que los dos se perdieron de vista.

Los Fowler-Spencer se miraron consternados. Hasta el pequeño Colin se quedó clavado en su asiento notando que debía

mantenerse mudo.

—Hemos sido muy poco delicados —se dolió Julianna.

—Hay que medir mucho más lo que decimos cuando él esté delante —agregó Flora conmovida.

No hubo nadie, incluido milord, que no asintiera con la cabeza. De repente, el apetito de todos había quedado reducido a nada. Iba a ser complicado lidiar con el inestable humor de Cassian, su exagerada sensibilidad, y que nunca se les escapase nada inconveniente a un grupo tan dado a la espontaneidad.

Cassian no despegó los labios y permitió que Emily empujara en silencio su silla a lo largo de las amplias terrazas que circundaban la mansión. La muchacha no se detuvo hasta que estuvieron en el lado opuesto de la casa, el que lindaba con los jardines traseros, frescos y exuberantes, recibiendo el otoño que se asentaba en Londres. Con sus molestas lloviznas, su tiempo desapacible y sus amenazas permanentes de tormenta.

El joven aspiró hondo, hasta llenar los pulmones. Un gesto que Emily lo había instado a repetir cientos de veces en Suiza y que

al punto lo tranquilizó.

—Qué suerte tenemos de que el clima aún sea templado. Aproveche, señorita Park. Quedan pocas jornadas. Es cuestión de días que empiece usted a tiritar por culpa de la humedad y el frío.

Emily se colocó delante, donde pudiera verlo y hablar con él sin obstáculos. Sentada en una silla frente a una mesa redonda con un gran centro de flores.

—La suerte la tiene usted con tener la familia que tiene. Son tantos y tan bien avenidos. Tan…

—¿Ruidosos?

La muchacha dejó ir una alegre carcajada.

—¿Usted no tiene hermanos? —prosiguió Cassian a media voz.

—Solo a Klemens, pero es demasiado severo como para sonreír más de dos veces al día. Pobrecillo, no le sale de manera natural.

Ahora fue Cass el que esbozó un toque de humor.

—Son fabulosos —repitió Emily, haciendo un gesto con la barbilla hacia la casa—. Lo quieren, usted les importa. Se tienen los unos a los otros, ¡qué gran apoyo! ¡Y qué enorme consuelo!

Ojalá ella tuviese una familia similar. Aunque fuera de lejos. La suya era reducida y muy aristocrática en el austríaco sentido del término. Estirados, rigurosos, siempre adecuados y perfectos. Los Spencer eran un soplo de aire fresco, espontáneos y bulliciosos. Una familia como las de antes.

—No les obligue a medir sus palabras si está presente —añadió con suavidad, para no ofenderlo—. Le consta que nadie tiene mala intención.

Cassian cabeceó y durante un buen rato, enmudeció. Emily se entretuvo, paciente, en admirar los alrededores, la fachada imponente del edificio, la fragancia del verdor que los rodeaba, concediéndole tiempo para poner en orden sus ideas.

—¿Sabe lo peor de estar en mis condiciones, señorita Park?

—No, dígamelo. Presumo que cada cual tendrá un punto de vista muy diferente.

—Que te pasas la vida enfurruñado, furioso contigo mismo y pagándolo con los demás. Con gente que no tiene culpa alguna, solo porque ellos están sanos y tú no. Solo porque mirarlos te hace preguntarte por qué tuviste tan mala suerte, se torció tu destino y tus fabulosos planes rodaron barranco abajo, mientras que los suyos

siguen en pie, hermosos y más florecientes a cada rato. Veo a sus hijos y no puedo evitar pensar en los que no tendré.

Emily se inclinó hacia adelante y le tomó una mano entre las suyas. La notó un poco fría y se la frotó con afán. Su enérgico movimiento provocó que Cassian se perdiese por completo en su perfume y, durante unos segundos, no tuviera conciencia de dónde se encontraba.

—Deje de torturarse con esos pensamientos fúnebres y ponga todo su empeño en mejorar —lo estimuló la muchacha sin interrumpir la conexión visual que tanto los turbaba—. Hoy y durante el resto de la semana, nos centraremos en dar masajes y en que descanse y se reponga del agotamiento del viaje. Porque la semana próxima…

—La semana próxima, ¿qué?

Ella le dedicó una nueva mirada, picarona, llena de luz.

—Arrancamos con los ejercicios que lograrán que esas piernas se activen. ¡Alégrese! Es entonces cuando dará comienzo el auténtico desafío.

Capítulo 22

Una noticia pendiente

El silencio de sepulcro instalado en el comedor solo se vio interrumpido en dos ocasiones. La primera, cuando tanto lord Herrick como lady Elisabetta se excusaron para retirarse, con aire pesaroso. La segunda, cuando el mayordomo irrumpió en la estancia con el anuncio de una visita.

La mayoría de los Fowler-Spencer eran imaginativos en grado sumo, pero ninguno de ellos habría acertado a fantasear con la menuda silueta que se recortó en el umbral de las puertas dobles, haciendo que todos, sin faltar uno, la mirasen con la boca abierta.

—¡Señorita Fairfox! —Evelyn fue la primera en reaccionar.

Se levantó de un brinco y fue directa a recibirla. La muchacha la cumplimentó con una refinada venia.

—Lamento mucho importunarlos durante su desayuno. He venido a horas tan tempranas, y sin anunciarme… —Parecía realmente mortificada, temblorosa la voz, la vista fija en sus zapatos, las manos enguantadas retorciéndose una con otra—. Cielo santo, tengo la sensación de haberlo hecho todo mal… Es que…

Evelyn la tomó sutilmente por los hombros y la guio hasta el sofá cercano. Casi la forzó a sentarse. Los demás miembros de la familia fueron abandonando la mesa, colocándose en lugares estratégicos desde donde pudieran intervenir caso de ser necesario, salvo las mujeres, que no tardaron en rodear a Rose en una suerte de círculo aislante. Flora prefirió retirarse con Colin de la mano.

—Cuando me he enterado de que Cassian había vuelto… —balbuceó la joven Fairfox—. Entenderán que no podía esperar para verlo.

—Ya, bueno —arrancó Julianna con una sonrisa afable—. El caso es que Cassian… no está.

Los ojos de Rose reflejaron pavor.

—¿No está? ¿Ha vuelto a marcharse?

—Nada de eso, querida, salió a dar su paseo matutino con su cuidadora. Tardará mucho en regresar. Esos paseos son parte de su terapia diaria. Y deben ser prolongados.

—Puedo esperarlo. De hecho…

—Mejor que no. —Evelyn sonrió impostada y tirante.

Tanto, que Rose paseó sus confusos ojos de dama en dama, topándose, una tras otra, con expresiones similares que la desconcertaron más aún.

—¿Cuál es la razón? ¿Él no quiere verme?

—Las cosas hay que abordarlas poco a poco, querida —replicó Julianna, sin que su respuesta tuviera realmente demasiado sentido.

—¿Y su bebé, lady Evelyn? —giró de improviso Rose, tratando de recomponerse.

Todas esbozaron un gesto de horror contenido. Acababa de esgrimir la excusa perfecta para no marcharse. Y deseaban que lo hiciera. Cuanto antes.

—¿Podría aprovechar, ya que estoy aquí, para conocerlo? —insistió al ver que nadie le respondía.

—Está dormido —se atropelló Evelyn, rezando porque no se le ocurriera a la niñera aparecer justo en aquel momento—. En otra

ocasión será. —Se puso en pie con precipitación—. Señorita Fairfox, lo cierto es que debo salir con urgencia a un recado. Venga, la acompaño a su carruaje.

Rose la imitó, poniéndose en pie con poca decisión. Tragó saliva muy azorada.

—La verdad, no he traído coche, vine caminando, dando un agradable paseo para disfrutar de los últimos días de buen tiempo y… para calmar los nervios.

Las pupilas de los presentes, damas y caballeros, viajaban desde la escena que se desarrollaba frente al sofá, a los ventanales que comunicaban con las terrazas. Rogando a los cielos porque a Cassian y a la señorita Park no les diera por regresar de forma inoportuna.

—¡Mejor entonces! —La expresión de Evelyn varió al punto, tornándose radiante como un sol de primavera—. La acercaré hasta su casa con el mío. Quiero decir, camino de mi recado…

—Por Dios, no hace falta que se moleste.

—No es molestia alguna, querida, se lo aseguro. —Empezó a empujarla sin disimulos hacia la salida—, si prácticamente pasaré por delante de su puerta.

Dio unas aceleradas órdenes a la doncella para que le bajara un sombrero y un abrigo, el primero que encontrase, y mientras esperaban, el escasísimo puñado de minutos bastó para que lady Elisabetta cruzara el vestíbulo y las divisara de lejos. Rose se inclinó en una reverencia nada más distinguirla. La dama, sin embargo, la miró con muy poca simpatía.

—Milady.

—Señorita Fairfox. —Bajó intencionadamente el tono al mencionar su nombre—. No esperaba encontrarla aquí.

—De hecho, nos marchábamos, tía. En este mismo instante —interrumpió Evelyn con una alegría impostada—. Otro día pueden charlar… con más tiempo, si lo desean.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, había arrastrado a la perpleja señorita Fairfox fuera de Herrick House y la introducía a empellones en el carruaje.

Una proeza solo al alcance de lady Evelyn.

Las dos damas salieron de Herrick House con evidente atropello. Rose dando traspiés, sin entender todavía los motivos de

tantas prisas. Lady Evelyn pegada a su espalda, empujándola con sutileza… pero a puro codazo, al fin y al cabo.

Se acomodaron en el coche y Evelyn resopló, poco aristocrática. Rose la observaba pasmada desde sus grandes ojos oscuros, abiertos como sartenes.

—Espero que no me juzgue entrometida o maledicente, milady —arrancó la muchacha, al cabo de un rato, muy cohibida—, pero ¿no le parece que lady Elisabetta me ha mirado con… mala cara al encontrarnos?

—¿Mi tía? —Desvió la mirada—. No creo. Quiero decir, que no me lo ha parecido.

—Lady Evelyn… Sé que es usted muy correcta y que se trata de su pariente más querida. Siempre habrá de defenderla.

—Me temo que han sido figuraciones suyas.

—Apenas me ha mirado. No es que estuviera obligada, yo no soy… quiero decir que no tengo títulos. Así y todo, siempre me ha parecido una dama exquisitamente cortés. Y que yo no le caía del todo mal.

Evelyn tuvo la impresión de que acababan de arrinconarla. Y que no disponía de más salida que admitir *parcialmente* la verdad.

—Ella está… Lo cierto es que estamos todos bastante alterados con Cassian en Herrick House en las condiciones en que se encuentra.

Al oír aquel nombre, el rostro de Rose se iluminó de repente.

—Su estado es muy delicado. Basta una palabra fuera de lugar para destruir su humor por todo el día. Incluso sin ánimo de ofender. No sabemos bien cómo proceder. A cuenta de contenerse, mi tía debe de tener los nervios desquiciados.

—Disculpe el interrogatorio, milady, pero ¿él sabe…? ¿Le han contado?

—Aún no hemos encontrado el momento apropiado —la cortó Evelyn presurosa antes de que acabara la frase.

—Quizá sería más conveniente si yo misma lo pusiera al corriente…

—Creemos que no debe saberlo —espetó cortante.

La damita Fairfox parpadeó por completo confundida.

—¿Cómo dice?

—Que la familia decidirá cuándo y de qué modo informar a mi primo.

Rose boqueó, bloqueada por la perplejidad. No es que tuviese una relación demasiado cercana con la hija del conde de Herrick, sin

embargo, nunca la había visto así de enojada.

—Pero el asunto me atañe con carácter personal. Él y yo…

—Rose —la cortó en seco—. ¿Me permite llamarla Rose? Gracias. Mi primo ya no es el que fue, las cosas tampoco son lo que eran hace un año. Todo ha cambiado. Y habida cuenta su estado y lo mucho que pueden afectarle determinadas noticias, nosotros decidiremos si deben dársele. Le ruego respete lo que quiera que acordemos.

—¿Tan mal está?

—En ese tipo de incapacidades, la voluntad, el estado de ánimo son fundamentales. Mi primo precisa de calma, tranquilidad y paz. No permitiremos que se agite bajo ningún concepto. Podría tener nefastas consecuencias.

La muchacha se llevó la mano enguantada a la boca, ahogando un gemido de espanto.

—No sabía que fuese tan grave.

—Lo es. No podemos tomarlo a la ligera, Rose, querida. Hay que ser extremadamente prudentes, cautelosos a la hora de filtrar la información que se le dispensa. Entenderá que hagamos lo preciso para garantizar su paz de espíritu. Oh, mire, creo que hemos llegado a su casa.

Capítulo 23

Una decisión mientras tanto

Rose Fairfox se adentró en la residencia familiar como subida en una nube. Entregó sombrero, bolso y abrigo al lacayo que acudió a recibirla, y con la mirada perdida en la nada, entró en el saloncito abierto a la derecha.

—¡Rose! Rose, ¿eres tú? Acércate, querida, acaban de servir un té.

Cuando su madre se fijó en su semblante, pálido y desencajado, no pudo por menos que extrañarse.

—¿Se puede saber qué te ocurre? ¿Y de dónde vienes tan temprano? No te he visto en el desayuno.

—De… vengo de…

«De la iglesia», pensaba decir. Aunque el estallido de ira de su madre la petrificó en el acto.

—¡No hace falta que me lo digas! Te lo leo en la cara. —La repasó severa, de pies a cabeza sin una pizca de diplomacia—. Da gracias al cielo que tu padre no está en casa. No le agradaría nada enterarse de ciertas cosas.

—¿Está sola, madre? —se interesó Rose, deseosa de cambiar cuanto antes de conversación— ¿Y Amelia? ¿Cómo es que falta al té?

—Tu hermana ha ido a pasar unos días con tía Jacinth. A Hampshire.

—¿A Hampshire? ¿Así, de repente? ¿Está enferma la tía o algo parecido?

—No, en absoluto. Por el simple placer de visitarla. La pobre se encuentra muy sola.

Rose sabía dos cosas: la primera, que su madre estaba evitando adrede mirarla a los ojos, prueba evidente de que algo tenía que esconder. La segunda, que su egoísta hermana menor no solía invertir su tiempo en agradar a nadie. No consolaba viudas, ni

visitaba enfermos. Amelia no era dada a consentir más caprichos que los suyos propios.

Si se había ausentado así, tan de improviso, es porque algo se cocía en el ambiente.

Tomó asiento junto a su madre, sumisa y dócil, y aceptó la taza de té que la dama puso en sus manos, con una sonrisa timorata.

—No voy a preguntarte si lo has visto. —Su hija fue a responder, pero la señora Fairfox levantó una mano con la palma expuesta, exigiendo que no hablara—. No quiero saberlo. Solo que te comprometas solemnemente a no volver por allí. No es procedente, Rose. Ni honorable.

—Madre, yo…

—Rose. Ya han pasado muchos meses desde que el Señor decidió llevarse a tu esposo. Es momento de dar un paso adelante.

La porcelana de la taza tintineó sobre el plato cuando los dedos de la muchacha temblaron.

—Un paso adelante, ¿en qué sentido? ¿Qué significa un paso adelante?

—Creo que está claro, hija mía, tu padre te ha buscado otro marido.

El servicio de té completo fue directo al suelo, derramándose sobre la alfombra.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oyes, querida. Nadie contaba con que lord Meggins, que gozaba de excelente salud en el momento del compromiso y la boda, fallecería de forma tan inesperada a los seis días de casaros.

—Pero madre, el luto, debería pasar mucho más tiempo para pensar siquiera…

—La situación de desamparo económico en la que te dejó tu ingrato esposo no puede ser más lamentable. Ese hombre, por muchos títulos que acarreara sobre las espaldas, olvidó advertirnos de que pensaba morirse.

—Madre, ¡santo cielo!

—Y de que abandonaría este valle de lágrimas sin haber engendrado un heredero, de manera que toda su fortuna y propiedades irían a parar a manos de un desconocido que solo el cielo sabe cuándo se dignará a desaparecer.

—No es un desconocido, madre, es un sobrino.

—Un sobrino que se encuentra, ¿dónde? —Hizo un aspaviento — ¿Cruzando la selva? ¿Perdido entre los hielos? ¿Enterrado en arena en el desierto? ¿Visitando las colonias de ultramar? Porque

mientras no aparezca, no será capaz de determinar tu asignación. Y tu situación, la nuestra…

—¿A qué te refieres con *la nuestra*?

La señora Fairfox suspiró antes de llevarse la delicada tacita a los labios, evitando con ello tener que responder a una cuestión que, evidentemente, la incomodaba.

—La estabilidad económica no siempre es tan sólida como uno desea. Las fortunas van y vienen, suben y bajan, fluctúan… Y no es ninguna tontería asegurar tu porvenir con una buena renta que te permita vivir con holgura y sin preocupaciones.

—No creo que, en caso de necesidad, padre o usted vayan a permitir que me falte un vestido o un plato de comida en la mesa. Sus desvelos son tan excesivos como innecesarios, madre.

—No obstante —prosiguió la señora Fairfox tal que si su hija no hubiera intervenido—, mientras ese dichoso lord aparece y lo convencemos de que te mereces una asignación sustanciosa por matrimonio…

—Por seis días de matrimonio, madre. —Rose puso los ojos en blanco.

—Detalles sin importancia. —Escogió una pastita.

—Me da vergüenza solo pensarlo.

—Déjate de remilgos, querida, no conducen a ninguna parte. Mientras se da tal venturosa circunstancia, tu padre y yo hemos tomado decisiones. Solo por si acaso.

No fue únicamente lo que dijo. Fue cómo lo dijo. El tono insidioso escondía algo turbio que le puso a la muchacha la carne de gallina.

Clavó en su interlocutora una mirada soliviantada, pero la mujer la evitó concentrándose en los bordados de la servilleta.

—Madre, ¿hay algo concreto que me quiera comentar?

—Bueno, no seas impaciente, no es de buena educación. Ya hablaremos con más calma cuando esté aquí tu padre.

En Herrick House, todos, incluyendo al servicio, decidieron por unanimidad que lo más conveniente era mantener la cuestión de la visita de Rose Fairfox en las sombras. Cass no necesitaba saberlo, estaría más tranquilo en la ignorancia. Las rutinas prosiguieron día tras día como si nada, aderezadas con incesantes visitas por parte de las damas de la familia que ya no vivían allí, entusiasmadas con la persona de Emily.

La muchacha y todo cuanto la rodeaba las tenía fascinadas. En especial, desde que por su propia cuenta, desvelaron muchos pormenores que la austríaca se había cuidado de no airear.

—Entonces… ¡Emily! En realidad, usted es noble —palmoteó Julianna encantada—. Nos va a disculpar, nuestra Evelyn no ha podido evitar hacer alguna que otra indagación…

Emily enrojeció hasta la raíz del cabello. Incomodísima con la idea de convertirse en objeto de investigación.

—No imaginábamos que fuera la hija de un diplomático tan importante.

—Ni de familia tan ilustre.

—Su padre es, además, señor de Winnenburg y Beilsten —canturreó Evelyn con embeleso—. Ignoro lo que es exactamente, pero suena de maravilla.

—Bueno, los cargos en la Corte austríaca suenan bastante pomposos… —se disculpó Emily a media voz.

—Su madre una condesa, su señor padre enviado personal y representante del mismísimo emperador…

Y príncipe.

El último título recibido por su padre como recompensa por los excelentes servicios de mediación y logro de tratados en

contiendas bélicas, era el de príncipe.

Fürst.

Pero se cuidaría muy mucho de mencionarlo o en un par de días sería la comidilla de media ciudad.

—¿Y cómo es Viena? —preguntó Julianna con dulce entusiasmo.

En los labios de la muchacha afloró una sonrisa melancólica al recordar su viejo hogar de siempre.

—Hermosa. Elegante. Muy aristocrática.

—¿Todo esto lo sabe nuestro Cassian? —se interesó Anne, con su vocecita aniñada.

—No, y les ruego encarecidamente que no se lo digan. No querría que dejara de verme como lo que soy, su cuidadora.

—Lo correcto sería que todos nos inclinásemos ante usted, Emily —resumió Evelyn sin disimular su admiración—. ¿Cómo se siente llevando ese uniforme…?

—Si le digo la verdad, como si llevara un traje cualquiera. Es mi profesión, la que elegí libremente… O no tan libremente: enfrentándome al resto de la familia.

Las jóvenes inglesas quedaron un instante pensativas.

—Podemos imaginarlo. No sé a qué árbol se subiría mi señora madre si le insinuara siquiera que quiero ser enfermera —gimió Julianna conteniendo la risa—. Y eso que ni siquiera es condesa.

—Debe de estar usted preciosa vestida de gala —suspiró la soñadora Anne—. Daría lo que fuera por verla.

De pronto, a Evelyn le resplandeció la cara con una soberbia idea.

—¡Ya sé lo que haremos! ¡Nos acompañará al baile de los Sorengail! ¡Tiene que hacerlo! Diga que sí, querida Emily, ¡no se lo puede perder!

Emily se llevó una mano al pecho, abrumada por tantísima atención concentrada solo en ella y sus circunstancias. Sonrió y se esforzó por ser amable.

—Me temo que pueden ir olvidándose de ese disparate. Aquí soy quien soy, y no me vestiré de sedas para ir a lucirme a un salón. Mi lugar está junto a Cassian, vigilando su convalecencia.

Capítulo 24

Apenas un soplo

Cassian

La planificación de la señorita Park, que en principio abarcaba una semana únicamente de masajes, descanso y comidas sustanciosas, se alargó hasta los doce días. Durante los cuales, en innumerables ocasiones, mis piernas fueron capaces de moverse despegando los pies del suelo, provocando una algarabía entre los ocupantes de Herrick House.

Era como si al volver a casa, mis fuerzas y mi voluntad se hubieran renovado. Las sonrisas afectuosas de los míos, sus muestras de cariño, los olores y sonidos familiares. Voces efusivas

animándome a no desistir, y la sonrisa perenne de Emily, allí, a mi lado, como un faro que no se desalienta en mitad de la niebla espesa.

A partir de ahí, dieron comienzo los ejercicios más duros. Colocada frente a mi silla de ruedas, mi cuidadora sostenía un bastón a determinada altura y yo tenía que sacar energías de donde fuera para tratar de rozarlo. No importaba con qué, el empeine, la punta del pie, el talón, la rodilla. Lo importante era tocarlo y con ello, obligar a los músculos a que trabajasen.

No se limitaba a ser costoso. Dolía. Y de qué manera. Me hacía sudar copiosamente, aunque el verano hubiera quedado muy atrás y las temperaturas se hubiesen desplomado. Me aferraba a los reposabrazos de mi detestable silla con tanto afán, que los nudillos y los dedos se emblanquecían.

Eso sí, Emily siempre guardaba la recompensa de una de sus sonrisas más radiantes para cuando acababan las series. Y de repente, el tormento se esfumaba y todo había merecido la pena.

Ella seguía siendo el elixir que me hacía perder la memoria respecto de todos los sueños que se me habían hecho añicos. El cascarrabias malhumorado en que me había convertido se mostraba mucho más dispuesto a colaborar si era ella quien lo solicitaba.

Quedaban pocos días para el baile de los marqueses de Sorengail, celebrado siempre a principios de diciembre, uno de los más fastuosos y populares de la temporada, al que nadie que se considerara *alguien* en la alta sociedad londinense podía faltar. Como todos los años, cada miembro de mi familia, incluido yo, había recibido la correspondiente invitación. En esta ocasión, igual que el año anterior que me encontraba en Weinmarkt, Cassian Spencer no asistiría.

Probablemente nadie iba a echarme de menos.

Desde que había empezado a asistir, siendo apenas un muchacho, me había dedicado a recluirme en un rincón que me asegurara la invisibilidad, primero, dejando que los alborotadores gemelos y los excelsos Henry, Rhys y Lucien acaparasen toda la atención, y más adelante, revoloteando alrededor de la familia Fairfox hasta posarme en el hombro de la mayor de sus hijas.

Rose.

¿Qué sería de su vida? ¿Cómo estaría? ¿Se habría convertido ya en madre? ¿Sería una mujer feliz? ¿La estaría haciendo dichosa su marido?

¿Por qué desde que habíamos vuelto de Suiza apenas la había recordado superficialmente, como una brisa fresca que pasa y

enseguida se extingue? Apenas un soplo pasajero. ¿Acaso Rose Fairfox ya no estaba en mi corazón ni en mi vida?

El día de la fiesta, de forma inconsciente, me esforcé más que nunca en mi sesión de ejercicios, hasta el punto de empujar a la señorita Park a reprenderme para que me lo tomase con calma. Probablemente, la intención no era otra que acabar rendido, cosa que logré sin dificultad, y no tener que pensar en el Cassian de dos piernas perfectamente sanas que podría asistir, danzar y disfrutar de un formidable baile hasta altas horas de la madrugada, y que nadie sabía dónde se ocultaba ni si volvería.

Llevando del brazo a una dama exquisita, que oliera a jazmín y flores blancas y jurara que siempre vuelve.

«*Yo siempre vuelvo*».

Cuando se me vino la frase a la cabeza no pude reprimir una sonrisa tontorrona. La frase y nuestros continuos desencuentros en la clínica suiza. Lo mal que nos llevábamos. La forma cruel en que yo descargaba mi frustración y mi amargura contra ella y el modo inaceptable en que ella se burlaba jugando a ignorarme.

Pedí que me acostaran y me llevaran algo de cena al dormitorio. La jornada había sido extremadamente dura y la casa parecía un circo, con tanto revuelo de doncellas y lacayos entrando y

saliendo de las alcobas, disponiendo las vestimentas para la fiesta, lustrando zapatos, cepillando levitas, abrillantando las piedras de las joyas.

Prefería mantenerme al margen de tantísimo escándalo.

Quizá oyendo algunos capítulos de mi actual lectura en voz de la señorita Park terminase durmiéndome. Sin embargo, el ruidoso alboroto me instaló un dolor de cabeza insoportable que no hacía sino aumentar conforme avanzaban las horas.

Lady Elisabetta pasó a interesarse por mi estado, a medio vestir y bastante inquieta.

—Hijo, te veo tan fatigado, ¿prefieres que me quede?

—No, madre, por amor del cielo, no es necesario.

—Mira que ni tu tío ni yo tenemos especial interés en este evento. Va el resto de la familia al completo. Creo que como representación de la estirpe de Herrick House es más que satisfactoria por cuantiosa.

—Me quedo aquí, madre. Plácidamente en compañía de la señorita Park, del silencio..., y de este espantoso dolor de cabeza que me perfora el cráneo.

Mi madre me observó con sentida consternación, las manos apretadas contra el regazo de tul y seda. Luego buscó consuelo en

los calmados ojos de mi enfermera.

—No sé, querida Emily, ¿a usted qué le parece? No veo qué necesidad teníamos de huir en desbandada. Tampoco me convenzo de que estén bien atendidos quedándose solos con el servicio. ¡Es que a ese dichoso baile asistimos todos, sin excepción!

—Pierda cuidado, milady. En un rato subiré una tisana con unas gotitas de láudano que le ayudarán a descansar —explicó la joven refiriéndose a Cassian con dulzura—. El señor Spencer se ha exigido demasiado en el día de hoy. A veces, cuando el cansancio es extremo, el reposo se convierte en una tarea imposible de conciliar.

Mi madre pareció quedar más satisfecha con su aclaración. Me besó en la frente, como cuando era pequeño y pillaba un resfrío, y se marchó a terminar de acicalarse, soltando suspiros. Emily y yo cruzamos una mirada y nos reímos.

—¿Me promete que antes de una hora estaré dormido?

—Como un bebé. Tiene mi palabra más solemne.

—¿Y aun así se quedará conmigo?

—Por supuesto. En esa silla. —La señaló con un dedo estirado —. Hasta que el último componente de esta familia entre por la puerta, exhausto de tanto bailar.

Emily

Tal y como le había prometido, menos de quince minutos después de tomar su infusión, Cassian respiraba rítmico y pausado, sumido en el más reparador de los descansos. El pequeño Colin pasó con su niñera a darnos las buenas noches cuando su tío estaba todavía despierto, y le hizo prometer que al día siguiente lo pasearía por los jardines con el caballo de patas redondas.

Una vez a solas, la novela que le leía en voz alta me tenía por completo atrapada, de modo que me acomodé en la butaca y retomé por mi cuenta la historia para salir de dudas respecto al destino del protagonista, aunque ello supusiera tener que releerla más adelante.

Hasta me permití dar una cabezada. No es que no me encontrara desfallecida, casi al nivel de mi paciente. Madrugaba por costumbre y mis días eran una cadena interminable de actividades frenéticas. Pero solo lo notaba, aplastándome, cuando me relajaba

un poco. Si bajaba la guardia respecto de mi principal preocupación, que era Cassian.

Volví a observarlo: respiraba con firmeza y de cuando en cuando murmuraba algo entre sueños, pero no parecía estar atravesando ninguna pesadilla.

Y empecé a entregarme al sopor, pasito a paso, del modo más apacible, hasta que una doncella se presentó precipitadamente en la alcoba, a anunciarme, muy nerviosa, una visita. Le hice señas desesperadas para que no hiciera ruido, no fuese a despertar al joven señor.

—¿Una visita? —siseé— ¿A estas horas?

Era por completo improcedente, inadecuado y de lo más irrespetuoso.

La muchacha sacudió con brío la cabeza, mostrando su acuerdo, pero igual de apurada que antes.

—Pregunta por el señor Cassian.

Capítulo 25

De lejos

Emily

Me tocaba hacerme cargo de las cortesías. Por mucho que me dolieran los pies. Por mucho que no fuese más que una extraña en aquella casa. Visto que no había nadie disponible.

—Dígale que bajaré enseguida.

La doncella escapó a toda velocidad y yo me incorporé, sintiendo que hasta la última fibra de mi cuerpo se quejaba a gritos. Estiré la falda del uniforme, me aseguré de que la cofia no estaba

torcida y con un gemido perezoso me encaminé hacia el saloncito de recibir.

Allí aguardaba una muchacha de rasgos amables, bonitos ojos almendrados y cabello oscuro ondulado en gruesos bucles, que se puso de pie con ansia nada más escuchar mis pasos. Sin embargo, al girar sobre sus talones y mirarme de frente, la sonrisa se borró de su cara.

—Buenas noches —saludé— ¿Qué se le ofrece?

—Le ruego disculpe las horas. ¿Es usted la cuidadora de Cassian, por casualidad?

—Sí, señorita. ¿Ha sucedido algo? ¿A la familia…?

La joven frenó mis desatinos estirando la mano. Reparé en que temblaba.

—Oh, no, no, está todo bien. Bueno, lo imagino, supongo que se refiere a la fiesta de los Sorengail. No he asistido. De hecho…

Ahí se atascó. Aunque no estaba bien disponer en una residencia que no era la mía, le pedí por favor que tomara asiento, temiendo que se desplomara de un momento a otro a mis pies.

—Soy… soy Rose Fairfox —llegó a decir con extremado esfuerzo—. Disculpe mis modales, no me he presentado siquiera.

Tragué saliva, sorprendida. Yo ya sabía de aquella joven, de su historia, de su relación con el señor Spencer. Lady Evelyn se había encargado de ponerme al corriente de todo. Incluidas las advertencias conforme a los acuerdos familiares de mantenerla alejada de Cassian en todo lo posible… ahora que había enviudado.

—Es usted muy bonita —me dijo con un hilo de voz—. No imaginé… no la imaginaba así.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Ahora me da vergüenza confesarle que he aprovechado la noche del baile para… —hundió la barbilla en el esternón—, venir a verle. Me resulta ridículamente bochornoso.

—A estas horas el señor Spencer está descansando. Se ha tomado su medicación y duerme profundamente.

Los ojos de la muchacha me buscaron como dos pajarillos helados de frío.

—Debí considerar la cuestión de los horarios. Podría… ¿podría verlo? Solo de lejos… por favor.

Un latigazo de lástima me vapuleó el corazón. La compasión que sentí fue como un trueno espantoso en mitad de la noche.

—Señorita…

—Se lo ruego, por lo que más quiera. No haré ruido, no me acercaré, no voy a despertarlo. Solo quiero… verlo.

No pude soportarlo.

Las indicaciones de lady Evelyn, también de lady Elisabetta habían sido directas y muy claras. No podíamos permitir que aquella mujer apareciera de nuevo a soliviantar el proceso de recuperación de Cassian. Rose Fairfox no le convenía. Si no la había olvidado del todo, entre todos debíamos hacer lo imposible para que lo hiciera.

Y cuanto antes.

Pero ¿qué podía haber de malo en concederle su súplica? Verlo de lejos como me pedía. No iba a enterarse nadie, ni él siquiera.

Asentí despacio. Su rostro se llenó de luz, los ojos se le abrieron, se inclinó hacia adelante, sus manos buscaron las mías y las apretaron con agradecimiento.

Superamos las escaleras con el mayor sigilo. No esperaba que ningún miembro del servicio me cubriera ante los Spencer si nos descubrían. Les irían con el cuento nada más volvieran. Supuse que la señorita Fairfox era consciente del riesgo que corría por darle gusto, ya que colaboraba en lo posible, moviéndose de puntillas, como una sombra.

Ante la puerta del dormitorio de Cassian me detuve y crucé con ella una mirada que era todo un aviso. Me correspondió con un leve cabeceo. Accioné el picaporte y empujé. Al fondo de la amplia estancia, en una cama enorme con dosel, el señor Spencer descansaba con la placidez de un niño.

Rose se quedó atorada en el umbral. Incapaz de dar un paso adelante. Rígida, con los ojos vidriosos, a punto de desmayarse. Permanecí cerca, no fuera a necesitarme.

Lo contempló unos segundos. Muy pocos, a mi juicio. Quizá no era capaz de soportar verlo allí, indefenso, desvalido, lisiado y maltrecho. Una imagen que poco tendría que ver con los recuerdos que atesoraba de su pasado, un Cassian irresistible y seductor, poderoso, con el que soñaba desposarse.

No es que no pudiera entenderla. Imaginaba la profundidad de su dolor, de su desencanto. De la felicidad que de la noche a la mañana le habían robado.

Se retiró al pasillo con un movimiento brusco, como si de repente hubiera caído en la cuenta del lugar donde se encontraba y del peligro de ser sorprendidas de aquella guisa. La seguí, cerrando la puerta con cuidado.

—Acompáñeme, bajaremos antes de que alguien nos vea. ¿Desea tomar algo?

—No, no, se lo agradezco mucho. Es hora de regresar, no sea que mis padres abandonen la fiesta antes de lo previsto.

—Señorita Fairfox…

Sabía que me arrepentiría de lo que estaba a punto de decir. Que era mucho mejor morderme la lengua, meterme en mis asuntos. Que estaba a punto de sacudir el avispero sin apartarme. Y sin embargo…

—¿Desea que le trasmita algún recado?

Rose se lo pensó un instante. Dos. Muchos instantes.

Finalmente movió la cabeza a uno y otro lado. Negando.

—La acompaño a la puerta, entonces.

Una vez se hubo ido, ocupé nuevamente mi lugar velando el sueño del señor Spencer, allí en el butacón, junto a su cama. Seguía soñando tan sereno como horas atrás. Era cierto que ignorancia y distancia eran lo que más les convenían a su salud y a su curación. Invertiría mis mejores esfuerzos por callar aquello. Lo sabría lady Elisabetta y también lady Evelyn.

Y nadie más.

******

—¿Tuvo la desfachatez de presentarse aquí? —Lady Elisabetta gimió escandalizada— ¿Sola? ¿Por las buenas? ¿Y a esas horas avanzadas e intempestivas? Esa muchacha no está en sus cabales.

La dama se retiró agobiada un rizado mechón de cabello que le caía sobre la frente, y con su pañuelo bordado se recorrió el rostro a toquecitos. Evelyn, por su parte, parecía tan indignada que no acertaba a articular palabra. Abría la boca, fruncía el ceño, la volvía a cerrar. La incontenible furia se lo impedía.

—La muy… la muy…

—Evelyn, querida, cálmate. Los sofocos no convienen a nadie, aunque seas joven y saludable. Te lo digo por experiencia.

—Siempre supe que siendo una Fairfox no se podía esperar nada bueno de ella. ¿Se acuerda, tía, que lo dije?

La aristócrata movió con elegancia la cabeza, arriba y abajo. Lady Evelyn ya había cogido carrerilla y, desdichas del destino, una vez encendida la mecha, no conocía el freno.

—Cuando Cassian la mencionó, desde aquel nefasto día… supe que tarde o temprano sacaría el sable y ocasionaría alguna

catástrofe. Son una familia interesada, carente de nobleza, decencia o ética.

—Bastante daño le hizo en su momento, tras el accidente. Rompiendo el compromiso antes siquiera de anunciarlo y casándose con otro —musitó lady Elisabetta en un delicado susurro—. Ahora, ¿a qué viene? ¿A remover el pasado por si queda algo que le acomode?

—La divina providencia se ensañó con ella dejándola viuda a los seis días de casada. Un castigo del cielo, imagino —farfulló Evelyn— ¿Cass ha preguntado por ella?

—Ni una sola vez, gracias a Dios.

Emily atendía al debate, confusa por tanta información cruzada, mirándolas alternativamente a una y otra.

—Me van a disculpar —arrancó con timidez—. Sé que no soy quién para expresar mi parecer en este asunto, pero creo que se equivocan. Esa señorita…

Las dos damas la miraron expectantes, aguardando al final de la frase con los ojos abiertos como platos.

—Esa señorita, queridas lady Elisabetta y lady Evelyn… está enamorada.

Capítulo 26

Avances

Emily

Por un considerable puñado de segundos que se convirtieron en una eternidad, las dos mujeres ni respiraron. Mirándome como si hubiera soltado la peor de las blasfemias.

—¿Por qué dice eso?

—De albergar sentimientos nobles por mi hijo, no lo habría abandonado en su peor momento —gruñó la dama Spencer.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, señoras. Puede que algo se lo impidiera, una razón de peso, su familia…

—Los Fairfox no son honorables —se obstinó lady Elisabetta —. Por sus venas no corre ni una sola gota de sangre con un mínimo

de distinción. Han hecho dinero a base de negocios modernos y especulaciones de dudosa legalidad.

—Bueno, tía —la abordó Evelyn—, eso no lo sabemos.

—No son un apellido de alcurnia. Con eso me conformo para basar mis juicios.

—En cualquier caso, milady —lo intenté de nuevo. No conseguía borrar de mi memoria la imagen de Rose con los ojos empañados mirando a Cassian desde la puerta, la piedad que me ahogó en ese momento pese a su expresión de horror—, deberíamos… deberían ser más comprensivas. Si esa joven ahora es libre…

—No se acercará a mi hijo —me cortó tajante lady Elisabetta, mucho más severa de lo que jamás la había escuchado—. Que Rose Fairfox regrese a su vida no traerá nada bueno. Hay que evitarlo a toda costa.

—Pero él debería saberlo. Ella volverá, seguirá intentándolo.

—En este caso, es toda una fortuna que Cassian no pueda desplazarse libremente por la casa. Hablaré con el ama de llaves y el mayordomo. Alertaremos al servicio para que no le permitan pasar. Haremos todo cuanto esté en nuestras manos para evitar ese encuentro. Señorita Park…

Entendí que no era de mi incumbencia. Que por mucha misericordia que me hubiese inspirado la visita de Rose, no era yo, sino la familia de Cassian, la encargada de velar por su bienestar. Y si ellos aseguraban que la muchacha no le convenía, yo debía tragarme mis protestas y limitarme a mis tareas, sin alborotar.

—Dígame, milady.

—Esto hay que tomárselo con la máxima seriedad. Debemos proteger a Cassian y usted tiene que ayudarnos.

Me impuse como obligación prioritaria volcarme en los cuidados de mi paciente y nada más; adelantar el ejercicio de sus piernas, que empezaban a querer moverse por sí solas, olvidar lo que sentí al mirar a la joven Fairfox sufriendo con el alma rota. Algo en mi interior se sublevaba, resistiéndose a admitir que las cosas resultaran tan simples como los Spencer las planteaban. El que un compromiso se hiciera pedazos y los amantes se distanciaran, no siempre implicaba la muerte del amor. En ocasiones…, en ocasiones…

—Señorita Park, ¿será que no me está escuchando?

Sacudí la cabeza para alejar mis ideas confusas.

—Dígame, señor Spencer, me he distraído un segundo.

—Entonces, ¿no ha visto esto?

Presté atención con una sonrisa que se congeló de golpe en mi rostro, al ver sus rodillas elevarse mucho más que nunca. Me llevé las manos a la boca, cubriéndola con asombro, controlando que no se me escapara un chillido de puro entusiasmo.

No obstante, se me escapó.

—¡¡Cassian!!

No pude reprimirme. Me lancé a sus brazos, clavé en el suelo las rodillas, le rodeé el cuello y, sin pensar en lo que hacía, le llené la cara de besos. Igual que había sucedido en Suiza, en la clínica, tiempo atrás.

Solo que esta vez, él me respondió rodeando mi torso con sus fuertes brazos, estrechándome con una ternura tal que pensé que me derretiría. Y cuando finalmente nos dejamos de efusiones explosivas y nos distanciamos un poco, solo lo suficiente como para poder mirarnos a los ojos…

Algo había cambiado.

Fue como un maremoto. Un torbellino de fuerza y pasión retorciéndose sobre sí mismo, arrasándome el vientre. Cassian olía a

bosque profundo. A algo que yo deseaba desde siempre. Quise retirarme impulsada por la brusquedad del descubrimiento, pero sus dedos treparon hasta mi muñeca, enredándola con fuerza, tirando de mí para que no me alejara. El gris humo plateado de sus iris me recorrió con un interés que nunca antes había percibido. Con un movimiento seco me pegó a él, la mirada fija en mis labios repentinamente temblorosos.

—¿Qué son esos gritos? ¿Qué ha pasado?

Nos separamos con precipitación y oteamos el lugar de donde provenía la voz. Cassian tardó en liberarme de su cepo y yo disimulé ante lady Elisabetta, fingiendo que le estiraba los pantalones. Me puse en pie con brío.

—Disculpe el escándalo, milady —sonreí ruborizada—, no he podido evitarlo. Por favor, mire esto.

Animé a Cassian a intentarlo de nuevo con un gesto de mi barbilla. Intercambiamos una mirada colmada de esperanza, de ilusión. Él se apoyó con energía en los laterales de la silla y volvió a alzar las piernas desde la cadera. Primero la izquierda, a continuación, la derecha.

Lady Elisabetta se echó a llorar. La observé atónita, corriendo a confortarla.

—Milady, ¿se encuentra bien?

—Madre, ¿se puede saber por qué llora? Espero que sea de alegría.

Le rodeé los hombros con un brazo, mientras ella se sacudía inconsolable bajo los sollozos.

—Es… es maravilloso —acertó a decir, dejándonos mucho más tranquilos—. No puedo creer que esto esté pasando. Tengo… tengo que avisar a los demás… tienen que saberlo.

—No, madre, se lo ruego. Cuando aparecen todos juntos, en tromba, con sus gritos, sus felicitaciones y palmaditas en la espalda…, le juro que es agotador. No podría soportarlo. No hoy, que estoy fatigado. ¿Sería capaz de guardar el secreto hasta digamos… pasado mañana?

Lady Elisabetta se detuvo a meditarlo. Visiblemente disgustada.

—Pe… pero es una noticia fantástica. ¿Imaginas lo felices que se van a poner…? De acuerdo. —Bajó con humildad la cabeza—. Callaré. De momento. ¿Vas a subir a descansar?

—En realidad, lo que me apetece… —Cassian desvió hacia mí los ojos—. Señorita, ¿sería posible un paseo por Hyde Park? Comparten ustedes ilustre apellido y el día está muy bueno.

—Hijo, querido —interrumpió lady Elisabetta antes de que yo pudiera responder—, ¿y si te resfrías?

—Iré bien abrigado, madre, la señorita Park se encargará de ello. Después de esto, hoy, necesito salir de casa y ver el sol.

A partir de ese momento, nuestros paseos por el parque siempre que el tiempo y las temperaturas lo permitieran, se convirtieron en parte de nuestras rutinas. Cassian cerraba los ojos y disfrutaba de que los cálidos rayos le bañasen el rostro. A mí, algo precioso se me inflamaba dentro al verlo tan feliz, tan ilusionado con sus progresos. Era capaz de notarlo, aleteando como si estuviera vivo.

Sus piernas cada día más fuertes. Una salud que se recuperaba a pasos agigantados. Un futuro que se preveía brillante.

Y gracias al empeño de Casian por disfrutar de la naturaleza y los cielos sin nubes que aportaron su grano de arena, nos libramos milagrosamente de toparnos con Rose Fairfox en otras dos ocasiones en que, sin avisar, se presentó en Herrick House dispuesta a entrevistarse con el que otrora fue su prometido.

Por alguna razón que se me antojaba retorcida, el destino se había empecinado en ayudarnos, manteniendo a aquella muchacha a distancia.

Capítulo 27

Un plan desde los inicios

Rose se encrespó inquieta en el sofá. Miró a sus padres una vez más, aunque ellos volvieron a actuar del mismo modo. Esquivándola.

—¿No van a decirme quién es el invitado a la cena de esta noche?

—Querido, sírveme una copita de oporto —fue la respuesta de la señora Fairfox, dirigida a su esposo, no a su hija.

—No se me permite excusarme pese a que me encuentro indispuesta, porque es importante que esté presente, pero no tengo derecho a conocer su identidad…

—Rose —tronó el señor Fairfox con la botella de cristal tallado en las manos—. Basta.

La joven apretó los labios mordiendo la réplica que deseaba escupir. Que estaba harta de recibir órdenes como si fuera un caballo de monta. Que no se sentía considerada ni apreciada en aquella maldita casa donde el término regente era *dinero*.

—Es que yo… —empezó a protestar.

Un lacayo apareció de improviso con una notita lacrada sobre la bandeja de plata que puso a disposición del señor Fairfox. El hombre la tomó con impaciencia y la desgarró para leer las líneas escritas. De inmediato se frunció su ceño y toda la cara se le contrajo de disgusto.

—Es de lord Pagan. Se ha puesto inoportunamente enfermo. No vendrá a cenar.

A Rose se le abrió la boca mientras la señora Fairfox mitigaba un jadeo.

—¿Lord Pagan? ¿Qué venía a hacer lord Pagan aquí esta noche? Usted no tiene negocios en marcha con él. No será… —Una posibilidad espeluznante le cruzó la mente y le erizó el vello—. No puede ser que estén pensando… No puede ser…

—Déjate de aspavientos, Rose, querida, ya resultas cansina, siempre oponiéndote a todo —lloriqueó su madre.

—¡Hablamos de mi vida! De que por segunda vez están tramando a mis espaldas un destino pavoroso contra mi persona. Ahora comprendo los motivos del viaje de mi hermana. Lo único que Amelia pretendía era no estar aquí para no correr el riesgo de que se la implicase.

—Tu hermana no es una persona dispuesta a sacrificarse por la familia —repuso la señora Fairfox, flemática—, nunca lo ha sido.

—Pero yo sí, ¿verdad? Yo soy la estúpida que lo acata todo sin rechistar. ¿Quieren casarme con ese hombre? ¿Repetir la historia, otra vez?

—Siéntate, Rose —ordenó el señor Fairfox agitándole un dedo por delante de la cara—. Siéntate, cumple con tus obligaciones de hija y escucha.

La muchacha obedeció en tenso silencio. Preguntándose sin atreverse a verbalizarlo, cuál era la razón de que ser hija implicara no gozar de ningún derecho, y sí soportar únicamente el peso de múltiples obligaciones.

—A ver, querida. Trata de entender que la situación en la que quedaste tras la temprana e inesperada muerte de tu esposo es muy

delicada. Careces de fortuna, de posición y de solvencia hasta que…

—¡Pero no carezco de familia! ¿Para qué necesito dinero propio si estoy aquí, con ustedes?

—¡Ese no era el plan! Queríamos un título para ti, que gracias a tu enlace, toda nuestra familia pudiera ser considerada noble. Sin embargo, a ese patán se le ocurre morirse sin dejar heredero y ahora, tanto el título como la fortuna y las propiedades, flotan en el aire en espera de que algún desaprensivo pobretón aparezca a robárnoslo todo. Por eso, y solo por eso, nos vemos obligados a comenzar desde cero.

—Lord Pagan es muy mayor. Y a diferencia de mi anterior marido, sufre de muchos achaques. Dicen que no durará…

—¡Precisamente por eso! —estalló el señor Fairfox.

—¿Y si aparece el heredero de mi esposo? ¿Y si por fin me concede la asignación de la que ustedes hablan sin parar?

—¿Y si no aparece y te quedas sin nada?

—Pero lord Pagan podría abandonar este mundo en cualquier momento…

—¡Me da igual lo que dure! —insistió el patriarca— ¡Pienso casarte, aunque sea *in artículo mortis*! El caso es que seas la beneficiaria de su gran fortuna.

—¿Para que, cuando fallezca me deje igual de bien situada que el anterior?

—Esta vez me he ocupado de buscarte un marido sin herederos. ¡No tiene a nadie! Ni sobrinos, ni primos lejanos, ¡nadie! Todo lo que hay en sus arcas, sus fincas, sus propiedades, será para ti. Lo necesitamos.

—¿Quién lo necesita?

—Tu familia lo necesita, Rose. Los negocios no han ido bien últimamente, nuestras finanzas no están tan saneadas como debieran. Ni como nos gustaría. Para seguir adelante sin que se note, precisamos de una inyección de fondos. Con urgencia.

Rose sintió que el cuerpo se le aflojaba, que el aire escapaba a la carrera de sus pulmones, que las fuerzas la abandonaban. No lo soportaría, no iba a poder soportarlo. No por segunda vez. Desfilaron por su memoria los espantosos recuerdos del día de su enlace con lord Meggins, la noche de bodas, lo que sintió cuando él posó sus manos enormes sobre su tierno cuerpo, el modo en que todas sus ilusiones infantiles acerca de esa ocasión especial se hicieron trizas…

No pensaba repetirlo. Antes muerta.

—Creo… —balbuceó—, creo que voy a desmayarme.

Su madre se abalanzó para asistirla, mientras su padre chasqueaba contrariado la lengua y consumía la copa de un trago. Luego avisó a un lacayo y le ordenó que llamaran al médico con urgencia.

A Rose se le iluminó el camino. Pedregoso como antes, pero de repente, con la suficiente luz como para no tropezar. Si había que fingir estar enferma para ganar tiempo, es lo que haría. Indisponerse en cuanto los viera aparecer, a sus padres o al presunto futuro esposo. En cuanto se previera una cita incómoda en el horizonte. En cuanto viese peligrar su integridad y la libertad que le permitiría elegir al hombre con el que pasar el resto de su vida… O recuperar a Cassian.

Decidió que, ya que el doctor venía de camino, lo más piadoso sería ofrecerle algo de entretenimiento.

De modo que, con gran escándalo, se desvaneció.

Lady Evelyn no compartía la certeza de la mayor parte de las madres de alta sociedad, en cuanto al perjuicio que el sol y el aire fresco pudieran ocasionar a su bebé. Por lo tanto, siempre que le era

posible, acompañada de una doncella y de la niñera, salía a recorrer los senderillos de Hyde Park con el pequeño Rhysand, que lucía cada vez más rollizo y saludable.

Para guardar las formas, debía renunciar a empujar por sí misma el carrito de su hijo, algo que la habría hecho enormemente feliz, y permitir que fuese la niñera quien lo hiciese. Pese a ello, como la habían educado en la rigidez de las normas desde muy pequeña, las llevaba con resignación y naturalidad. Si alguien que conocía era severa, rigurosa y apegada a las reglas, esa era Prudence Fowler, condesa de Herrick, actualmente en el exilio por decisión propia.

Y por arrepentimiento y vergüenza.

Milady tenía demasiadas equivocaciones en su pasado de las que avergonzarse y únicamente ella decidiría si debía regresar a Herrick House y cuándo.

Perdida en esas brumas de las calamidades familiares andaba, cuando a lo lejos distinguió una silueta interesante, a la que siguió un rostro que identificó como más interesante todavía. Evelyn avivó el paso en su dirección. La dama acababa de desplegar su sombrilla y paseaba cadenciosa y lenta, como si no tuviera demasiado claro a dónde se dirigía.

Evelyn, la reina de la simulación y el drama, se hizo convenientemente la encontradiza.

—¿Señora Fairfox? ¡Qué placer verla, cuánto tiempo!

—¡Lady Evelyn! —La mujer recurrió a todo un surtido de mohines y aspavientos tratando de adularla— ¡El placer es mío, por descontado! ¿Me permitiría conocer a su pequeño? —Trotó hasta el carrito y miró con curiosidad dentro. Rodeado de puntillas, el bebé dormía como un bendito. La señora se llevó conmovida la mano a los labios—. Oh, cielos, qué ángel, qué hermosura. Me pregunto cuándo decidirán mis hijas darme un nieto.

—¿Pasea sola? ¿No la acompañan ninguna de las dos?

—Amelia se encuentra de viaje, cumplimentando a una pariente anciana que precisaba de un poco de atención. En cuanto a Rose…

Evelyn ladeó el cuello para mostrar interés. La mujer sacudió la cabeza con algo que recordaba someramente al pesar.

—Mi pobre hija lleva unos días indispuesta.

Capítulo 28

En evidencia

—Presumo que no será nada grave.

La señora restó importancia al asunto con un vaivén de la mano.

—El doctor dice que son los nervios. Todos deseamos que se reponga cuanto antes, es muy descorazonador pasar los días en una casa tan vacía. En fin, los hijos, milady, a veces dan muchos disgustos. Más que alegrías, créame.

Evelyn pareció dudar unos instantes.

—Verá… ¿Sería tan amable de permitirme que la invite a un té? Hay algo muy delicado de lo que tengo que hablar con usted.

La señora Fairfox accedió con premura, como si uno de sus sueños incumplidos fuera ser destinataria de las ceremonias de una joven tan ilustre, y acabara de culminarlo. Caminaron juntas, algo tensas hasta la *orangerie* más cercana y se acomodaron en una mesa rodeadas de cierto aire de impaciencia.

—Usted dirá, milady —apremió la señora en cuanto ordenaron el té—, me tiene en ascuas.

—Ya le anticipo que es una cuestión delicada. Si no la tuviera en tan alta estima, tanto a usted como a su querida familia, jamás me atrevería a mencionarle el asunto.

Dos cejas se arquearon con angustia sobre la frente de la señora Fairfox.

—Se trata de Rose.

—¿De Rose? ¿De mi Rose?

Evelyn asintió con elegancia.

—Su hija nos visita con insistencia. Entenderá que no es que nos moleste una visita, pero sí su empeño por entrevistarse con mi primo, el señor Spencer.

Los ojos de la señora se abrieron con horror y desmesura.

—¿Eso hace?

—Él no desea verla, podrá imaginar que dadas las circunstancias, en su momento sufrió muchísimo. Ahora está en pleno proceso de recuperación, con una salud todavía muy precaria que no puede, bajo ningún concepto, quebrantarse más.

Las manos de la mujer retorcieron con disimulo la servilleta de hilo.

—Rose se está poniendo en evidencia, señora Fairfox. No debería insistir de ese modo, no es propio de una dama de su condición, pero entenderá que tampoco nos corresponde a nosotros recordárselo.

Evelyn habría jurado que las mejillas de la señora se colorearon con violencia.

—No, desde luego que no. Qué bochorno, milady, qué bochorno. No sabe cuánto lo siento. Ni en mis peores sueños…

Evelyn posó una mano como una pluma sobre los dedos enguantados de la mujer.

—No quiero que lo sienta, señora Fairfox, sentirlo sirve de poco. Le pido que hable con ella. Que le haga ver cómo están las cosas. Y que es mejor que olvide a Cassian para siempre.

—¡Por supuesto! Esa muchacha alocada… Creí que lo tenía más que claro. ¡Si está a punto de prometerse con lord Pagan! ¡Qué

comportamiento tan impropio!

—¿Lord Pagan? Tengo entendido que se encuentra muy enfermo.

—Estamos esperando a que mejore para formalizar el compromiso. En fin, milady. Lamento mucho que los errores de mi atolondrada hija hayan dado que hablar.

—De momento, todos hemos sido extremadamente discretos y no creo que el rumor se haya extendido. Pero si continúa apareciendo en Herrick House sin ser invitada, es cuestión de tiempo que se sepa.

—Madre, se lo ruego. No me sermonee, tengo un espantoso dolor de cabeza que no me permite siquiera abrir los ojos…

—¡Pues abres las orejas! ¿Cómo te has atrevido a manifestar un comportamiento tan poco honroso? ¿Cómo? Debería darte vergüenza ponerte en ridículo de esa forma, delante de una familia como los Spencer.

Rose se encontraba en la cama, tapada con las colchas hasta la nariz, mientras su madre daba giros frenéticos por la estancia, restregándose las manos, furibunda.

—Solo fueron unas visitas...

—¡Unas visitas de lo más improcedentes! ¡Visitas a la persona equivocada! Si llegara a oídos de lord Pagan sería nuestra ruina.

—¿Por qué se empeñan en casarme con un vejestorio?

—Porque es rico y tu familia lo necesita. Y punto.

—¿Por qué no se casa Amelia con él? Yo ya accedí a un matrimonio de pesadilla en su momento. Ahora es su turno.

—No te quejes, solo fueron seis días de nada, no te dio tiempo a aborrecer a tu marido. Tu hermana es de otra naturaleza, querida, jamás entenderá lo que es privarse de un capricho en beneficio de la familia, no es como tú. —Dulcificó abiertamente el tono al llegar al final, buscando que Rose se ablandara.

La señora Fairfox se sentó en el borde del lecho y tomó la mano de su hija, propinándole unos apretoncitos cariñosos.

—Querida, los negocios de tu padre atraviesan un mal momento y, no obstante, esta casa debe mantener el nivel de siempre. Eres nuestra única esperanza, no nos falles.

—Rose no nos fallará, madre. Ella siempre está a la altura.

La voz les llegó por la espalda. Recortada en el umbral de la puerta, vestida de viaje, Amelia las observaba con su habitual desdén.

—¡Amelia! ¿Cuándo has llegado?

—Hace diez minutos. Pero en cuanto me han informado de que Rose estaba indispuesta, he subido a verla.

Madre e hija suspiraron atónitas. ¿Qué estaba ocurriendo? Un comportamiento tan considerado no era propio de la Amelia que conocían. En absoluto.

La muchacha se acercó a ellas con una sonrisa curvada en el rostro.

—¿Qué tal la tía Jacinth?

Suspiró afligida.

—Tan impertinente como de costumbre. La vida en Hampshire es demasiado sosegada para mi gusto. Quizá a la querida Rose la hiciera feliz.

La señora Fairfox se puso en pie con un suspirito tembloroso.

—Aprovecharé ahora que Amelia está aquí para reunirme con la señora Pembleton. Hace horas que me requiere para revisar los menús de la semana; habrá que introducir cambios, dado que los precios se han disparado de forma alarmante.

Rose notó un pellizco en la boca del estómago al ver salir a su madre a su encuentro con el ama de llaves. Sola y desamparada frente a su hermana, a la que temía de veras por su aguda lengua y sus malas intenciones, volvía a sentirse como cuando eran pequeñas y Amelia la mortificaba y se las apañaba para salirse siempre con la suya.

—Me he enterado de que quieren casarte de nuevo —dijo con tono de desinterés.

Rose la miró muy dolida.

—¿Te has enterado? ¿O ya lo sabías y por eso desapareciste?

Amelia empezó a desprenderse flemáticamente de un guante.

—Solo se trata de una encantadora casualidad, no le busques tres pies al gato, querida.

—¿Y lo de la ruina familiar? ¿Eso tampoco lo sabías?

Amelia contrajo el gesto con desagrado.

—Ruina es una palabra muy fea. Espero que no llegue a tanto. Estrecheces, a lo sumo. Pero que nos pondrán las cosas muy difíciles de ir a más. Si al menos contases con una asignación decente…

Rose se revolvió con amargura entre las sábanas.

—Una asignación generosa, una asignación decente que pudierais robarme, un sacrificio que le debo a los míos por… ¿Por qué? ¿Por qué siempre debo ser yo la que pague las peores cuentas?

Amelia se encogió de hombros.

—Eres la mayor.

—Ya me sacrifiqué una vez —le recordó su hermana con resentimiento.

—Duró muy poco. Y este lord Pagan te va a durar aún menos. Tiene un pie aquí y otro en el reino del Señor. Con una colosal fortuna sin más propietario que su desconsolada viuda.

—¿Y no te encantaría convertirte en lady Pagan? ¡Por Dios, Amelia! ¡Te lo ruego! Ya sabes que tengo a alguien ocupándome el corazón. Yo…

Amelia la interrumpió con una risilla impertinente.

—Si te refieres a Cassian Spencer, madre me ha contado que te dedicaste a ponerte en ridículo delante de lord Herrick y su familia.

Rose le dirigió una mirada de incomprensión.

—Hacer lo posible por interesarme por su salud no creo que conlleve ningún tipo de humillación.

—Ah, ¿no? ¿A estas alturas? ¿A qué viene ese empeño por saber de él?

—Necesito verlo —mascó hermética las palabras.

Amelia se entretuvo jugueteando con un rizo dorado.

—Te anticipo que no será una imagen agradable.

—Por eso mismo.

—Perdona que no te entienda, hermana. ¿Quién querría…?

—Yo. Yo querría. Cuando cierro los ojos y pienso en Cassian, pienso en él tal y como era. Apuesto, irresistible, el perfecto marido que todas se morían por tener. Necesito ver con mis propios ojos en lo que se ha convertido para sacármelo de la cabeza.

—¿Te refieres al despojo humano que supone ver a un tullido en su silla de ruedas?

—A eso me refiero. Si quiero olvidarlo, liberarme de una vez por todas de ese recuerdo que me envenena, tengo que abrir los ojos a la realidad: él ya no es el hombre del que me enamoré.

—Quizá te ayude tener en cuenta lo que todo Londres comenta.

—¿Que es un lisiado que no se recuperará jamás?

—Que tiene un amorío con su cuidadora, que acabará en boda.

—¿Una enfermera?

—¿Qué más da? Conociendo la fogosidad de los hermanos, no tardará en comprometerla. Y lo que en otra familia menos influyente sería un escándalo de bandera… En fin, son tan ricos que pueden permitirse no ser demasiado selectivos con sus elecciones. Aunque hay quien rumorea que ella es…

Rose no respiraba.

—¿Un… un amorío?

—Con la cuidadora, sí. Pasean juntos por el parque, sin el menor recato, a vista de todos. Dicen que es muy bonita. ¿Tú la has visto? ¿Por qué lloras?

Amelia se puso en pie y por primera vez en mucho tiempo, miró a su hermana con una sombra de clemencia.

—Tienes que olvidarlo, querida. Los Fairfox no estamos en condiciones de soportar que te conviertas en la enfermera de un inválido que, además, tampoco heredará ningún título.

—Ya renuncié a la felicidad por acatar los mandatos de padre, no pienso hacerlo de nuevo —gimió Rose entre hipidos y sollozos amargos.

—Créeme, hermana. La felicidad no la encontrarás empujando una silla de ruedas. ¿Estás segura de que todavía lo

amas?

Rose alzó la cara y se secó las lágrimas con el revés de la mano.

—No lo sé, Amelia. No sé lo que siento, porque todavía no lo he visto más que de lejos. Ya te lo he dicho, el recuerdo que tengo es el del Cassian de antes del accidente.

—De eso hace una eternidad.

—Eternidad o no, son los únicos recuerdos que tengo. Hasta que no lo tenga delante no sabré qué quiere decirme mi corazón.

Amelia rodó los ojos hasta ponerlos en blanco.

—¡Santo cielo! ¡Qué melodramático suena todo esto!

—Por muy melodramático que te parezca, antes de volver a ceder por el bien ajeno, me merezco esclarecer mis sentimientos. Y no pienso avanzar un solo paso en ninguna dirección hasta tenerlos por completo claros.

Capítulo 29

Paraíso

Cassian

—Levante un poco más. Solo un poco. Y ahora, estire. Así, así. —Entusiasmada con los resultados, como casi siempre que avanzaba media pulgada, Emily aplaudió con desenfreno— ¡No se amodorre! ¡Vamos! ¡Continúe!

—Me duele —me quejé apretando los labios.

—Ya sé que duele. Ahora la otra pierna. Para que también le duela y estén en igualdad de condiciones. Las piernas suelen ser muy celosas, ¿sabe? Cuando comprueban que una de ella recibe unas consideraciones que a la otra se le niegan…

La escuchaba embobado, envuelto en su encanto natural. No tan pendiente de lo que decía, que sonaba a cuento para niños haciéndome sentir algo bobo, sino de cómo lo decía. La efusividad con la que las palabras brotaban de sus preciosos labios, la alegría imparable que esparcía alrededor como el agua de una cascada al salpicar.

La personalidad de Emily, su brillo, no los guardaba únicamente para ella. Los irradiaba alrededor como un halo vivo, logrando alcanzar a cualquiera que entrase en su radio de acción. Si la dejabas entrar en tu vida, ya no podías prescindir de ella.

En las últimas jornadas, hasta yo estaba impresionado con mis progresos. Notaba las piernas mucho más fuertes. A la hora de los masajes era muy sencillo sentir los puntos donde los dedos de Emily palpaban o presionaban. Cada vez más numerosos. Cada vez con mayor intensidad. Y la impaciencia se movía en espirales dentro de mi pecho, subiendo y bajando como un nudo de plumas que igual me ahogaba que me hacía dichoso.

Para mis ejercicios diarios, nos habíamos adueñado de una de las terrazas laterales, muy privada y de las más soleadas. A ratos, los miembros de mi familia, incluyendo los que se presentaban de visita, espiaban desde dentro, a través de las cristaleras, con una sonrisa enorme y las pupilas brillantes. Quería darles más, mucho más. Hacerlos sentir orgullosos de mi esfuerzo, de cómo adelantaba y cambiaba un cuerpo inútil e inerme, por otro sano y en plenas capacidades.

Cuando me giré hacia Emily, me estaba observando con una chispa traviesa en su mirada. De algún modo que no sabría explicar, me estaba retando.

—¿Se atreve a intentarlo hoy?

—¿Otra vez? No lo he logrado en ninguna de las ocasiones —le recordé un poco humillado por mis fracasos previos.

—De eso se trata, señor Spencer. De repetir y repetir y repetir hasta que salga. Que no le incordie no poder impresionarme, soy una simple cuidadora, una enfermera sin importancia.

—¿Quién busca eso? —reí.

—Usted —replicó con desfachatez—. Porque está acostumbrado a gustar y cree que ahora no es digno de admiración.

—No estaría en mis cabales si lo pensara.

—¿Porque lo mejor de una persona es verla de pie, en grácil movimiento? ¿Eso es todo lo que importa? ¿Nada más? Cómo se equivoca, señor Spencer.

—No discutamos, se lo ruego, no tengo ganas y me levanta dolor de cabeza.

—Desde luego, faltaría más. Pero no por ello dejaré de insistir. ¿Se arriesgará o se esconderá en su madriguera?

Me froté el mentón con los dedos pulgar e índice, pensativo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Emily? Supongo que no le importará que a estas alturas la llame Emily. Ya somos viejos amigos.

—Claro que puede. Las dos cosas. Hacer la pregunta y llamarme como guste.

—¿Cuándo va a empezar a llamarme Cassian?

Se quedó perpleja ante lo que implicaba mi petición.

—No sé si debería, señor Spencer. Soy la cuidadora y usted…

—No diga sandeces. Quítese ese uniforme, y por sus venas corre sangre cien veces más noble que la mía.

Apretó la boca en un fruncido delicioso que, de inmediato, deseé rozar con mis labios. No entiendo por qué, al silabear la frase «quítese ese uniforme», me la había imaginado al punto

completamente desnuda y entre mis brazos. Y un escalofrío de excitación había hecho serpentear mi piel en oleadas.

—Lo sabe —refunfuñó haciendo añicos mis pecaminosas fantasías—. Alguien se ha ido de la lengua.

—Por supuesto. Le haré una advertencia: jamás le cuente un secreto a mi prima Evelyn. No sabe guardarlos, se le caen por el camino.

La vi reír, cantarina y desenvuelta. Y su carcajada llegó y me besó en la cara.

—Si fuera capaz de ponerme en pie…

—Algo que sucederá muy pronto —me interrumpió juguetona.

—Si fuera capaz —recalqué—, debería hacer tres reverencias cada vez que la veo aparecer. Es usted casi una princesa.

Sus deliciosos carrillos se convirtieron en hogueras. Se pasó la mano por el pelo, apartándolo, en ese gesto tan suyo que me enloquecía de veras.

—¿Cómo es que alguien de tan elevado rango acaba en una clínica sirviendo a los demás?

—Hay algo que se llama vocación, señor Spencer. Y a veces es tan poderosa que una no puede luchar contra ella.

Mis pupilas se dilataron recreadas en su imagen. Venía ocurriendo si estábamos juntos y cometía la locura de mirarla por segunda vez.

—Me resulta usted aún más admirable de lo que me parecía hace cinco minutos. Y le advierto que ya era una admiración descomunal…

Su mano se enredó en mi brazo a modo de señal, tratando de desviar la atención de su sonrojo.

—Ande, deje de exagerar y remolonear. Concentre todo su empeño en alzarse.

Mi silla tenía los frenos activados. Llené de aire los pulmones al máximo, me aferré a los reposabrazos e hice fuerza. Lo había intentado cada día desde hacía semanas, sin lograrlo. No esperaba que aquella vez fuera distinto.

Emily me miraba con los ojos muy abiertos y las manos unidas en actitud de rezo, inclinada hacia adelante, contagiándome su positividad.

—¿Vamos? No lo piense, Cassian, no lo piense. Solo… levántese.

Eso hice.

Sin plantearme si podría o no lograrlo. Traté de recordar cómo funcionaban mis piernas antes del accidente. La naturalidad con la que el cuerpo me obedecía. Lo sencillo que era ponerse de pie.

Y allí estaba.

No podía creerlo.

Erguido, de pie delante de mi horrenda silla. Manteniendo un equilibrio ligeramente inestable, pero sujeto por mis piernas y mi espalda, que era lo importante.

Frente a mí, Emily se cubría el rostro con las manos, saltaba como una niña pequeña, dando gritos de efusiva incredulidad.

La miré directa a los ojos. Una mirada de triunfo llena de futuro y promesas.

—Si no corriera el riesgo de tirarlo al suelo, correría a abrazarlo —susurró entre lágrimas.

—Hágalo, se lo ruego.

—¿Se anima a dar un paso?

—¿No cree que será demasiado?

—Venga hacia mí —me rogó con un seductor susurro y los brazos extendidos en mi dirección.

Fue como la llamada de un ángel. Ese momento crucial con el que todos soñamos después de abandonar este mundo cruel, en que

somos recibidos a las puertas del Paraíso por un ser de luz al que es imposible resistirse.

Traté de replicar el proceso. Olvidarme de la idea de ser un lisiado para ordenarle a mis piernas que se movieran hacia adelante. Di un paso tambaleante. Luego otro. Enseguida un tercero, arrullado por las exclamaciones de alegría de Emily, que no cabía en sí de gozo.

Fueron un total de seis pasos completos antes de que me fallaran las fuerzas y de caer de rodillas, prácticamente a sus pies. Ella se lanzó a sujetarme. No pudo, claro, acabamos los dos en el suelo, arrodillados y abrazados, mi cabeza apoyada contra su pecho, uno de sus brazos rodeándome los hombros, los dedos de la mano libre trenzados con mi pelo.

—¡Enhorabuena, Cassian! ¡Enhorabuena!

—Quizá no se ha dado cuenta de que estoy tumbado sobre las alfombras —ironicé.

—¡Has caminado! ¡Has caminado! ¡Santo cielo! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! ¡Has caminado! ¡Has caminado!

Lo decía mientras me acunaba, en un murmullo dulce y agradecido, con los ojos puestos en las alturas. Me perdí por completo en la calidez que emanaba su cuerpo de junco, en su

fragancia, que era como una caricia de miel densa. Me nubló la mirada, el aire quedó preso en los pulmones. Sentí que había encontrado mi lugar en la tierra, que podría sacrificar lo más valioso, cualquier cosa que me pidiesen, con tal de que Emily no dejara de abrazarme.

En la vida.

Capítulo 30

Es por mí

Emily

—¡Cassian! ¡Señorita Park! —El hermano del señor Spencer corrió hacia nosotros— ¿Qué hacen en el suelo? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ha caminado, señor Lucien! ¡Ha caminado!

No había modo humano de contener mi entusiasmo. Ver cómo se le iluminaba al recién llegado todo el rostro, fue pago suficiente para todos mis desvelos.

—¿Es eso cierto?

—La señorita Park nunca falta a la verdad —defendió Cassian visiblemente emocionado.

Lucien desvió la mirada buscando la silla de ruedas. En menos de un segundo calculó la distancia entre nuestra humillante posición, a ras de las baldosas, y el infame artefacto que trasladaba a Cassian de un lugar a otro. Era un trecho considerable que él señaló con el índice estirado.

—Desde… ¿desde ahí?

Asentí con brío.

—¿Tendrá alguien la bondad de volver a sentarme? —se quejó Cassian, un poco en broma—. Odio la silla de ruedas, pero reconozco que su asiento es más confortable que el duro suelo.

Nos apresuramos a ponerlo en pie de nuevo, sujetándolo cada uno de un brazo, acercándolo a la silla, con los estómagos burbujeantes de ilusión.

—¿Qué le traigo, Cassian? —ofrecí— ¿Qué le apetece? ¿Un vaso de agua? ¿Una infusión?

—Una copa de brandy —ventiló con decisión, haciéndome pestañear.

—Que sean dos —se sumó Lucien, tomando asiento junto a su hermano—. Mientras tanto, yo me quedo aquí, haciéndole

compañía y alabando las proezas de nuestro héroe del día.

Cassian

—Todavía no doy crédito. Querría haber entrado a la terraza un poco antes para verlo con mis propios ojos, Cass.

Miré a mi hermano, conteniendo una sonrisa de orgullo y satisfacción.

—Y no se te ocurra decir que solo han sido seis pasos —me advirtió al verme abrir la boca para protestar—. Han sido tus seis primeros pasos, a los que seguirán muchos más.

—De acuerdo. Me rindo a tus elogios. Es excepcional, ¿verdad que sí?

Quizá por mi tono almibarado, o por la expresión bobalicona que se me debió poner, Lucien entendió a quién me refería sin necesidad de más detalles.

—Lo es. Bendito sea el día en que madre se empeñó en llevarte a esa clínica, hermano.

—Bendito sea el día en que me asignaron como su paciente —lo corregí—. Sin Emily nada de esto habría sido posible. Ella me reactiva, tira de mí de un modo que no alcanzo a comprender, incluso en los peores días. Cuando no me quedan ganas, ni energías, ni voluntad, ella las pone por mí. Su persona tiene… tiene magia.

—Estoy de acuerdo, hermano. —Cuando Lucien palmeó mi rodilla con un gesto meditabundo, supe que abordaría un tema que quizá me resultara incómodo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—Me sorprende que no hayas mencionado a Rose desde que llegaste.

Sentí una extraña punzada en el pecho. Algo demasiado veloz y breve como para doler en realidad.

—¿Por qué habría de mencionarla? —No le permití responder —. Ah, ya entiendo, todos esperabais que llegara y me arrojase lloriqueando a sus brazos de mujer casada. Luc, ¿tú me has visto? —Me señalé las piernas— ¿Crees que estoy en condiciones de seducir a una mujer?

—No creo que para ti Rose sea cualquier mujer.

—Lo es. Desde que rompimos el compromiso y aceptó casarse con otro.

—Cassian… que nos conocemos.

—Conocías al hombre que se marchó de aquí, devastado y roto, hace un año.

Mi hermano cabeceó, cayendo en la cuenta del tiempo transcurrido que, para un dichoso recién casado, junto a su hermosa y adorada Flora, había volado igual que un suspiro.

—¿Es por la señorita Park?

—Es por mí, Lucien. Hay caminos que bajo ningún concepto debería emprender de nuevo, son pura destrucción. Volver sobre lo superado y perder ventaja. Ya me desvié del sendero y costó. Sangre y lágrimas. No estoy dispuesto a volver a las andadas.

Lucien sonrió irónico, solo con la mitad de la boca, como si se resistiera al gesto.

—Ay, hermano. Los sentimientos no son algo que uno pueda manejar a su antojo. Más bien nos manipulan ellos a nosotros.

—Simplemente, procuro alejar a Rose de mis pensamientos. Sé que no me conviene verla. Dejémoslo estar.

—¿Y qué sientes por tu cuidadora? Porque queda claro que estáis muy unidos. Sientes algo, al margen de agradecimiento

absoluto y eterno, claro está.

Esa era una pregunta que llevaba semanas esquivando. No quería enfrentarme a mis sentimientos, fueran los que fuesen. Emily se había convertido sin pretenderlo en el objeto de un deseo tan arrollador que a veces temía haber perdido la razón.

No estaba preparado para afrontar aquel ascenso.

—Emily es dulce, atenta y amable —me escabullí—. Muy lista, reacciona sorprendentemente rápido a todo problema que se presente. Nunca conocí a alguien parecido.

—Como compañera de vida, suena prometedor —se mofó.

—Es en toda medida inevitable que todo aquel que trate a Emily no acabe un poco enamorado de ella.

—¿Y Rose? ¿Te provocaba lo mismo o, por el contrario, te arrebataba de pasión?

Negué, en este punto muy seguro de lo que decía.

—Rose, con su encantadora timidez, su forma de ir descubriendo el mundo de mi mano, su inexperiencia… Era tan distinto. —Reaccioné y me recompuse con una palmada al aire—. Para Rose yo era imprescindible, dependía de mí para todo, mientras que Emily… Emily es independiente. Y hay tanto que aprender de ella…

—Es una mujer que enriquece. Eso lo tenemos claro en esta casa.

—En cualquier caso, hermano, no trates de justificar la situación de una a costa de la otra. A Emily le debo casi la vida y Rose, cuanto más lejos, mejor.

—Ha enviudado —confesó Luc con atropello.

Lo miré desconcertado.

—De hecho, enviudó a los pocos días de la boda. Lo que no entiendo es el motivo de tanto secretismo, que quieran ocultártelo. Lo comenté con Flora y se mostró de acuerdo.

—¿En que debería saberlo? Muy propio de tu esposa. —Sonreí comprensivo, todavía un poco impresionado, de un modo que no acertaba a traducir—. Y de ti, Luc, si me lo permites.

—Me sorprende que te lo hayas tomado con tanta calma.

Suspiré con resignación.

—Tuve mucho tiempo para hacerme a la idea. De que lo había perdido todo, de que ella ya no estaba en mi vida, que nunca me perteneció.

—Las cosas han cambiado. Tú podrías…

—La cuestión es si lo deseo. No es que no guarde un cariño especial por Rose, sigo teniéndole gran afecto. De algún modo

siempre tendrá un pedacito de mi corazón en sus manos, pero…

—¿Pero?

¿Cómo iba a explicar aquel sinsentido? La marabunta de pensamientos, emociones, sentimientos confusos, donde lo principal era que no estaba entero. No ser el mismo de antes y la eterna duda de si algún día volvería a serlo.

—No lo sé, Lucien, no me presiones.

—No pretendo presionarte, hermano. Solo quiero que estés listo para el momento en que te encuentres con ella.

Hundí los ojos en el suelo. Huyendo de sus palabras, del oscuro vaticinio, de mis inseguridades y hasta de mí mismo.

—Eso no tiene por qué suceder —sentencié con voz de ultratumba.

Mi hermano se puso en pie y me regaló un par de palmadas animosas en el hombro. Como si hubiera agotado sus reservas de ánimos y buenos consejos por aquel día. Eso me pareció, cuando lo cierto es que, más sagaz que yo, había divisado a Emily que regresaba portando ella misma la bandeja con las dos copas de las que nos habíamos encaprichado.

A mí, de repente, se me habían pasado las ganas de brandy.

—Hágame el relevo, señorita Park, se lo ruego. Mi esposa ha descubierto hoy que un viejo amigo de la familia, sir Carnavon, está de regreso en Londres después de una prolongada ausencia. Y tiene la intención de fraguar maquiavélicos planes a fin de reunirlo con su madre. Todavía espero con ansiedad que me desvele el resto del misterio.

Su jocosa narración distendió el ambiente. Hasta me permití sonreír.

—Como ve, en esta familia no queda tiempo para aburrirse —añadió a modo de despedida.

—¿No se bebe el brandy? —quiso saber Emily.

—Para usted, mi querida hada madrina —sonrió Lucien—. Para usted.



Capítulo 31

En realidad, no lo sé

Cassian

Los inusuales silencios de Emily cuando nos quedamos solos, máxime tras el logro que habíamos obtenido hacía solo un rato y su explosión de júbilo, ahora por completo extinguida, me empujaron a temer que hubiera sido testigo de parte de nuestra conversación. Y no me equivocaba.

—Acláreme a qué viene ese ceño fruncido y tanto refunfuño, mi querida Emily.

—¿Ya podemos hablar de ella? ¿Libremente?

—¿Se puede saber quién es *ella*?

—¿Quién va a ser? Su antigua prometida. He oído su nombre varias veces cuando departía con su hermano.

La miré fingiendo estar escandalizado.

—¿Y le parece bonito husmear conversaciones ajenas?

—Ha sido pura casualidad. Yo me acercaba y ustedes…

Le pedí silencio levantando una mano. Me miró con los ojos muy abiertos.

—No me apetece hablar de ella. Lo cierto es que trato de olvidarla.

—Al parecer, por la fuerza. No deja de ser una persona importante de su pasado…

—Fue. Fue una persona importante. No lo discuto. Pero si algo he aprendido es que el pasado es ahí donde debe quedarse. Y removerlo, rara vez trae nada bueno.

—Ojalá pudieran borrarse los recuerdos a voluntad, ¿no le parece? —Sonrió triste—. En especial los dolorosos.

—Al menos hay que intentarlo.

—¿Cómo sabe que no volverá a sentir todo lo que un día sintió y mucho más cuando vuelva a verla?

«En realidad, no lo sé» pensé. «Pero en este año he conocido otra clase de sentimientos, mucho más devastadores, y empiezo a poner en tela de juicio el amor que creí sentir, o lo que llamé con ese nombre».

—Emily, se lo suplico. No toquemos temas desagradables, con lo mucho que tenemos que celebrar hoy. Cuando lo sepa mi madre…

—Háble me de ella. De Rose. Cuénteme cómo era lo que tenían.

Seguía empeñada, visto lo visto. Buceé en mi memoria, abriéndome paso a codazos entre recuerdos punzantes. Rose y yo, ¿teníamos algo? ¿Llegamos a tenerlo?

—Ignoro el modo en que se desarrollan los cortejos en Austria, querida Emily. Aquí, en Inglaterra, todo es demasiado formal, alejado y falto de entusiasmo.

—Un poco gris —dedujo ella, con un delicioso arqueo de sus cejas.

—Podría definirse de ese modo. A los futuros esposos que pretenden conocerse, no se les concede libertad para ahondar, en absoluto. Creo que las únicas ocasiones en las que estuve a solas con Rose —me tembló ligeramente la voz al nombrarla—, fue bailando. En un salón rodeados de invitados.

—Muy similar a Viena, entonces. —Sonrió comprensiva.

—No le mentiré, siempre lo acepté como algo natural, incluso correcto, convencido de que tiempo habría para intimar durante el matrimonio. Sin embargo, en este año he aprendido algo muy

distinto: las personas que van a emprender una vida juntas deberían conocerse muy a fondo desde antes. Sus reacciones ante las adversidades, el grado de compromiso y disposición al sacrificio del otro, su nobleza o la falta de ella… ¿Cómo es posible amar a alguien sin conocer todo eso?

—Coincido plenamente en que lanzarse a ciegas a una boda es la base infalible para una unión infeliz.

—Que son la mayoría de las que conozco.

—Tengo entendido que en Inglaterra los matrimonios por amor, en las clases altas, están hasta mal vistos.

—Es la realidad oculta tras los oropeles, aunque pocos se atrevan a admitirlo.

Emily se quedó colgada de sus pensamientos. La mirada perdida en un punto lejano e inalcanzable.

—Lo siento, no puedo admitir algo tan frío. Tan alejado de lo que debería ser un vínculo marital.

—Sepa que mostrar los sentimientos y sensibilidades no es una práctica bien acogida en mi honroso y húmedo país.

—Ya veo.

—Y sin embargo, pese a ser tan contraria a todo ello, aquí sigue, a mi lado. Convertida en mi mayor apoyo.

—Olvida que me pagan para que sea su cuidadora. Generosamente, además.

—No trate de engañarme, no lo hace por dinero.

Ella agachó la cabeza, ruborizada. Retorció las manos una con otra.

—Es cierto, en estos casos el dinero no importa. Importa la vocación.

No sé por qué estúpida razón esperaba oír otra cosa. Algo muy distinto, como que yo era la causa de que se quedara. Qué ridículo. Caminaba seis patéticos pasos y ya me veía atrayendo la atención de una mujer asombrosa como ella. Debía concentrarme en no olvidar que los pies, donde deben estar, es en el suelo.

Volaba y construía castillos en el aire con demasiada facilidad.

—¿Qué le apetece hacer? —se interesó ella tras una pausa tan prolongada que se hizo incómoda.

—Descansar, si no le parece mal. Estoy fatigado después de tanto ajetreo.

—Por supuesto. Avisaré a los lacayos para que lo trasladen a su alcoba.

De pronto noté su mano sobre la mía, cálida y sedosa, una suerte de consuelo con solo un gesto.

—Lo que ha logrado hoy es grande, Cassian, inconmensurable, me atrevería a decir. No se subestime. Es el principio de una gran escalada. Siéntase orgulloso.

Y me sentía. Me había sentido durante un rato. Antes de tomar conciencia de que con ese avance o sin él, seguía siendo un tullido postrado en una silla de ruedas que jamás podría amar con normalidad a una mujer.

******

En la mansión de los Fairfox, los días se escurrían entre las indisposiciones de Rose y los achaques de lord Pagan que, a todas luces, aún no había reunido el arrojo suficiente como para levantarse del lecho y venir a presentar sus respetos a su futura prometida. Los señores lanzaban llamaradas por los ojos, alterados, agitados, estallando a la mínima, porque los infiernos parecían haberse aliado para echar por tierra aquel compromiso que tanta falta les hacía.

Desde la última vez que simuló estar en plena forma, Rose llevaba en cama un total de tres días y juzgó conveniente probar

suerte de nuevo. Levantarse, dar un par de vueltas, quizá almorzar con la familia, siempre dispuesta a desaparecer con celeridad fingiendo un desmayo, si las cosas se ponían feas.

La estirpe al completo se hallaba en el saloncito de recibir, inusitadamente silenciosos y tensos. Hasta Amelia estaba presente, cosa que le extrañó sobremanera.

—Buenos días —se anunció Rose con voz quebradiza.

Todos los que estaban sentados la miraron curiosos. Incluido el joven desconocido en el que no había reparado al llegar, y que probablemente era la causa de tanta tirantez.

—¡Querida! —se entusiasmó su madre, haciéndole un ademán frenético para que se aproximara.

—Lord Meggins, tengo el inmenso placer de presentarle a nuestra hija mayor, Rose. Disculpe su desaliño, está ligeramente indispuesta.

En el momento en que aquel joven atractivo de mirada profunda dio un paso adelante para cumplimentarla, Rose se preguntó si aparte de su cabello desordenado y sus mejillas pálidas sin pellizcar, su vestimenta sería la adecuada; dado que pensaba encontrarse únicamente con su familia, había escogido un vestido cualquiera, sin demasiados lujos ni florituras.

Lo peor de todo es que deseó haberse compuesto con mucho más cuidado en cuanto le puso un ojo encima al invitado.

¿Lord Meggins?

¿Había oído bien? Era el… ¡El heredero de su difunto esposo!

¡Por fin había aparecido!

Capítulo 32

Urgente para mí

—Es todo un placer, señorita Rose —saludó el desconocido—. Encantado de conocerla.

A Rose le pareció que tenía un timbre de voz muy agradable. Y el resto de lo que podía ver era muy atrayente también. Joven, bien parecido y con título.

—Lord Meggins llegó ayer mismo a Londres. Apenas si ha tenido tiempo de acomodarse en la mansión y ya ha venido a conocerte.

—Bueno, de algún modo, la señora y yo somos parientes —se excusó el aludido con un floreo de la mano—, es lo menos que tenía la obligación de hacer.

—Todos aguardábamos su llegada con gran interés, milord —apuntó una melosa Amelia.

—¿No dices nada, Rose? —espetó el señor Fairfox, visiblemente molesto— ¿Tan enferma estás, como para perder la cortesía y las formas propias de una dama?

—Yo… Yo… —balbuceó la muchacha—. Madre, ¿puedo tomar un poco de té?

Para pasmo de todos, antes de que la señora de la casa pudiera moverse o hacer un gesto a las doncellas para que sirvieran, lord Meggins se incorporó y sirvió a toda prisa la taza vacía, con la habilidad de un lacayo bien aleccionado. La colocó sobre el platillo y se la alargó a una boquiabierta Rose con una sonrisa amable.

—Gracias, milord. Muy agradecida.

—¿Y puede saberse qué parentesco concreto guardaba usted con el difunto lord Meggins? —El señor Fairfox no pudo contener por más tiempo su curiosidad.

Seguir malgastando miserablemente los minutos en cortesías sociales y meriendas, era retrasar de forma innecesaria las urgencias

familiares de que Rose obtuviera cuanto antes su asignación.

—En realidad, soy hijo de su hermano, ya fallecido. Mi padre murió bastante joven, durante una terrible epidemia de fiebres en el sur de Escocia. Suerte que antes de marcharse tuviera tiempo de restablecer mi posición.

La señora Fairfox y Amelia gimieron a coro, conscientes de lo que aquello podía significar. El señor Fairfox, por su parte, frunció profundamente el ceño y apretó los finos labios, y solo Rose se mantuvo impasible como si no hubiera oído nada de nada.

—De otro modo —prosiguió sin azorarse el joven—, no habría heredero del que echar mano.

—Ya, claro, lo entendemos —tartamudeó la señora.

—La fortuna Meggins es colosal —añadió el señor Fairfox—, muchas inversiones y propiedades con docenas de arrendatarios precisados de guía y mano firme a la mayor brevedad. Todo quedó de la noche a la mañana sin gobierno.

—Coincido, señor mío. Lamento haber estado de viaje y que fuera tan complicado localizarme. Lo cierto es que todo está bastante descuidado. Hay ingentes labores pendientes —miró de reojo a Rose—, mucho que hacer.

—Resultará abrumador, supongo —comentó Amelia con un suspiro.

—Me trastorna solo pensarlo. En fin —se puso inesperadamente en pie y todos los demás lo imitaron—, imagino que solo es cuestión de tiempo. Si me disculpan, únicamente quería saludarlos, voy a retirarme.

Su decisión, el tono de sus frases y los actos que le siguieron fueron de tal firmeza, que nadie osó oponerse. Los consternados anfitriones lo vieron desaparecer, entre reverencias y fórmulas corteses, sin haber logrado, ni por asomo, lo que tanto ansiaban.

—Es… ¡Es un bastardo! —jadeó la señora Fairfox al borde del desmayo.

—En ningún caso ha admitido que así sea —apuntó el señor Fairfox con una ceja levantada—. Habría costado mucho arreglar el asunto de su herencia, de serlo.

—Nada que con influencias y dinero no pueda lograrse —insistió la señora desconsolada.

—Un caballero muy apuesto —suspiró Amelia con un tono de voz blando que parecía no pertenecerle.

—¡Ni se te ocurra posar tus ojos en él, querida! Un bastardo, nada menos…

—Si es que nació bastardo, eso pasó, madre, recuerde que su padre regularizó la situación antes de morir… —apuntó con debilidad Rose.

—En cualquier caso. El día menos pensado alguien le echará en cara su origen.

—No cuando se es tan obscenamente rico, querida —tronó el patriarca.

Pero su esposa seguía enrocada, dándole vueltas a la misma obsesión.

—¿Quién sabe qué clase de mujer sería su madre? —graznó entre hipidos—. Es indigno que alguien así pueda hacerse cargo de semejante patrimonio.

—¿Sería mejor que revirtiera a la Corona? ¿O dejar desamparados a todos esos pobres campesinos que no tienen culpa de nada? —se opuso Rose, enfadada.

Repentinamente, el brío de su voz acababa de multiplicarse para sonar como un desafío. Los tres miembros de su familia alzaron las cabezas y la miraron.

—Para colmo, se ha marchado sin mencionar el asunto de tu asignación —les recordó la señora Fairfox, afligida al punto de ahogarse.

—Dice que tiene muchos asuntos pendientes. Deberíamos considerar que fijar mi renta es uno de ellos.

—Rose, a partir de ahora, procura acercarte a lord Meggins cuanto puedas.

—Madre, yo podría… —se ofreció entusiasta Amelia.

Su madre la frenó poniéndole la mano por delante de la cara.

—Tú no. La viuda desconsolada es nuestra Rose, la asignación le corresponde a ella. Trata de ganarte su confianza, ablándale el corazón con tu desgracia, que entienda cuan apremiante es para ti recibir ese dinero…

—¿Apremiante para mí? —se burló la muchacha, esquivando sus ojos afilados.

—Gánatelo —rugió el señor Fairfox volviendo al saloncito—. Y hazlo cuanto antes, no me importa a qué tretas tengas que recurrir, la situación es insostenible.

Emily

El vientecillo que corría por los laterales de las terrazas empezaba a ser un poco más frío, por lo que juzgué conveniente proponerle a Cassian volver al cálido interior, no fuera a enfriarse.

—Su madre y las señoras Anne y Flora tienen previsto jugar a las cartas en la sala. ¿Le apetece acompañarlas?

—No se imagina la cantidad de trampas que suelen hacer. Claro que, no estando Evelyn, podemos decir que nos salvamos de la peor.

Se me escapó una risilla nerviosa. Francamente, aquella familia resultaba de lo más pintoresco y gracioso que hubiera podido imaginar toparme.

—¿Por qué no ha querido intentarlo de nuevo?

Cassian se miró la punta de los zapatos.

—Ni hoy, ni ayer, ni anteayer… —insistí— ¿Por qué?

—Si se refiere a tratar de caminar —suspiró colmado de paciencia, con la mirada perdida, como escogiendo las palabras—, prefiero esperar.

—¿Esperar a qué? —me ofusqué— ¿A que baje del cielo un milagro y así no tiene usted que mover un dedo?

Cassian me miró con expresión de miedo.

—¿Por qué está tan irritable? Cualquiera diría que pretende devorarme a dentelladas antes de poder pensar siquiera en cómo defenderme.

—Señor Sp… Cassian. —Traté de calmarme. Lo mejor era colocarme tras la silla y empujarla al interior de Herrick House, evitando que el brillo melancólico de sus grandes ojos grises me capturara. Cuando eso sucedía, dejaba de hablar con buen tino—. No le tengo por un hombre cobarde. ¿Se ha empeñado en hacerme cambiar de opinión?

—Tiene razón, me he vuelto un aprensivo —admitió al final, tras una larga pausa—. Cobarde, si es así como le agrada llamarlo con el objeto de que la humillación sea aún más terrible, conforme. Soy un vergonzoso cobarde. Antes no lo era, pero ahora, el terror a fracasar me bloquea por completo.

Conmovida hasta lo más hondo, suavicé el tono.

—Cassian, mi intención no es, ni ha sido nunca, degradarlo. Todos en su familia y yo, pese a no pertenecer a ella, estamos más que orgullosos de sus avances. ¿Tan pronto ha olvidado que en Londres los médicos lo desahuciaron? Nadie daba un penique porque volvería a caminar y sin embargo…

Me mordí la lengua, porque el saloncito al que nos dirigíamos estaba ocupado. Un rumor de voces femeninas, entre las que distinguí el apellido Fairfox al menos dos veces, nos llegaba nítido y claro a los oídos. De inmediato decidí que lo mejor era cambiar de ubicación.

Lo peor de todo era que Cassian Spencer también lo había escuchado.

Capítulo 33

Ponerme en pie de nuevo

Emily

—Su madre y sus primas y hermanas están tomando el té —comenté con aire despreocupado— ¿Le parece que nos traslademos a la biblioteca a jugar una partida de ajedrez? Tiene que prometerme que si le gano, intentará ponerse en pie y…

Cassian hizo un gesto seco con la mano, con el que me rogaba silencio. Tragué saliva con un terrible pálpito latiéndome fuerte en el

pecho. De allí no saldría nada bueno, lo sospechaba. Se escuchaba alta y clara la firme voz de lady Evelyn.

—Nos las encontramos en la *Orangerie* del parque. Me extrañó que no las acompañara la hija menor, Amelia, esa muchachita tan irritante y poco refinada —estaba narrando en aquel preciso instante.

—Era como si esperasen a alguien —agregó Anne con su dulce voz de melaza.

—Tuvimos que saludar, obviamente, hubiera sido un escándalo no hacerlo, allí, delante de todo el mundo. La señora Fairfox se la pasó pavoneándose acerca del nuevo pretendiente de su hija Rose, lord Pagan.

—Pero ¿ese caballero no le dobla la edad a la joven? Y si no estoy mal informada, se lo comen los achaques. Como suele decir Lucien, un pie aquí y otro en el barrio del Señor —bromeó Flora.

—Según rumores, en efecto, así es. Pero esas dos mujeres, tanto la madre como la hija, daban por hecho un compromiso con su posterior boda, como algo consumado. Extraño, dado que parecían esperar un encuentro con alguien y no creo que lord Pagan esté en condiciones de dar paseos por el parque.

—La señorita Fairfox, ¿no preguntó por Cass? —se interesó nuevamente la esposa de Lucien.

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior. Maldición. Diez veces maldición.

—En ningún momento —se dolió lady Elisabetta con disgusto —. Fue decepcionante. Diría que se centró en fantasear grandezas, habló de las probabilidades de vivir en París en un futuro próximo, viajar por todo el mundo… en fin. Tanto insistir, tanto importunar, para que al final queden así las cosas.

—La hipocresía y la falsedad, es lo que tienen, querida madre —asintió lady Flora con delicadeza.

—¿Te refieres a que su inicial interés por mi Cassian era fingido?

—Me refiero a que suena más a hacer lo que se esperaba de ella, sin más. Rose es de esa clase de jovencitas que siempre hacen o intentan hacer lo que se considere correcto, y no la culpo, es lo que les han enseñado toda su vida.

Las verdades y las acusaciones que oía se iban amontonando sobre mi espalda igual que piedras. Ya casi no acertaba a respirar, sintiéndome peor que mal por Cassian, por lo que estaría

atravesando su alma en aquel momento, enterándose de aquellas cosas horribles de tan mala forma.

—Era una buena idea, Emily, lléveme a la biblioteca —susurró en un murmullo apenas audible—. Le ganaré esa partida y jamás tendré que ponerme en pie de nuevo.

Por descontado, los dos estábamos demasiado desconcentrados como para jugar ajedrez. Entre movimiento y movimiento, los minutos transcurrían veloces, en cascada.

—Lo siento —dije al fin—. Si llego a saber de lo que estaban hablando…

—No reconozco a la dulce y compasiva Rose en esa mujer que describían. Ha debido de cambiar mucho.

—El paso del tiempo y las penas nos moldean a todos.

—A unos para bien y a otros para bastante mal, según veo —espetó irritado.

—¿Me permite una pregunta? Esa cobardía de la que me hablaba antes, ¿también alcanza a la señorita Fairfox?

Levantó aquellos iris grises para buscarme con sus preguntas.

—Que me aspen si la entiendo, Park.

—Debería reunirse con ella.

Fue como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada por encima. Se sacudió en un espasmo violento.

—¿Verme con Rose? ¿Qué necesidad tendría? No representa más que un pasado al que no quiero regresar.

—Tarde o temprano tendrá que enfrentarse. A ella y a sí mismo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que solo encarándose con ella tendrá claro lo que siente. Si se liberó de esa atracción, de esos sentimientos, de lo que fuera que tuviese, y está listo para seguir adelante con su vida, o todavía sigue atrapado.

Lo vi agachar la cabeza. Lo vi morderse el labio inferior igual que había hecho yo un rato antes. Y deseé desde lo más profundo de mi ser, tener la cura para su tormento. ¿Qué clase de hilo había tejido, sin querer, para sentirlo tan cerca aun estando tan lejos de mi alcance?

—Ojalá fuera usted uno de mis hermanos. Para poder admitir sin reparos que la posibilidad de un reencuentro me provoca pavor.

—Lo sé, yo en su lugar sentiría lo mismo, pero eso no significa que no deba hacerlo. Se lo merece.

«*Yo me lo merezco*», añadí para mis adentros.

Por segunda vez, Cassian alzó la cara, buscando mis ojos, como hacía casi siempre, provocando que me saltara el corazón. Me pareció infinitamente guapo. Más radiante, apuesto y atractivo que nunca. En las palmas de las manos me hormiguearon las ganas de tocarlo.

—Cree que debería… ¿escribirle una nota? ¿Pedirle que nos encontremos?

—Hágalo. Y salga de dudas.

Asintió despacio. Luego estiró el brazo y movió una pieza sobre el tablero.

—Jaque.

Todavía nos quedaba por experimentar otra decepción.

El lacayo encargado de llevar la nota a la señorita Fairfox, regresó con ella en la mano, lacrada, sin tocar, e incontables disculpas.

—Lo lamento, señor. La señorita Fairfox no quiso recibirla en cuanto supo quién la enviaba.

Cassian sacudió la cabeza, alargó los dedos y despidió al criado.

—Debí figurármelo —farfulló formando con la carta una bola de papel apretada.

—¿Y si resulta que es cierto que está a punto de prometerse con alguien más? Una señora respetable no acepta notas de otro caballero salvo de quien la corteja —sugerí insegura.

Los ojos de ceniza clara de Cassian despidieron un centelleo.

—¿Acaso se cree eso que dice?

—Admítalo, una dama honorable no se ve a escondidas con un caballero —insistí, escabulléndome de su pregunta.

—No le propuse ninguna cita desvergonzada, por amor de Dios, sino vernos en el parque, en público, a compartir té y charla. Está claro que lo que quiera que sienta no le da ni para eso.

—Puede que sea una chica honorable que trata de portarse con decencia, no la juzgue tan duramente. Y no se lo ponga difícil. Usted lo ha intentado y a ella le consta, ¿no? Pues de momento, es suficiente.

Lo vi asentir con la cabeza y traté de discernir si estaba furioso, abatido o desencantado. No alcancé a descubrirlo.

Capítulo 34

Creencias

Cassian

Cuanto más me forzaban los demás a esclarecer y poner nombre a mis sentimientos por Rose, más se apuntalaba mi corazón a la presencia de Emily. Podía ser simple confusión, no lo negaba. No estaba en mi momento más lúcido y muchas de las razones que había analizado con mis hermanos, incluso con la propia señorita Park, eran más que ciertas.

Estaba asustado.

No únicamente por no alcanzar a curarme nunca, eso solo era parte del problema, la parte visible a la que casi todo el mundo tenía

acceso. A niveles más profundos, temía encarar de frente el dilema llamado *Rose*, porque imaginaba una reacción inconveniente de mi cuerpo y de mis emociones que, de darse, no sabría cómo gestionar.

Una cosa era que mi corazón ya no palpitase pidiendo sus caricias, caricias, por cierto, que no había llegado a conocer nunca, que después de haber pasado meses en los que sacármela del pensamiento era un inalcanzable, ya apenas si recordara con nitidez sus rasgos. Otra muy distinta, que tuviese por completo claro y sin sombra de duda, que al verla no fueran a sacudirse los cimientos de mi frágil equilibrio.

Y si ese zarandeo perjudicaba de algún modo lo que empezaba a sentir por otra mujer…, no lo deseaba.

De modo que esconderme en un caparazón y evitarlo, era el camino menos pedregoso.

También el menos valiente, no es que no lo supiera.

Luego estaba Emily.

El laberinto absoluto en el que giraban y se ahogaban mis sentimientos cuando se referían a ella. Las intensas emociones que me provocaba, lo cercanos que habíamos llegado a ser.

¿Qué sentía? ¿Qué sentía realmente?

¿Era dependencia? ¿Agradecimiento? ¿Algún tipo de afecto fraternal? ¿La había convertido en la opción que me libraría de Rose? ¿Mi vía innegable de escape? ¿Mi lugar seguro? En mis penosas condiciones era tan sencillo equivocarse…

Mucho más razonable amar a alguien como Emily, que no solo era tierna, generosa por demás. A una mujer como ella no podría desencantarla, ya sabía lo poco que como hombre tenía para ofrecer.

Seguramente me estaba agarrando a mi cuidadora como a un tablón en un naufragio.

No obstante…, si solo se trataba de eso, ¿por qué se me aceleraba la respiración mirando sus labios? ¿Por qué mis ojos perseguían sus manos durante las curas, los ejercicios, los masajes… anhelando un roce de aquellos dedos finos sobre la mejilla?

Cerré fuerte los párpados. Me masajeé el puente de la nariz, agobiado. Estaba lleno de dudas por todas partes, rodeándome como bestias vivas, presionando hasta no dejarme respirar.

Empecé a pasar mucho más tiempo solo. Le pedía a Emily que me llevara a la biblioteca pequeña sin quedarse a hacerme compañía. Dedicaba menos esfuerzos a mis sesiones, perdí el entusiasmo que semanas antes había sido el motor de toda mi actividad. Me estaba encerrando en mí mismo de un modo peligroso.

—¿Puedo pasar?

Era Lucien, el hermano, junto con Rhysand, con quien mejor me llevaba. Le hice una seña para que entrara y le pedí que sirviera unas copas.

—¿Bebiendo antes del almuerzo? Mala señal, Cass. ¿Qué te ronda la cabeza?

—Nada, estoy bien —esquivé—. Simplemente me apetece, no creo que sea ningún pecado. Entenderás que en los últimos tiempos me concedo pocos placeres.

—Todos te hemos notado taciturno estos días recientes. ¿Hay algo que te preocupe? ¿Han empeorado…?

No remató la pregunta, pero sus pupilas inquietas volaron a mis rodillas.

—¿Mis piernas? No, hermano. Mis malditas piernas siguen en su lugar. Soy yo, no estoy de ánimos.

—¿Penas de amor?

—¿De dónde sacas eso?

—No temas, no es que te hayas vuelto transparente, ni yo soy tan sagaz. Es Flora quien se ha percatado. Y no creo que sea la única. Ya sabes, el sexto sentido femenino abundante en esta casa y que tan sorprendentemente bien funciona.

En un nefasto segundo, la posibilidad de que Emily también estuviera al tanto de lo que me estaba volviendo loco, en lo que a ella concernía, me estremeció.

—¿Tienes pensado volver a acercarte a la señorita Fairfox, perdón, a la señora, ahora que no tiene marido?

—Ni pensarlo. No me expondré ante nadie mientras no camine ni sea el de antes. No solo Rose, tampoco su familia, nadie en su sano juicio me aceptaría.

—Sería de esperar que ella te abriera los brazos igualmente. Ya sabes, por amor, lealtad y todo eso.

Sonreí con desgana. ¿Amor? ¿Dónde estaba el amor de Rose?

—Estás muy confundido, Luc, no es la muchacha dulce y complaciente que conocimos. Ha cambiado, se ha endurecido, se ha vuelto interesada, quiere viajar, disfrutar de una vida de lujos y diversión que un tullido como yo no puede darle.

—Suena horrible.

—No es que pueda culparla.

—¿Eso es lo único que te distancia de ella? Porque a veces, uno sigue amando a la persona equivocada, incluso después de abrir los ojos y ver un montón de barro.

Negué con la cabeza.

—Hay cosas que no sabré hasta que la tenga delante.

—¿Y qué te frena?

—Intenté convocarla, pero rechazó mi nota. Está claro que no le interesa un marido al que tenga que cuidar de por vida.

—Pero ¿qué estás diciendo? Todos sabemos que tu organismo empieza a responder…

—No voy a caminar, Luc —zanjé con una contundencia que lo sobresaltó—. Olvídate de eso. No voy a conseguirlo, no sucederá.

—Date permiso para que suceda —insistió conmovido—, mucho me temo que te lo estás negando.

—Tras el accidente debería haber sospechado que una vida serena y dichosa junto a mi mujer y mis hijos, no era algo que estuviera escrito en mi destino.

Lucien se puso en pie como impulsado por un resorte oculto, se mesó el cabello y bufó.

—No te reconozco, Cass, nunca fuiste esta clase de persona. Siempre te conocí perseverante, entregado a tus creencias, con una voluntad de hierro capaz de sacarte del más profundo de los pozos.

Ahora fui yo quien resopló.

—Francamente, me pregunto si a fecha de hoy me queda alguna creencia.

Mi hermano me miró resentido, y volvió a sentarse cerca. Donde pudiera inclinarse para hablarme, con los codos apoyados en las rodillas, una postura muy típica en él.

—Por supuesto que te quedan, pedazo de chorlito. Ahí, debajo de tantas capas de miedo, de rencor por lo ocurrido y de preguntas sin respuesta, el Cassian de siempre sigue respirando. Solo necesitamos que decida despertar.

—¿Y si en vez de dormido está simplemente muerto?

—Deja de decir sandeces. Cuando menos te lo esperes se abrirá paso a codazos, dejándote boquiabierto. A ti y al resto del mundo.

—Luc… ¿Cómo voy a salir de esta si ni siquiera tengo claro los sentimientos que me inspiran dos mujeres tan distintas como la noche y el día?

—¿Y eso importa? Ya te aclararás. Date tiempo, hermano, no todo tiene que ser hoy.

Lo miré agradecido. A sabiendas de que su intención no podía ser más noble. Lucien quería mi bien, solo que en aquellos momentos no había motivo humano que pudiera levantarme los ánimos. Me ahogaba en autocompadecimiento, confusión y angustia. Me había convertido en un hombre del que me avergonzaba.

Ojalá tuviese tanta fe en mí mismo como tenían Lucien y Emily.

Capítulo 35

Invitaciones y demás hierbas

De la noche a la mañana, en aquella casa solo se hablaba del baile de Año Nuevo de los duques de Wessex. Imagino que, un suplicio común en las residencias donde habitan muchas féminas. En Herrick House todo se volvió algarabía, marcada por los alaridos de Sienna y Diana que protestaban por no contar con la edad exigida para poder asistir, nuestra madre ultimando atuendos y joyas con continuos cambios de parecer, la prima Evelyn decidiendo si debía o no aceptar la invitación, dada la corta edad de su pequeño, y todas las esposas de mis hermanos, cotorreando emocionadas la esperada presencia de la reina y las personalidades más ilustres de la alta aristocracia.

—Ningún acontecimiento puede superarlo —comentó ilusionada Anne, sin dejar de recordar aquel baile en Palacio, hacía ya algunos años, donde conocer a Rhys cambió su vida para siempre.

—Nadie en su sano juicio se lo perdería. Suele ser uno de los eventos destacados de la vida social en Londres. Y para una vez que estamos todos reunidos.

—Comentan que vienen duques y marqueses extranjeros. ¡Hasta un príncipe austríaco!

—A lo mejor la señorita Park lo conoce —aventuró Flora con los ojos brillantes.

Un ramalazo de emoción las tocó a todas como la varita de un mago. Resplandecieron las caras, las expresiones se tornaron radiantes. Evelyn levantó un dedo y la doncella acudió al punto, solícita como nunca.

—Haga el favor de avisar a la señorita Park. A menos que esté ocupada con las terapias del señor Spencer, dígale que las mujeres de la familia la esperan a tomar el té.

La muchacha se ausentó con las mejillas arreboladas. También el servicio vibraba fantaseando con aquel baile fastuoso, digno de un rey. Quince minutos más tarde, Emily aparecía en el

salón donde estaban reunidas las damas, con un interrogante en sus bonitos ojos azulados.

—Emily, tómese un rato de descanso. Siéntese aquí con nosotras, es hora de cotillear y de saborear los pastelillos de la cocinera —invitó lady Evelyn.

—Bastante atareada anda todo el día ocupándose de los caprichos de nuestro hermano —rio Anne por lo bajo.

—Comentábamos acerca del festejo en la residencia de los duques de Wessex —Julianna la puso al tanto—. El baile de Año Nuevo. Nos preguntábamos si, por casualidad, usted conocería a alguno de los aristócratas extranjeros que se darán cita en el evento.

—Sepa que algunos de los más insignes provienen de su país —informó lady Flora eufórica.

—Pues no sabría decirles… —murmuró con timidez la cuidadora.

—Claro, tendría usted que estar presente —comenzó lady Evelyn. Cortó en seco su frase y abrió mucho los ojos—. ¡Por supuesto!

—Por supuesto, ¿qué, milady?

—¡Tiene que acompañarnos al baile!

A la sugerencia siguió un alboroto de voces entrecruzadas, teñidas de entusiasmo. Al parecer, todas juzgaban como una gran idea lo que a Emily se le antojaba un disparate. Ella no estaba en Londres en calidad de aristócrata extranjera, sino de cuidadora asignada. Solo pensar en la posibilidad que planteaba la hija de lord Herrick, se le erizaba el vello.

Tragó saliva muy azorada, se frotó las manos con nerviosismo y trató de apaciguarlas con un puñado de sonrisas tensas.

—No, no va a poder ser. Miladies, señoras, no puedo asistir a un baile semejante. Yo…

—¿Por qué no? —dejó caer lady Julianna con asombro.

Y era cierto. ¿Por qué no? ¿Cuál era la razón de no hacer extensiva a su persona la invitación a la familia Fowler-Spencer si ellos lo decidían? No era una cuestión de clase, Emily era, incluso, de superior condición.

No era eso.

Sin embargo, tampoco tenía claro lo que era.

—De verdad pensamos que su presencia allí será importante —comenzó Julianna—. Sin ir más lejos, el otro día, en un recital de poesía en casa de los barones de Wellness, escuché a la señorita Monroe despotricar acerca de nuestro hermano.

Todas las presentes, incluida Emily, abrieron con desmesura las bocas, instándola a que continuara.

—Dijo cosas realmente feas —añadió Julianna atragantada.

—Lo cual no me extraña en absoluto —expuso Anne con mesura—, es íntima amiga de las Fairfox. De tal palo…

—¿Y podemos saber cuáles eran sus sentencias, en realidad? —apremió Evelyn, que no llevaba nada bien lo de quedarse a medias con un chisme.

—Me temo que verme cerca y contar con la posibilidad de que la oyera, la animó a ser más cruel —recordó la dama pelirroja—. Comentó que nadie esperaba que Cassian Spencer asistiera al baile de los Wessex este año, ni a ningún otro acto social, dadas sus penosas condiciones, impedido en una silla de ruedas.

Se oyó una exclamación general que bien podía confundirse con un gemido.

—Que resultaría francamente incómodo para su familia, y perjudicial para sus hermanos solteros que todavía deben encontrar esposa.

—¡Ja! —exclamó Evelyn sin poderse contener—. Supongo que esa arpía hablará de cómo se comportaría su familia llegado el caso.

A la nuestra no la conoce. Los Fowler-Spencer somos una piña que no se avergüenza de ninguno de sus miembros.

—Y nos defendemos con uñas y dientes —agregó Flora con saña—. Cree el ladrón que todos son de su condición.

—La muy bruja afirmaba que lo mejor que Cass podía hacer por el buen nombre y la reputación de Herrick House, era apartarse de la vida social.

Flora giró a mirar suplicante a Emily. El resto de damas hizo lo propio.

—Entenderá por qué es tan importante que convenza a Cassian para que nos acompañe.

—Y que usted sea su sostén principal, él la considera de ese modo.

Por unos instantes, Emily no supo qué pensar.

—Lo lamento muchísimo, les ruego que me comprendan. No es mi intención desilusionarlas, pero no me sentiría cómoda asistiendo a un evento de esa clase. Hace mucho que me aparté de la exposición pública. Por favor, respétenlo.

—Nada más lejos de nuestra intención que el que se sienta forzada a nada que no desee… —comenzó con suavidad Anne.

—Tienen mi palabra de que haré lo posible por convencerlo para que asista. Con su familia, con ustedes, como corresponde. No con una cuidadora.

Emily

Ni un solo segundo dejé de darle vueltas a la innecesaria crueldad de la gente. A la maldad con la que criticaban a espaldas de una persona con la que el destino se había cebado y que además, no podía defenderse de sus venenos al no estar presente.

Un caballero por el que todas sin excepción habían suspirado un año atrás. Con el que cualquiera habría matado por casarse.

La tisana con la medicina y una gotita de láudano que había suministrado a Cassian un rato antes acababa de hacer efecto y dormía profundamente, como un niño que reposa en calma con la conciencia tranquila.

Dado que nadie me vigilaba, me explayé contemplándolo.

Era tan hermoso. Tan insoportable e irreverentemente hermoso. Por dentro y por fuera, pese a sus miedos, por encima de lo que él consideraba cobardía, apocamiento.

Con mucha delicadeza y la punta de los dedos, retiré un mechón ondulado y grueso descolgado sobre su frente y mis ojos atrevidos volaron hasta sus labios. Carnosos y suaves. Tan besables que me hicieron temblar.

Me quedaría allí una noche más, velando su sueño hasta el alba. Es lo que venía haciendo en las últimas jornadas, desde que sus ánimos se estrellaron contra el suelo y todo el brío que había impulsado su tesón por recuperarse se esfumó en el aire como una voluta de vapor. Algo me decía, me gritaba, que me necesitaba.

El irresistible Cassian Spencer me necesitaba.

Poco a poco, las ideas se me habían ido aclarando. Sentada allí, en la penumbra, rodeada de silencio, me noté algo más lúcida que cuando las damas me asaltaron por sorpresa a la hora del té. Empezaba a ver las razones por las que me provocaba tanto rechazo la mera idea de acudir al baile de los Wessex.

La señorita Rose Fairfox. La señora, puesto que era viuda, aunque la brevedad de su matrimonio complicara la costumbre de referirse a ella como tal.

Estaría allí, sin ninguna duda. Ellos iban a encontrarse, sería como un choque de carruajes y no quería presenciarlo. ¿Me resultaría doloroso?

Como desgarrarme el alma a tirones.

Volví a centrarme en Cassian. No debía fantasear, hacerme ilusiones era arriesgado. La viuda estaba antes que yo, él le había entregado su corazón de buen grado y si ahora volvía mínimamente sus ojos hacia mí, si lo hacía, no era más que por despecho, movido por la soledad, decepcionado por el comportamiento de ella.

Le tomé una mano entre las mías. Grande y masculina, suave a pesar de todo. empecé dándole unas palmaditas, pero enseguida, comprobando que no se despertaba, trencé mis dedos con los suyos y me regodeé con la sensación del contacto.

Suspiré atormentada.

Él no sabía lo que sentía, estaba confuso, era natural. Cuando la viera, cuando de verdad viera a Rose, se enfrentaría en serio con sus demonios y sus emociones más profundas. Con las que se venía negando, porque hacerlo era más seguro y mucho menos peligroso.

Al vencerme el cansancio del día, mi cabeza resbaló sobre su pecho, con las manos todavía entrelazadas.

Y de aquella guisa, pese a lo avanzado de la hora, me sorprendió lady Elisabetta.

Capítulo 36

Eso es amor

La dama permaneció largo rato mirándolos con una sonrisa que le curvaba los labios. Sin pensar, sus dos manos viajaron a un tiempo a las cabezas unidas, acarició el cabello de Cassian, su hijo querido, y también el de Emily. Mientras que el joven continuó descansando con aquella rítmica respiración que tanta paz conllevaba, Emily se sacudió en una vibración ligera y abrió los ojos.

Descubrir allí a la señora de la casa, la azoró hasta el infinito. Soltó la mano de Cassian como si quemara, se acomodó los mechones sueltos y estirando las arrugas de su falda con movimientos frenéticos, trató de ponerse en pie.

—Milady…

—No se levante —susurró la dama con afecto—. No se levante, se lo ruego. —Miró a su hijo—. Está descansando, se le ve muy tranquilo.

Mientras Emily asentía, no sin cierto orgullo, lady Elisabetta arrastró una silla y tomó asiento frente a ella. Las dos mujeres se observaron sin hablar.

—Está usted enamorada —sentenció escribiendo la frase en piedra.

Emily fue a protestar, enérgicamente, pero milady no se lo permitió.

—No me lo discuta, querida, que tengo muchos años y se le nota, se desvive por él. Nadie en su puesto haría tanto de manera tan desinteresada.

—Bueno, milady, usted sabe que…

—De todos es conocida su intensa vocación —volvió a interrumpirla—. Le aseguro que nadie la pone en duda. De lo que yo hablo es de lo que no se puede reprimir, ni esconder, ni tampoco disfrazar. De lo que rezuma por los poros de la piel, aunque una trate de mantener la frialdad. Todas las composturas del mundo no bastan para ocultar el amor cuando es verdadero, señorita Park.

—Yo, yo… —balbuceó Emily sin llegar a concretar nada.

—Y mi hijo…, mi terco y bobalicón Cassian siente lo mismo por usted.

Tal afirmación y la sorpresa que le ocasionó oírla, la removió con brusquedad.

—No diga eso, milady. Nos estamos equivocando. Todos nos equivocamos.

—¿Se piensa que a mi edad no tengo ojos en la cara? Desde que estábamos en Weinmarkt percibí algo único entre ustedes dos. Y es mi deber de madre preocupada admitir que la posibilidad de verlos juntos no podría hacerme más feliz.

—¿Y la señorita Fairfox?

Lady Elisabetta golpeó el aire con la palma de la mano.

—¡Santo cielo! Ni la nombre.

—Era su prometida, la mujer que él amaba —le recordó Emily en un susurro.

—¿La amaba? Querida mía, apuesto a que apenas intimaron con lo poco que se frecuentaban. Esa muchacha es callada, introvertida, difícilmente se deja conocer. Desde luego, nos hicimos exactamente la idea que quería transmitir: docilidad, sumisión, buena educación y comportamiento. Nada más. Su interior, sus

verdaderas emociones, sus principios, todo continúa siendo un misterio. Y, al fin y al cabo, es una Fairfox.

—Todo el mundo dice que es muy diferente a su hermana.

—No discuto que sea algo mejor, más mesurada y menos perversa. Pero llevan la misma sangre, un linaje que no me gusta.

Hablaban en murmullos para no despertar a Cassian, si bien, llegado este punto, a milady le costó mantener un tono de voz pausado. Pensar en esa familia la ponía de muy mal humor.

—Nunca fue santo de mi preferencia, créame —prosiguió más serena—. Incluso hubo un tiempo en el que fantaseé con una unión entre mi Cassian y Anne.

—Anne, ¿la esposa de Rhysand?

—En efecto. Está claro que esa muchacha vino al mundo destinada a ser una Spencer. Solo que desvié ligeramente el tiro. Esa Rose, siempre por medio, estorbando.

—Porque es probable que los sentimientos de Cassian por ella sean reales.

—Hay dolor en el tono de su voz, chiquilla. Deje de pensar en calamidades.

A Emlily se le empañaron los ojos. Un nudo en la garganta le puso muy difícil proseguir con la charla.

—Oh, milady, no quiero sufrir, no querría poner mis ilusiones en un imposible, ni que Cass me ame por agradecimiento o porque piense que soy la única que entendería la situación en la que se encuentra.

Lady Elisabetta recogió con el pulgar la lágrima que rodó por su mejilla.

—Querida mía…

—Tengo derecho a disfrutar de una vida plena con un hombre al que ame y que me ame, con todas las consecuencias. Y le juro que me da igual si camina, baila, monta a caballo o está postrado en una silla de ruedas. Tratándose de él no me importaría lo más mínimo.

—¿Lo ve, Emily? ¿Lo nota? Querida, eso es amor.

—Pero sí debe amarme. Amarme de verdad, no como su último refugio u opción.

Emily se pasó las manos por la cara y secó sus lágrimas de mala manera. Tras intercambiar unos gestos casi en silencio, decidió hacer caso a lady Elisabetta e irse a dormir.

—Debe asistir a ese baile de Año Nuevo como parte importante de esta familia. Cass irá con usted. Todos nosotros iremos.

Abandonaron la alcoba entre susurros. Sin saber que Cassian lo había oído todo. Que un latigazo de profundo pesar acababa de cruzarle el pecho tras entender que, lo que quiera que ella creyese sentir por él la empujaba a estar dispuesta a sacrificarse. A renunciar a la vida plena y maravillosa a la que tenía derecho.

Algo que Cassian no permitiría bajo ningún concepto.

El matrimonio formado por Lucien Spencer y la preciosa Flora Euston llegó al baile de los Wessex en carruaje independiente, algo antes que el resto de la familia. Los antiguos colaboradores de la Corona tenían una misión por cumplir. Esta vez, una personalísima, muy cercana a sus intereses familiares, que vinculaba a sir Carnavon y a lady Barrow, la duquesa viuda.

—¿Estás nerviosa?

Antes de bajar, frente a la entrada principal del palacete, Lucien tomó la mano de su esposa entre las suyas y se la llevó a los labios. Ella parecía tan agitada.

—Muchísimo. Espero que ninguno de los dos falte a la cita. Mi madre sabe que Carnavon está de vuelta en Londres, yo misma se lo

he dicho, pero no creo que caiga en la cuenta de que podría encontrárselo aquí.

—En la pequeña y juguetona trampa que su propia hija le ha tendido —añadió él con una chispa traviesa en las pupilas—. No sabes lo que me gustaría evitar esta engorrosa fiesta, arrastrarte hasta nuestra cama y celebrar la entrada del nuevo año haciéndote el amor hasta el amanecer.

—Y más allá —susurró Flora melosa, dejándose besar cuello arriba, desde las clavículas a la base de la oreja.

—Y más allá —corroboró Luc—. Mucho más allá.

—Cariño, ¿saldrá bien?

Lucien se apartó a regañadientes de la tentación de su escote.

—Por supuesto que sí. En realidad, el desenlace no está en tu mano sino en la de ellos, en cómo reaccionen cuando se encuentren. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Flora asintió despacito, pensativa.

—Mi abuela, mi principal cómplice, se ha indispuesto a última hora y no asiste. Madre vendrá acompañada de los barones de Lullaby. Esa mujer es una cotilla insufrible, va a ser difícil despegárnosla, ya lo verás.

—Todo irá como la seda. Estando tú a las riendas, no podría ser de otro modo, amor mío. —Volvió a besarla con pasión contenida.

—No sé, Luc, cariño. —Se mordió el labio inferior, gesto que enloquecía a su marido y endurecía su entrepierna—. Preveo dificultades.

Capítulo 37

Una sorpresa

Lo primero que Flora hizo al entrar en el fastuoso salón, fue buscar a su madre. Gracias al exagerado tocado de plumas de la baronesa Lullaby, que simplificó muchísimo la tarea, lo logró en pocos minutos. Hizo un guiño a su esposo, que le deseó suerte, y se retiró a la mesa de las bebidas, a esperar la llegada del resto de la familia. Acto seguido, modificando la expresión de su rostro, mutándola por una de amargo disgusto, se acercó al grupo, abanico en mano, con ademanes afligidos.

—Barón, baronesa —saludó con atropello—. Madre, necesito hablar con usted. Es urgente.

—¿Se puede saber qué ha sucedido? —Lady Barrow se preocupó de veras.

—¿Puedo opinar? —se entrometió la baronesa—. Porque cuando una joven acude en mitad de una fiesta a solicitar consejo imperioso de la autora de sus días con aire tan compungido como el que arrastra lady Flora, solo puede significar una cosa.

—Ah, ¿sí? —ironizó Mercy, sujetando la mano de su hija para transmitirle consuelo— ¿Y de qué se trata, baronesa? Sáquenos de dudas.

—Su marido. Su marido le ha hecho un desplante —afirmó la mujer con contundencia—. O algo peor.

Flora tuvo ganas de darle un codazo en las costillas. En lugar de eso, apretó los labios como si contuviera el llanto, manteniendo el rostro lo más neutro posible.

La remota posibilidad de un hecho de ese calibre extrañaba a Mercy más que la nieve en verano.

—¿Es eso, hija? ¿Lucien se ha portado mal contigo? ¿Ahora? ¿En esta fiesta?

—Bueno —prosiguió la baronesa sin comedimiento alguno—, es un Spencer. Y ya se sabe.

—¿Se sabe? —Lady Barrow soltó un gallo— ¿Qué se sabe?

—Casados y todo, continúan siendo igual de seductores e irresistibles. En cualquier momento, incluso estando sus esposas presentes, el marido perfecto…

—Madre, se lo ruego, salgamos a la terraza —la azuzó Flora, deseosa de perder de vista a aquella insufrible mujer.

—Saldré con ustedes, estoy convencida de que puedo ayudar.

—Y nosotras le agradecemos en el alma su extrema generosidad, baronesa —la frenó Flora con aire fiero. La mujer cortó en seco el paso que tenía pensado dar—. Pero es algo que deseo tratar en la intimidad familiar, si nos lo permite.

—Sí, claro… —aceptó, porque no le quedaba otra. Su mueca de contrariedad cantaba a las claras lo mucho que le dolía quedarse sin el chisme.

—Vamos, madre, venga conmigo.

Por fin, la joven señora Spencer logró arrastrar a Mercy lejos de aquella intrusa metomentodo. La viuda seguía acongojada.

—¿Es cierto que Lucien ha sido descortés?

—Nada de eso, madre, esto no tiene nada que ver con Lucien, sigue siendo tan perfecto y buen marido como siempre. Solo quería darte una sorpresa.

—¿A mí? ¿Qué clase de sorpresa? ¿Por eso has mentido a la baronesa?

—No me preguntes, porque no voy a revelártelo, dejaría de serlo. —Salieron ambas a la amplia terraza de piedra, con una balaustrada imponente construida en el mismo material, que se asomaba a los exuberantes jardines—. En cuanto a esa mujer espantosa, ¿cómo iba a permitir que husmeara este feliz momento?

—Querida, yo…

—Espera aquí, madre. Voy dentro un momentito. A traerte tu sorpresa. ¡No te muevas de donde estás! ¡Ni una sola pulgada!

Mercy pestañeó confundida. Despistada entre tanto indicio velado y tanto secreto que no entendía. Suspiró, resignándose a la impetuosa manera de ser de su hija y giró hacia la inmensa penumbra verde que se extendía más allá. El aroma de las flores de invierno le llegaba a la nariz, transportándola a otros tiempos más lejanos y mucho más felices.

—¿Mercy? —sonó una voz masculina a sus espaldas.

Un escalofrío le bajó desde los omóplatos a la parte baja de la cintura. Un pellizco feroz le atrapó la boca del estómago. Porque aún sin volverse, sin ver el rostro que hablaba, al caballero que la llamaba lo había reconocido en el acto.

Cassian

A regañadientes, acepté asistir a aquella fiesta. No tanto por la incuestionable humillación de acudir a un baile en silla de ruedas, sino por la incomodidad de enfrentarme, tras más de un año de ausencia, al escrutinio de todos aquellos ojos curiosos.

Las mejores familias de la alta sociedad inglesa se daban cita en los salones de Wessex House y cada uno de ellos, hasta el más despistado, estaba atento a las novedades acerca del Spencer tan trágicamente accidentado. Para más de uno, el morboso espectáculo de verme postrado en una silla de inválido merecía la pena más que el propio festejo y los favores que pudieran sacar de él.

Pese a que la interminable ristra de inconvenientes no parara de crecer en mi imaginación, la presencia de Emily a mi espalda o a mi costado, según los casos, era un bálsamo curativo que lo suavizaba todo. De no ser porque también ella había accedido a

presentarse, yo no me habría rendido jamás a la insistencia de mi madre y mi prima.

No se trataba solo del juicio de las pupilas o de las habladurías que se desencadenarían desde la mañana siguiente. Era la asistencia confirmada de Rose Fairfox, a la que no tenía el menor deseo de enfrentarme.

Sin embargo y pese a todo, allí estábamos. Tanto nosotros, en apretada piña familiar desafiando a cualquiera con pretensión de agredir a uno de los miembros, como los Fairfox, en la esquina contraria de la enorme sala, vigilándonos los unos a los otros con ojos de halcón al acecho.

En un momento dado, sin pensármelo dos veces, a riesgo de echarme atrás si titubeaba, y sin consultar absolutamente con nadie, accioné mi silla de ruedas, crucé el espacio entre venias y saludos, y me planté delante de la mujer que un día fue mi prometida. O estuvo a punto de serlo.

Apenas si había cambiado, pero ya no se me antojaba tan hermosa. Ni tan radiante o dulce. Algo distinto y ciertamente desagradable la rodeaba, frunciendo su entrecejo en un mohín de eterna insatisfacción.

—¡Señor Spencer! —se adelantó el patriarca con la mano extendida— ¡Qué gran honor saludarle! Habría apostado porque no asistiría. ¿Cómo se encuentra?

—No podría decir que en plena forma, pero muy cerca de ello, se lo aseguro —respondí con frialdad, sin apartar la mirada de una turbada Rose que se retorcía las manos contra el regazo— ¿Hay algún sitio más privado donde podamos hablar?

—El caso es que no estimo pertinente que una señorita y un caballero… —empezó la señora Fairfox.

La mirada que le dirigí, como un dardo envenenado, le cerró de golpe la boca.

—Su hija, mi estimada señora, dejó de ser señorita cuando se desposó. Hoy por hoy es una honorable viuda a la que, como puede ver —señalé con sorna mis piernas—, no estoy en condiciones de deshonrar.

—Iré, madre, no se preocupe. —Rose trató de sonreír sin conseguirlo. Solo una mueca que le descompuso el rostro—. Podemos salir a la terraza, si le parece.

Estuve de acuerdo, mientras me preguntaba por qué ya no me tuteaba y dónde habían quedado nuestras afectuosas confianzas de antaño.

—No puedo creer tanta desconsideración por su parte —espetó en cuanto nos hubimos alejado.

—Lamento no entenderla.

—No hacía falta recordarles a todos mi situación de viudez, ha sido…

—¿Degradante? ¿Cierta?

—Y mucho menos necesario, convocarme aquí, medio a escondidas, como si tuviera algo de lo que avergonzarme. ¿Es que desea comprometerme, señor Spencer?

Fingí escándalo. La conversación ni siquiera había empezado y ya resultaba muy incómoda.

—¡Santo cielo, no! Nada más lejos de mi intención, solo pretendía intercambiar unas palabras sin interrupciones, con cierta tranquilidad. No me negará que, después de tanto tiempo, las tenemos pendientes. Tampoco que las merecemos.

—Hay cosas que es mejor dejar en el pasado —sentenció ella mirando al horizonte. Acabábamos de alcanzar la zona de las terrazas y no había hecho la menor intentona por empujar mi silla o ayudar. No es que yo lo necesitara ni estuviese obligada de forma alguna a ofrecerse, pero habría sido una bonita muestra de buena

voluntad—. Sin remover. Puesto que de removerlas no saldría nada bueno.

Observé que sus ojos recorrían ávidos el espacio, buscando dónde posarse o tratando de localizar a alguien que no era yo y con quien, evidentemente, prefería estar.

Me pareció un detalle tan descortés como grosero. Impropio de la Rose que un día conocí.

Capítulo 38

Razonablemente bien

Cassian

—¿Por qué tengo la impresión de que no está escuchando ni una sola palabra de lo que le digo? Está como distraída y evita mirarme.

Ella fijó de mala gana sus pupilas en las ruedas de mi silla.

—Es… Triste. Desagradable.

Esbocé una sonrisa irónica.

—Créame, es mucho peor sufrirlo que contemplarlo. No le preguntaré por su salud, porque veo que se encuentra

perfectamente. ¿Es cierto ese rumor que afirma que va a casarse con lord Pagan?

—No debería prestar oídos a tanta palabrería infundada.

—Tengo entendido que lo afirmó usted misma.

Se le crispó el gesto, disconforme, no sé si con mi perspicacia o con su falta de habilidad para mentir.

—Bueno, son planes familiares, sin más —gruñó—. A partir de ahí, meros rumores.

—Rumores. Seguramente endebles, cuando no inciertos.

—De ser verídico todo lo que se comenta, yo me vería obligada a preguntarle cuándo piensa pedir la mano de esa enfermera extranjera que lo asiste.

—Comprendo.

—No son ciertos. Los rumores, me refiero. Antes muerta que casarme con ese vejestorio decrépito. No, no me casaría ni con él ni con un hombre impedido para caminar.

—Vaya —exclamé asombrado por su descaro—, gracias por la parte que me toca.

—Ya que después de tanto tiempo se ha empeñado en hablar, hablemos, sin tapujos, siendo totalmente sinceros —replicó con dureza—. Llevo demasiados años sacrificándome por el bien de mi

familia. Estoy harta, eso se ha terminado. A partir de ahora pensaré solo en mí y en mis propios intereses.

—Suena como —me paré a escoger la palabra— resentida.

—Será porque lo estoy. Resentida, dolida, menospreciada y vacía. No soy una moneda de cambio con la que otros puedan hacer negocios.

—Alabo que haya llegado a esa conclusión y que desde este momento haya decidido defenderse. ¿Acaso tiene algo en el punto de mira?

Rose se mordió la comisura del labio, con toda probabilidad, meditando si debía o no sincerarse hasta ese límite.

—El nuevo lord Meggins es un candidato perfecto.

—Perfecto y de elevada condición, diría yo.

Juro que no hubo segundas intenciones en mi tono. Sin embargo, ella se retorció como si le hubiese picado un insecto.

—¿Y qué? ¿Le parece que no lo merezco? ¿Que soy demasiado poca cosa? Le diré algo que seguramente querrá escuchar, señor Spencer: cuando en su momento usted se interesó por mí, yo apenas si podía creerlo. Uno de los irresistibles y codiciados Spencer se había fijado en la pobre e insignificante Rose.

Puse los ojos en blanco.

—De repente, todas me envidiaban, empezando por mi hermana. Y junto a esa avalancha de felicidad absoluta, me sentí tan poca cosa…

—Rose, por Dios…

—Y fíjese lo que es la vida. Mírenos ahora.

Entendí lo que quería decir. No es que no doliera.

—Cómo han cambiado las tornas, ¿verdad? Ahora soy yo el que está por debajo y usted la que lleva un pequeño sol en miniatura sobre la cabeza. Le deseo toda la suerte del mundo, Rose, que consiga lo que quiere, sea lo que sea, y que alcance la felicidad.

Tuvo unos instantes de vacilación durante los cuales, pensé que pediría disculpas por su crudeza, que volvería, de alguna forma a recordarme a la Rose que llevaba en mi memoria. Pero era evidente que solo acababa de localizar al objeto de sus deseos, el nuevo lord Meggins, probablemente, y se despidió de mí con precipitación.

—Lo mismo le digo. Le perdono el no haber querido recibirme todas las veces que fui a visitarlo.

Me dejó con la palabra en la boca, desapareciendo de la terraza como alma perseguida por los demonios. No sabía a qué se refería, pero lo cierto es que tampoco importaba.

El círculo que tanto pavor me daba cerrar acababa de chasquear marcando un final. Rose Fairfox con toda su sublime carga de recuerdos rotos estaba definitivamente fuera de mi vida.

Me invadió el alivio. Un alivio inmenso.

Regresé a la sala a tiempo de ver cómo el apuesto príncipe austríaco o húngaro del que todas las damas hablaban en murmullos tras los encajes de los abanicos se aproximaba a Emily, mirándola rendido de admiración. Besó su mano, intercambió con ella unas palabras en su idioma, en exquisito tono, y la invitó a bailar.

Se elevó por los aires un murmullo de general embeleso. En lugar de aceptar al momento como cualquier dama en su sano juicio habría hecho, Emily me miró llegar con preocupación.

—¿Se encuentra bien, señor Spencer?

—Formidable y razonablemente satisfecho —la tranquilicé—. Salga a bailar, querida Emily, diviértase, se lo ruego.

Ella todavía se lo pensó un rato más. Su rostro me decía que estaba más interesada en mi estado de ánimo tras la difícil entrevista, que en danzar con aquel príncipe de cuento de hadas por el que todas suspiraban.

Me sentí halagado.

Le hice un gesto amplio con la mano, señalando la pista de baile, incentivándola para que dejase atrás los reparos. Un lisiado desafortunado como yo, no los merecía. Emily lucía aquella noche tan irresistiblemente bella, con un vestido color plata que se reflejaba en el iris azulado de sus ojos. El espeso cabello oscuro recogido en la coronilla con varios mechones en bucles que caían, acariciando su esbelto cuello.

—La miraré bailar —prometí en un susurro—. Y será todo un deleite.

Asintió y por fin aceptó la mano que le tendía el apuesto extranjero. Mis pupilas los persiguieron ansiosos mientras caminaban hacia el centro de la sala, acaparando la atención de absolutamente todos los presentes. La recia extremidad de mi hermano Henry se posó reconfortante sobre mi hombro.

—¿Ha ido todo bien?

—Todo lo bien que cabía esperar. Asunto zanjado.

—Paz para el espíritu —gruñó Luc desde su posición—. Bien hecho, Cass.

—Y ahora… —musitó nuestra madre sobrecogida.

—Ahora, la vida continúa, sin duda.

En un par de minutos, la zona de baile se había llenado a rebosar. Escudriñé los espacios buscando a Emily, lo que no resultó demasiado complicado dada la imponente altura de su acompañante. La vi evolucionar en sus brazos, describir giros, mirarlo a los ojos como imponían los pasos de baile, y hasta sonreír. Una punzada de amargura me partió en dos el pecho, pero seguí respirando. Seguí fingiendo que no estaba roto, que la noche era festiva y que me encontraba bien.

Sin ser cierto.

No era amargura, eran celos.

A pocas parejas de distancia, distinguí otro rostro conocido. Rose bailaba con un hombre bien parecido y gallardo, que bien podría tratarse del heredero de su difunto esposo, el nuevo lord Meggins. Se la veía contenta, muy satisfecha. Todo lo contrario que a su afilada hermana, retraída en la esquina junto a sus padres, con su cara de ogro de siempre, perfecto instrumento de espanto para cualquier caballero.

Hubo varios momentos a lo largo de la pieza, en que ambas parejas se cruzaron al azar. Y entonces lo vi claro.

Tan claro que me causó risa el que alguna vez hubieran podido existir incertidumbres, vacilaciones, dudas. Mi familia me

observó con espanto cuando se me escapó la primera carcajada.

Capítulo 39

Un paseo nocturno

En un arrebato de pánico, lady Barrow se preguntó si debía girar sobre sus talones y enfrentarse al caballero al que tanto había echado de menos, o lanzarse de cabeza a los parterres del jardín y salir huyendo a través de la noche para salvarse.

¿Salvarse de qué?

—Mercy, querida, soy yo —volvió a insistir la voz de barítono.

Ella se volvió muy despacio. Con el corazón en un puño. La tenue iluminación que las antorchas decorativas y las velas derramaban sobre las terrazas bastó para reconocer sus atractivos rasgos de siempre.

—Carnavon. Flora me dijo que estabas de regreso.

Él asintió con un leve cabeceo. Las manos enlazadas a la espalda, los ojos brillantes como luceros conforme la miraba.

—Nos hemos visto en varias ocasiones, ella y yo.

—¿Y por qué nadie se molestó en ponerme al corriente?

—No era el momento apropiado. Yo estaba enredado en algunos asuntos…

—¿Asuntos de la Corona, Carnavon? ¿Sigues siendo espía, como lo eras en tiempos de mi esposo? ¿Como lo fue él?

—¿También te lo ha contado Flora?

—Por supuesto. No es que me hicieran especialmente dichosa las muchas mentiras que los dos urdisteis alrededor de vuestras actividades secretas, pero enterarte al fin de que tu marido no era un esposo infiel, un hombre que apenas si reconocías después de tantos años… He de admitir que fue un consuelo.

Él sonrió con elegancia.

—Gracias, Carnavon. Muchas gracias por desvelárnoslo.

—¿Aunque haya tardado tanto?

—Lo has hecho cuando te ha sido posible, estoy convencida de que con la mejor intención. Más vale tarde que nunca.

—¿Te ha contado Flora también el motivo de mi desaparición?

Esta vez fue la dama quien negó con la cabeza y estrellas en los ojos.

—Yo… es difícil. —Se frotó la frente, agobiado—. Confesárselo a ella resultó bastante más sencillo. Lo cierto es…

Mercy tuvo la serena impresión de que tanto titubeo no era propio del Carnavon que ella conocía. Se le veía ciertamente turbado. Así que avanzó un par de pasos hasta ponerse a su altura.

—Somos dos adultos que no necesitan chaperona, ¿me invitas a dar un paseo por los jardines?

Por toda respuesta, él le ofreció galante su brazo. Lady Barrow se colgó de él, notando la sensación de seguridad y apoyo que le transmitía.

—Cuánto te he echado de menos, querido. No podrías imaginarlo.

—¿De verdad? —Sonó como un niño ilusionado.

—Siempre estuviste ahí. Tan comedido, tan presente y generoso. Sería vergonzoso confesar las muchas veces que, mirándote, me pregunté si había hecho bien casándome con Rodolfo en lugar de contigo. No querría que pensaras mal de mí, pero dado que nos estamos sincerando…

—Mercy, yo jamás dejé de quererte. Acepté tu decisión porque no podía hacer otra cosa. Amaba a Rodolfo y te amaba a ti. Erais toda mi familia. Y luego, cuando llegaron los niños… Bueno, los sentía como a mis propios hijos. No podía besarte, no podía acariciarte a la luz de la luna, pero estábamos juntos. De algún modo todos lo estábamos.

—El duque te estuvo siempre tan agradecido.

—Era mi amigo, más que mi amigo, mi hermano. No lo habría traicionado por nada del mundo.

Mercy lo sabía. Le constaba la lealtad inquebrantable de Carnavon, la infinidad de sacrificios que había hecho por la familia. Por su familia. La manera aristocrática en la que siempre estuvo sin interponerse. Era hora de ponerle las cosas más sencillas.

—Ahora ya puedes besarme a la luz de la luna —dejó caer sugerente.

Él la contempló extasiado, sin llegar a reaccionar. Demasiado bloqueado por la avalancha de emociones a punto de desbordarse tras tanto tiempo contenidas.

—Todas las veces que lo desees. Sin impedimentos —añadió ella en un dulce bisbiseo.

—¿Crees que la vida vuelve a darnos una oportunidad?

—No lo creo. —Sonrió—. Estoy convencida de ello. Del mismo modo que me consta lo feliz que haríamos a Rodolfo uniendo nuestros destinos. Ahí donde esté, nos envía su bendición, lo sé.

Tembloroso, Carnavon decidió dejar de perder miserablemente el tiempo.

La rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí con la cautela del que teme que su sueño dorado escape entre los dedos como el humo, y buscó sus labios con hambre de décadas. Nada más encajar su boca con la de él, las lenguas, deseosas del reencuentro, se rozaron, con timidez primero, con salvaje pasión después.

En el cielo estallaron los fuegos artificiales que los Wessex habían preparado para el ecuador de su fiesta. Enormes palmeras relucientes explotando por encima de sus cabezas unidas, como celebración del amor que por fin, reposado y puro, llegaba.

—Sabe a los besos que te robé en mi juventud —bromeó él haciendo una ligerísima pausa.

Lo cierto era que no podía apartar sus manos de ella. De su talle y su estrecha cintura, embriagado por el aroma de su perfume, tan conocido, tan familiar, tan suyo.

—¡Santo Dios! ¡Cómo necesitaba esto! —balbuceó Mercy entre caricias desordenadas y risas de auténtica felicidad.

—Cuánto te amo.

—No, querido. Cuánto nos amamos.

Cassian

La realidad me golpeó con fuerza la cara.

Lo tenía delante, si no era un cretino inútil podía verlo, palparlo sin lugar a confusión. Dos parejas danzando, girando sobre sí mismas, y yo solo tenía ojos para Emily. La dulce, atenta, inteligente y generosa Emily. La más hermosa entre todas las mujeres. La que me erizaba el vello con su tacto y me consolaba con su voz de hada. La que contagiaba alegría cuando ya no me quedaban ganas de vivir, ni alicientes.

Mi sol, mi luna y mis estrellas. Mi firmamento completo.

La mujer perfecta que jamás tendría, ya que no podía regalarle ni un ápice de dicha. Ella se lo merecía todo mientras que yo era incapaz de entregarle nada.

Tenía el cuerpo desnudo y las manos vacías.

No era justo arrebatarle el derecho a una vida completa. Suponiendo que ella tuviera esa clase de sentimientos por mí. Se la veía tan perfecta, tan en su lugar correcto allí, en brazos de aquel príncipe imponente, girando y describiendo piruetas que a mí me estaban vedadas…

Suspiré. La mano de mi hermano mayor continuaba firme sobre mi hombro. Levanté la mía y le aticé un par de palmaditas amistosas.

—Henry, ¿serías tan amable de acompañarme al coche? Me gustaría volver a casa, los convalecientes nos saturamos pronto de los festejos.

—Voy contigo —se ofreció enseguida mi madre.

—No —zanjé rotundo—. Vais a quedaros aquí todos. Disfrutando de esta maravilla de baile. Así yo podré marcharme con menos remordimientos.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Y por favor, que nadie informe a la señorita Park, especialmente los gemelos y su manía de abrir la bocaza cuando menos corresponde. Esta es su noche. —Ladeé la cabeza de nuevo hacia la pista—. Miradla, destaca igual que una

estrella en mitad del cielo. No la privéis de la diversión. No quiero que nadie se prive.

—¿Estarás bien? —quiso saber Lucien.

—Estaré perfectamente, hermano. Solo voy a acostarme, que ya es hora.

Capítulo 40

Le hará bien

Emily

Descubrir que Cassian había abandonado el baile cuando regresé junto a la familia fue descorazonador. Si había aceptado bailar con Su Alteza no fue más que por cortesía y deber social, no por agrado, mucho menos por fascinación, como los asistentes supondrían. Esperaba que mi paciente no lo hubiera interpretado como una suerte de abandono.

El caso era que ya no estaba.

Y de repente, el colosal salón abarrotado de invitados felices se me antojaba desierto. Me sobraban los cumplidos del príncipe,

amigo íntimo de mi hermano Klemens, sus esfuerzos por agasajarme. Sentía fijas sobre mí las miradas escrutadoras de las damas, probablemente, preguntándose qué tenía yo de especial para acaparar la atención de un invitado tan ilustre. Lo presenté a la familia, miembro por miembro y gracias al dominio de los idiomas, por una y otra parte, se enzarzaron en una cordial charla que a mí me concedió la deseada libertad.

—¿Y Cassian, milady? —me permití preguntar en un susurro angustiado.

—Ha decidido volver a casa algo antes —me respondió la dama con su sonrisa afable.

Me alarmé.

—¿Se ha sentido indispuesto?

—No, nada de eso. Solo fatigado. Han sido muchas emociones a un tiempo, tras tantos meses de paz y reposo. El choque ha debido ser brutal.

—Espero que las cosas con la viuda Meggins…

—No digo que haya sido agradable, pero tarde o temprano tenía que suceder. Han hablado, han aclarado los puntos oscuros y por fin, la vida sigue. —Apuntó a la zona de baile con el mentón alzado—. No tiene más que verla, la muchacha está encantada con

su suerte. Y está bien que así sea. El tiempo de ellos dos ya pasó, no tiene sentido darle más vueltas.

—Pero Cassian…

—No sufre, querida, no sufre. Creo que la vida le ha abierto los ojos a empellones. A veces uno se convence de que lo que siente es amor verdadero, sin serlo. Pero claro, eso es porque nunca antes lo ha vivido. Coincidirá conmigo en que para distinguir los diferentes tonos de gris hay que ponerlos juntos. Uno frente al otro.

Me agradaba y consolaba a un tiempo escuchar las lecciones de aquella dama, cuyo aspecto frívolo y despreocupado contrastaba con la profundidad de sus pensamientos, la experiencia de haber criado ni más ni menos que a seis grandes hombres. Por mi parte, la congoja había acabado formando un nudo en mi garganta que apenas me permitía respirar.

—Trate de relajarse y disfrutar. Beberemos algo y cotorrearemos acerca de los vestidos de las damas. Inténtelo. Al menos, por esta noche, permita que sus preocupaciones se disipen. Cassian necesita estar solo, le hará bien.

Descansé muy poco al llegar al lecho. Concilié un sueño inquieto y agitado, muchas veces interrumpido, y presencié cómo se levantaba el sol. Salté de mi cama, desesperada por ver a Cassian, comprobar que se encontraba bien, tal y como milady me había asegurado.

No es que al regresar del baile, de madrugada, antes de encerrarme en mi alcoba, no hubiera pasado por la suya. Lo encontré durmiendo, sí, pero no con la placidez que cabría esperar. Tenía un surco marcado en la frente y su expresión de ojos cerrados transmitía cierto nivel de angustia que me alcanzó como un rayo. Era inevitable, lo que lo hería a él me dañaba también a mí. El lazo invisible que nos vinculaba se apretaba más y más, al margen de nuestras voluntades.

El tiempo jugaba en nuestra contra. Pronto seríamos uno solo y no resultaría posible separarnos. Su corazón sangraba por el desdén de la señorita Fairfox, por mucho que lady Elisabetta le restase importancia al hecho.

Lo encontré desayunando en soledad, sentado frente al ventanal en el gabinete contiguo a su alcoba. Con los ojos perdidos en la inmensidad del exterior nublado. Con una gruesa lágrima

corriéndole mejilla abajo, que se apresuró a retirar de un manotazo nada más intuir mi presencia.

—Emily. Me alegro de verla.

—Lo mismo digo. ¿Ha pasado una buena noche? Me pasé a visitarlo antes de retirarme, parecía profundamente dormido.

Gruñó algo ininteligible a modo de respuesta, de lo que solo entendí «Sí, por lo visto».

—Puedo… ¿puedo sentarme?

En ese momento cayó en la cuenta de su descortesía, de que no me había ofrecido asiento. Se apresuró a asentir.

—Por favor. Ruego me perdone, Emily, me encuentro un poco distraído.

—¿Las emociones de la noche pasada?

Él arqueó las cejas.

—He estado pensando —me adelantó.

Con un extraño pálpito en el pecho, hice lo posible por sonreír, como si no estuviera muerta de miedo.

—Me parece un fabuloso entretenimiento. Lo de pensar, digo.

Ordenó que subieran otro servicio de té y él mismo me sirvió una taza mientras yo hervía en impaciencia por lo que podría decirme acerca de Rose y sus sentimientos.

—Es hora de que vuelva usted a Weinmarkt.

Fue un jarro de agua helada directamente vertido sobre mi cabeza.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Que esta intentona patética de que yo vuelva a ser un hombre normal está durando demasiado. Estoy cansado, aburrido. Y usted arderá en deseos de volver a sus quehaceres, a sus rutinas, con sus amigos de siempre.

—Se equivoca. Yo vine aquí para…

—Olvídese de eso, Emily, no volveré a caminar. Ya lo ha visto, estamos estancados, el milagro no se ha repetido desde aquel día.

—¡Las cosas no son tan rápidas como usted pretende! —Me alteró verlo tan frío, tan distanciado emocionalmente de todo cuanto decía, de las implicaciones de que me estuviera pidiendo que lo dejara.

—Las cosas son como son, y cuanto antes las aceptemos, más felices seremos. Fui un necio creyendo que esto podía revertirse.

—¡Y puede! Cassian, ¡maldita sea! Si sus piernas han reaccionado es porque tienen la capacidad de hacerlo. Pero debemos

perseverar, intentarlo una y otra vez hasta que lo logremos, ejercicio, buena alimentación…

—Estoy harto.

—¡Esa no es la actitud! ¿Acaso le falta motivación?

—Debe de ser eso —dijo flemático, apartando la vista de nuevo hacia la ventana.

—¿Y qué me dice de la señorita Fairfox?

Me miró sin entender.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No querría conquistarla de nuevo? Casarse, como planeaba en un principio, antes de toda esta desgracia.

—Dejemos a la adorable señorita Fairfox fuera de la ecuación, se lo suplico.

—Ella podría ser su aliciente.

—Ella disfrutó enormemente anoche bailando con un caballero con dos piernas perfectamente sanas.

Por un instante brevísimo, tuve la sensación de que no hablaba de Rose.

Pero no quise hacerme ilusiones. Acababa de pedirme que me fuera, no podía estar refiriéndose a mí.



Capítulo 41

Dignidad

Cassian

—Caminar no lo es todo, Cassian, hay muchas otras bondades en la vida de las que merece la pena disfrutar.

Se me torció el gesto en una mueca desagradable.

—Esa señorita o cualquier mujer se merecen que usted lo dé todo con su carácter alegre de siempre y sus ganas de vivir. No todo es correr y galopar, señor Spencer —me recriminó.

La miré con pesar. Olvidaba lo más importante.

—¿Y qué me dice de la dignidad? La dignidad de una existencia normal, junto a un hombre normal. Es algo que toda mujer sin duda desea. Y merece.

—¿Qué es una vida normal? ¿Usted lo sabe? Porque yo no lo sé.

Retiré la mirada para que no advirtiera que mis ojos empezaban a empañarse.

—No juegue con las palabras, Emily. Se le da endemoniadamente bien, hace que me sienta en desventaja.

—¿Sabe lo que la gente de mi entorno en Austria consideraba normalidad? No desde luego renunciar a todos los privilegios, a una vida de cuento de hadas y marcharse a Suiza a vestirse de enfermera, ensuciarse las manos y cargar con los pesares de un montón de extraños.

—Entre los que me encontraba yo.

Noté el suave peso de su mano posarse en mi brazo. Me sacudió un escalofrío tan temible como placentero.

—Por favor, no interrumpa su tratamiento —pidió en un aleteo.

Despacio, retiré el brazo para librarme de su embrujo. No podía pensar si Emily me tocaba.

—Es la fatiga, no remite, no puedo más.

—Haga una pausa entonces. Si no me quiere aquí, volveré a Suiza. Pero no lo deje. No se rinda.

«¿Si no me quiere aquí?».

¿Cómo no iba a quererla allí? Por descontado que la quería, la quería en todas partes adonde yo pudiera mirar. La quería en mi cama, desnuda bajo mi peso. La deseaba en mis brazos, rodeada de pasión y de amor. Anhelaba las hebras de su pelo corriendo sedosas entre mis dedos. Mi mejor deseo era no separarme de Emily en lo que me quedaba de vida. Y sin embargo…

Sin embargo, por su bien, debía alejarla.

Detestaba la idea de un sacrificio. De que perdiese parte de la vida intensa que ella era capaz de vivir por mi culpa. Emily era de ese tipo de personas que sacan savia de las piedras, a su alrededor todo terminaba vibrando porque ella era pura energía. Su risa te envolvía con un poder asombroso, mágico, nadie podía desfallecer estando aquella muchacha presente.

¿Tenía derecho a aprovecharme de su buena disposición? ¿De todo lo que ella estaba más que dispuesta a entregar? ¿Y qué le daría yo a cambio? Malas noches, reproches, contestaciones airadas y mal carácter cuando las cosas se torcieran o no avanzaran a mi gusto. No.

Emily era única. No es que mereciera a un príncipe. Estaba por encima de un príncipe. ¿Qué podía significar yo, un punto casi

invisible en su realidad?

—Le prometo que me lo pensaré —cedí en parte, solo para no prolongar la discusión, apenas si me quedaban fuerzas—. Con la condición de que usted se comprometa a recuperar su vida de antes.

—¿Qué tenía de especial? ¿Por qué piensa que estaría tan interesada en volver sobre mis pasos?

—Recuperaría usted su libertad. Emily, a mi lado la está perdiendo. Puede que su corazón grande y generoso le reste importancia o no le permita verlo, pero se está convirtiendo en una esclava de mi desgracia.

Se puso en pie, airada.

—No diga sandeces, Cassian. Soy enfermera, esto es lo que quiero hacer.

—Hay muchos otros enfermos en Weinmarkt aguardando por sus cuidados. Estoy seguro de que con todos ellos podrá dar rienda suelta a su vocación.

Ella apretó los labios mirándome desde su altura. Atado a mi silla, volví a sentirme diminuto e insignificante.

—¿Acaso pretende decirme que lo que la une a esta familia, a mí, no es la piedad, la vocación, sus ganas de ayudar?

La vi tragar saliva.

Acababa de ponerla en una situación incómoda. Pretendía que confesara sus sentimientos cuando yo era incapaz de dejar siquiera traslucir los míos. ¿En qué clase de monstruo exigente y sin corazón me estaba convirtiendo?

—Quiero que se vaya —repetí con dureza—. Y no es algo que vayamos a discutir. No lo discutiré ni con usted, ni con mi madre, ni tampoco con mis hermanos. Quiero recuperar mi vida tranquila, sin presiones. No quiero tenerla revoloteando por aquí, esperanzada con que una tarde cualquiera mis piernas obedezcan y me hagan caminar.

—Pero…

—¡No quiero! —Perdí los nervios— ¡No soporto frustrar las expectativas de todo el mundo! Quiero que dejen de mirarme como a un proyecto que se hará realidad.

Emily se acuclilló a mi costado. Sujetó mi rodilla derecha con su fina mano que yo deseé atrapar y besar hasta quedarme sin aliento.

—Tiene razón, quizá hemos sido demasiado impacientes exigiéndole más de lo que está dispuesto a dar.

—¿Es que no lo entiende? No es cuestión de estar dispuesto. Son mis piernas, es mi cuerpo, mi maldito cuerpo que no reacciona.

¡Está muerto! ¿No lo ve? Muerto.

La mujer que me quitaba el sueño se incorporó muy despacio con una luz opaca de decepción en los preciosos ojos.

—En eso se equivoca, Cassian. Sí es cuestión de estar dispuesto a conseguirlo y usted no lo está.

Dio media vuelta y desapareció.

Y mi mente reprodujo en bucle aquellas veces en la clínica en las que yo explotaba furioso y ella, simplemente, se desvanecía en el aire para luego volver, como cada puñado de meses vuelve la primavera.

«*Yo siempre vuelvo*».

Me negué a ver a nadie de mi familia hasta la hora de la cena. Los encontré a todos inusualmente callados y taciturnos, especialmente a los gemelos.

—¿Ocurre algo? Pareciera que nos hubiesen comunicado una desgracia —bromeé distendido.

Mi tío, el conde, me dirigió una breve mirada y siguió peleando con su tenedor.

—En realidad, así es —informó mi madre, incapaz de callarse las noticias—. La señorita Park nos ha dejado.

Fue oír eso y sentir que el mundo daba un delirante vuelco a mi alrededor. Que me mareaba y resbalaría de mi asiento, como un fardo a las alfombras.

—¿Cómo que nos ha dejado?

—Preparó su equipaje esta misma mañana, antes del almuerzo, y abandonó Herrick House por la tarde, a la hora del té.

Milady ahogó un hipido.

No solo a ella, a todos se les veía profundamente afectados por la partida de la muchacha. De inmediato me sentí culpable hasta la última fibra de mi ser. Me vi obligado a recurrir a todo mi autocontrol para mantener estático el gesto y que la desazón y el pesar que acababan de devastarme no se hicieran visibles.

Tampoco el nudo que atenazaba mi garganta.

—Supongo que habrá vuelto a Weinmarkt, ¿no? —aventuré disfrazando de ironía la tristeza—. Tiene su lógica, madre, ya llevaba aquí, dedicándose a mí en exclusiva, demasiado tiempo.

—Lo cierto es que no ha regresado a Suiza.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿a dónde?

—Ha vuelto a Viena.

Capítulo 42

Reflexionar

Cassian

—¿Cómo que ha vuelto a Austria? ¿A su casa? ¿Es que sucede algo?

—Llegó un telegrama —me aclaró Lucien con voz densa—. Al parecer, su padre se encuentra muy enfermo.

—Esta mañana muy temprano estuve hablando con ella —insistí, aún sin creérmelo—. No me mencionó nada, ni el más mínimo indicio...

—Con toda probabilidad, siendo como es, no quería preocuparte.

O a pesar de la circunstancia familiar adversa, estaba dispuesta a permanecer a mi lado.

Una garra despiadada me estrujó el corazón dentro del pecho que, de repente, era demasiado angosto como para llenarlo de aire. La tristeza inmensa que un segundo me rodeó me gritaba amenazas, que la desesperanza me consumiría, que acababa de perder lo único que había tenido que realmente merecía la pena y, solo reuní el coraje mínimo para empujar hacia atrás mi silla y retirarme de la mesa.

—Me vais a disculpar, no tengo demasiado apetito.

Cuando Lucien se dejó caer por mi alcoba, yo estaba parapetado en mi lugar de siempre, melancólico ante el ventanal, como una viuda reciente. En realidad, me sentía así, con un vacío interior inmenso, un pozo profundo imposible de llenar.

—¿Tampoco piensas bajar a almorzar? Ya te retiraste anoche en la cena y te hemos echado de menos en el desayuno.

—Será que estoy desganado.

—Lo que estás es gruñón… ¿Cuál es la causa? ¿Es por la partida de Emily?

—No, por supuesto que no —mentí—, Emily tiene todo el derecho a seguir con su vida. Sería tremendamente injusto cortarle las alas y forzarla a quedarse a mi lado después de todo lo que ha hecho ya.

—¿Hay algo que Flora o yo podamos hacer para ayudarte?

Chasqueé la lengua, desdeñoso.

—¿Qué tal ayudarme a morir, lenta y agradablemente?

—No hace falta ponerse sarcástico. Además, no sé de qué te quejas, tú mismo la has alejado. No lo niegues, llevas tiempo empujándola en dirección contraria a donde tú te encuentras, ¿qué esperabas? ¿Seguir abusando de su buen carácter? ¿Continuar convirtiéndola en diana de tus frustraciones para que ella aguantase y callara solo porque te quiere?

Alcé vivamente la cabeza.

—No digas sandeces, Luc. ¡Emily no me ama!

—¡Por descontado que te ama, hermano! Maldita sea, ¡abre los ojos! ¿Cómo es que todos menos tú podemos verlo?

—A lo mejor es que veis lo que os interesa ver. Que no me he convertido en un hombre a medias, que pese a mis limitaciones

todavía soy capaz de enamorar a una mujer tan magnífica como Emily…

Lucien se me quedó mirando entre fiero y exasperado.

—Te juro que me gustaría atizarte un buen puñetazo.

—Adelante, hermano, no te contengas. Cuando disparas, suenas parecido a los truenos de la señorita Park.

—Siempre has sido el sensato, el que nos leía la cartilla a los demás, nos guiaba por el buen camino y soportaba nuestros fastidios después de cada error. Solo por eso te mereces que ahora nosotros hagamos otro tanto. Pero te has equivocado empujando lejos a esa maravillosa muchacha que te adora. Máxime teniendo en cuenta que el sentimiento es mutuo y que no estar juntos supone un martirio y una absurda pérdida de tiempo.

—De cuerdo, me pasaré la vida arrepintiéndome —rezongué, soslayando sus ojos inquisitivos.

—No es una broma, Cass, hablo de tu vida, de lo que te queda por disfrutar.

—¿Es que no lo entiendes? —exploté incapaz de contener por más tiempo todo aquello que me ardía dentro— ¡Sin ella a mi lado ya no me queda nada! No hay absolutamente nada en este mundo que me inspire a seguir en él. No habrá disfrute ni sonrisas, ni…

—Entonces, ¿por qué demonios le dijiste que se fuera?

—Se ha marchado porque su padre está enfermo, no porque yo lo haya decidido.

Mi hermano se puso en pie y me dedicó una larga e inquietante mirada en la que rezaba algo del estilo de «*¿A quién quieres engañar?*»

—El problema no es que hayas motivado su marcha, sino que seas la razón por la que no regrese.

Me mordí los labios, mortificado. Luc tenía razón, por todos los santos, vaya si la tenía.

—Por si te interesa, nuestro hermano Rhys vuelve de Corea esta semana. Espero que para entonces, después de todo lo que lleva hecho buscando tu bien, hayas recuperado el buen humor. Al menos para granjearle la bienvenida que merece.

Como anticipo inesperado, nos llegó una nota de Rhysand Spencer avisando de que no venía solo. Por fin, su antiguo maestro lo acompañaba, el bondadoso anciano había tenido a bien cruzar los mares durante semanas con tal de aportar su pequeño grano de

arena en la recuperación del «desafortunado Cassian». Toda la familia salvo yo se alborotó con la noticia, si bien, nadie al límite de los gemelos, que convirtieron al pobre hombre en el blanco de sus mofas.

—Apuesto a que no llega entero.

—¡Santo cielo! ¿Cómo ha sobrevivido al viaje? Si debe de ser un carcamal…

—¡Jurian! ¡Var! ¡Por Dios, vais a matarme de un disgusto! —era la retahíla diaria de una afligida lady Elisabetta— ¡Armand! ¡Dile algo a estos muchachos irrespetuosos!

El conde solía encogerse de hombros aguantando la risa.

—¿Qué podría decirles, querida? Tienen razón, ese venerable anciano, dudo que logre mantenerse en pie cuando lo bajen del barco.

Nuestra madre terminaba abandonando la estancia donde estuvieran reunidos, escandalizada y abanicándose a pesar de las bajas temperaturas reinantes.

Yo lo observaba todo desde la distancia que ofrece la desidia. Con poco interés, mucha tristeza y un destrozo interno al que no sabía poner nombre, de tal calibre, que acabaría destruyéndome por completo. Los días se me alargaban inmensos sin ella. Buscaba el

sonido alegre de su risa en los silencios de los corredores, en las terrazas y jardines donde tantas horas habíamos pasado charlando, ejercitándome o leyéndome en voz alta mientras yo la miraba embobado.

Sentí que con Emily se me habían marchado las ganas de vivir.

Mi pequeña pero vital razón para seguir respirando.

No es que me arrepintiera de haberla espantado. Seguía pensando lo mismo, que sería injusto forzarla a vivir una existencia a medias, cuidando de un pobre lisiado, renunciando a tener familia, bailes, diversiones y una vida plena.

¡Por el amor de Dios! ¡Era hija de un príncipe!

Yo también había hecho mis averiguaciones acerca de su familia, aunque ella, un modelo de modestia, se hubiera callado algunas cosas. Ni siquiera me cabían en la cabeza las opciones infinitas que la alta sociedad y el mundo le brindaban y a las que se vería obligada a renunciar si seguía a mi lado.

No. Definitivamente, no lamentaba la decisión tomada. Volvería a repetirla en los mismos términos una y mil veces.

Lo que no significaba que no muriera lentamente su ausencia. Que todo lo que sucedía alrededor me resultara ajeno e

insoportable.

Especialmente si conllevaba algo de dicha.

Capítulo 43

Maestro y líder

Cassian

Mi hermano Rhysand y su maestro oriental, el principal responsable de que se hubiese convertido en una máquina de matar con rostro de ángel, alcanzaron los límites de Herrick House en calesa, el domingo por la tarde a la hora de la cena. Aunque en un principio quise negarme a estar presente, comiendo lo mínimo para no desfallecer en el gabinete contiguo a mi alcoba, como venía haciendo por costumbre desde la huida de Emily, la tenaz insistencia de mi madre con el apoyo de mi tío y mis hermanos, bastaron como

tormento para convencerme de que debía vestirme como el caballero que era, y bajar a recibir y cenar con el resto de la familia.

Rhys y el hombre encapuchado que lo acompañaba parecían rescatados de un naufragio. El aseo personal brillaba por su ausencia y se olía de lejos. El cabello brillante y sedoso de mi hermano, en mi opinión, uno de los más atractivos entre nosotros, lucía enredado y pegajoso. Sus ropas no estaban todo lo limpias que debieran y aun así, su esposa Anne corrió desde la puerta con lágrimas en los ojos a arrojarse en sus brazos donde él le llenó la cara de besos y la elevó en el aire girando sobre sí mismo, abrazados, y mi sobrino Colin se le encaramó a la espalda como un monito.

Noté la aguda punzada de siempre en el centro del pecho. La certeza de que pude tener un amor así de grande y sin embargo, lo había dejado escapar. Que no había hombre más necio que yo caminando sobre la tierra. Que no tenía perdón.

Entre la algarabía de gritos de bienvenida, risas y bromas, especialmente por parte de los gemelos, Rhysand se abrió paso para presentarnos a su maestro. El hombre subió los brazos para despejar su rostro de las sombras del tenebroso capuchón.

Creo que todos esperábamos ver un anciano centenario y achacoso, no un hombre de piel tostada y tirante, de cabeza completamente rapada que apenas si aparentaba cincuenta años, cuyos movimientos felinos mostraban una salud y estado general inmejorables. Hasta el servicio quedó boquiabierto.

—Querida familia —anunció Rhys con la voz engolada por la emoción y el orgullo—, os presento al maestro Yun Seo. Mi líder, mi mano derecha. El más sabio de todos los hombres conocidos.

—¿Él elaboró las recetas de los bálsamos para mis piernas? —pregunté tras el rosario de saludos y cortesías encadenadas a las que el hombre respondió con amable paciencia.

—No. Fue un discípulo suyo. El maestro, dada su categoría y edad, rara vez se involucra personalmente en ningún asunto, salvo en este.

—Y sin embargo… —empezó el conde conmovido.

—Ha cruzado los mares para llegar hasta aquí —remató lady Elisabetta con un nudo en la garganta.

Yun Seo asintió con un ligero cabeceo.

—Si Rhysand me necesita, me tendrá, él ya lo sabe. Y su familia es mi familia.

A Rhysand, que no se había desprendido del abrazo de su mujercita, a la que miraba con adoración, se le empañaron los ojos.

Agaché la cabeza, muy abrumado.

—Me siento sobrepasado —admití con voz rota.

El coreano dio un paso adelante y me agarró el mentón con dos dedos inusitadamente fuertes. Los sentí como una diminuta pinza de hierro. Cuando me miró directamente a los ojos, fue como cambiar de universo, como saltar al vacío de una realidad a otra muy distinta donde los milagros eran posibles.

—Saludos, señor Spencer. Tiene mucho trabajo pendiente.

Fue una frase lapidaria escrita en piedra que, sin saber bien la causa, nos dejó sobrecogidos. A continuación, tanto él como mi hermano fueron conducidos a sus respectivas habitaciones a fin de asearse y cambiarse de ropa antes de la cena. Los demás, esperamos en el salón, jugando a los naipes y bebiendo licores. En mi caso, contemplando el baile de las llamas dentro de la chimenea.

Salí de mi ensimismamiento cuando Varian se dejó caer como un fardo alegre a mi lado. Su energía, siempre positiva, volvió a recordarme a Emily.

—Quién lo hubiera dicho, ¿no te parece? ¿Qué come esa gente en ese condenado monasterio de las montañas? Ese tipo debe

de tener cien años.

—Sí —admití sin querer comprometerme—, resulta francamente sorprendente.

—¿Vas a ponerte en sus manos? ¿A seguir a ciegas sus indicaciones?

Mis ojos se desviaron hacia Varian con curiosidad. Por lo general, a lo que ambos hermanos nos tenían acostumbrados era a esquivar con sublime maestría los asuntos más serios. Ver a los gemelos ceñudos y en estado meditabundo era un prodigio que solo acontecía en los años bisiestos. Sin embargo, en esta ocasión, el interés de Varian, el brillo de preocupación en sus pupilas era genuino.

No supe qué contestarle, tampoco es que estuviera de humor para concebir planes más allá de la cena.

—Deberías pensártelo. Ese vejestorio, porque, aunque no lo parezca, lleva los años incrustados en los huesos, ha recorrido medio mapa para venir a tu encuentro. Deberías ser agradecido.

Un desabrido «*yo no se lo he pedido*» se me quedó colgando en la punta de la lengua. Por fortuna lo contuve y me limité a mirarme las manos, deseando con fervor que las piernas se movieran con la misma agilidad que ellas.

—Supongo que te lo tienes que pensar. Necesitas tiempo para asimilar todas las posibilidades. Eso sí, hermano, desde que la señorita Park nos abandonó no eres ni la sombra del Cass que todos conocemos.

El anuncio de la cena me libró de tener que responder. Sin exigirme nada más, Varian se colocó a mi espalda y empujó la silla hasta el comedor de diario, donde la mayor parte de la extensa familia, pues todos habían acudido a recibir al hermano viajero, estaban ya sentados.

Faltaba alguien. Alguien importante.

—El maestro Yun Seo nos ruega que le excusemos —explicó Rhys ante la mirada instigadora de todos—. Por las noches no ingiere alimentos. Es parte de su ayuno. Se limitará a descansar, que falta nos hace, y lo veremos mañana a primera hora.

Y tan a primera hora.

La llegada del extraño personaje me removió por dentro de tal forma que no conseguí pegar un ojo. Avisé a un lacayo en mitad de la noche para que me vistiera y me sentara en la silla y, con el

resplandor que la chimenea encendida derramaba por la estancia, me senté a leer junto a mi ventana favorita. Así fue como antes de salir el sol, divisé al maestro Yun Seo caminando ágil por los jardines, localizando un rincón de su agrado, para desarrollar toda una sucesión de ejercicios felinos que me dejaron atónito. El modo como se movía su cuerpo, la manera en que encadenaba una postura con otra, elevando la pierna o flexionándola, como si tuviera veinte años.

Era portentoso.

Tenía la secreta esperanza de que no esperase grandes cosas de mí, ya que no estaba en condiciones de darlas. De hecho, enfrentarme al maestro Yun Seo era como enfrentarme a mis peores demonios, a los miedos que me mantenían paralizado, a los límites que yo mismo me había impuesto, a mis absurdas negativas.

Al hecho de que una vez más me había acobardado y levanté un escudo absurdo dispuesto a proteger mis temores.

De modo que me replegué contra mí mismo, y ni ese día ni el siguiente me dejé ver, enclaustrado en mi dormitorio, el único lugar del mundo en el que de momento me sentía a salvo.

Capítulo 44

La culpa

Cassian

Al tercer día, aproximadamente a la hora del té, Rhysand irrumpió en mis aposentos como un vendaval furioso. Para mi sorpresa, cuando frenó su avance frente a mí y me habló, sonó de lo más pausado. No hubo gritos ni reproches, pero sus ojos grises como enfurecidas tormentas lo decían todo.

—Sigues faltando a las comidas. ¿Te encuentras mal? ¿Necesitas que avisemos al médico?

Parpadeé confuso ante su pregunta.

—No, de ser así lo habría dicho.

—Entonces, ¿qué haces aquí encerrado? ¿Por qué no has empezado ya a trabajar con el maestro?

—¿Debo hacerlo?

Rhys captó la chispa de desafío que latía en mi tono herido. Apretó los labios y asintió.

—Mira, hermano, si es lo que temes, no te echaré en cara las penurias del viaje, ni mis muchas calamidades o los sacrificios del maestro Yun Seo. No lo haré, porque eres mi hermano y te quiero, así que todo lo que hice, lo hice porque lo deseaba. Yo mismo lo elegí. Pero deberías mostrar un poco de cortesía con nuestro invitado. Al menos eso.

—¿No vas a exigirme agradecimiento? Var me lo sugirió hace un par de días.

—Eso lo dejo por completo a tu elección. Escucha, hermano, este hombre es único. Puede convertirse en la llave que cambie tu futuro, el modo en que ves las cosas y te enfrentas a ellas.

—De lo que deduzco que será una especie de mago de las palabras y la manipulación mental, que te hace dar saltos de alegría y considerarte el ser más afortunado sobre la faz de la tierra,

aunque te llamen tullido y no logres dar un paso —espeté con amargura.

Rhys pasó por alto mi desdén.

—Quiero verte levantar el ánimo. No sé si volverás o no a caminar, pero haré todo lo que esté en mi mano para que vuelvas a ser el de siempre. Aceptando la realidad que te haya tocado vivir. Y en eso, el maestro Yun Seo puede ayudarte como nadie podría.

—Ya.

Dejé transcurrir una larga pausa durante la que me permití cavilar.

—No sabes la de veces que me he preguntado por qué tardé tanto tiempo en pedir matrimonio a Rose. —El súbito giro en la charla pilló desprevenido a Rhysand—. El porqué de no estar seguro. Finalmente, se lo pedí, es probable que porque ya llevaba demasiado tiempo titubeando y ella se merecía que diera un paso adelante. No obstante, si no lo hice antes, si no tenía total certeza respecto de lo que sentía es porque ese amor de juventud no era suficiente. Ahora lo veo, al compararlo con…

—¿Echas de menos a Emily?

—Cada segundo de cada hora de cada maldito día que respiro.

—Pues ella habría deseado que te entregaras a esta fase de recuperación en cuerpo y alma.

—¿Qué más da ya lo que ella habría querido? No está, Rhys, se ha marchado, la he perdido.

Los fuertes dedos de mi hermano menor apretaron mi hombro.

—El maestro razona y deduce, sabe que necesitas tu tiempo y está dispuesto a esperar lo que haga falta. Pero no abuses. Si no se produce un cambio, por minúsculo que sea, interpretará que su presencia aquí no es necesaria y emprenderá el viaje de vuelta.

—Pobre hombre —musité acongojado sin retirar la mirada de la ventana—, sí que es verdad que me siento responsable.

—No lo hagas. Con alguien como el maestro sería perder el tiempo. Él y solo él es amo y señor de sus decisiones. Si viaja, si se queda, si decide guiarte o partir. Jamás justificaría una incomodidad trasladando la culpa a otro.

Todavía precisé de dos vergonzosas jornadas más antes de atreverme a bajar a las terrazas donde el coreano se ejercitaba. No

quise interrumpir su extrema concentración, me mantuve en silencio. Observando con envidia la elasticidad de sus miembros. La potencia de sus patadas. La perfecta coordinación de aquella especie de danza marcial que, convertida en pelea, podría acabar en un chasquear de dedos con la vida de un hombre.

Terminado su ritual diario, unió las grandes manos en actitud de rezo y se inclinó en una reverencia que supuse dirigida a la exuberante naturaleza de los jardines, a los viejos árboles. Luego, muy despacio, giró a encararme.

—Cassian Spencer. Me alegra verte por fin.

Hundí la cabeza contra el esternón, abochornado por mi decepcionante comportamiento.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió balbucear—. Sé que ha hecho un largo viaje para…

Levantó una mano y me ordenó silencio con una sonrisa. Recordé lo que Rhys me había advertido, Yun Seo se responsabilizaba de sus propias decisiones. Si viajó fue porque lo estimó conveniente. Nada de lo que yo pudiera decirle ahora serviría como disculpa.

—¿Qué es lo que te mantiene bloqueado?

—Mis… ¿piernas?

—Crees que son tus piernas.

—No lo creo, maestro. Lo digo yo, lo dicen los médicos… Es evidente.

—Es curioso cómo en ocasiones, la vida decide por nosotros.

—Lamento no entenderle.

—¿Qué estabas a punto de hacer cuando te caíste del caballo?

Respingué. Era obvio que mi hermano lo había puesto al corriente de todos los detalles. Me sentí un poco desnudo.

—Acababa de prometerme. Supongo que iba a casarme.

—¿Has vuelto a ver a esa mujer?

Asentí sin hablar. Otra vez el nudo como una piedra con aristas que me lo impedía.

—¿Lamentas haberla perdido?

Esta vez, el movimiento de mi cabeza fue a uno y otro lado, en negativo.

—No es quien yo suponía. O los reveses de la vida la han cambiado. Ha perdido su encanto, su dulzura; puede que yo estuviera equivocado desde los inicios. Desde luego, no es la joven que conocí.

El hombre oriental de edad indefinida me miró largamente. Empecé a ponerme nervioso.

—Dales las gracias a tus piernas. A tu espalda.

—¿Cómo dice?

—Te detuvieron a tiempo. Dales las gracias.

Me irrité de tal manera que, sobre los apoyabrazos, mis dedos y mis nudillos se apretaron hasta palidecer.

—¿Me dice que debo agradecer a mi cuerpo que me convirtiera en un lisiado? ¿A la divina providencia por truncar mi futuro de un modo tan cruel?

—No. Por salvarte de un destino infeliz.

Quise gritar de frustración. Arrojarle a la cara un sinfín de recriminaciones, ridiculizarlo alegando que no estaba en sus cabales. En lugar de eso, acepté su lección y me quedé reflexionando.

Yun Seo me había vuelto la espalda y contemplaba el cielo con un sol que empezaba a despuntar y una brisa helada que, lejos de incomodar, nos mantenía alerta.

—Qué fácil y peligroso es caer en la trampa de la certeza, ¿no te parece? —añadió.

Me mantuve en silencio, adivinando que aquello no sería una conversación. Me convenía escuchar. Por mi bien, empaparme de la

sabiduría de aquel monje centenario. Sus palabras, las mismas que de primeras me habían sonado a disparate, empezaban a formar ecos en mi mente moldeando las ideas, siguiendo líneas desconocidas, completamente nuevas.

—La certeza y sus prisiones. Porque cuando estamos seguros de saber la verdad, lo qué ocurrió y las razones, no seguimos indagando. Y nos conformamos con la apariencia. O peor aún, nos conformamos con la mentira.

Marcó otra larga pausa que respeté con reverencia.

—Solo desde el agradecimiento podemos empezar a construir. Dale las gracias a tus piernas —insistió.

—El accidente me convirtió en un tullido, truncó mi vida —acerté a musitar. Ni siquiera logré articular un tono de reproche, que es lo que sentía en el fondo del alma.

—Te equivocas. El accidente truncó un futuro infeliz que estamos a tiempo de corregir.

Tenía… tenía parte de razón. Sin el accidente no habría conocido a Emily. No habría experimentado el amor verdadero, ni sabido que lo que sentía por Rose era una fantasía que no se sostenía en el aire. Que en el fondo era una mujer despiadada y fría que no me habría hecho feliz.

No, me corregí.

Rose no era una mala persona. Simplemente, la habían curtido. Las presiones, las exigencias de su sanguinaria familia la habían empujado a sacar lo peor de sí misma. Su oscuridad.

En cualquier caso, no era la mujer que yo amaba. En eso no me equivocaba.

Cuando salí de mi sopor, el maestro me observaba en silencio, con una suave sonrisa curvándole los labios y los ojos rodeados de pequeñas arrugas. Sus pupilas me absorbieron como algo vivo, me perdí en su reflejo desde el momento en que las facciones de Emily se dibujaron en mi mente, superpuestas a las del monje.

Una inusitada dicha me colmó el pecho.

—Maestro Yun Seo. —Tomé aire—. No es cierto que esté vacío del todo. Sí que tengo una motivación. Se llama Emily. Y por ella… quiero caminar.

Capítulo 45

El día irrepetible

Cassian

El proceso que dio comienzo en aquel mismo instante se prolongó durante días que luego fueron semanas, más tarde meses. Meses durante los cuales solo recibí una carta de Emily, interesándose por mi estado y deseándome lo mejor.

Una carta que no supe cómo responder.

Pese a ello, sabía que mi madre recibía asidua correspondencia de la señorita Park, mejor sería llamarla señorita Von Metternich,

como procedía. Todas las semanas. Ella me informaba sin desvelarme el contenido, por más que le insistía.

—Dígame al menos que no se ha prometido con nadie, madre, dígamelo, por lo que más quiera.

A lady Elisabetta se le iluminaron los ojos. Sonrió y no dijo nada.

—Queda claro que está usted más que dispuesta a desquiciarme.

Mi madre le quitó importancia a su pecado con un floreo de la mano.

—Bueno, es lo justo, dado que tú nos mantienes a todos al margen de tus progresos con el maestro Yun Seo.

Los gemelos aplaudieron ruidosos la protesta de nuestra madre.

—Rhys está al tanto de todo, nos acompaña cada día en los ejercicios y el entrenamiento.

Milady arqueó sus cejas perfectas con asombro.

—¿De qué nos vale? Tu hermano es tan hermético y testarudo como tú, querido. Ninguno de los dos despegáis los labios, no se os escapa una palabra de interés.

—Bueno, madre, no se queje tanto. Así son las cosas.

—Entonces no me exijas que te dé detalles de las misivas de Emily. Cuando se terminen tus secretos, llegarán a su fin los míos. ¿Seguís acudiendo a Rotten Row a pasear?

Asentí con alegría.

—En días alternos, sin falta.

—Hijo…

Por el tono acobardado, pronostiqué que la pregunta sería comprometida.

—Diga, madre.

—¿Crees prudente dejarte ver en esa silla de ruedas? ¿Delante de todo el mundo? No es que tenga nada en contra de tu estado, Dios me libre, pero ya sabes cómo es la gente. Chismorrean, se alegran del mal ajeno…

—¿Quién dijo que mi estado fuera una tragedia?

—Bueno, yo… Francamente, no sé qué decir a eso.

—Pues no diga nada, madre, no diga nada. Por cierto, ya me he cruzado en varias ocasiones con la viuda Meggins.

—Ah, ¿sí? —Miró hacia otro lado como si no le importara.

—Sí, la noto en perfecto estado de salud y muy bien avenida con el actual lord, el sobrino de su difunto esposo. Suelen pasear juntos.

—Tomados del brazo —agregó Jurian con teatral escándalo.

—¿Hablas en serio? —se arrebató nuestra madre.

—No me extrañaría que pronto anunciaran su compromiso y posterior boda —consideré con la mayor calma.

De verdad que no me afectaba. Me sentía tan liberado.

—Pero… Pero eso sería… —barboteó lady Elisabetta, bastante menos indiferente que yo al asunto.

—Eso sería lo normal, querida madre. Estando en la piel de Rose, lo normal.

Por fin llegó el día que había esperado con todo mi ser. El día en que alzarme de la silla, dejarla atrás y caminar pasó de ser un sueño irrealizable a una verdad palpable. En que mis pies recorrieron sin tropiezos el trayecto que separaba la zona de ejercicios del comedor de mañana donde mi familia reunida aguardaba las teteras y la bollería recién escapada de los hornos.

El día en que, al verme recortado en el umbral de la puerta, de pie sin ayuda ni más apoyo que las suelas de mis zapatos, con el maestro Yun Seo y mi hermano Rhysand en retaguardia con

semblantes resplandecientes, a mi señora madre se le resbaló la taza al suelo, mi tío no consiguió cerrar la boca y todos mis hermanos presentes se me arrojaron encima con gritos de felicidad y los ojos húmedos.

Si no me derrumbaron, fue porque tras las enseñanzas del maestro, mis habilidades físicas eran de tal envergadura que superaban por tres mi estado anterior al accidente. No solo caminaba, me había convertido en un ágil felino indestructible.

—¿Ha merecido la espera? ¿La etapa de secretismo que tanto odiaban? —reí con alborozo.

—¡Cielos! ¡No puedo creerlo!

—¡Avisa a Sienna y Diana! ¡Que vengan! ¡Que vengan enseguida!

—Tienen que ver esto…

—¡Que den noticia a la prima Evelyn! ¡Y a nuestras mujeres!

—¡Esto tiene que saberlo todo el mundo!

Entre el caos irreverente en que se convirtió la estancia, distinguí a los miembros del servicio, sin faltar ni uno, acudiendo y dando saltos; entre sollozos, las intenciones de mi madre de celebrar una gran fiesta, la promesa de mi tío de entregar una sustanciosa donación a la parroquia en la que rezaba a diario por mi curación,

los nombres desperdigados de todos nuestros amigos del club en boca de mis hermanos…

Y yo solo acertaba a pensar en Emily.

Entre zarandeos y abrazos emocionados, cuando vine a darme cuenta, tenía a mi lado a mi tío, el conde.

—Mi querido muchacho… ¿Desde cuándo?

—Hace más de una semana, tío.

—¿Más de siete días sin necesitar esa silla y nos lo ocultas?

—Quería estar seguro del todo; y no era un engaño, sino una bienintencionada sorpresa.

Me palmeó la espalda con lágrimas en los ojos. Hacía mucho tiempo que no lo veía así de conmovido por nada.

—Claro que sí, tienes razón. Es que… apenas si puedo creerlo. ¡Ven aquí!

A continuación, me estrechó entre sus brazos como el hijo que siempre consideró que fui. Por más que mi tío adorase a sus hijas, todos los Spencer éramos los deseados vástagos varones que lord Herrick nunca tuvo.

Cuando las alabanzas y parabienes desviaron ¡por fin! su ruta hacia Rhysand y el maestro Yun Seo, me aparté con discreción y me

acomodé en el sofá, junto a mi madre, que gimoteaba entre «*gracias a Dios*» y hipidos.

—Secreto desvelado. ¿Ahora considerará oportuno ponerme al tanto de lo que Emily le cuenta en sus cartas?

Mi madre levantó despacio una mano y me acarició la mejilla con ternura infinita.

—Hijo de mi vida.

—Madre… que la conozco, no se me vaya por las ramas.

—Vas a escribirle a esa muchacha. Y le contarás lo que sientes por ella.

De las mil respuestas que podía esperarme, desde luego, aquella no era una de las que barajaba como posibles.

Capítulo 46

Por escrito

Cassian

—¿Cómo me pide eso? ¿Cómo me pide que le escriba y desnude el alma si ni siquiera sé si me corresponde?

Lady Elisabetta enarcó las cejas. Y repitió su caricia.

—Tú hazlo.

—Déjeme al menos leer sus cartas. Si está tan tranquila es porque ella también… Madre, ¿le ha dicho que siente algo? ¿Le dice en alguna de ellas que me ama?

Pensé que jamás se ablandaría, ni siquiera ante la desesperación que traducía mi voz y la crispación de mi rostro. No obstante, lo hizo, si bien tampoco es que despilfarrara información. Se limitó a asentir con elegancia y a darme unas palmaditas afectuosas en el dorso de la mano.

Por mucho que me empeñé, no conseguí sacarle ni una sola palabra más. Se cerró en banda con una sonrisilla maléfica en los labios y no me quedó más remedio que rendirme y ceder al bullicio de los homenajes familiares.

«*Mi querida, queridísima Emily.*

Ya imaginarás que al marcharte, te llevaste contigo la luz de esta casa y hasta el aire que me permitía respirar. He pagado con lágrimas y sangre mis errores, especialmente el que cometí al alejarte. Pero si lo hice, fue pensando en tu bien, en ponerte a salvo de un hombre a medias que solo podía acarrearte infortunio e inspirarte lástima.

No era compasión lo que yo quería que sintieses al mirarme. Deseaba que me amases con todo tu corazón y para siempre. Que

quererme no implicara la renuncia a una vida maravillosa y plena, que es lo que mereces y el cielo te tiene destinado.

Espero que puedas disculparme. Por herirte. Por hacerte sentir de algún modo rechazada. Te juro por lo más sagrado que no era, ni ha sido nunca, mi intención.

C*uando te conocí pensé que lo sabía todo acerca de los sentimientos. Y lo cierto es que no sabía nada. Lo que yo creía amor… era tan pequeño. Tan minúsculo y endeble comparado con lo que me enseñaste.*

Ignoro cuáles son tus emociones hoy, cuando me recuerdas, después de tanto tiempo. No obstante, aun en el caso en que no tenga nada que hacer, ningún beso o muestra de cariño a la que aspirar, no me importa. Ahora sé lo que es el amor verdadero y puedo amarte hasta el fin de mis días, aunque no me correspondas. Me conformo con eso. El amor es imprevisible y siempre encuentra la manera de salirse con la suya.

Tuyo para siempre y sin ninguna duda,

Cassian».

Sequé la tinta, lacré la carta y la despedí con un beso antes de avisar al lacayo para que se hiciera cargo de ella. El latido del

corazón tamborileaba enloquecido cuando pasó de mis manos a las del criado y la perdí de vista.

Ese trozo de papel plegado acababa de convertirse en mi mayor tormento.

A partir de ahí, vi transcurrir los días y las semanas, interminables, terribles, asfixiantes. Calculando cuánto tardaría en llegar mi mensaje a la ciudad de Viena. Al suntuoso palacio donde, sin duda, habitaba Emily. Mi mujer adorada, el centro de todos mis anhelos que solo mi estúpida arrogancia y mi torpeza habían ahuyentado.

Con el maestro Yun Seo y sus enseñanzas cultivé una paciencia que desconocía y pese a ello, no dormía por las noches, en un insomnio permanente donde solo veía su rostro sonriéndome dulce desde las esquinas de mi alcoba. Cada jornada, antes de despuntar el alba, junto con Rhysand y Varian (el otro gemelo trasnochaba por culpa de su desmedida afición a las partidas de naipes), entrenábamos artes marciales, meditación y otras disciplinas de nombres impronunciables que contribuían a sosegarme en la tensa espera. No obstante, cuando el maestro Yun Seo anunció su marcha de vuelta al templo donde vivía, mi frenesí se disparó a las alturas.

No respondía.

Emily no respondía a mi carta. Según mis ansiosos cálculos, había pasado tiempo más que suficiente para recibirla, pero todavía no la había contestado. Tampoco mi madre había vuelto a tener noticias suyas. ¿Qué podía significar? ¿Ponía tierra de por medio? ¿Ya no me quería? ¿Me había apartado definitivamente de su vida?

Ver marcharse al maestro, después de todo lo que significaba, lo que había logrado conmigo, lo que le debía, sabiendo que jamás perdería ese trocito de alma que se había ganado a pulso, fue el detonante que me enfrentó con la realidad.

Iría a buscarla. Buscaría a Emily hasta debajo de las piedras si era necesario, me arrodillaría ante ella y le abriría el corazón. Tras eso, fiel a mis promesas por escrito, si ella no sentía lo mismo que yo, la dejaría en paz. No molestarla era mi premisa base. Eso sí, la amaría en soledad y silencio hasta que mis ojos se cerraran para siempre.

La partida del monje nos dejó a todos un poco huecos. Confusos y trastornados. La casa se volvió silenciosa, taciturna. Mis hermanos casados espaciaron sus visitas y los alocados gemelos volvieron a las andadas. Todo menos mis emociones, volvía a la

normalidad. Mientras disponía el equipaje para mi propio éxodo, mi madre pidió permiso y entró en mi alcoba envuelta en misterios.

—¿No has cambiado de opinión respecto al viaje?

La miré con asombro.

—No, madre, no voy a hacerlo. Me extraña que me lo sugiera, ya sabe lo que siento por Emily.

—Me preocupa que no hayamos vuelto a saber de ella…

—¿Piensa que a mí no? ¿Y si nos hubiésemos equivocado con su dirección en Viena?

—No lo creo posible, aunque…

—Si voy a llegar hasta allí, debo asegurarme primero. Escribiré al profesor Hoffman y que me la confirme. Es lo más sensato.

—Sí —susurró lacónica milady.

Interrumpí mis múltiples tareas, la miré, sentada como una niña en el borde de mi cama, con las manos escondidas en el regazo. Tomé asiento a su lado, la obligué a entregarme una, y rodeé sus dedos con los míos.

—¿Qué le sucede, madre? ¿Hay algo que deba saber?

Ella negó sin prisas, pero con un largo suspiro.

—Todavía te miro y no puedo creer en el milagro que ha obrado ese hombre. He tenido conversaciones con él, me aseguró que, en casos como el tuyo, tener una motivación poderosa era la única llave posible para sanar. Me pregunto…

—Adelante, madre, si estamos aquí es para ser sinceros.

—Me preocupa que los sentimientos de Emily hayan cambiado, que haya aparecido otra persona importante en su vida. Ella es tu incentivo, ¿cómo te lo vas a tomar?

—Todavía no ha sucedido.

—Pero ¿y si sucediera?

—Sabré sobreponerme —la conforté—. Soy otra persona, madre, mucho más fuerte, más valiente y más resistente de lo que nunca fui. Confíe. Confíe en mí y en que seré capaz, porque cuando fue preciso, yo no lo hice. Y fallarse a sí mismo es la peor falta que un ser humano puede cometer.

Capítulo 47

Un león herido

Cassian

Bendito el momento en que se me ocurrió contactar con el doctor Hoffman. Emily no se encontraba en su hogar familiar en Viena, viajar hasta allí habría sido en vano. Había vuelto a Weinmarkt, a ejercer como enfermera, a cumplir con su vocación volcándose en el cuidado de personas necesitadas y vacías, incineradas como yo lo fui en su momento, cada cual con su destructiva carga de frustración a las espaldas.

A soportarlo todo con tal de que mejorasen.

A demostrar, una y otra vez, incansable, lo valiosa que era.

Una vez en suelo suizo, crucé el umbral de la clínica que tantos recuerdos traía a mi memoria, por mi propio pie. Casi sin creerlo. El acto me hizo consciente, nuevamente, de lo logrado. Aprecié el encanto del paisaje, la hermosura de los verdes campos y las montañas como telón de fondo. La interesante arquitectura del propio sanatorio. Caí en la cuenta de que tenía ojos nuevos para mirarlo todo, un regalo de aquel duro proceso por el que había gateado a tientas, rechazando ayudas y brazos amables en los que podría haberme apoyado.

Cruzando el espacio que me distanciaba de la zona de terrazas, me topé con muchos rostros conocidos que se alegraron de verme. No se limitaron a saludar y sonreír, realmente mostraron su asombro al verme por completo curado, y sus felicitaciones fueron sinceras. Al atravesar el suelo de piedra hasta la baranda, entendí cómo debió sentirse Johan Freud el día que sus pies recorrieron exactamente el mismo tramo, después de la experiencia traumática de ser un inválido.

Ahora podía comprender todo cuanto me dijo.

Incluso sentí la tentación de acercarme a ofrecer un cigarro y algo de charla a alguno de los maltrechos soldados que, con gesto

mustio, languidecían al sol atados a sus sillas de ruedas. Presentarme, contarles que hubo un tiempo en que fui como ellos, estaba en su misma situación y no veía salida ni luz, por más que me insistieran. Que a veces, dependiendo del tipo de lesión, volver a ser el de antes era una opción palpable. Y que en cualquier caso, la durísima prueba que nos veíamos obligados a soportar, siempre labraría fortaleza en nuestro carácter. Seríamos leones heridos que cuando levantan la cabeza son aún más fieros y territoriales.

Aspiré aire para llenar los pulmones.

En mi breve pero fructífera entrevista con el doctor Hoffman, había solicitado ver a Emily y solo quedaba esperarla. Nervioso como un colegial, con las manos sudorosas y el pulso acelerado. Apoyado en el mismo tramo de balaustrada en el que se apoyó el militar que me había revelado lo que podía suceder, por más terror que me provocara pensarlo, haciendo como que no me moría por dentro. Aparentando un absurdo desinterés que estaba lejos de sentir.

Por fin la vi aparecer, bajo la arcada de acceso. Portando una pequeña bandeja, sin saber quién la requería, dado que así se lo había solicitado yo al director de la clínica. Miró a uno y otro lado con sus enormes ojos expresivos y yo me derretí mirándola. Me mantuve estático, firme de pie junto a la baranda, aguardando el

momento mágico en que su mirada, que barría el espacio, se detuviera en mí.

Cuando lo hizo, no sé a ella. A mí el corazón me dio un vuelco dentro del pecho.

Sus dos manos soltaron la bandeja que se estrelló en el suelo con estrépito. Se cubrió la boca y la expresión de sorpresa, pero sus pupilas centelleantes me contaron todo lo demás. Quiso correr hacia mí, aunque su exquisita educación se lo impidió. En lugar de eso, se acuclilló a recoger la bandeja y las botellitas que trasladaba y que habían rodado por el suelo. De dos zancadas me puse a su lado y me agaché para ayudarla.

Los dedos de los dos se enroscaron sin querer en torno a la misma botella y se trenzaron al momento. El chispazo que me provocó el contacto me sacudió de pies a cabeza. Sentí de nuevo en el vientre aquella espiral de suspiros que llevaba su nombre ascender con rapidez.

—Esa sonrisa tuya acabará conmigo —le susurré junto al cuello.

—Cassian. Estás… estás….

Nos pusimos en pie exactamente al mismo tiempo.

—De pie, sano y caminando. —La ayudé a terminar la frase—. Sí, así es. Gracias a ti, debería añadir.

—Yo… Pero yo no estaba…

—Estabas aquí —me rocé la sien—. Y aquí —me toqué la zona del corazón—. Fuiste mi estímulo, mi incentivo más hermoso. Te amaba y eso bastó para entregarme en cuerpo y alma a lo que me exigieran.

Vi cómo se mordía el labio inferior, un gesto que solía enloquecerme.

Todo seguía exactamente igual que antes. Caminamos despacio hasta la balaustrada, tratando de alejarnos de las áreas más concurridas para gozar de nuestra pequeña parcela de privacidad, aunque todos los ojos nos persiguieran. Emily me observaba moverme, dar pasos, como si no pudiera creerlo del todo.

Colocó la bandeja en una mesa cercana para dedicarme toda su atención.

—Yo entiendo que tus sentimientos hayan cambiado —osé afirmar, aunque no lo entendía en absoluto, ni estaba dispuesto a asumirlo—, que ya no sientas nada por mí. No me porté como debía. Me encerré en una testarudez que no conducía más que al fracaso,

pero es que por nada del mundo quería condenarte a vivir encadenada a un tullido.

—Cassian, yo…

Le hice un gesto para que no siguiera hablando. No solo tenía mucho que decirle, el corazón estaba a punto de reventarme, quería vaciarlo por completo; es que temía escuchar lo que tuviera que decir ella. Cuando la aterradora confesión llegara, cuando la oyese declarar que amaba a otro, que me había olvidado o simplemente que ya no me quería en su vida, me desmoronaría como un castillo de arena seca.

—Te he abierto mi corazón y no te pido nada —musité ronco —. Solo quiero que sepas que te pertenece.

—¿Y por qué piensas que yo no siento lo mismo?

—Bueno, ha sido mucho tiempo sin noticias tuyas. Tampoco me respondiste a la carta.

Ella sonrió con sus deliciosos labios y su gesto juguetón.

—La carta llegó a Viena cuando yo ya había partido. Mis padres la reenviaron a Weinmarkt. Sí la leí. Simplemente…

—Simplemente no había nada que quisieras responderme.

Emily ladeó encantadora la cabeza. Sus pupilas fijas en mí volvieron a soltar un destello.

—No he dispuesto de tiempo. La recibí anoche.

Me entraron unas irreprimibles, locas e incontrolables ansias por abrazarla y besarla allí mismo, delante de todo el mundo. Tuve que contentarme con tomarla de las manos y describir nerviosos circulitos con los pulgares sobre su piel.

—Y de haberme contestado, ¿qué habrías dicho?

—Que volvería a ti, señor Spencer. Las veces que fuesen precisas. Recuerda que yo siempre vuelvo.

—Quiero besarte. Me muero por hacerlo.

—Me temo que disponemos de demasiados testigos.

—Pues perderé la vida sin compasión. ¿Tiene algún remedio para mis males, estimada enfermera?

—Un precioso rincón oculto en los jardines, bajo un árbol centenario enorme. ¿Le parece bien, paciente obstinado?

Extendí una mano y ella colocó sin dudar la suya sobre mi palma. Me apropié de sus dedos, aterrorizado porque cambiase de opinión o aquello no fuera más que un sueño.

—Me parece perfecto. Igual que tú.

Capítulo 48

Amor infinito

Emily

Algo empezó a retorcerse dentro de mi pecho en cuanto lo vi. Y ese algo estaba a punto de explotar de dicha.

Al abandonar Londres, no solo llevaba en el corazón el peso y el desgarro de su rechazo. También la duda acerca de si la muchacha que un día fue su prometida no seguía viva en su memoria y en sus anhelos. Si dado su estado y su aparente falta de recuperación, Cassian me veía como la única compañía posible para su triste existencia y su vejez. Me dije a mí misma incontables veces

que debía olvidarlo. Que era otro paciente más, de los muchos que habían pasado por la clínica, por mis cuidados…

No conseguía creerlo.

Los instantes vividos juntos, nuestros cruces de miradas repletas de significado, los momentos en los que por casualidad se rozaban nuestras manos, regresaban a mi memoria dispuestos a atormentarme. Nadie mide el verdadero valor de los momentos cuando son solo eso, momentos. Hasta que no se convierten en recuerdos y podemos traerlos de vuelta, alimentarnos de ellos o decidir olvidarlos, no entendemos su auténtica dimensión. Su significado.

Yo amaba a Cassian Spencer de la mejor forma que un ser humano puede amar a otro. Con entrega e infinita generosidad. Con mi futuro puesto a su servicio. Con mi destino unido al suyo.

Y tras recibir su carta, aquella horrible habitación en penumbras donde sin saber me había escondido, se llenó de luz. La esperanza de una posibilidad a su lado regresó triunfante. Solo había que esperarla.

Que Cassian pusiera toda su voluntad en recuperarse era la mayor muestra de amor que podía entregarme.

—Como leí en un libro que últimamente trae locas a mis primas más jóvenes, no puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que pusieron los cimientos a lo que siento. Solo sé que hace bastante que ya estaba enamorado de ti, antes de saber que te quería.

Llevaba el corazón en un puño emocionado cuando alcanzamos el rincón privado del árbol. Cassian no esperó un segundo. Me rodeó con sus brazos, me atrajo hacia sí y me estrechó con fuerza, como si su cuerpo quisiera fundirse con el mío sin esperar a mañana. Su boca buscó con desesperación la mía, que lo acechaba anhelante.

Y cuando sus labios me cubrieron…

Sentí que me trasladaba a otro tiempo, otro espacio, otro mundo.

El aire a nuestro alrededor crepitó con urgencia, mientras yo me deshacía bajo la caricia impetuosa de su lengua danzando con la mía; sus labios suaves, que hinchados por la presión de los besos, recorrían los míos, de una comisura a otra, con una pasión desmesurada. Sentí sus manos impacientes recorrer mi espalda, luego mi talle. Anclarse en mi cintura y tirar de mí hasta que los dos caímos juntos al suelo, sobre la hierba, enredados entre risas.

—Si no fuera porque eres una dama y a mí me han educado como a un caballero… —me siseó junto a la oreja, provocando que mi piel se erizara igual que una ola.

—¿Qué tragedia sucedería? —le seguí el juego, pícara.

—Ninguna tragedia, mi amor. Te haría mía aquí y ahora.

—Y en lugar de eso…

—Te pediré que te cases conmigo. Mi amada Emily, mi amor verdadero, la única mujer por la que mi pecho late, ¿querrás convertirte en mi esposa?

Me mordí los labios emocionada, perdida por completo en sus ojos de ceniza clara, brillantes como luceros. Contuve la sonrisa de intensa felicidad que pretendía escaparse, y asentí sin hablar.

Consideré que otro beso interminable y mucho más pasional que el primero, sería mejor respuesta que una simple palabra. «Sí» se quedaba muy corto para mis ganas de él.

De modo que lo besé.

Dije adiós al personal de la clínica, a mis queridos compañeros, mis pacientes, a tantos momentos de desesperación y

lucha, a las curaciones, hasta a las inesperadas, al afable profesor Hoffman, a mi montaña de recuerdos entrañables…, pues regresaba a Londres junto con mi prometido y no volvería a verlos más que en alguna visita esporádica. El sabor agridulce de las despedidas.

Por un lado, me dolía perderlos.

Por otro, el pecho me estallaba de felicidad, no podía concebir mejor destino. Amaba a aquel hombre con desesperada pasión y él me correspondía de igual manera. Conocía a su familia y eran el grupo más amable y atrayente que pudiera imaginar. Algo que seguramente no opinarían ellos cuando conocieran a la mía, que pecaba de aristocrático envaramiento. No podía decir que no fuesen buenos, lo eran. A su manera… austríaca, refinada y excelsa.

En cualquier caso, los Fowler-Spencer no tardarían en metérselos a todos en el bolsillo.

Anticipamos nuestro viaje con una carta dirigida a lady Elisabetta, donde le anunciábamos no solo nuestro regreso, también nuestra inminente boda. Cass y yo podíamos imaginar sin esfuerzo el revuelo que se habría formado en Herrick House al recibirla. Al servicio acudiendo a las respectivas residencias de lady Evelyn y los Spencer casados, a todos acudiendo sin demora al hogar familiar a fin de celebrarlo, aún en nuestra ausencia, y muy especialmente a la

matriarca de los Spencer disponiendo los preparativos de la que debía ser, a su juicio y tras el enlace de Lucien y Flora hacía ya más de un año, un acontecimiento histórico.

Lo sería. En cuanto las damitas inglesas casaderas y sus interesadas y adineradas madres viesen llegar a mi hermano Klemens y a su corte de apuestos y principescos amigos. Iba a ser todo un disparatado festejo.

Mientras, nosotros, confiados en el buen hacer de milady y su exquisito gusto para preparar un banquete en el que, no teníamos mayor interés que convertirnos a ojos de Dios y los hombres en marido y mujer, decidimos tomarnos con calma el viaje de vuelta. Haciendo del periplo un avance de nuestra futura luna de miel. Y como tal, tomándose demasiado en serio la travesura, al sacar los pasajes del barco que nos conduciría a casa, nos anunció como esposos con un fastuoso camarote único.

Los trayectos en diligencia, sentados uno junto al otro, con las manos trenzadas, riendo sin parar y comentando todo lo que veíamos a través de las ventanas, fue divertido. Con mi futuro esposo susurrándome al oído cuando nadie nos escuchaba, las muchas maldades y los terribles pecados que pensaba cometer

conmigo en cuanto nos encerrásemos en ese camarote del que no pensaba salir hasta arribar en Londres.

Sus atrevidas insinuaciones, que al principio me ruborizaron, consiguieron encender mis sentidos de forma inusitada, al punto que un simple roce de nuestras manos hacía saltar chispas a nuestro alrededor. No veíamos el momento de bajar del carruaje con todo nuestro equipaje y subir al barco.

Lo bautizamos como «el barco del amor infinito».

Allí nos conocimos íntimamente. Allí nuestras ropas cayeron revueltas al suelo, nos besamos en cada centímetro descubierto o por descubrir, y nos volvimos a besar. Cass me hizo suya de todas las maneras posibles e imaginables. Allí nos fundimos piel con piel en un desesperado intento por ser uno solo. En el mullido lecho del camarote nos juramos amor eterno y sentamos las bases de una vida llena y feliz.

Allí nos convertimos en marido y mujer, antes de que un representante de la Iglesia lo confirmara.

Capítulo 49

Epílogo

—¡Se está haciendo tarde! Querida, ya deberías estar lista.

La señora Fairfox se frotó las manos, una contra otra, para calmar la ansiedad que la devoraba desde por la mañana bien temprano y, tal y como había entrado en la alcoba de su hija, salió disparada escaleras abajo. Amelia, exquisitamente ataviada, aprovechó para acercarse a su hermana, sentada ante el tocador.

—Diría que a estas alturas lo tienes irremediablemente seducido, por increíble que pueda parecer. No es preciso que te esmeres mucho más.

Rose miró a su hermana a través del espejo, con una chispa de soberbia en el brillo de sus pupilas.

—No puedes soportarlo, ¿verdad?

—¿El qué? ¿El que probablemente vayas a convertirte en la esposa de un bastardo?

—El que vaya a tener un marido joven, apuesto e inmensamente rico.

Amelia compuso una mueca de desagrado.

—Tienes mi palabra de que puedo vivir con ello.

—Permíteme tener mis dudas, Amelia, te conozco, recuerda que somos hermanas. Además, te daré una noticia que te alegrará: lord Meggins no es ningún bastardo.

—¿No? ¿Y cómo lo sabes?

—Él mismo me aclaró el sentido de sus palabras aquí, el día que se nos presentó.

—Pues dejó entrever…

Rose lanzó una sonrisa de malévola satisfacción.

—Querida, cuando mencionó que su padre había vivido lo suficiente como para recomponer su situación, no se refería a ningún tipo de legalización.

—¿No? —la retó Amelia— ¿A qué entonces?

—Su padre y su tío, mi difunto esposo, llevaban lustros enemistados, sin dirigirse la palabra. Sin embargo, en su lecho de muerte, el padre del actual lord logró acercar posiciones de manera que su hijo *legítimo* pudiera convertirse, sin traba alguna, en el heredero que lo recibiría todo. En realidad, el actual lord Meggins ni siquiera llegó a conocer al anterior. Iremos juntos a poner flores a su tumba —agregó con sarcasmo.

Amelia se había quedado con la boca abierta. Sus esfuerzos por replicar quedaban, una y otra vez, en nada, ahogados en estupor y rabia.

Rose contuvo un alarido de triunfo.

—Eso no te lo esperabas, ¿a que no? Confío en que madre se alegre también, igual que lo haces tú. —Se puso flemática en pie y dirigió un último vistazo a su imagen impecable en el espejo—. Creo que deberíamos ir bajando o llegaremos tarde al almuerzo.

Amelia había enmudecido. Y estaba pálida como una pared sin forrar.

Abandonó el dormitorio, airada y detestando a su hermana mayor más que nunca. Ese candidato modélico debería haber sido para ella. No había razón que justificase el que la insípida Rose fuera a volver a la mansión Meggins por la puerta grande, convertida

nuevamente en lady, con todas las riqueza y parabienes que conllevaba el título, sin tener, además, que soportar la presencia de un viejo decrépito a su lado.

Gozando de esta nueva posición, no iba a ser sencillo superarla.

Al pie de la escalera, rodeados de sirvientes que ultimaban los detalles de su indumentaria, el señor y la señora Fairfox aguardaban impacientes.

—Si hay algo que detesto, son las citas apresuradas y por compromiso —gruñó el patriarca calzándose la chistera que le entregó el lacayo.

—Nada de compromisos, querido. Si lord Meggins nos ha invitado a comer con tanta premura, es porque tiene algo importante que comunicarnos.

—¿Por ejemplo? ¿Al fin el importe de la asignación destinada a nuestra hija que tanto se está haciendo de rogar?

La dama sonrió misteriosa.

—Por ejemplo, una petición de mano relacionada con Rose, sí.

El señor Fairfox pareció meditar un segundo la apetitosa opción.

—Podría ser… Pero al margen de la colosal fortuna, no sé si es todo de mi agrado que nuestra familia se vincule a un…

—¿Bastardo? —rugió Amelia con los dientes apretados—. Esperen a que la querida Rose les ponga al tanto de lo que ha averiguado al respecto. Darán saltos de alegría.

Venciendo a la curiosidad, todos subieron al carruaje entre miradas nerviosas. El trayecto que separaba ambas residencias lo invirtió Rose en aclararles a qué se había querido referir el nuevo lord cuando habló de «situación regularizada». A la señora Fairfox le faltó aplaudir. Su esposo, poco dado a las explosiones de júbilo, tampoco es que pudiera disimular la mareante satisfacción que lo embargó.

—Por fin, un poco de orden en nuestras vidas.

Alcanzaron los límites de la casa solariega de los Meggins mucho antes de lo esperado, probablemente por culpa de la euforia. Amelia hacía tiempo que había girado la cabeza hacia la ventanilla, prácticamente desde que su hermana inició su pomposo discurso, y se dedicó a observar el exterior, deseando estar en cualquier parte del mundo, incluidos todos los conventos conocidos, menos allí.

La residencia no había cambiado un ápice desde que Rose la abandonara, una vez convertida en viuda. Podía haberse quedado

hasta la aparición del nuevo heredero, pero sus recuerdos entre aquellas paredes no tenían nada de felices y, por fortuna, ella disponía de familia propia y casa. Había preferido pasar el luto en compañía.

Entre la nube de criados que se aproximaron a cumplimentarlos, apareció lord Meggins, más impecable que nunca, con un terno gris oscuro, casi negro, que lo hacía parecer de lo más elegante. Saludó al señor Fairfox con una leve inclinación de cabeza y a las damas con el correspondiente besamanos, sin que Amelia apreciase ningún tratamiento especial destinado a Rose.

Quizá la invitaba a pasear, sí, y le enviaba flores, también, pero no estuviera tan interesado en ella como su engreída hermana se pensaba. No al menos, a un paso de la propuesta de matrimonio.

—Pasen al salón, se lo ruego, he dispuesto un aperitivo antes de la comida, si no les parece mal.

—Siempre dije que esta mansión era amplia en exceso… —cacareó la señora Fairfox colgándose encantada del brazo que el joven le ofrecía.

Al entrar en el saloncito de recibir, decorado en tonos azul marino con pan de oro y muchas lámparas de reluciente cristal, una

hermosa joven se levantó del asiento donde estaba acomodada y les sonrió en cortés posición de espera.

—Si les he invitado hoy a almorzar es porque de algún modo nos entiendo vinculados por lazos familiares y tengo interés en presentarles a mi prometida.

¿Cómo?

El corazón de Rose se partió en dos de un solo golpe.

A Amelia le costó reprimir una carcajada de salvaje victoria.

Milord extendió la mano en dirección a la joven, que posó sus delicados dedos en ella y se acercó respondiendo a la presentación. Tanto el señor como la señora Fairfox se mostraron confusos y torpes, por completo fuera de lugar. Descolocados con la inesperada noticia.

A Rose, súbitamente pálida, no le brotaban las palabras.

—Les presento a la señorita Valentine, próxima lady Meggins. Nos casamos el mes que viene.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO

u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.

¡¡GRACIAS por hacerlo!!

¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

Sígueme en Amazon Author ¡¡para que te avise siempre de todo, la primera!!
Lady Seren_romanticahistorica

Pinchando este enlace:
https://www.amazon.com/author/ladyseren_romanticahistorica

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE

a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas exclusivas y promociones, conviértete en una

Regencia de pleno derecho y consigue GRATIS la novela que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

http://subscribepage.io/np9cTD

O usa este código QR:

PRÓXIMA ENTREGA

«IRRESISTIBLES SPENCER III» (final de serie)

¡¡Ya en PREVENTA!!
Resérvalo con descuento
No pagas hasta que salga

https://mybook.to/spencerIII

Nota de la autora: **el mejor culebrón del año**

Empieza a leer

No te recordaré mañana

Uno, dos, tres… Cuatro.

Varian Spencer contó los escalones en voz alta porque algún compañero de juergas y libertinaje, no recordaba quién, seguramente un viejo camarada del internado, le había comentado que el truco te ayudaba a mantenerte algo más lúcido. Aun así, notaba inseguros los pies, su alto y fornido cuerpo se tambaleaba y la cabeza le giraba en círculos.

Condenado whisky del club de caballeros…

Condenados licores de la taberna… Malditas meretrices que te empujan a beber sin freno. Endemoniado Jurian, que lo había cambiado por una partida de naipes dejándolo solo, a merced del puñado de borrachines que tenían por amigos… Toda la animadversión que él sentía por los juegos de cartas y las apuestas,

en el caso de su gemelo se convertía en devoción. La desmedida querencia de Jurian por las mesas de juego acabaría siendo su ruina.

Se lo había advertido cientos de veces.

Jurian no le había hecho el menor caso. Era ver de lejos los naipes y perder la sensatez. Contraviniendo sus consejos había llegado a jugarse cantidades desorbitadas que luego él se había visto obligado a reponer.

Tras el brete llegaban las disputas. Discutían durante horas y se retiraban la palabra durante días. Pero ¿qué diablos? Era su gemelo, su otra mitad. No podía desoír sus necesidades, cada uno era el guardador de los secretos del otro. Su principal apoyo.

¿A dónde había ido a parar aquella noche? ¿Le sonreiría la suerte o la encontraría de espaldas? No le quedaban fuerzas para averiguarlo. Se contentaba con ser capaz de escalar hasta el primer piso de Herrick House y, aunque fuera a tientas, encontrar su cama y dormir hasta bien entrado el medio día.

El carruaje se detuvo frente a la puerta principal y el lacayo se apresuró a ayudarlo a descender. Las juergas de los gemelos Spencer eran bien conocidas por todos los miembros del servicio. No era extraño verlos aparecer sin ningún control sobre sus actos a altas horas de la madrugada. Como aquella noche. Sin embargo, al

cruzar el amplio vestíbulo, un inusual alboroto procedente de la zona de servicio llamó su atención.

—¿Desea el señor que lo acompañe a su alcoba?

Aleteó las manos para que el criado se ahorrase sus ofrecimientos y guardara silencio. El que hablaba parecía el mayordomo. Y la otra era una voz femenina. ¿Qué hacía Mortimer a aquellas horas discutiendo? Y ¿con quién batallaba? Porque su interlocutora parecía tener réplica para todo. A cada frase que articulaba el jefe de los criados, ella se le abalanzaba con otra mucho más airada.

Quizá fue la borrachera, quizá su naturaleza juguetona y traviesa. El caso es que, llevándose el dedo a los labios indicando silencio al lacayo, Varian reptó hasta la puerta que comunicaba la zona noble con la de sirvientes y la abrió.

En efecto, al fondo del ancho corredor tenía lugar una contienda asombrosa.

Una muchacha vestida con sencillez. Las hebras de su cabello semirrecogido, del color de los rayos de luna, cayendo sobre su frente. Mortimer achicado ante su impetuoso avance, tratando de contenerla.

—Pero señorita, ¿a qué señor Spencer se refiere? ¿Podría aclararme? No. Mejor no me aclare nada. No son horas.

—Son las únicas que tengo, señor, me paso el día atendiendo mis labores. Lamento mucho que no sean de su gusto. ¡El señor Spencer! —insistió como si con ello zanjara la cuestión— ¡El señor! ¡El dueño de todo esto!

El pobre Mortimer, sofocado al punto del ahogo, se pasó un dedo por el cuello almidonado de la camisa para separarla y poder respirar mejor.

—Señorita, se lo ruego…

—¿Va a avisarlo o no? —Se plantó ella— ¡Al señor Spencer!

—La he entendido, señorita, la entiendo. Me hago cargo de sus necesidades y sus prisas, pero… ¡Santo cielo! ¡Es tardísimo! No puedo sacar a ninguno de los señores de la cama… Todos están descansando.

Antes de que la furibunda muchacha se le echara nuevamente encima, Varian caminó hasta ellos apoyándose sutilmente en las paredes, con un dedo extendido.

—Yo mismo puedo servirle. Por fortuna, a mí no tiene que sacarme de la cama, Mortimer.

Al mayordomo le bastaron dos segundos para calibrar las penosas condiciones en las que se encontraba su señor.

—Señor Varian. No tiene de qué preocuparse, yo me encargo del problema…

—¿Es usted un Spencer? —se interpuso ella olvidando al criado.

Varian simuló quitarse un sombrero inexistente y marcó una enrevesada reverencia.

—El mismo que viste y calza. A sus pies, señorita…

—Nightingale. Anabella Nightingale. —Extendió una mano dispuesta a estrechársela. Luego se lo pensó mejor y la restregó un par de veces contra su falda para dejarla limpia antes de volver a ofrecerla. Finalmente, ante la mirada de estupor de Varian y sus cejas arqueadas, la retiró.

—Encantado, señorita. ¿De qué quiere usted hablar?

—Le ruego que se retire —repitió mortificado el mayordomo —. Sería mucho más conveniente regresar mañana.

La muchacha le dirigió una veloz mirada de soslayo, indicando que estaba de sobra.

—Pero ya que está aquí, dado que me encuentro despierto, no hay inconveniente en atenderla, Mortimer, ¿no le parece?

—Señor, no estimo pertinente.

—¿Está encendido el fuego de la chimenea en la biblioteca?

—Desde luego, señor.

—Pues haga el favor de llevarnos unas copas. ¿Le apetece una copa, señorita…?

—Nightingale. No, gracias. Me basta con sus orejas.

—No estoy seguro de haberla entendido. En cualquier caso, aquí tiene mi brazo.

Bella tuvo la sensación de que aquel joven apuesto, atractivo hasta el agotamiento, con el cabello imprudentemente desordenado y las pupilas dilatadas, se burlaba de ella. Era la primera en admitir que había perdido por completo el juicio presentándose en Herrick House pasadas las doce de la noche, que su esperanza de ser atendida era cercana a cero. Pero es que estaba desesperada.

Y cuando la desesperación aprieta, una comete muchos desatinos.

No aceptó el brazo que le tendían, claro está. Le hizo un gesto airado con la barbilla que él captó y tradujo con facilidad pasmosa y se dejó guiar hasta la mencionada biblioteca, donde el presunto dueño de la casa se dejó caer como un fardo en la primera butaca disponible.

—Adelante —la animó a hablar.

Como no la invitó a que se sentara, Bella permaneció de pie, tiritando de puros nervios, con las manos apretadas contra el regazo de su humilde vestido de algodón a rayas.

—Verá señor Spencer. Mi padre… Mi familia es arrendataria de la suya desde hace generaciones.

—Qué interesante.

Aquel tonito impertinente y arrogante. Aquel cuello ladeado y la manera de mirarla, con los ojos entornados. Si no estuviera a punto de hincar al suelo las rodillas y suplicar, lo habría abofeteado de buena gana.

—Las cosechas de los últimos años se han malogrado. —Tragó saliva.

—Algo he oído.

Oh, sí. Su rostro pintaba una auténtica tribulación. Un señor que apenas si salía de su club de caballeros y haría lustros que no paseaba por las granjas. Seguro que sí, algo habría oído del hambre que pasaban los campesinos cuando el tiempo y las lluvias no colaboraban.

—A esa desdicha habría que sumar la grave enfermedad que aquejó a mi padre y a mi hermano mayor. Estuvieron mucho tiempo

postrados en cama, las medicinas precisas para su recuperación costaron una fortuna y…

Varian dejó de escucharla. La mención de la enfermedad trajo a su mente el desdichado accidente que había convertido a su hermano mayor Cassian en un inválido y enseguida, fiel a su naturaleza optimista y alegre, pasó a considerar lo endemoniadamente bonita que era la señorita Inoportuna *comosellamara*, y lo mucho que luciría mejor peinada y con un vestido más adecuado.

—El caso, señor, es que nos resulta de todo punto imposible hacer frente a los pagos… Las rentas, señor Spencer. No podemos pagarlas.

CONTINUARÁ PARA TI…

PREVENTA:
https://mybook.to/spencerIII

Sígueme en Amazon Author ☐

Pinchando este enlace:
https://www.amazon.com/author/serendipiastark

O usando este código QR:

SERIE
«GUANTE DE SEDA»

Títulos previos
(conoce a toda la familia)

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil, diversión asegurada.

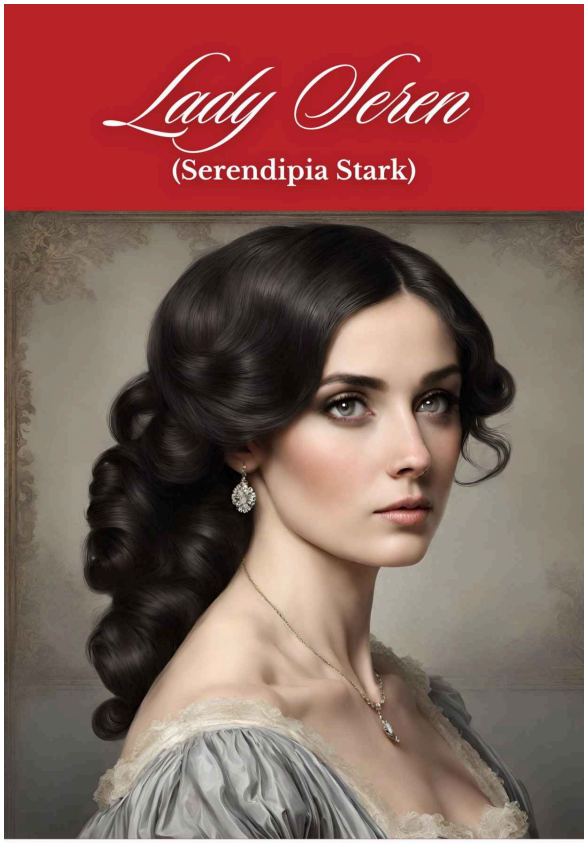
¡¡Muy Bridgerton!!

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/tussecretosylosmios

O usa el código QR:



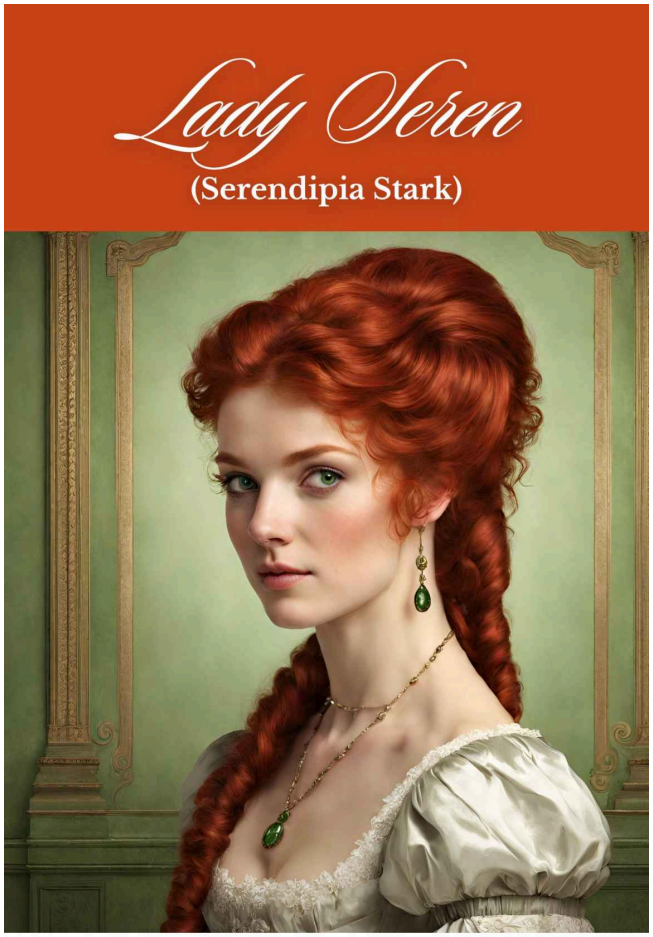
TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

LIBERTINA VENECIANA:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/libertinaveneciana

O usa el código QR:



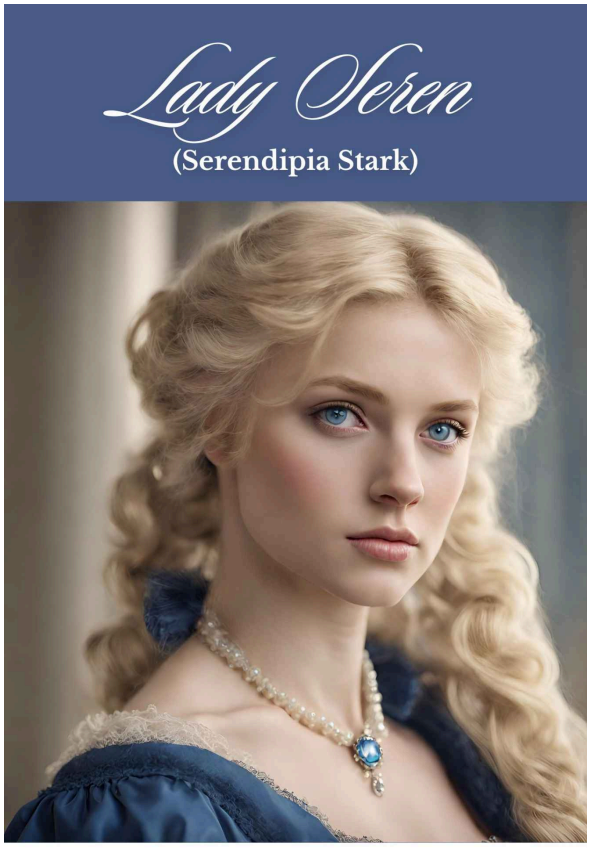
LIBERTINA VENECIANA

ALMA ROTA:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/almarota

O usa el código QR:

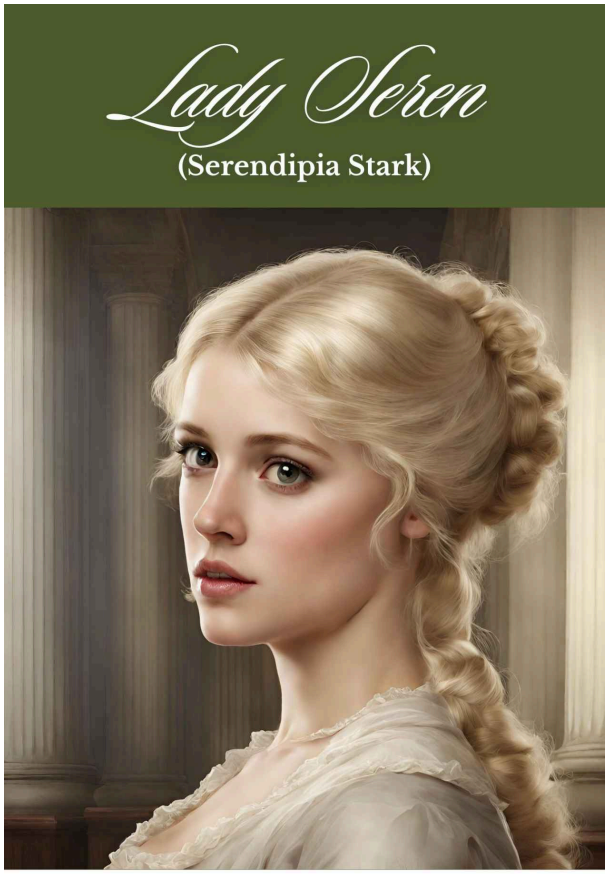


ALMA ROTA

DELICIOSO GRANUJA:

COMPRA aquí: Comprar aquí

O usa el código QR:

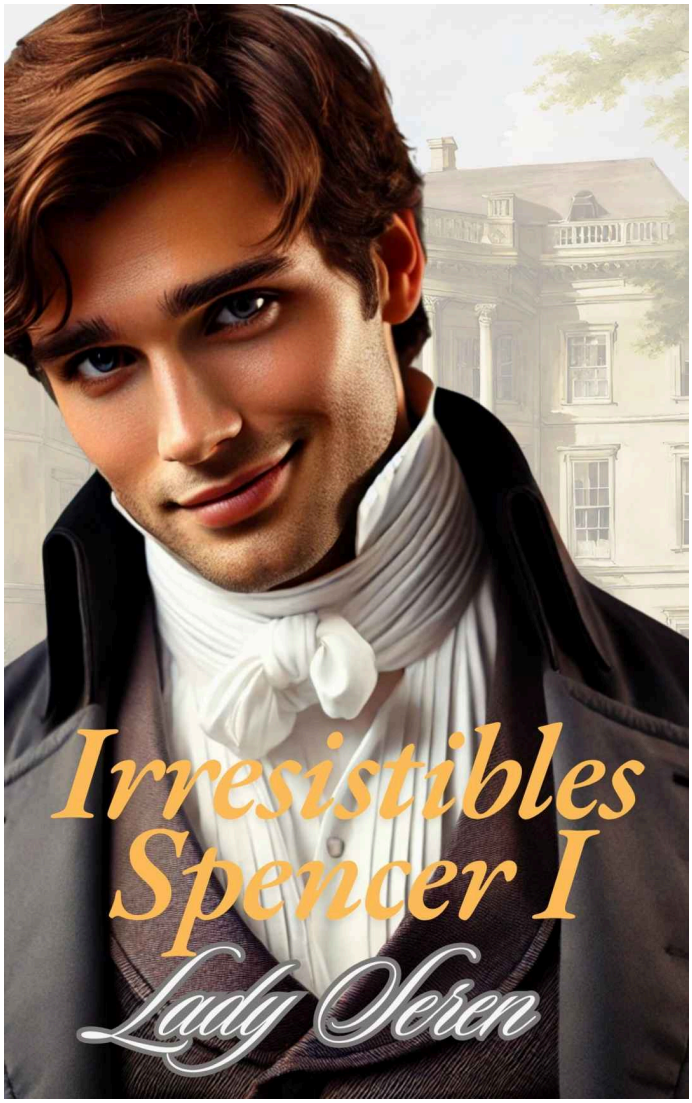


DELICIOSO GRANUJA

IRRESISTIBLES SPENCER I

COMPRA aquí: https://mybook.to/spencerI

O usa el código QR:


Irresistibles
Spencer I
Lady Seren



SERIE
«LAS LADIES»

Amor, humor, pasión y aventuras en la

Inglaterra de la Regencia inglesa.

6 mujeres más que atípicas.

6 galanes a la altura.

Un entretenimiento insospechado.

El amor que todo lo puede.

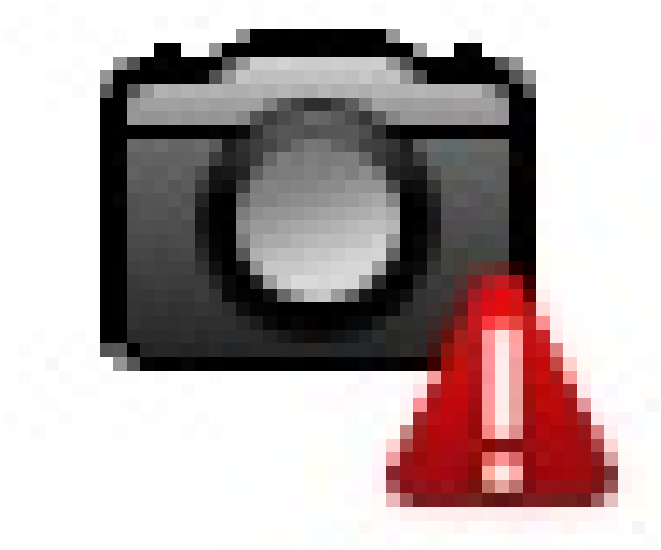
EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/marquesladrona

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
EL MARQUÉS
Y LA LADRONA



UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/suenoparaunadama

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
UN SUEÑO
PARA UNA DAMA

JAQUE AL CABALLERO:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/jaquecaballero

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
JAQUE AL
CABALLERO



LOS DESEOS DE MILORD:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/deseosdemilord

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
LOS DESEOS
DE MILORD



UNA PROFECÍA PARA MILADY:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/profeciaparamilady

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
UNA PROFECÍA
PARA MILADY



POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/condemeroy

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
POR EL AMOR
DEL CONDE
DE MEROY

SERIE
«CALLE DE MADRID»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en el Madrid de 1918

Los vecinos de la calle del Barquillo y sus sorprendentes cuitas. Un thriller romántico y tres comedias románticas en el Madrid de la época.

Secretos familiares, celos, envidias y traiciones.

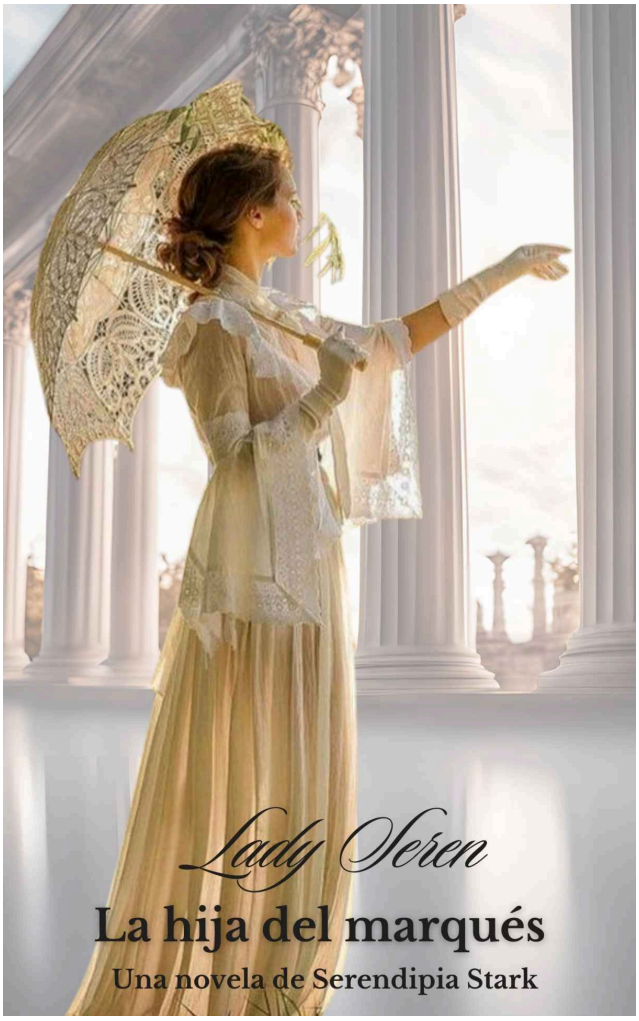
Una lectura perfecta para evadirse, volar a otros tiempos y lugares y esbozar más de una sonrisa.

LA HIJA DEL MARQUÉS

COMPRA aquí:

https://mybook.to/hijamarques

O usa el código QR:


Lady Seren
La hija del marqués
Una novela de Serendipia Stark

NOSOTROS BAJO LAS ESTRELLAS:

COMPRA aquí:

https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas

O usa el código QR:


Lady Seren
Nosotros bajo las estrellas
Una novela de Serendipia Stark



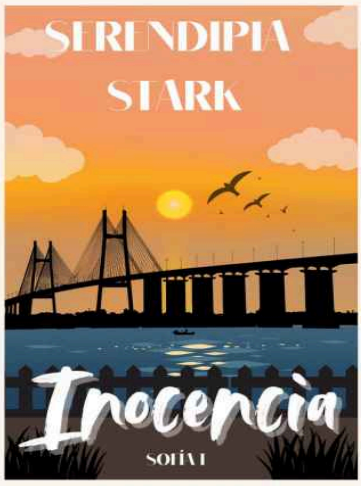
Scan me!

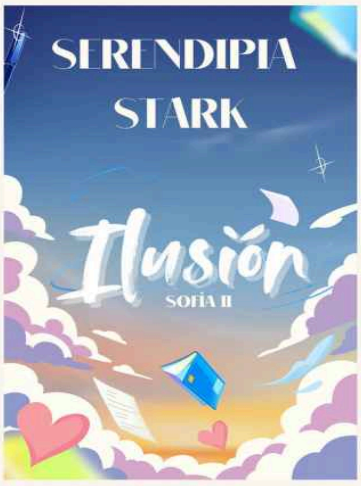
Y SI LO QUE DESEAS ES ROMÁNTICA CONTEMPORÁNEA, CON HUMOR Y MUCHO SPICY… SERENDIPIA STARK TE TRAE EL «UNIVERSO SOFÍA»

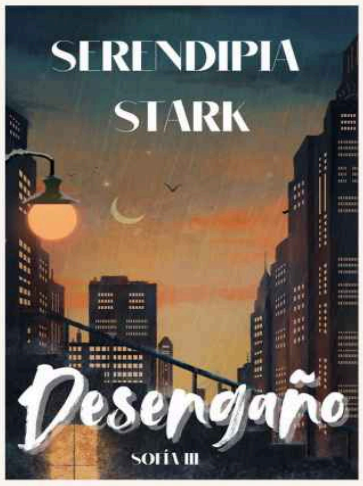
En digital, en papel y en Omnibook (las 5 entregas digitales en un solo libro)

Nota de la autora: suspirarás, reirás, llorarás, te identificarás, morirás de amor envuelta en música.
Eso sí, píllate un abanico.

Serie «Universo SOFÍA»











https://mybook.to/inocencia
https://mybook.to/ilusion
https://mybook.to/desengano
https://mybook.to/amantes
https://mybook.to/regreso

KINDLE UNLIMITED


SERENDIPIA
STARK
UNIVERSO SOFÍA

https://mybook.to/omnibooksofia

GRACIAS por leerme. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una **VALORACIÓN con estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN** (lo que prefieras) en Amazon a través del enlace o del código QR que te dejo a continuación. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. ¡¡GRACIAS!!

En este difícil mundo, tu respaldo es fundamental.

https://acortar.link/4oZqoj

Agradecimientos

La vida de un escritor nunca ha sido fácil. Generalmente vivían pobres y morían mucho más pobres aún, con la descabellada esperanza de que algún día, en tiempos futuros, quizá lejanos, alguien reconociera la calidad de sus escritos.

Estamos en la era digital, el siglo XXI de los robots y las máquinas, y nada ha cambiado demasiado. Sigue siendo una profesión altamente vocacional, solitaria y mal pagada. Pero nos llena de satisfacción.

Escribir es terapia, el mejor escape para las penas acumuladas, la goma de borrar de la decepción humana. El resbaladizo lomo de un dragón sobre el que volar lejos, a tierras remotas, huyendo de la realidad cuando no es demasiado benigna.

Lo mismo puedo decir del arte de leer. Vivir mil vidas, ser cualquiera, correr aventuras, descifrar misterios, viajar por un arcoíris de emociones variadas…

¿Qué decir que vosotr@s ya no sepáis?

Por eso, mi agradecimiento de hoy va para el don de la creatividad con el que fui bendecida y que me ha salvado la vida muchas veces.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Irresistibles Spencer II» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una **valoración por estrellas, un breve comentario o una reseña** (lo que prefieras) **en la plataforma de venta**. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. Hoy día, con la saturación de títulos que nos abruma, tu apoyo supone un respaldo vital. De nuevo gracias.



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.
Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? ¡Aviso que son adictivas!

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora

https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/